

HISTORIA DE ROMA
LIBROS XLVI-XLIX

Dión Casio

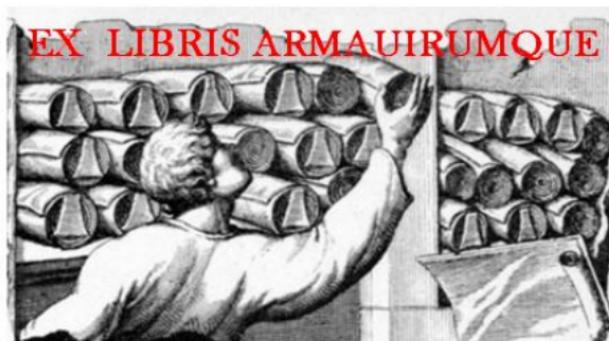
BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

DION CASIO

HISTORIA ROMANA

LIBROS XLVI-XLIX

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JUAN PEDRO OLIVER SEGURA



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 393

LIBRO XLVI

SINOPSIS

En el libro cuadragésimo sexto de la *Historia romana* de Dion se incluye lo siguiente:

1. Cómo Caleno replicó a Cicerón en defensa de Antonio (§ 1-28).

2. Cómo Antonio fue derrotado por César (Octavio) y los cónsules cerca de Módena (§ 29-38).

3. Cómo César (Octavio) llegó a Roma y fue nombrado cónsul (§ 39-49).

4. Cómo César (Octavio), Antonio y Lépido se conjuraron (§ 50-56).

La duración del tiempo ocupa un año solo, durante el cual los magistrados que están registrados como cónsules fueron estos:

[711 / 43 a. C.] G. Vibio Pansa Cetroniano¹, hijo de G., y Aulo Hircio, hijo de Aulo (§ 1-56).

¹ *Kaitrōnianós* Fromentin: *Kaprōnianós* códices (Boissevain y Cary). Tras la muerte de estos dos cónsules, ese mismo año fueron cónsules *suffecti* Julio César Octaviano, en su primer consulado, y Q. Pedio (*cf. infra* § 46, 1), y, tras la muerte de Q. Pedio y la renuncia de Octavio, lo fueron G. Carrinas y P. Ventidio Baso (*cf. § XLVII 15, 2*).

1 Después de decir tales cosas Cicerón, Quinto Fufio Caleno² se levantó y dijo:

«En otras circunstancias no estaría obligado a hablar ni para defender a Antonio ni para acusar a Cicerón. Pues en este tipo de exámenes sobre la situación política, como es el debate de hoy, creo que no se debería hacer ninguna de esas dos cosas, sino simplemente manifestar lo que uno piensa, pues lo primero atañe a los tribunales y esto último, a la asamblea. Pero puesto que ese³ se propuso acusar a Antonio a causa de la enemistad que hay entre ambos⁴ —al que tendría que haber denunciado, si aquel había cometido alguna injusticia— y, es más, también hizo una mención calumniosa contra mí —él nunca podría hacer ostentación de su virtuosismo si no es enlodando vergonzosamente a algunos—, me veo obligado a desbaratar algunas de sus acusaciones y atacar con otras, para que a ese no le sean de provecho ni su habitual acritud con que ofende en las réplicas ni mi silencio, que sembraría sobre mí la sospecha de ser consciente de mi maldad; y para que tampoco vosotros, engañados por lo que dijo, toméis peores decisiones por anteponer el odio particular de aquel
2 contra Antonio a las cosas que convienen a la comunidad. Pues lo que pretende llevar a cabo no es otra cosa que hacer-

² Esta sesión del Senado se celebró el 1 de enero del año 43 a. C. (cf. XLV 17, 8-9). Quinto Fufio Caleno, cónsul en el año 47 a. C., lugarteniente de Antonio y viejo enemigo de Cicerón, replica con este contundente discurso a Cicerón, quien lo acaba de citar acusándolo de actuar abiertamente a favor de Marco Antonio (cf. XLV 46, 1), que entonces estaba en la Galia (cf. XLV 13, 5).

³ Cicerón.

⁴ Todo comenzó cuando el padrastro de Antonio, Publio Cornelio Léntulo Sura, fue ejecutado en la cárcel, acusado por Cicerón de estar implicado en la conjuración de Catilina (cf. XLV 42, 6; *infra* XLVI 2, 3 y nota; PLUTARCO, *Antonio* 2, 1). Además estaban todos los ataques que Cicerón lanzaba contra Antonio en las *Filípicas*.

nos caer de nuevo en discordias civiles, si dejamos de velar por las instituciones más sólidas del Estado. Y esto no lo hace ahora por primera vez sino desde el principio: justo desde que entró en la política ha venido poniéndolo todo patas arriba. ¿O acaso no fue ese el que enfrentó a César contra Pompeyo y a Pompeyo contra César e impedía que se reconciliaran? ¿O no fue él quien os persuadió para que aprobarais aquellas resoluciones contra Antonio, con las que tanto enfureció a César⁵, y también el que persuadió a Pompeyo para que abandonara Italia y se trasladara a Macedonia⁶? Lo cual fue de algún modo la causa principal de todos los males que nos sucedieron después. ¿Y no es ese el que asesinó a Clodio sirviéndose de Milón⁷ y a César sirviéndose de Bruto⁸? ¿Y el que incitó a Catilina a la guerra contra vosotros y el que eliminó a Léntu-

⁵ Se refiere a la propuesta de César, y que Antonio presentó al Senado, por la cual César y Pompeyo debían deponer las armas simultáneamente, pero fue rechazada por los senadores; según dice aquí Caleno, persuadidos por Cicerón (cf. XLI 1-3).

⁶ Cicerón no huyó de Roma para unirse a Pompeyo hasta que creyó segura la victoria de Pompeyo sobre César: los senadores fueron llamados a Macedonia por Pompeyo para mantener la legalidad creando un Senado en el exilio (cf. XLI 18, 4-6). Pero ninguna fuente informa de que Cicerón fuera uno de los que aconsejó a Pompeyo que huyera a Macedonia.

⁷ Tito Annio Milón mató en un encuentro callejero a Publio Clodio Pulcro (cf. § XL 48, 2). Cicerón odiaba a Clodio porque este, hábilmente manipulado por César, fue el autor de la propuesta por la que se le enviaba al exilio y se le confiscaban los bienes (cf. XXXVIII 12, 1; 14, 2-4; 17, 4-6). Clodio fue el primer marido de Fulvia, que, después de la muerte de su segundo marido, G. Escrubonio Curión, se casó con Marco Antonio.

⁸ Marco Junio Bruto, el más célebre de los asesinos de César (no confundir con Décimo Bruto), luchó al lado de Pompeyo contra Julio César, pero fue perdonado por César, que lo tenía en gran estima a pesar de que Bruto nunca ocultó sus ideas en defensa de la república. No hay pruebas de la influencia de Cicerón sobre Bruto para que matara a César (cf. XLV 41).

3 lo⁹ sin juicio? Por eso al menos yo me asombraría mucho de
 vosotros si, después de rectificar sobre aquellos aconteci-
 mientos y condenarlo¹⁰, aún vais a dejaros persuadir por quien
 2 dice y hace las mismas cosas también ahora. ¿O no veis ade-
 más que después de la muerte de César, cuando vuestra situa-
 ción se apaciguó tantísimo gracias a Antonio —como que ni
 él puede negarlo—, se exilió creyendo que vuestra vida en
 concordia le era ajena y peligrosa, pero cuando supo que la
 situación de nuevo estaba agitada, mandando a paseo a su hijo
 3 y a Atenas, regresó¹¹? ¿Y no es él el que ultraja e injuria a
 Antonio, a quien entonces decía amar, mientras se asocia con
 César (Octavio)¹², a cuyo padre mató¹³? Pero, si algún día tie-
 4 ne ocasión, no tardará mucho en atacarlo. Pues es infiel por
 naturaleza, y un agitador, y no hay nada de quietud en su
 alma, sino que todo lo sacude y revuelve, dando más vueltas
 que las corrientes a donde huyó¹⁴, por lo que también lo lla-

⁹ Léntulo era uno de los principales implicados en la conjuración de Catilina. Cicerón impidió primero la huida de los conjurados y después consiguió del Senado la pena de muerte para todos ellos, de modo que finalmente fueron ejecutados (cf. § XXXVII 35, 3-36, 3). Caleno cree que Léntulo era inocente (cf. *infra* § 20, 3 y sigs.).

¹⁰ Cicerón fue condenado al exilio por su conducta con los conjurados (véase nota anterior). Primero fue un exilio voluntario (año 58 a. C.), pero luego fue sancionado por una ley propuesta por Clodio (cf. Cicerón, *De domo sua* 47 y 50).

¹¹ Cf. XLV 15, 4.

¹² En este libro XLVI (hasta el § 47) siempre añadiremos a César el sobrenombre de «Octavio» entre paréntesis cuando Dion se refiera a Augusto, para distinguirlo de su tío y padre adoptivo, Julio César (véase *infra* § 47, 5-8 y nota).

¹³ Según lo que acaba de decir Caleno (cf. § 2, 3 y nota), Cicerón sería el instigador de la muerte de Julio César, padre adoptivo de Octavio. El verdadero padre de Augusto, G. Octavio, murió cuando este contaba cuatro años; pero según contaba su madre, Acia, el padre habría sido el dios Apolo (cf. XLV 1, 2).

¹⁴ El canal de Euripo, entre la isla de Euboea y la tierra firme de Grecia: una alusión a su exilio en Grecia.

maron "tránsfuga"¹⁵, en la idea de que todos vosotros llamaréis amigo o enemigo a quien él ordene.

»¡Por todo esto, tened cuidado con este hombre! Es un encantador y un mago, y con los males ajenos se enriquece y crece —denuncia, arrastra y despedaza, como hacen los perros, a los que ninguna injusticia han cometido—; pero en situaciones de concordia general se queda sin recursos y se consume. Pues ni la amistad ni el afecto, como el que mantenemos unos con otros, puede alimentar a semejante orador. ¿Cómo, si no, creéis que se ha enriquecido o cómo creéis que se ha hecho grande? Pues su padre el batanero, el que siempre traficaba con las uvas y los olivos, no le dejó ni linaje ni riqueza¹⁶: era un hombre que bien se daba por contento con sobrevivir con sus trapicheos y sus lavaderos, y cada día y cada noche se enfangaba en lo más nauseabundo. No es sorprenderte que este, que mamó de semejante ambiente, pisotee y hunda, como pieles en un batán, a los que son mejores que él recurriendo a esa clase de injurias que se aprenden en tiendas y mentideros.

»¿Y tú, aun siendo tal, habiendo crecido desnudo entre desnudos y recolectado cagarrutas de cabra, estiércol de cerdo y excrementos humanos, osaste, oh infame, censurar primero la juventud de Antonio, un hombre que se ha educado entre pedagogos y maestros en consonancia con la dignidad de su linaje, y acusarlo después porque, celebrando las fiestas ancestrales de las Lupercales¹⁷, entró desnudo en el foro¹⁸? Pero dime tú, que

¹⁵ Cf. XXXVI 44, 2; XXXIX 63, 5.

¹⁶ Cicerón es un *homo novus*: el primero de su familia en llegar a cónsul (también se decía del primero que llegaba a ser senador).

¹⁷ Fiestas que se celebraban el 15 de febrero y en las que los *luperci* (hombres disfrazados del dios Fauno) se quitaban la toga (de ahí lo de «desnudo») y, cubiertos con tiras de piel de lobo, corrían azotando a la gente en un rito de purificación.

¹⁸ Cf. XLV 30, 1.

a causa del oficio de tu padre siempre has utilizado ropas ajenas, porque te quitabas las tuyas ante todo el que te salía al encuentro o te conocía, ¿qué debía hacer un hombre como Antonio que no solo era sacerdote sino jefe de su colegio sacerdotal¹⁹? ¿No celebrar la fiesta, no desfilar en la procesión, no hacer los sacrificios ancestrales, no desnudarse, no ungrirse? “Pero no le censuro eso —dice—, sino que estuviese desnudo en el foro y que pronunciara tal discurso.” ¡Con qué exactitud ha aprendido en el batán todo lo que es conveniente o no para darse cuenta de un verdadero error y poder censurarlo justamente!

6 »Más tarde yo diré todo lo conveniente en defensa de aquel comportamiento, pero ahora quiero hacerle a ese una pregunta. ¿Tú no te has alimentado, por cierto, con los males ajenos y te
2 has educado con las desgracias de los que están cerca de ti, y por eso no sabes ninguna enseñanza noble, pero has creado una especie de despacho y ahí siempre esperas clientes, como esperan las prostitutas a alguien que les dé algo, y con tus muchos delatores de los asuntos públicos urdes a tu antojo quién ha injuriado a quién, o parece haber injuriado; quién odia a
3 quién o quién conspira contra quién²⁰? Y en ellos te sustentas y por ellos te alimentas, vendiéndoles esperanzas de una suerte mejor y amañando las sentencias de los jueces; y consideras amigo solo a quien te da siempre algo más y enemigos a todos
4 los que no colaboran contigo o recurren a otro abogado, pues finges no conocer siquiera a los que ya están en tus manos —los consideras una molestia—, pero a los que de primeras se acercan a ti los recibes con muchas zalamerías y risas, como las mesoneras.

¹⁹ El Colegio Julio, creado en honor de Julio César (cf. XLV 30, 2).

²⁰ Sobre el gran poder que alcanzó Cicerón y su red de informadores cf. XXXVII 33, 1.

»¡Cuánto mejor sería que tú fueras Bambalión²¹, si el tal 7
 Bambalión se llama así por tartaja, antes que abrazar una vida tal,
 en la que es del todo inevitable que vendas el discurso en defensa
 de un hombre inocente o incluso que salves a los culpables! Sin 2
 embargo, tú ni si siquiera eso puedes hacerlo bien, aunque has
 vivido en Atenas tres años²². ¿En qué me baso? ¿Por qué lo digo?
 Porque tú eres el que entras siempre temblando a los tribunales,
 como si fueras a combatir en primera fila, y te retiras hablando
 con voz baja y mortecina, pues llegas sin recordar nada de lo que
 has leído en casa, incapaz de improvisar nada. Pero es que por tu 3
 audacia superas a todos los hombres en decir y prometer cosas; y
 en los debates, aparte de injuriar y hablar mal de alguien, eres el
 más débil y cobarde. ¿O crees que hay alguien que desconozca
 que no has pronunciado ninguno de esos admirables discursos
 tuyos que has publicado, sino que todos ellos los has escrito des-
 pués, como los que modelan de arcilla a los generales y a los jefes
 de la caballería? Si no te lo crees, recuerda cómo acusaste a Ve- 4
 rres²³: te orinaste encima haciéndole una demostración de tu arte
 —quiero decir del aprendido de tu padre²⁴—. Pero no sigo por
 ahí, no sea que parezca que yo, al decir con detalle lo que a ti te
 cuadra, haga un discurso que no se acomode a mi persona²⁵.

²¹ Bambalión es un apodo onomatopéyico que significa «tartaja». Cicerón había terminado su discurso burlándose de Marco Fulvio Bambalión, padre de Fulvia, y, por lo tanto, suegro de Antonio (cf. XLV 47, 4).

²² En Atenas estaban los mejores maestros de retórica (cf. CICERÓN, *Bruto* 315-316).

²³ G. Licinio Verres fue un pésimo y corrupto gobernador de Sicilia, y los sicilianos contrataron a Cicerón para denunciar sus abusos.

²⁴ Los bataneros recogían orina humana por sus excelentes propiedades para el curtido de las pieles. En Roma, la recogida de orina humana llegó a estar gravada con un impuesto (cf. SÜETONIO, *Vespasiano* 23, 3).

²⁵ Dion pone en boca de Caleno palabras tomadas casi textualmente de Demóstenes (cf. *Sobre la corona* 129).

8 »Eso no lo permitiré. Y, por Júpiter²⁶, recordemos a Gabinio, contra quien, después de haber manipulado incluso a los acusadores, llevaste su defensa de tal modo que fue condenado²⁷; y los libelos que compones contra tus amigos, un asunto del que eres tan consciente de obrar mal, que no te atreves a publicarlos²⁸; y, sin embargo, eso es lo más infame y lamentable: el no poder negar algo cuyo reconocimiento resulta ser lo
2 más vergonzoso de todo. Pero voy a dejar este tema y reanudaré con lo demás. Pues nosotros que, según dices, hemos regalado a nuestro maestro de retórica dos mil *pletros* de la tierra de Leontinos²⁹, no hemos aprendido nada digno de esa cantidad; pero ¿quién no se queda admirado con tu saber? ¿Que
3 cuál es ese saber? Envidias siempre al que es mejor que tú, hechizas siempre a quien se te acerca, calumnias al que es más admirado que tú, denuncias al poderoso y odias a todos los buenos por igual, mientras finges amar solo a aquellos que
4 crees que te servirán para cometer algún delito. Por eso azuzas a los jóvenes contra los ancianos; y a los que confían en ti, aunque sea mínimamente, los conduces a posiciones peligrosas y los abandonas.

²⁶ Dion siempre llama a los dioses romanos por su nombre griego; en este caso, Zeus.

²⁷ En el primer juicio, en el que Aulo Gabinio era acusado de haber restaurado a Tolomeo en el trono de Egipto, Cicerón actuó como acusador y Gabinio fue absuelto; en el segundo juicio, en el que se acusaba a Gabinio de cuestiones menores, Cicerón, presionado por Pompeyo, actuó esta vez como defensor y Gabinio fue condenado (cf. XXXIX 55-63).

²⁸ Cf. XXXIX 10, 2-3.

²⁹ Antonio había regalado a su maestro de retórica, Sexto Clodio, dos mil *pletros* de tierra en Leontinos (Sicilia), que pertenecían al Estado romano (cf. XLV 30, 2; CICERÓN, *Filípica* II 43). Y, puesto que un *pletro* son cien pies (29,60 m) y un *pletro* cuadrado (un cuadrado de 100 × 100 pies, y no cien pies cuadrados) son 876 m², la extensión de ese terreno sería de unas 175 Ha, el equivalente a un cuadrado de unos 1.323 m de lado.

»La prueba: nunca, ni en la guerra ni en la paz, has realizado 9
 una acción digna de un hombre insigne. ¿Qué guerras ganamos
 siendo tú pretor³⁰? ¿Qué región conquistamos siendo tú cón-
 sul³¹? Pues en tu vida privada, engañando siempre a algunos de
 los principales ciudadanos y apropiándotelos, gobiernas a tra-
 vés de ellos y gestionas todo lo que quieres; pero en la vida 2
 pública gritas otras cosas, graznando aquellas palabras infames:
 “Yo soy el único que os ama”, y si se terciara, “y fulano también,
 pero todos los demás os odian”; y “Yo soy el único que piensa
 en vosotros, todos los demás conspiran contra vosotros”; y otras
 cosas por el estilo con las que a unos, alentándolos y animándo-
 los, después los traicionas y a los demás, asustándolos, los añades
 a tu causa. Y aunque suceda algo bueno gracias a uno cualquie- 3
 ra, le quitas el puesto y pones tu nombre sobre el suceso repi-
 tiendo: “Ya lo dije yo”, “Ya lo escribí yo” y “Gracias a mí los
 hechos han sucedido así”. Pero si ocurre algo que no debía, tú
 te excluyes y acusas a todos los demás diciendo: “¿Es que era 4
 yo el pretor?”, “¿Era yo el embajador?”, “¿Era yo el cónsul?”.
 E injurias a todos en todas partes y en todo momento; y, puesto
 que valoras más el poder que obtienes por parecer que dices la
 verdad con audacia que por decir algo que es necesario, das una
 imagen indigna del discurso de un orador. ¿Pues qué cosa de la 10
 comunidad se ha salvado o se ha restablecido gracias a ti? ¿A
 quién de los que ultrajaban realmente la ciudad has denunciado
 o a quién de los que realmente conspiraban contra nosotros has
 señalado?³² Pero pasemos por alto los demás hechos y vayamos 2
 a esos mismos hechos que ahora reprochas a Antonio, y que son
 tantos y tan graves que nadie podría proponer un castigo digno

³⁰ Cicerón fue pretor en el 66 a. C.

³¹ Cicerón fue cónsul en el 63 a. C., y clogiado por su labor (cf. XLV 46, 3).

³² Catilina y Léntulo, en opinión de Caleno, eran inocentes (cf. *infra* § 20, 2 y sigs.).

de ellos. ¿Por qué, si tú veías que nosotros éramos injuriados por él desde un principio, tal como tú afirmas, no te enfrentaste a él desde el primer momento ni lo acusaste, y por qué nos dices ahora cuántas ilegalidades cometió mientras fue tribuno³³ y cuántos delitos mientras fue jefe de la caballería³⁴ y cuántas maldades mientras fue cónsul, cuando entonces te era posible recibir de inmediato la justa satisfacción por cada uno de los delitos? Así tú te habrías mostrado como un verdadero patriota y nosotros habríamos aplicado para dichas injusticias un castigo ineludible y sin correr riesgos. Porque es forzoso una de estas dos cosas: o bien tú, a pesar de estar convencido entonces de que las cosas eran así, te has desentendido de entablar pleitos para defendernos o bien, no pudiendo probar nada, denuncias ahora en vano.

11 «Que esto es así, senadores, os lo demostraré haciendo un examen punto por punto. “Durante su tribunado, Antonio hablaba en defensa de César”, dice. Pues también Cicerón y algunos otros lo hacían en defensa de Pompeyo: ¿por qué, entonces, le censura que eligiese la amistad de César, pero es indulgente consigo mismo y con los demás que eligieron el bando contrario? “En algunas ocasiones, Antonio impidió que entonces se votara contra César.” Pero también ese impedía todo, por así decir, cuanto se promulgaba en defensa de César. “Antonio era un obstáculo —dice— frente a la voluntad unánime del Senado.” En primer lugar, ¿cómo un solo hombre pudo tener tanta fuerza? Y después, si es verdad que fue condenado por este motivo, según él afirma, ¿cómo es que no fue castigado? “Porque huyó —dice—, huyó a refugiarse con César escapando de la ciudad.” Pues bien, también tú, Cicerón, has obrado igual: esta

³³ Marco Antonio fue tribuno de la plebe en el 49 a. C.

³⁴ Marco Antonio fue designado por César *magister equitum* en el año 48 y continuó en el 47 a. C.

vez no fue un simple cambio de domicilio, sino que huiste, igual que hiciste antes³⁵. Pero no echés tan a la ligera sobre todos nosotros tus propias vergüenzas. Pues huir es precisamente lo que has hecho, por temor a los tribunales y por conocer de antemano cuál sería tu condena. Y, claro, fue decretado tu regreso. ¿Cómo y por obra de quién? No lo digo³⁶. Pero, en efecto, se publicó ese decreto, y tú no volviste a Italia hasta que te fue concedido el regreso. Antonio, al contrario, partió junto a César, pero para informarle de lo que había sucedido, y después regresó sin solicitar ningún decreto, y finalmente la paz y la amistad que César le ofreció la extendió a todos los que entonces se encontraban en Italia. Y los demás habrían podido participar de ellas si no hubieran huido convencidos por ti³⁷.

»¿Y aun siendo los hechos así te atreves a decir que empujé a César contra la patria, promovió una guerra civil y fue el principal causante de los males que a consecuencia de ella cayeron sobre nosotros? No fue él, sino tú, el que diste a Pompeyo legiones que no le correspondían y el mando, mientras intentabas privar a César de las que se le habían concedido; tú, el que aconsejaste a Pompeyo y a los cónsules no acceder a ninguna de las propuestas de César y abandonar la ciudad y toda Italia; tú, el que ni siquiera viste a César entrar en Roma, pues habías huido a Macedonia para estar junto a Pompeyo. Pero tampoco

³⁵ Cicerón se exilió dos veces: cuando, en el 58 a. C., fue denunciado por Clodio por haber ejecutado ilegalmente a los que participaron en la conjura de Catilina (*cf. supra* § 3, 1-2 y nota; XXXVIII 17, 4) y en el 49 a. C., durante la guerra civil, para unirse a Pompeyo en Macedonia (*cf. XLI* 18, 4). Finalmente, tras el asesinato de César en el 44 a. C., había viajado a Grecia acompañando a su hijo, al que quería educar en Grecia, viaje que Caleno considera un exilio (*cf. supra* § 3, 2).

³⁶ Regresó al año siguiente, en el 57 a. C., gracias a Pompeyo (*cf. XXXIX* 8, 2).

³⁷ Los que se exiliaron para unirse a Pompeyo en la guerra contra César.

cooperaste en nada con este, sino que, observando con indiferencia los acontecimientos, lo abandonaste más tarde, cuando la suerte se volvió contra él. Así, ni le ayudaste al principio, cuando supuestamente estaba obrando de la forma más justa, ni tampoco después, cuando promovió la sedición y perturbó el orden social, sino que entonces espiabas a ambos desde una posición
4 segura. Pero, en cuanto Pompeyo fracasó, te apartaste de él inmediatamente, como si hubiera cometido algo injusto, y te pusiste del lado del vencedor, como si fuera más justo. Y así, además de otros muchos defectos, también eres un desagradecido, hasta el punto de no reconocerle que fuiste salvado por él³⁸, sino que te indignas incluso por no haber sido nombrado maestro de la caballería.

- 13 »¿Y aun sabiendo tú que eso es así te atreves a decir que Antonio no debía ser jefe de la caballería por un año entero? Entonces tampoco César debería haber sido dictador por un año entero³⁹. Pero acertada u obligadamente sucedió así, y ambas cosas fueron votadas por igual y nos parecieron bien a nosotros
2 y al pueblo. A ellos pues, Cicerón, repróchasele, si votaron algo ilegal; pero no, por Júpiter, a quienes fueron honrados por ellos, pues simplemente se mostraron dignos de recibir tan gran honor. Porque si nosotros, desbordados por los acontecimientos de entonces, nos vimos obligados a hacer esas mismas cosas, incluso en contra de lo conveniente, ¿por qué ahora culpas a Antonio de eso, pero no dijiste nada contra él entonces, aunque

³⁸ César no tomó represalias contra Cicerón por haberse puesto del lado de Pompeyo y ser un oponente formidable: cuando Cicerón, derrotado, le salió al encuentro, fue perdonado por César (cf. PLUTARCO, *Cicerón* 39, 5).

³⁹ El jefe de la caballería, *magister equitum*, era un cargo de confianza elegido por el dictador y su duración estaba ligada a la del dictador, seis meses; pero ese año (48 a. C.) todo fue excepcional: César estuvo un año entero como dictador (cf. XLII 21, 1-2; XLV 28, 1) y Antonio continuó al año siguiente también como *magister equitum* (cf. XLII 32, 1).

podías? ¿Porque tenías miedo, por Júpiter! ¿Y tú, que callaste entonces, pretendes comprensión para tu cobardía, pero ese, porque fue honrado por encima de ti, deberá recibir un castigo por su virtud? ¿Dónde has aprendido esa idea de justicia o dónde has leído esas leyes?

»“Pero no actuó rectamente durante su etapa de jefe de la caballería.” ¿Por qué? “Porque compró —dice— los bienes de Pompeyo⁴⁰.” ¡Cuántos otros compraron otras tantas cosas y nadie les pide cuentas! Pues es por ese procedimiento como se confiscan las propiedades: se sacan al mercado y son pregonadas por la voz de un heraldo del Estado, para que cualquiera las compre. “Pero no tenía que haber comprado las posesiones de Pompeyo.” Entonces fuimos nosotros quienes cometimos una falta y obramos mal al ponerlas a la venta. A menos que, para que nadie nos eche la culpa a ti o a nosotros, fuera César quien delinquirió de lleno al ordenar que se hiciese así; al cual, por cierto, no le hiciste ningún reproche. Pero es en lo que sigue donde se hace evidente que Cicerón está totalmente loco. Y es que ha acusado a Antonio de dos cosas de lo más contradictorias. Una, porque dice que, habiendo colaborado con César en muchísimos asuntos y recibido por eso enormes recompensas de aquel, después se le tuviera que reclamar por la fuerza el valor de las mismas. La otra, porque dice que, puesto que no heredó nada de su padre y, además, todo cuanto tenía lo devoró como Caribdis⁴¹ (siempre nos trae referencias de Sicilia, para que no se nos olvide que estuvo exiliado allí), no llegó a pagar el valor de lo que compró.

⁴⁰ Cf. XLV 28, 3.

⁴¹ Junto con Escila, son las mujeres monstruo que aparecen en la *Odisea*, y que se tragan a los marineros que pasaban entre ellas; tradicionalmente se ubicaban en el estrecho de Mesina, entre Italia y Sicilia. Cicerón, en efecto, hizo alusión a Escila con estas mismas palabras (cf. XLV 28, 4).

15 »En estas acusaciones, al decir cosas tan contradictorias, nuestro admirable orador se refuta a sí mismo. ¡Pero, por Júpiter, también en las demás acusaciones! Porque unas veces dice que Antonio colaboró en todo lo que hacía César y que por ello es el máximo responsable de todos los males patrios; pero otras veces, afeándole su cobardía, le reprocha que no participara en nada salvo en lo que llevó a cabo en Tesalia⁴². Otro ejemplo: lo acusa diciendo que trajo a algunos de los que estaban en el exilio y, por otro lado, le censura que no concediera el regreso también a su tío⁴³, como si alguien creyera que, de haber podido traer a cualquiera, no habría hecho regresar a aquel el primero, porque ni Antonio tenía ninguna queja contra su tío ni este contra Antonio, como ese sabe muy bien. Por supuesto que ha hecho muchas y temerarias acusaciones contra él, pero no se atrevió a decir nada semejante. En definitiva, no le importa en absoluto soltar, como escupitajo⁴⁴, todo lo que le viene a la lengua.

16 »¿Para qué seguir más lejos con este asunto? Pero cuando ese pasea declamando como en una tragedia, y ahora habló así al afirmar que Antonio ofrecía la cara más negativa del maestro de la caballería por recurrir en todo lugar y con cualquier pretexto a la espada, a la púrpura, a los lictores y a los soldados, que me diga claramente en qué⁴⁵ fuimos víctimas de estas cosas⁴⁶. Pero él nada puede decir, porque si pudiera, es lo primero que habría contado. Pues muy al contrario, los que se rebelaron

⁴² Se refiere a la batalla de Farsalo, ciudad de Tesalia situada en la zona centro-este de Grecia, donde César, que había confiado el ala izquierda a Antonio, derrotó definitivamente a Pompeyo (año 48 a. C.).

⁴³ Gayo Antonio Híbrida, cuya hija, Antonia, fue la segunda mujer de Marco Antonio, y, por lo tanto, prima carnal suya (cf. XLV 47, 3).

⁴⁴ *Lei pŕýsma: pneúma* códices (Boissevain): *plýma* Naber (Cary).

⁴⁵ *kai tí* códices (Boissevain): *pôs kai tí* Cobet (Cary).

⁴⁶ Sobre la ostentación de poder de Antonio cf. XLII 27, 2 y XLV 29, 2.

entonces y cometieron toda clases de tropelías eran Trebelio y Dolabela⁴⁷, mientras que Antonio, incluso en aquellos momentos, no cometió ningún delito y hacía todo en vuestro favor, de modo que la guardia de la ciudad que vosotros le habíais confiado la volvió contra aquellos, sin que se opusiera ese admirable orador (pues estaba presente); es más, incluso con su consentimiento. O que señale qué palabra salió de su boca cuando vio el desenfreno y la barbarie, como él mismo censura, para no hacer nada de lo que había que hacer, aunque había recibido de vosotros tanta autoridad. No podría señalar ninguna. Así es ese gran orador y amante de la ciudad, que en todo lugar y a todas horas va con la misma cantinela diciendo: "Yo soy el único que lucho por vuestra libertad, yo soy el único que hablo abiertamente en defensa de vuestra democracia; ni el favor de los amigos ni el miedo de los enemigos me aparta de mirar por vuestro interés; yo, si he de morir por los discursos que pronuncio en vuestra defensa, moriré con sumo agrado". Ni una sola palabra de las que ahora grita se atrevió a decir entonces. Pero es muy natural. Pues le ocurría que encontraba razonable aquel comportamiento: Antonio recurría a los lictores y al vestido bordado con púrpura⁴⁸ de acuerdo con las costumbres ancestrales sobre los maestros de la caballería, mientras que la espada y los soldados los utilizaba contra los rebeldes en casos de necesidad. ¿Qué fechoría entre las más terribles no habrían cometido aquellos, si Antonio no les hubiera hablado con esa protección, cuando incluso así algunos lo despreciaban?

⁴⁷ Lucio Trebelio fue partidario de César y después de M. Antonio. Publio Cornelio Dolabela, casado con Tulia, hija de Cicerón, cambió de bando en numerosas ocasiones: de Pompeyo se pasó muy pronto a César, luego a los asesinos de César, después se pasó a Marco Antonio, y murió en su enfrentamiento con Casio. Sobre los hechos a los que se aluden aquí véase XLII 29, 1.

⁴⁸ Es la túnica angusticlavia, con las franjas algo más estrechas (de unos dos dedos) que la laticlavia de los senadores (véase nota al § 29, 5)

17 »Que, en efecto, esas prácticas y todas las demás se realiza-
 ron de un modo correcto y siguiendo el estricto criterio de Cé-
 sar, lo demuestran los hechos. Pues la sedición no fue más allá,
 y Antonio no solo no rindió cuentas por esos actos, sino que
 2 después de aquello fue designado cónsul⁴⁹. Y, por favor, obser-
 vad cómo ejerció ese poder; pues encontraréis que su mandato,
 si lo examináis detalladamente, fue muy apreciado por la ciu-
 dad. Y sabiendo eso Cicerón no controló su envidia, sino que
 se atrevió a calumniarlo por las mismas acciones de las que se
 3 habría ufano de haberlas hecho él. Por eso ha traído aquí lo
 de la desnudez, lo del ungüento y aquellos antiguos mitos⁵⁰, no
 porque hoy necesitara mencionarlo, sino para ensombrecer con
 4 su charlatanería el ingenio y el éxito de Antonio. Fue Antonio
 el que, ¡oh, tierra y dioses! (voy a clamar más alto que tú⁵¹ y voy
 a invocarlos con más justicia), viendo que la ciudad, de hecho,
 ya estaba tiranizada —puesto que todas las legiones obedecían
 a César—, y que todo el pueblo junto con el Senado se le some-
 5 tía, hasta el punto de votar, entre otros acuerdos, que fuese dic-
 tador de por vida⁵² y que usara el ropaje de los reyes⁵³, fue él
 quien se lo reprobó de la manera más inteligente y lo contuvo
 con la mayor firmeza, hasta que, haciéndole sentir vergüenza y
 temor, César rechazó el título de rey y la diadema que él, en

⁴⁹ Año 44 a. C. Eso fue tres años después de ser maestro de la caballería (años 48 y 47 a. C.).

⁵⁰ Cf. XLV 30, 1. Los antiguos mitos se refieren a los ritos de las Lupercales.

⁵¹ El «¡oh, tierra y dioses!» lo había pronunciado antes Cicerón (cf. XLV 29, 2).

⁵² El cargo estaba limitado a seis meses (véase *supra* § 13, 1 y nota; XLIV 8, 4).

⁵³ El Senado le autorizó que usara siempre una túnica totalmente purpúrea, que solo usaban los antiguos reyes de Roma y los triunfadores el día de su triunfo (cf. XLIV 6, 1).

contra de nuestra voluntad, se iba a otorgar a sí mismo. Cual- 6
quier otro habría dicho que fue César quien le ordenó hacer
aquellas cosas y habría pretextado obediencia debida y solici-
tado el perdón con esa excusa: ¿cómo no, cuando nosotros
votábamos tales acuerdos y los soldados ostentaban tanto po- 7
der? Pero Antonio, puesto que estaba familiarizado con el modo
de pensar de César y conocía al detalle todo cuanto se iba a lle-
var a cabo, lo apartó de aquellas pretensiones de la forma más
sensata hasta disuadirlo totalmente. Y la prueba es que César ya 8
no hizo absolutamente nada como un monarca; es más, se rela-
cionaba con todos nosotros en público y sin guardia personal:
ese fue el principal motivo por el que pudo acabar como acabó.

»Eso, Cicerón o Ciceroncito o Ciceroncín o Ciceroncillo o 18
Grieguecito⁵⁴, o como te guste llamarte, es lo que hizo el que
carecía de cultura e iba desnudo y perfumado. Nada de lo cual 2
has hecho tú, el experto, el sabio, el que consumes mucho más
aceite que vino⁵⁵, el que dejas que la toga te caiga hasta los to-
billos⁵⁶; pero no, por Júpiter, como los bailarines, que te ense-
ñan una gran variedad de pensamientos con sus posturas, sino
para ocultar la ridiculez de tus piernas. Pues no haces esto por 3
recato, tú, que hasta la saciedad has hablado sobre el modo de
vida de Antonio. ¿Quién no ve los delicados mantos que llevas?
¿Quién no huele tus canas repeinadas? ¿Quién no sabe que re-
pudiaste a tu primera mujer⁵⁷, que te dio dos hijos, y, siendo ya
viejísimo, tomaste a otra⁵⁸, que era una adolescente, para pagar

⁵⁴ Por haber estudiado retórica en Grecia, con lo que Caleno se burla de la incapacidad natural de Cicerón para la oratoria (*cf. supra* § 7, 2.).

⁵⁵ Cicerón era abstemio y se quedaba escribiendo hasta altas horas de la noche a la luz de lucernas de aceite (*cf. infra* 18, 5).

⁵⁶ Era un signo de afeminamiento (*cf. HORACIO, Sátiras* I 2, 25).

⁵⁷ Terencia, con la que tuvo dos hijos, Tulia y Marco.

⁵⁸ Publilia, una joven y rica heredera. Cicerón tenía sesenta años y el matrimonio duró solo un año.

4 tus préstamos? Sin embargo, tampoco retuviste a esta, para poder tener así segura a Cerelia³⁹, con la que cometiste adulterio —aunque era tan vieja que te llevaba más años que tú a la joven aquella con la que te casaste— y a la que escribes unas cartas como las que podría escribir un hombre rijoso y deslenguado
5 atraído por una mujer septuagenaria. Por lo demás, fui arrastrado a decir todo esto, senadores, para que tampoco él salga con menos daño que yo en tales temas. Sin embargo, se atrevió a censurar a Antonio por cierto banquete mientras él, según dice, solo bebe agua, para pasar la noche escribiendo los discursos contra nosotros; pero cría a su hijo con tal cantidad de alcohol,
6 que no está cuerdo ni de noche ni de día. Además comenzó a calumniar la boca de Antonio, cuando él ha utilizado a lo largo de toda la vida tal libertinaje y sordidez, que ni siquiera excluyó a los parientes, sino que prostituyó a su mujer y mantuvo relaciones con su hija.

19 »Pero dejaré estos asuntos para volver al punto donde me aparté del discurso. Pues Antonio, aquel contra el que ese se ha lanzado, viendo a César alzarse sobre nuestra república, consiguió que no hiciera nada de lo que se proponía, y para ello recurrió a aquellas cosas que parecían agradar más a César. Pues nada disuade tanto a quienes por desear alcanzar el éxito actúan de forma incorrecta, como que aquellos que temen sufrir esas
2 desgracias hagan creer que desean soportarlas. En efecto, los poderosos, conscientes de las injusticias que cometen, son desconfiados y, si creen que han quedado en evidencia, se avergüenzan y tienen miedo, y entonces interpretan lo que se les dice con un sentido diferente: lo dicho en tono crítico lo toman como adulación y, cuando se les dice con pudor las consecuencias que puedan tener estas cosas, sospechan de una conspira-
3

³⁹ Amiga de Cicerón, con la que al parecer mantuvo una relación epistolar de carácter intelectual y de amistad.

ción. Pero Antonio, que sabía esto perfectamente, optó primero 4
 por participar en las Lupercales y en aquella procesión, para
 asegurarse que César, libre de todo prejuicio en el ambiente
 festivo de aquellos actos, volviera a la sensatez; y después por
 ir así hasta el foro y a la tribuna de oradores⁶⁰, para que César
 sintiera vergüenza ante aquellos lugares. Y canalizó los manda- 5
 tos que le llegaban del pueblo, para que César al oírlos razonara
 no que todos ellos eran cosas que decía entonces Antonio, sino
 que era lo que el pueblo romano habría encargado decir a al-
 guien. ¿Cómo iba a creer César que el pueblo romano le habría
 encargado a alguien decir tales cosas, cuando ni sabía que el
 pueblo hubiera votado nada en tal sentido ni habían llegado a
 sus oídos gritos pidiéndolas⁶¹? En efecto, era necesario que Cé- 6
 sar oyera esos mandatos del pueblo en el foro romano, en donde
 muchas veces habíamos adoptado muchas decisiones en defen-
 sa de la libertad; y en la tribuna de oradores, desde donde en
 innumerables ocasiones hicimos surgir innumerables iniciativas
 en defensa de la democracia; y en la procesión de las Luperca-
 les, para que se acordara de Rómulo⁶²; y de labios del cónsul,
 para que tuviera en mente las acciones de los antiguos cónsules;
 y en nombre del pueblo, para que tuviera presente en su ánimo 7
 que intentaba ser tirano no de africanos, galos o egipcios, sino
 de los propios romanos. Esas palabras de Antonio lo disuadie-
 ron y lo volvieron más humilde. Pues se habría puesto muy

⁶⁰ En latín recibía el nombre de *Rostra*, porque allí se colocaron los espolones (*rostra*) de las naves que Gayo Menio derrotó en el 338 a. C. También era el lugar donde se colgaban las cabezas de los enemigos de la ciudad (cf. XLVII 8. 3).

⁶¹ En efecto, cuando Antonio ofreció a César la diadema y lo llamó rey, César consideró que lo que hacía Antonio era un mandato del pueblo (cf. XLIV 11); pero había también una amplia corriente que censuraba su pretensión de convertirse en rey.

⁶² Cf. XLV 30, 1.

pronto la diadema, si cualquier otro se la hubiera ofrecido; pero desde entonces aquellos hechos lo dejaron conmocionado, estremecido, atemorizado.

- 8 »Ahí tienes las obras de Antonio. Él en modo alguno puso el pie en un barco para huir, ni se quemó la mano por temor a Porsena, sino que puso fin a la tiranía de César con sabiduría y
 20 pericia, superando la lanza de Decio y la espada de Bruto⁶³. Pero tú, Cicerón, en tu consulado, ¿qué cosa hiciste que se pueda considerar sabia o buena, y no digna del mayor castigo? Y a nuestra ciudad, que estaba tranquila y en armonía, ¿no la soliviantaste y sublevaste llenando el foro y el Capitolio entre otras
 2 gentes también con esclavos que llamaste para tu servicio? Y a Catilina, solo por aspirar a cargos públicos, pero que ninguna otra cosa terrible había hecho, ¿no lo eliminaste de mala manera? Y a Léntulo y sus seguidores, que ni habían cometido injusticia alguna, ni fueron juzgados ni se confesaron culpables, ¿no los aniquilaste de un modo lamentable, aunque, eso sí, tú en muchas ocasiones y en muchos lugares no has dejado de parlotear sobre leyes y tribunales? Pero si alguien quitara de tus dis-
 3 cursos esas disertaciones jurídicas, nada queda. Pues a Pompeyo lo acusabas porque hizo un juicio a Milón en contra de las normas establecidas; pero tú no aplicaste a Léntulo nada, ni grande

⁶³ Personajes de la Roma antigua nombrados antes por Cicerón (cf. XLV 32, 3). Porsena fue el rey etrusco contra el que atentó G. Mucio Escévola; pero, al fallar y ser descubierto, metió la mano derecha en las ascuas de un sacrificio y, ante la atónita mirada de Porsena, se la dejó quemar para demostrar su valor (cf. TITO LIVIO, II 12; DION, IV 14). L. Junio Bruto dirigió la revuelta contra Tarquinio el Soberbio enarbolando la espada con la que se había suicidado Lucrecia, tras ser violada por un hijo de Tarquinio (cf. DION, II 13 y sigs.; TITO LIVIO, II 12; etc.); L. Junio Bruto y L. Tarquinio Colatino, el marido de Lucrecia, fueron los dos primeros cónsules de Roma. P. Decio Mure, padre, hijo y nieto, se consagraron a los dioses infernales para dar la victoria a los romanos en tres batallas diferentes (cf. TITO LIVIO, VIII 9, 6-8; X 28, 13).

ni pequeño, de lo que hay legislado para estos casos, sino que arrojaste a Léntulo a la cárcel, un hombre respetable y anciano que desde sus antepasados había dado muchas y grandes pruebas de su amor a la patria, y que por su edad y actitudes era totalmente incapaz de tramar nada. Pues, ¿qué mal padecía que 4
habría sanado con el cambio de la situación política? ¿O cuál de los bienes que tenía no corría el riesgo de perderlo si se implicaba en una conspiración? ¿Qué armas había acumulado o cuántos aliados tenía dispuestos para que un hombre, que había sido cónsul y entonces era pretor, y que ni pudo hablar para defenderse ni oír de qué se le acusaba, cayera en la cárcel de forma tan lamentable e impía y allí se consumiera como el peor de los malhechores? Pues así fue como lo deseó precisamente 5
ese bello Tulio, para matar en el lugar de su mismo nombre⁶⁴ al nieto de aquel Léntulo que una vez fue príncipe del Senado⁶⁵. 21
Y, sin embargo, ¿qué habría hecho él entonces si hubiera dispuesto de un poder armado, él, que ha llevado a cabo tales y tan graves atrocidades con solo sus discursos? Estos son tus ilustres éxitos; esos, tus grandes hazañas militares. Con ellos alcanzaste tanta gloria, que no solo fuiste condenado por los demás, sino que tú votaste contra ti mismo, de modo que marchaste al exilio antes incluso de ser juzgado⁶⁶. Sin embargo, ¿qué otra prueba 2
mayor de tu perfidia que el hecho de que estuvieras a punto de perecer a manos de aquellos mismos en cuyo beneficio pretextabas haber actuado así y de que, de entre ellos, temieras a aquellos mismos de los que decías haber sido su benefactor y de

⁶⁴ Porque Tullianum (por Servio Tulio) era el antiguo nombre de la cárcel Mamertina (entre el foro y el Capitolio, próxima a la Curia) y Cicerón se llamaba M. Tulio (*Tullius*).

⁶⁵ El abuelo de Léntulo, P. Cornelio Léntulo, había sido cónsul *suffectus* en el 162 a. C. y *princeps senatus*: no era el presidente, sino el senador de más prestigio y el primero en dar su opinión (y, por lo tanto, orientaba el voto).

⁶⁶ Cf. *supra* § 3, 2 y nota.

- que no esperaras ni a oír una palabra de ellos ni a decirles una palabra, tú, el genio, el entendido, el que ayudaba a los demás, pero que encontraste la salvación en la huida, como si escaparas
- 3 de una batalla? Y eres tan desvergonzado, que te pusiste a escribir una obra⁶⁷ acerca de estos hechos que son de tanta gravedad, cuando era necesario que suplicas que ninguno de los otros escribiera nada sobre aquellos hechos, a fin de conseguir una cosa: que se perdieran contigo todas las cosas hechas por ti y no dejaras ningún recuerdo de ellas a las generaciones venideras.
- 4 Y para que también riáis, oíd cuál es su sabiduría. Pues habiéndose propuesto escribir todo lo que ha sucedido en Roma (porque él se presenta como sofista, poeta, filósofo, orador e historiador), comenzó no a partir de la fundación de la ciudad, como han hecho los demás historiadores, sino a partir de su consulado, para, avanzando hacia atrás, hacer que sea su consulado el comienzo de esa historia y el final, el reinado de Rómulo.
- 22 »Di entonces, tú que escribes tales cosas pero haces esas otras, ¿cuáles son las que un hombre bueno debe decir en la tribuna y hacer de hecho? Pues tú eres mejor exhortando a los otros para cualquier cosa que haciendo lo que se debe, y eres
- 2 mejor censurando a los otros que corrigiéndote a ti mismo. Sin embargo, ¡cuánto mejor sería que tú, en vez de la cobardía que le reprochas a Antonio, te desprendieras de tu molicie de alma y de cuerpo y, en vez de la deslealtad que le echas en cara, no hicieras nada desleal ni desertaras y, en vez de la ingratitud de que lo acusas, no cometieras injusticias con tus benefactores!
- 3 Pues, en efecto, todos los vicios connaturales en él⁶⁸ se resumen en este solo: que de todos odia especialmente a quienes le han hecho algún beneficio, y a los otros siempre los halaga,

⁶⁷ Obra perdida en la que Cicerón ponía en verso su gestión durante su consulado, y que fue objeto de burlas.

⁶⁸ Cicerón.

pero al mismo tiempo conspira contra ellos. Para dejar lo demás, solo diré que a pesar de haber obtenido la compasión de César y, gracias a él, haberse salvado e inscrito entre los patricios⁶⁹, lo mató, no por propia mano (¿cómo, siendo cobarde y mujeril?) sino convenciendo y sobornando a los que lo hicieron. Y que esto que digo es verdad, os lo mostrarán aquellos mismos: 4 cuando entraron corriendo en el foro con las espadas desenvainadas, lo llamaron una y otra vez por su nombre diciendo "¡Cicerón!", como todos oísteis⁷⁰. Él, en efecto, mató a aquel que 5 era su benefactor, César; y de él, de Antonio, habiendo recibido el sacerdocio y la salvación (cuando a punto estuvo de perecer en Brindis⁷¹ a manos de los soldados⁷²), le devuelve casualmente tales favores acusándolo de aquello que ni él ni nadie le reprochó nunca y recurriendo a imputaciones que alababa en otros. Y en cuanto al César actual (Octavio), aunque no tenía 6 edad⁷³ para desempeñar cargos ni para gestionar ningún asunto político ni había sido elegido antes por nosotros, viendo que conseguía una fuerza armada y que se ponía al frente de una guerra sin que lo hubiéramos votado ni se la hubiéramos encomendado, ¿no solo no le pide cuentas, sino que lo alaba! Así, ni 7 busca lo que es junto de acuerdo con las leyes ni lo que convie-

⁶⁹ César perdonó a Cicerón tras la batalla de Farsalo (*cf. supra* § 12, 4). Sobre si Cicerón accedió a la clase de los patricios gracias a César, no tenemos más datos que este de Dion.

⁷⁰ *Cf.* XLIV 20, 4.

⁷¹ Su nombre antiguo era Brentesio en griego y Brundisium en latín; en italiano, Brindisi. Era una importante ciudad portuaria en el sur de Italia para cruzar el Adriático y pasar a Grecia y a Asia Menor.

⁷² Según Caleno, Cicerón le debe el sacerdocio a Antonio porque este retiró su candidatura. Y quien le salvó la vida a Cicerón en Brindis fue Catón (*cf.* PLUTARCO, *Cicerón* 39, 2).

⁷³ Octavio, que había nacido en el 63 a. C., tenía entonces (1 de enero del 43) diecinueve años.

ne atendiendo al bien común, sino que todo lo realiza a su capricho: por los mismos hechos glorifica a unos y denuncia a otros, acusándoos falsamente y calumniándoos. Pues todo lo que ha hecho Antonio después de la muerte de César encontraréis que ha sido ordenado por vosotros. Y en lo referente a la administración del dinero y a la interpretación de los documentos de César⁷⁴ creo que huelga hablar de ello. ¿Por qué? Porque, primero, sería entrometerse en lo que corresponde a quien ha heredado la hacienda de César y, segundo, si es que hay algo de verdad respecto a una fraudulenta interpretación del testamento, entonces es necesario impedirlo al instante. Pues ninguna cosa, Cicerón, se hizo bajo cuerda, sino que todo se escribió en estelas, como tú mismo reconoces⁷⁵. Pero si aquel delinquiró tan clara y desvergonzadamente como dices y se apoderó de toda Creta porque supuestamente, según los escritos de César, debía quedar libre tras el mandato de Bruto⁷⁶ (y dices que Bruto recibió de nosotros ese mandato después de la muerte de César), ¿cómo tú habrías podido callar o cómo cualquier otro podría haberlo soportado? Pero todo esto, como dije, lo dejaré a un lado. Pues la mayoría de esas acusaciones se han formulado sin dar nombres y Antonio, que es el único que puede explicaros cada una de las cosas que ha hecho, no está presente. Y en cuanto a Macedonia, la Galia y las demás provincias y legiones ahí están vuestros decretos, senadores, según los cuales a cada uno le encargasteis una provincia, y a Antonio le confiasteis la Galia con los soldados. Y esto también lo sabe Cicerón; pues estaba presente, y todas las demás decisiones habían sido votadas igualmente por vosotros. Sin embargo, ¡cuánto mejor habría

⁷⁴ Antonio se quedó con el testamento de César (cf. XLIV 53, 2).

⁷⁵ Cf. XLV 23, 7.

⁷⁶ Cicerón le reprochaba a Antonio que César no había dejado escrito nada sobre Creta (cf. XLV 32, 4).

sido oponerse entonces —si alguna de esas cosas no se hacía de un modo conveniente— y revelarnos lo que ahora propone, que callar en aquel instante, dejando que entonces os equivocaraís, y ahora denunciar de palabra a Antonio pero de hecho acusar al Senado!

»Pues de ninguna manera podría decir esto alguien sensato: 24
que Antonio os forzó a votar esas medidas; porque tampoco él tenía ninguna fuerza como para obligaros a hacer algo en contra de vuestra opinión, y además su proceder ha sido siempre en defensa de la ciudad. Y, puesto que las legiones habían sido 2
enviadas por delante y estaban agrupadas y, además, había miedo de que estas, al enterarse de la muerte de César, se sublevaran y, eligiendo a algún irresponsable, de nuevo entraran en guerra, a vosotros os pareció lo mejor —y actuabais recta y acertadamente— poner a Antonio al mando de las legiones, pues era el cónsul, el que os había guiado a la concordia y el que había extirpado la dictadura de nuestro sistema político. Por eso 3
le disteis la Galia en vez de Macedonia, para que, estando entonces en Italia⁷⁷, no llegara a cometer ningún desliz y cumpliera al punto lo que le habíais ordenado.

»A vosotros os dije esto para que supierais que habéis deli- 25
berado correctamente. Y en cuanto a Cicerón me bastaría con destacar los siguientes puntos: que cuando sucedieron todos esos hechos él estaba presente y votó con nosotros esas decisiones, y que Antonio ni tenía ningún soldado ni en absoluto podía amenazarnos con algo espantoso, lo cual podría habernos impedido tomar alguna decisión conveniente. Pero si entonces callas- 2
te, dime ahora, ¿qué teníamos que haber hecho nosotros si las cosas estaban así? ¿Dejar las legiones sin mando? ¿Cómo no iban a causar innumerables males en Macedonia y en Italia? ¿Poníamos al frente a algún otro? Pero ¿a qué otro habríamos encontra- 3

⁷⁷ Se entiende que es la Galia Cisalpina, al sur de los Alpes (*cf. infra* § 55, 4).

do más idóneo y adecuado que Antonio, que era el cónsul, el que dirigía todos los asuntos de la ciudad, el que tanto vigilaba nuestra concordia, el que daba innumerables muestras de buena voluntad para con la comunidad? ¿O elegíamos a uno de los asesinos? Por lo demás, ni siquiera para ellos era seguro vivir en Roma. ¿Elegíamos a alguno de los que estaban en el bando contrario de estos⁷⁸? Todos sospechaban de esos otros. Y, aparte de Antonio, ¿quién había más digno o quién sobresalía en experiencia? Pero tú estás indignado porque no te elegimos. Pero ¿qué cargo desempeñas ahora? ¿Qué cosa no te habrías atrevido a hacer con armas y soldados, tú, que perturbaste tanto y hasta tal punto la ciudad bajo tu consulado con esas antítesis a las que recurres, lo único en lo que eres un maestro consumado? Pero vuelvo sobre lo mismo: que también estabas presente en esos momentos, cuando se tomaron aquellas decisiones, y nada dijiste en contra, sino que estuviste de acuerdo con todas ellas por ser evidente que eran las mejores y además necesarias. Y en modo alguno estabas falto de libertad de expresión, pues mucho ladras en vano. Tampoco temías a nadie. ¿Cómo podrías temer a uno desnudo, tú, que no temes a un hombre armado? ¿Cómo podrías temer a un hombre solo, tú, que no temes al que tiene tantos soldados⁷⁹? Porque al menos tú te vanaglorias de esto, de que, según dices, desprecias la muerte⁸⁰.

3 »Estando así las cosas, ¿quién os parece que actuaba más injustamente, Antonio, que dosificaba los poderes que le fueron concedidos por vosotros, o César (Octavio), que se rodeaba de

⁷⁸ Se refiere a Lépido: si quitamos a los asesinos de César y a los defensores de César (Antonio y Octavio), y a Sexto Pompeyo, que estaba en España, solo nos queda Lépido, que en verdad actuó de inmediato contra los asesinos (cf. XLIV 22, 2; 34, 5).

⁷⁹ El desnudo es el Antonio de las Lupercales, el armado con tantos soldados es Octavio (cf. *infra* § 26, 3).

⁸⁰ Cf. XLV 46, 4-5.

tanta fuerza propia⁸¹? ¿Antonio, que ha partido para hacerse cargo del poder que le ha sido encomendado por nosotros, o (Décimo) Bruto⁸², impidiéndole llegar a la región⁸³? ¿Antonio, que 4
 quiere obligar a nuestros aliados a cumplir nuestros decretos, o los aliados, que no reciben al gobernador que les hemos enviado, pero acogen a quien ha sido apartado por vuestros decretos? ¿Antonio, que mantuvo juntos a nuestros soldados, o los 5
 soldados, que abandonaron a su jefe⁸⁴? ¿Antonio, que no dejó entrar en Roma a ninguno de los soldados que le fueron entregados por nosotros, o César (Octavio), que trajo hasta aquí mediante soborno a soldados que eran antiguos veteranos? Yo creo 6
 que no se necesitan más palabras para demostrar que Antonio ha llevado a cabo rectamente todo lo que le hemos ordenado, mientras que esos deben ser castigados por lo que se atrevieron a hacer por iniciativa propia. Por eso os hicisteis proteger con los 7
 soldados, para deliberar con seguridad sobre la situación del momento, no por causa de Antonio, porque pudiera hacer algo en su provecho u os provocara temor por algo, sino por causa de aquel⁸⁵ que ha reunido una fuerza contra Antonio y en muchas ocasiones mantiene muchos soldados en la propia Roma.

»Estas cosas las dije, en efecto, a causa de Cicerón, pues él 27
 empezó al pronunciar ante vosotros un discurso injusto; porque

⁸¹ Cf. XLV 12, 2-4; 13, 3-4.

⁸² Décimo Junio Bruto Albino, uno de los asesinos de César (no confundir con Marco Bruto), había sido lugarteniente de Julio César, luchó a su lado contra Pompeyo y fue nombrado gobernador de la Galia Cisalpina en el 43 a. C., región en la que se hará fuerte.

⁸³ Es la Galia Cisalpina; en concreto, como se verá más adelante, en torno a Módena y Bolonia. Octavio había pactado con Décimo Bruto (a pesar de ser uno de los asesinos de César) para ir contra Antonio (cf. XLV 15, 1-2).

⁸⁴ Dion alude a los soldados de Antonio que se pasaron a César (cf. XLV 13, 2-4).

⁸⁵ Octavio.

yo de ninguna manera soy pendenciero como ese ni me cuido de entrometerme en los males ajenos, como ese se vanagloria siempre de hacer. Pues lo que a vosotros os exhorto, que no es ni por complacer a Antonio ni por calumniar a César (Octavio) o a (Décimo) Bruto, sino deliberando en defensa de lo que conviene a la comunidad, sea lo que sea, ahora ya lo voy a explicar.

- 2 Afirmo que ni hay que considerar enemigo a ninguno de aquellos que han tomado las armas, ni tampoco hay que hacer una investigación escrupulosa sobre qué han hecho o cómo han actuado. Pues tampoco el momento presente es adecuado para esto siendo todos ellos ciudadanos nuestros por igual: si alguno de ellos cayera en desgracia, se perderá para nosotros, y, si
- 3 triunfa, se levantará contra nosotros. Por eso, en efecto, creo que es necesario tratarlos patriota y amistosamente y enviarles a todos por igual mensajeros que les ordenen deponer las armas y ponerse a nuestra disposición tanto ellos como sus legiones; y que por el momento no declaremos la guerra contra ninguno de ellos, sino que, según las respuestas que nos den, elogiemos a quienes acepten obedecer estas órdenes que les enviamos y
- 4 hagamos la guerra a los que desobedezcan. Pues lo justo y conveniente para nosotros es no apresurarse ni hacer nada precipitadamente, sino aguardar y, después de haberles dado a estos y a sus soldados una oportunidad para cambiar su forma de pensar, entonces sí, si fuera necesaria la guerra, ordenarles a los cónsules que la lleven adelante.

- 28 »Y a ti, Cicerón, te exhorto a no tener un ánimo mujeril, a no imitar a Bambalión⁸⁶ y a no provocar guerras ni, a causa de tu particular enemistad con Antonio, por llevarla al terreno público, a poner en peligro toda la ciudad. Actuarás bien si te reconcilias con aquel con quien en muchas ocasiones mantuviste relaciones de amistad. Pero si mantienes sentimientos irrecon-

⁸⁶ Cf. *supra* § 7, 1 y XLV 47, 4.

cillables hacia él, evítanos esa decepción y, puesto que has sido el causante de que exista esa amistad entre nosotros, no la rompas; por el contrario, recuerda aquel día y aquel discurso que pronunciaste en el recinto sagrado de la diosa Tierra⁸⁷, y aprovéchate de esa Concordia⁸⁸ con la que ahora estamos deliberando para no volver a proferir aquellas calumnias, pronunciadas no desde una intención recta sino guiado por algún otro interés. Pues esto conviene a la ciudad y esto te aportará la mayor gloria. Y no creas que mantener tu animosidad te da fama y seguridad, ni digas que desprecias la muerte ni confíes en que te elogiarán por eso. Pues de tales hombres todos sospechan y los odian, en la idea de que se atreverían a cualquier disparate por demencia. Sin embargo, a los que ven que tienen en la mayor estima su propia salvación, los alaban y elogian en la idea de que voluntariamente no hacen nada que los lleve a la muerte. Si tú, en efecto, quieres salvar la patria, ¡di y haz cosas tales con las que te salves tú mismo y no, por Júpiter, con las que nos destruirás a todos!».

Cuando Caleno terminó de decir tales cosas, Cicerón no lo soportó nada bien, pues siempre utilizaba contra todos por igual un lenguaje directo y desmedido; pero no consideraba digno que los demás emplearan con él esa misma libertad de lenguaje⁸⁹. Entonces Cicerón, dejando el análisis de la situación política, se instaló en la injuria contra Caleno, de modo que aquel día transcurrió totalmente en vano a causa de este incidente. Pero durante el siguiente día y el tercero se pronunciaron muchos y diferentes discursos por ambos bandos, imponiéndose los parti-

⁸⁷ El templo de la diosa Tellus estaba en el Esquilino. Sobre el discurso de Cicerón, pronunciado 17 de marzo del 44 a. C., días después del asesinato de César, con motivo de la festividad de esta diosa *cf.* XLIV 22, 3 y sigs.

⁸⁸ La diosa Concordia tenía su templo en el foro, al pie del Capitolio.

⁸⁹ Sobre el carácter altivo de Cicerón *cf.* XXXVIII 12, 7.

darios de César (Octavio). Así, se aprobó por votación lo siguiente: por una parte, que se erigiera una estatua al propio César (Octavio) y que se le admitiera en las deliberaciones del Senado entre los que ya habían sido cuestores⁹⁰; que pudiera presentarse a las demás magistraturas diez años antes de lo dispuesto por la ley, y que tomara de la ciudad el dinero que había gastado en soldados, pues los había equipado a su costa en defensa de la ciudad. Por otro lado, se aprobó que a los soldados, tanto a los suyos como a los que habían abandonado a Antonio⁹¹, se les impidiera entrar en ninguna otra guerra y que se les dieran tierras de inmediato, y que se enviase a Antonio una embajada para ordenarle que dejara las legiones y la Galia y se dirigiera a Macedonia. A los que luchaban junto a él les avisaron de que debían regresar a sus ciudades dentro de un plazo fijado, o saber que se les pondría en el bando de los enemigos de Roma; y, más aún, a los senadores que habían sido nombrados por Antonio gobernadores de provincias los destituyeron y resolvieron enviar otros en su lugar. Fueron entonces ratificadas estas medidas; pero no mucho después, incluso antes de que se conociera la opinión de Antonio, votaron que la situación era de desorden general⁹² y se despojaron de las ropas de senador⁹³ y ordenaron a los cónsules y a César (Octavio) — a

⁹⁰ Así, como si ya hubiera sido cuestor, se le facilitaba a Octavio el camino al Senado, pues antes había que ser o edil o cuestor.

⁹¹ Cf. XLV 13, 3-4.

⁹² Decretaron el estado de excepción (*tumultum decernere*).

⁹³ Es la túnica laticlavía, que se distinguía por los cuatro dedos de ancho que tenían las dos franjas de color púrpura que caían verticalmente desde los hombros hasta el borde inferior, y que los senadores llevaban bajo la toga pre-texta. Cuando la situación política era de aflicción o prebélica, los senadores la cambiaban por la «angusticlavía», de franjas más estrechas (de unos dos dedos), propia del orden ecuestre (cf. XXXVII 33, 3; XL 46, 1; XLVIII 16, 1; etc.). En señal de duelo por un desastre nacional, o en señal de protesta, los

este otorgándole una especie de mando de general⁹⁴— dirigir la guerra contra Antonio. Y ordenaron a Lépido⁹⁵ y a Lucio Munacio Planco⁹⁶, a la sazón gobernador de una parte de la Galia Transalpina, que los ayudaran. 6

Así los senadores le dieron a Antonio, que por lo demás deseaba la guerra, un pretexto para la enemistad. Cogió con agrado los decretos y al punto llenó de injurias a los embajadores, porque no lo habían tratado ni rectamente ni igual que al muchacho, refiriéndose a César (Octavio). En respuesta envió a otros embajadores, para que recayera sobre los senadores la responsabilidad de la guerra, y exigió a su vez algunas cosas que le hacían quedar bien, pero que resultaban imposibles de cumplir para César (Octavio) y para los demás que se habían puesto del lado de este. Pues Antonio no iba a hacer nada de lo que se le ordenaba; pero, sabiendo bien que tampoco los senadores llevarían a cabo ninguna de sus peticiones, prometía lógicamente que iba a cumplir todas las resoluciones de aquellos, para así, aun cumpliendo su parte, tener un escape, mientras que la actitud de la parte con-

senadores podían cambiar también la toga pretexta, blanca y con un ribete púrpura, por la toga *pura* o *virilis*, toda blanca; los demás vestían en esas ocasiones la toga *pulla*, de color oseuro: gris o negra.

⁹⁴ Dion parece no estar seguro del cargo: «pretor» se traducía en griego como *stratêgós*, «general» (y así siempre en Dion), y «propretor» como *antis-tratêgos*, que fue el cargo que en concreto asignaron a Octavio (cf. CICERÓN, *Filípica V* 46).

⁹⁵ Marco Emilio Lépido, partidario de Julio César y cónsul en el 46 a. C., era gobernador de la Galia Narbonense (Provenza) y se conjuró con M. Antonio y Octavio para formar el triunvirato.

⁹⁶ Al año siguiente, en el 42 a. C., será cónsul. Era partidario de Julio César y luego lo será de Marco Antonio en la guerra contra Octavio. Pero finalmente se pasó al bando de Octavio y fue quien propuso que Octavio adoptara el título de «Augusto» (cf. SUTTONIO, *Augusto* 7, 2). Augusto lo nombró censor y, junto a L. Emilio Lépido Paulo, fueron los últimos censores de Roma en el 22 a. C.

traría, al ser rehusadas las condiciones que pidió, pasaba a ser la
 4 causa primera de la guerra. Decía, en efecto, que iba a abandonar la Galia y a despedir las legiones, si concedían a esas legiones lo mismo que votaron para las de César (Octavio) y elegían como cónsules a Casio⁹⁷ y a Marco Bruto. Exigió esto para ganarse a los dos, con objeto de que no guardaran resentimiento contra él por todo lo que había hecho contra Décimo⁹⁸, que estaba implicado en la conjuración de aquellos.

31 Antonio prometía esto sabiendo claramente que no se cumpliría ninguna de las dos condiciones. Pues César (Octavio) nunca consentiría que los asesinos de su padre⁹⁹ llegaran al consulado ni que los soldados de Antonio, al recibir lo mismo
 2 que los suyos, se volvieran más adictos a la causa de aquel. Por consiguiente, no se sancionó nada de estas propuestas, sino que, por el contrario, de nuevo declararon la guerra a Antonio y ordenaron a los que estaban con él que lo abandonaran fijando otro día como fecha límite. Todos se vistieron con las clámides militares, incluso los que no iban a partir en las expediciones; encargaron a los cónsules la custodia de la ciudad y escribieron aquel añadido que se acostumbra en los edictos: «Que ningún
 3 daño sufra la ciudad¹⁰⁰». Y, puesto que se necesitaba mucho dinero para la guerra, todos entregaron el veinticinco por ciento de los bienes que tenían, y los senadores además diez ases¹⁰¹

⁹⁷ Gayo Casio Longino, uno de los asesinos de César y cuñado de Marco Bruto, participó con Craso en la campaña contra los partos y él dirigió la retirada tras el desastre de Carras. Luchó al lado de Pompeyo contra César.

⁹⁸ Décimo Junio Bruto Albino fue otro de los asesinos de Julio César, como los dos nombrados antes, Casio y Marco Junio Bruto (con el que no se debe confundir).

⁹⁹ Julio César, su padre adoptivo (cf. *infra* § 47, 5).

¹⁰⁰ La fórmula latina es: *Ne quid res publica detrimenti caperet*.

¹⁰¹ Dion habla de cuatro óbolos. El óbolo (una moneda griega equivalente 0,7 g de plata) era la sexta parte de la dracma griega (4,3 g de plata). La dracma

por cada teja de las casas que tenían en la ciudad, tanto de las que eran propietarios como de las que habitaban siendo de otros. A parte de esto, los muy ricos se hicieron cargo de otros gastos, que no fueron pocos, y numerosas ciudades y numerosos particulares costearon las armas y las demás cosas necesarias para el ejército. Pues el erario público tenía entonces tanta falta de liquidez, que no podían celebrarse las fiestas que en aquel tiempo debían tener lugar, excepto algunas, de breve duración, a causa de su carácter sagrado. Eso lo hacían de buena gana cuantos se complacían con César (Octavio) y odiaban a Antonio; pero la mayoría, gravados con la participación militar y los impuestos, estaban disgustados, y especialmente porque no sabían cuál de los dos se impondría; pero era claro que se convertirían en esclavos del vencedor. También eran muchos, en efecto, los partidarios de Antonio: unos partieron a su encuentro, entre ellos había algunos tribunos y pretores, y otros se quedaron en sus ciudades, uno de ellos era Caleno, y hacían todo cuanto podían en favor de aquel, defendiéndolo unas veces a escondidas y otras abiertamente. Sin embargo, ellos ni siquiera cambiaron sus vestiduras¹⁰² de inmediato, sino que incluso convencieron al Senado para enviar de nuevo a Antonio otros embajadores, entre los que debía estar Cicerón, en apariencia para persuadir a Antonio de que aceptara las propuestas, pero en realidad para desembarazarse de ellos. Cicerón, que se percató de esta estratagema, tuvo miedo y no se atrevió a exponerse a las armas de Antonio. Por este motivo tampoco partió ninguno de los otros embajadores.

se consideraba equivalente al denario romano (3,89 g). Y un denario equivalía a cuatro sestercios (moneda de plata de casi 1 g) o a dieciséis ases (moneda de bronce que equivalía a 0,25 g de plata). Por tanto, esos cuatro óbolos (unos 2,8 g de plata) equivalían aproximadamente a diez ases o tres sestercios por teja.

¹⁰² Véase nota a § 29, 5.

- 33 Al tiempo que sucedían estos hechos, de nuevo se produjeron prodigios no pequeños en la ciudad y en la persona del cónsul Vibio. Pues en la última sesión, aquella en la que él exhortó a la guerra, un hombre que padecía la llamada enfermedad sagrada¹⁰³ cayó al suelo mientras Vibio estaba hablando. Y una estatua de bronce de él que estaba en el portal de su casa se giró ella sola y se puso de espaldas el mismo día y a la misma hora en que él partió con la expedición. Y los arúspices no pudieron interpretar las víctimas de los sacrificios que se hacen antes de la guerra a causa de la gran cantidad de sangre. Y un hombre que en ese momento le ofrecía una palma resbaló en la sangre derramada y al caer contaminó la palma. Todo esto le sucedió a
- 2 Vibio. Si esto le hubiera sucedido siendo un particular, le habría afectado a él solo; pero, como era cónsul, les afectó a todos por igual: como la estatua de la Madre¹⁰⁴ de los dioses sita en el Palatino, que miraba antes hacia la salida del sol y se dio la
- 3 vuelta ella sola para mirar hacia las puestas del sol¹⁰⁵; y así también la estatua de Minerva¹⁰⁶ que era adorada cerca de Módena (cerca de allí se libraron los mayores combates), pues manaba mucha sangre, y después de estos hechos también leche; y otro suceso más fue también el que los cónsules emprendieran la
- 4 campaña antes de las fiestas Latinas¹⁰⁷, pues nunca sucedió que

¹⁰³ La epilepsia.

¹⁰⁴ La Magna Mater, como se la conocía en Roma, es la diosa Cibele, de origen frigio; su estatua fue traída a Roma en el 204 a. C. y tenía su templo en el Palatino.

¹⁰⁵ La interpretación es clara: oriente es el «nacimiento» del sol y «occidente», la muerte del sol.

¹⁰⁶ Dion la llama por su nombre griego, Atenea.

¹⁰⁷ Se celebraban en el monte Albano para conmemorar la confederación de los pueblos latinos. Las organizaban los cónsules entrantes poco después de tomar posesión, y no debían salir en campaña antes de celebrarlas (*cf.* XXXIX 30, 4; XLIV 4, 3).

salieran los cónsules en esas fechas y la empresa resultara con éxito. Como era de prever, entonces perecieron los dos cónsules y una gran cantidad de gente de todas las clases, unos en esos momentos y otros después: entre ellos muchos caballeros y senadores, y, sobre todo, personas que se contaban entre las más importantes de su clase. Pues primero las batallas y después los asesinatos en las ciudades, que se produjeron de nuevo a la manera de los tiempos de Sila¹⁰⁸, acabaron precisamente con toda la flor y nata de los ciudadanos, excepto aquellos que realizaron esos crímenes.

Los causantes de esos males fueron los propios senadores contra sí mismos. Pues era necesario que ellos hubieran puesto al frente a alguien con las más nobles intenciones y hubieran actuado unidos siempre a sus órdenes; pero no hicieron eso; pues, ganándose a algunos y reforzándose, los lanzaron contra el bando contrario; y después intentaron eliminar también a estos, de modo que no tuvieron a nadie como amigo sino a todos como enemigos. Pues algunos no se comportan del mismo modo con los que les ocasionaron daños que con los que les hicieron el bien, sino que, sin ser conscientes, mantienen en la memoria la cólera, pero voluntariamente se olvidan de los favores: por un lado consideran indigno dar la impresión de que han recibido un favor de otros, porque entonces se mostrarían más débiles que aquellos; mientras que, por otro lado, se enojan si creen haber recibido un daño de alguien y lo dejan impune, porque ganarían fama de cobardes. Así, los senadores, como no habían aceptado a ninguno como jefe, sino que unas veces se ponían de parte de un bando y otras de parte del otro, unas veces votaban y actuaban en defensa de ellos mismos y otras en contra, de modo que muchas veces sufrieron muchos males

¹⁰⁸ Sobre los asesinatos y las listas de proscritos en tiempos de L. Cornelio Sila cf. XXX-XXXV 109, 4-21 y XLVII 3 y sigs.

- 4 bien a causa de ellos mismos bien recibíendolos de los otros. Pues para todos ellos la motivación de la guerra era una sola: disolver las instituciones democráticas e instaurar un poder unipersonal; unos (los vencidos) iban a luchar para ser esclavos del
- 5 que ganara y los otros (los vencedores) para hacerlo su amo. Unos y otros minaban por igual el sistema político, pero la Fortuna hizo que los de cada bando obtuvieran una fama diferente: unos fueron considerados piadosos y patriotas por obrar bien; los que fracasaron fueron llamados enemigos de la patria y malditos. Sí, a ese estado fue arrastrada entonces la situación política de Roma; pero voy a mencionar además uno por uno los sucesos.
- 35 Pues ciertamente me parece que la explicación más convincente estaría en lo siguiente: si uno, al exponer los hechos con razonamientos, puede poner en evidencia la naturaleza de los primeros mediante los segundos y, además, puede demostrar la veracidad de los razonamientos por su correspondencia con los hechos.
- 2 Antonio cercaba a Décimo, que estaba en Módena¹⁰⁹, porque, para decirlo con exactitud, no le entregó la Galia¹¹⁰; pero, según Décimo creía, porque había sido uno de los asesinos de César. Pues Antonio, puesto que la verdadera causa de la guerra tampoco le aportaba prestigio y al mismo tiempo veía que las simpatías del pueblo se inclinaban hacia César (Octavio), porque se ocupaba de la venganza de su padre, alegó también ese
- 3 pretexto para la guerra; pero lo pretextaba para poseer la Galia, y él mismo lo dejó claro cuando pidió que Casio y Marco Bruto fueran designados cónsules¹¹¹. Pues, en efecto, Antonio utilizaba ambos argumentos en su propio beneficio aunque eran total-

¹⁰⁹ Su antiguo nombre era Mutina.

¹¹⁰ El Senado había eucargado a Antonio que se hiciese cargo de la Galia, en esos momentos en manos de Décimo (véase *supra* § 26, 3).

¹¹¹ Cf. *supra* § 30, 4.

mente contradictorios. César (Octavio) atacaba a Antonio antes 4
 de que se votase la guerra contra él, aunque hasta entonces,
 ciertamente, no había hecho nada digno de mención; pero cuando supo de los decretos¹¹² aceptó los cargos y se alegró, y sobre
 todo también, porque, cuando recibió las insignias y el rango de
 pretor, al hacer el sacrificio a los dioses, encontró dos hígados 5
 en cada víctima, que eran doce. Pero al mismo tiempo estaba
 molesto porque habían enviado a Antonio mensajes y embajadores,
 en vez de declararle la guerra de inmediato sin heraldos;
 y, especialmente, porque se enteró de que los cónsules habían 6
 enviado en secreto a Antonio propuestas de reconciliación, de
 que este había enviado a algunos senadores cartas, que habían
 sido interceptadas y a las que los senadores respondieron a sus
 espaldas, y de que, con el pretexto del invierno, no se afanaban
 ni se daban prisa para empezar la guerra. Puesto que no sabía 7
 cómo sacar a la luz estos hechos, pues no quería ni empujarlos
 al bando contrario ni podía persuadirlos ni obligarlos, mantenía
 la tranquilidad retirado en los cuarteles de invierno en Forum
 Cornelij¹¹³, hasta que se asustó con lo de Décimo.

Aquel hasta entonces mantenía a raya a Antonio y, en cierta 36
 ocasión, sospechando que este había enviado a algunos a la ciudad¹¹⁴
 para corromper las tropas, convocó a todos los que estaban
 presentes y, dándoles antes unas breves indicaciones, pregonó
 con heraldos que acudieran a cierto lugar que había señalado
 antes, unos con las armas para cumplir cierta misión y los particulares
 para cumplir otra, y así acorraló y apresó a los hombres de Antonio,
 que no sabían adónde dirigirse y se habían quedado aislados. Después fue totalmente sitiado. César (Octavio),
 temiendo que Décimo fuera apresado por la fuerza o que 2

¹¹² Cf. *supra* § 29, 2-3.

¹¹³ Ciudad fundada por Cornelio Sila (hoy Imola, entre Bolonia y Rávena).

¹¹⁴ Módena.

llegara a un acuerdo por falta de alimentos, obligó a Hircio¹¹⁵ a emprender una expedición con él; pues Vibio aún estaba realizando en Roma las listas de reclutamiento y derogando las leyes de los Antonio¹¹⁶. Atacaron Bolonia¹¹⁷, que había sido abandonada por la guarnición, y la tomaron sin combate, y a los jinetes que después les salieron al encuentro los pusieron en fuga; pero a causa del río que hay antes de Módena¹¹⁸ y de las tropas que lo vigilaban, no pudieron avanzar más lejos. Y, como querían señalar su presencia a Décimo, no fuera que se precipitara y llegara a algún acuerdo, primero hacían señales con fuego desde los árboles más altos; pero como no lo entendía, escribieron un mensaje en una fina lámina de plomo, la enrollaron como un pequeño papiro y se la dieron a un buzo para que la pasara de noche al otro lado. Y así Décimo, al saber de la presencia de ellos y a la vez del compromiso de auxiliarle, les respondió con el mismo procedimiento y desde entonces ya se comunicaban continuamente todo.

Antonio, viendo que Décimo no se entregaría, dejó a su hermano Lucio¹¹⁹ encargado del asedio a Décimo y él partió contra César (Octavio) e Hircio. Como los ejércitos de ambos bandos estaban acampados uno frente a otro, muchos días se producían encuentros entre la caballería, breves e igualados; hasta que los jinetes germanos¹²⁰, de los que César (Octavio) se había adueñado junto con los elefantes¹²¹, se volvieron de nuevo con Antonio: saliendo del campamento con los demás, se adelantaron

¹¹⁵ A. Hircio y G. Vibio Pansa eran los cónsules ese año (43 a. C.).

¹¹⁶ Los hermanos Marco A., Gayo A. y Lucio A.

¹¹⁷ Su antiguo nombre era Bononia.

¹¹⁸ El río Panaro.

¹¹⁹ El hermano menor de Marco Antonio. De los tres hijos de M. Antonio Crético, el mayor era Marco A.; el segundo, Gayo A., y el tercero, Lucio A.

¹²⁰ Dion llama a los germanos «celtas» (*Keltos*).

¹²¹ Cf. XLV 13, 4.

como si fueran a enfrentarse con los enemigos que venían contra ellos; pero al poco se dieron la vuelta de repente y, cayendo sobre los que los seguían, que no se lo esperaban, mataron a muchos de ellos. Después de este suceso, algunos que salieron 3 en busca de alimentos, de uno y otro bando, llegaron a las manos y en seguida, corriendo los demás en ayuda de sus respectivos compañeros, se produjo un violento combate y venció Antonio. Enardecido por estos hechos y enterado de que Vibio se acercaba, atacó las fortificaciones de los que estaban acampados frente a él, por si, tomando el sitio antes de que llegara Vibio, podía llevar la guerra en adelante con la misma facilidad. Y puesto 4 que, por lo demás, estos tomaban precauciones tanto para prevenir nuevas desgracias como por la esperanza puesta en la llegada de Vibio y no hacían salidas, abandonó el sitio y dejó allí una parte del ejército, ordenándoles que realizaran incursiones, para que, sobre todo, pareciera que él estaba presente y, al mismo tiempo, impidieran que lo atacaran por la espalda. Después 5 de disponer estas cosas, partió ocultamente de noche contra Vibio, que venía de Bolonia, y, preparándole una emboscada, lo hirió; y mató a la mayoría de los soldados y a los demás los encerró dentro de sus trincheras. Y los habría aniquilado si les hubiera puesto sitio el tiempo suficiente. Pero ahora, puesto que 6 en este primer ataque no culminó nada, temió entretenerse y en ese tiempo sufrir algún contratiempo por parte de César (Octavio) o de los otros, y de nuevo se volvió hacia los suyos. Y en 7 esos momentos en que Antonio, agotado a causa de la expedición de ida y vuelta y del combate, no podía imaginar que le atacaran a él, que acababa de vencer al enemigo, Hircio le salió al frente y consiguió una gran victoria. Y es que, cuando conocieron que Antonio se había marchado, César (Octavio) permaneció de guardia en el campamento mientras Hircio salió al encuentro de Antonio. Después de la derrota de Antonio, no 38 solo Hircio, sino también Vibio, aunque escapó malamente, y

César (Octavio), que ni siquiera había luchado, fueron aclamados como *imperatores*¹²² por los soldados y el Senado. Para los que habían participado en el combate y habían muerto se votó celebrar funerales de Estado en su honor y entregar a sus hijos y a sus padres todas las ganancias que aquellos habrían recibido si hubieran seguido vivos.

Mientras sucedieron estos hechos, Poncio Águila, uno de los asesinos (de César) y lugarteniente de Décimo, venció en varios combates a Tito Munacio Planco¹²³, que le hacía frente; y Décimo, cuando cierto senador desertó al bando de Antonio, no mostró cólera contra aquel, sino que incluso le envió su equipaje y todo cuanto se había dejado en Módena; y por este hecho los soldados de Antonio se cambiaban de bando y algunas poblaciones que antes simpatizaban con él comenzaron a rebelarse. César (Octavio) e Hircio estaban encantados con estos hechos y, dirigiéndose a las fortificaciones de Antonio, lo incitaban a pelear; pero aquel, entre tanto, estaba consternado y se mantenía pasivo, hasta que después, cuando le llegó una fuerza enviada por Lépido, recobró el ánimo. Pero Lépido no aclaró a quién de los dos enviaba el ejército, pues confraternizaba con Antonio por ser pariente suyo¹²⁴ y había sido reclamado por el Senado¹²⁵ para ir contra Antonio. Por esto, y porque al mismo tiempo se preparaba un refugio tanto con uno como con el otro, no dio órdenes precisas a Marco Silano, el jefe de la expedición. Pero este, que conocía al detalle los pensamientos de Lépido, se dirigió por propia iniciativa al lado de Antonio.

¹²² Es el título que otorgaba el Senado, o incluso las propias tropas, al general vencedor.

¹²³ T. Munacio Planco Bursa era lugarteniente de Antonio y hermano de Lucio Munacio Planco (cf. *supra* § 29, 6).

¹²⁴ Antonio había dado en matrimonio a su hija para que se casara con el hijo de Lépido (cf. XLIV 53, 6).

¹²⁵ Cf. *supra* § 29, 6.

Al llegar este en su auxilio, Antonio cobró ánimos y realizó una salida imprevista pero, produciéndose muchas muertes de uno y otro lado¹²⁶, se dio la vuelta y huyó.

Durante este tiempo, César (Octavio) acrecentó su figura entre el pueblo y el Senado, y por ello esperaba entre otros honores ser nombrado cónsul de inmediato. Pues sucedió que Hircio pereció en la toma del campamento de Antonio y Vibio no mucho después a consecuencia de las heridas, por lo que cargó con la culpa de la muerte de aquellos, porque así había conseguido el poder. El Senado, al principio, mientras no veía claro quién de los dos iba a ganar, derogó todas las leyes excepcionales que anteriormente había aprobado para legalizar el poder absoluto y que habían sido concedidas a algunos ciudadanos en contra de las costumbres ancestrales. Los senadores votaban estas resoluciones para aplicarlas a los dos aspirantes y con ellas estar prevenidos contra el vencedor, pero pensando en echar la culpa de ellas al que saliera derrotado. En primer lugar decretaron que nadie gobernaría por un período de más de un año, y en segundo lugar publicaron que una persona sola no podría ser ni intendente del trigo ni supervisor de los alimentos. Pero cuando supieron lo sucedido, se alegraron de la derrota de Antonio, cambiaron sus vestidos y celebraron fiestas de acción de gracias durante sesenta días¹²⁷. Y a todos los que se les acreditó su colaboración con él los colocaron en el bando de los enemigos públicos y les confiscaron sus bienes, así como los del propio Antonio. Y a César (Octavio), precisamente, no solo no lo tuvieron en gran consideración, sino que incluso intentaron anularlo dándole a

¹²⁶ Entre los muertos estaba el cónsul Hircio, como Dion cuenta en seguida.

¹²⁷ La fiesta de acción de gracias era la *supplicatio*: los templos permanecían abiertos y las estatuas de los dioses se sacaban afuera, para que el pueblo pudiera hacerles sacrificios de acción de gracias. Según otros autores fueron cincuenta días (cf. APIANO, *Guerras civiles* III 74; CICERÓN, *Filípicas* XIV 29 y 37).

Décimo todo cuanto aquel esperaba recibir; pues aprobaron celebrar en honor de Décimo no solo sacrificios sino incluso un triunfo, y también que se hiciera cargo de la continuación de la guerra y de las legiones de Vibio entre otras. Y para los soldados que habían quedado cercados con él acordaron concederles los elogios y demás privilegios que antes habían decretado para los de César (Octavio), aunque en nada habían contribuido a la victoria, sino que la vieron desde las murallas. Y a Áquila, que murió en el combate, lo honraron con una estatua, y el dinero que había gastado de su cuenta en el mantenimiento de las tropas de Décimo lo reintegraron a sus herederos¹²⁸. Para decirlo en una palabra: cuantos galardones había obtenido César (Octavio) por encima de Antonio, ahora los votaban para otros por encima de César (Octavio). Y para que no intentara ni pudiera llevar a cabo nada malo, fortalecieron a todos sus enemigos: a Sexto Pompeyo¹²⁹ le confiaron la escuadra; a Marco Bruto, Macedonia; a Casio, Siria y la guerra contra Dolabela¹³⁰. Y ciertamente le habrían quitado todas las legiones que tenía si no hubieran temido votar esa resolución abiertamente, porque sabían que los soldados le eran adictos. Pero intentaron, en efecto, que se sublevaran tanto entre ellos mismos como también contra él. Pues los senadores no quisieron alabar y honrar a todos los pretendientes, no fuese que elevaran la ambición de aquellos a mayores cotas; ni tampoco deshonorar y despreciar a todos, no fuese que se les pusieran en contra más aún y, en esas circunstancias, los llevaran a poner-

¹²⁸ Sorprendente premio para este asesino de César, citado ya antes (cf. § 38, 3).

¹²⁹ Es el hijo menor de Gneo Pompeyo Magno. Tras la derrota de los hijos de Pompeyo en la batalla de Munda (España) contra César, en el año 45 a. C., Sexto logró escapar y se refugió en Sicilia, adonde acudieron muchos pompeyanos, y allí creó una importante flota (cf. XLVII 12, 2).

¹³⁰ Los futuros triunviros, César, Antonio y Lépido, se han quedado fuera del reparto.

se de acuerdo. Actuaron a medias tintas, pues esperaban que, si 6
 elogiaban a unos sí y a otros no y otorgaban guirnaldas de olivo
 para que las lucieran en las fiestas a unos sí y a otros no y, más
 aún, en cuanto al dinero, si votaban concederles diez mil sester-
 cios¹³¹ a unos y a otros ni un bronce, que se enfrentarían unos
 con otros y, de resultas, se debilitarían.

Y a los que iban a llevarles estos acuerdos no los enviaron 41
 directamente a César (Octavio), sino a sus soldados. Así que,
 muy enojado por estas prácticas, accedió, solo de palabra, a que
 los embajadores se entrevistaran con el ejército sin su presen-
 cia, aunque antes previno a sus soldados para que no les dieran
 ninguna respuesta y que de inmediato reclamaran su presencia;
 entonces, entrando en el campamento y oyendo con ellos las
 disposiciones de los embajadores, se los ganó aún más con aquel
 gesto. Los aspirantes que habían sido distinguidos por encima 2
 de los otros no se sentían tan contentos con la prodigalidad reci-
 bida, pues sospechaban de aquel reparto, inducidos por César
 (Octavio) lo más posible. Y los que habían resultado agraviados
 no se enojaron con los otros, sino que, denunciando la intencio-
 nalidad de los decretos votados y su propio deshonor, extendían
 a todos los demás su malestar y les hacían partícipes de su enojo.
 Cuando los senadores que estaban en Roma conocieron estos 3
 hechos, tuvieron miedo y ni siquiera designaron a César (Octa-
 vio) cónsul, lo que ansiaba tan vivamente; pero lo adornaron con
 los honores consulares¹³², de modo que podía exponer su opinión
 con los ex cónsules. Sin embargo, puesto que no tuvo ningún
 aprecio por esta distinción, votaron que primero lo designarían
 pretor¹³³ y después, cónsul. Unos creyeron que así manipulaban 4

¹³¹ Dion habla de 2.500 dracmas, unos diez kilos y medio de plata (véase nota a § 31, 3)

¹³² Una especie de cónsul honorífico.

¹³³ Es decir, lo ascendieron de propretor a pretor (véase nota al § 29, 5).

sabiamente a César (Octavio), como si, tal como propalaban, fuera realmente un muchacho o un niño¹³⁴. Pero él, encolerizándose no por todo lo otro que le habían hecho sino por eso mismo, porque lo llamaban niño, sin más dilaciones se lanzó contra las
 5 armas y el poder de los senadores. Mandó secretamente heraldos a Antonio, y a los soldados que habían desertado en la batalla —a los que él mismo había vencido y el Senado consideró ene-
 migos— los reunió y ante ellos formuló muchas acusaciones contra el Senado y contra el pueblo.

- 42 Cuando los de la ciudad oían estas cosas, lo seguían tenien-
 do en poca consideración; pero cuando se enteraron de que Antonio y Lépido habían llegado a un acuerdo, comenzaron a halagarlo de nuevo e, ignorantes de las propuestas que le había
 2 hecho a Antonio, lo pusieron al frente de la guerra contra ellos. César (Octavio) aceptó esta guerra, en la idea de que a causa de ella sería nombrado cónsul. Y él, de algún modo, maniobró mucho para que lo eligieran cónsul, recurriendo incluso a Cicerón entre otros, hasta el punto de prometerle hacerlo su colega en el
 3 consulado. Sin embargo, puesto que ni incluso así fue elegido, se preparó como si estuviera decidido a luchar, tal como se le había decretado pero, al mismo tiempo, indujo a sus soldados —pero como si fuera por iniciativa de ellos, naturalmente— a jurar de forma espontánea que no lucharían contra ninguna de las legiones que habían sido de César (Julio) —esto afectaba a Antonio
 4 y a Lépido, pues la mayoría de las tropas de ambos procedían de aquellas legiones—, y se mantuvo inactivo y envió al Senado a cuatrocientos de sus soldados como embajadores con aquel
 43 mensaje. Lo de la embajada era para los soldados un pretexto, porque ellos exigían que se les diera íntegramente el dinero que se había aprobado para ellos y que nombraran a César (Octavio)
 2 cónsul. Como los senadores les dieron largas aduciendo que la

¹³⁴ Augusto tenía entonces diecinueve años.

respuesta necesitaba un análisis, pidieron la amnistía para uno de los colaboradores de Antonio —esa era presumiblemente una decisión del propio César (Octavio)—, pero no porque desearan obtenerla, sino para probarlos y ver si se la concedían o, en caso contrario, tener un pretexto para montar en cólera mostrando que les sentaba muy mal que se la denegaran. Al no conseguirla ³ (pues nadie se opuso, pero, como aquel día otros muchos solicitaban eso mismo en favor de los del otro bando, todo lo relacionado con ellos, como sucedía muchas veces, se dejó convenientemente para otra ocasión), todos los soldados dieron ostensibles muestras de irritación, y uno de ellos salió del Senado y cogiendo su ⁴ espada (pues habían entrado desarmados) la empuñó y dijo: «Si vosotros no otorgáis el consulado a César (Octavio), esta lo otorgará». Y Cicerón le replicó: «Si lo reclamáis de ese modo, lo tendrá». Este fue uno de los sucesos que contribuyó al fin de ⁵ Cicerón. César (Octavio) no censuró el comportamiento del soldado, sino que, por el contrario, se quejaba de que fueron obligados a dejar las armas¹³⁵ para entrar en la sala del Senado y de que uno de los senadores les preguntó si venían enviados por las legiones o por César (Octavio). Entonces convocó a toda prisa a ⁶ Antonio y a Lépido (incluía a este por su amistad con Antonio), y él mismo marchó contra Roma con todos sus soldados, obligado por ellos, claro está.

Sus soldados degollaron a uno de los caballeros y a otros ⁴⁴ más de los que sospechaban que habían estado espíándolos. Devastaron las tierras de los que no eran de su bando y con ese pretexto cometieron muchas felonías. Cuando los senadores ² supieron de la llegada de aquellos, les enviaron el dinero antes de que se acercaran, como si por cogerlo fueran a retirarse, y des-

¹³⁵ Si la sesión del Senado se celebró en la sede entonces provisional, el teatro de Pompeyo (donde fue asesinado César), o en cualquier otro edificio fuera del pomerio, se podían llevar armas (véase nota a XLIX 15, 3).

pués, como aquellos proseguían su marcha, nombraron a César
 3 (Octavio) cónsul. Sin embargo, ni siquiera con esto los senado-
 res se beneficiaron en nada. En efecto, puesto que no lo hicieron
 voluntariamente sino obligados, los soldados no tuvieron nin-
 4 gún miramiento con ellos; es más, como hasta entonces les ha-
 bían tenido miedo, ahora estaban envalentonados. El Senado,
 percatándose de esto, cambió de actitud y promulgó un edicto
 contra aquellos por el cual no podían acercarse a la ciudad, sino
 mantenerse a más de setecientos cincuenta estadios¹³⁶ de ella.
 Los senadores de nuevo cambiaron sus ropas¹³⁷ y pusieron la
 defensa de la ciudad en manos de los pretores, como era cos-
 5 tumbre. Y, entre los puntos que defendieron con guarniciones,
 también ocuparon el Janículo¹³⁸ con soldados de la ciudad y con
 otros venidos de la provincia de África.

45 Estas fueron las medidas que se adoptaron mientras César
 (Octavio) estaba aún en camino. Todos los que entonces esta-
 ban en Roma las aplaudían unánimemente, pues a la masa, hasta
 que llegan a ver y experimentar lo terrible, le gusta envalentonar-
 2 se. Pero cuando aquel estuvo a las puertas de la ciudad, temie-
 ron. Primero algunos de los senadores, y después el pueblo en
 masa, se cambiaron a su bando. Y a partir de ahí los pretores
 3 bajaron del Janículo y se entregaron a él con los soldados. Así,
 César (Octavio) se apoderó de la ciudad sin lucha y fue desig-
 nado cónsul también por el pueblo; y entonces fueron elegidos

¹³⁶ La milla romana (mil pasos) equivalía a unos 1.480 m; por tanto esas cien millas son casi 150 km). Dion lo expresa con medidas griegas y habla de 750 estadios (un estadio equivale para los romanos a unos 185 m (la octava parte de la milla), lo que viene a ser unos 140 km ($750 \times 185 = 139$).

¹³⁷ Véase *supra* nota a § 29, 5.

¹³⁸ El Janículo (por el dios Jano) es una colina de Roma situada en la margen derecha del Tíber (hoy el Trastévere), de gran importancia defensiva para la ciudad (cf. XXXVII 28, 1-2).

dos hombres para ejercer de cónsules¹³⁹ y presidir elecciones, puesto que era imposible, faltando tan poco tiempo para celebrar las mismas, declarar un interregno¹⁴⁰ según la tradición, porque muchos ciudadanos que desempeñaban cargos que correspondían a los patricios se habían exiliado¹⁴¹. En efecto, toleraban mejor el hecho de que los dos hombres fueran elegidos directamente por el pretor urbano que no que los cónsules fueran elegidos en una votación controlada por él, porque solo iban a ejercer el cargo hasta las elecciones y, siendo así, en ningún momento iba a parecer que estaban desempeñando un cargo más importante que él¹⁴². Y de algún modo estos hechos sucedieron así a causa de las armas: César (Octavio), para que no pareciera que ejercía sobre ellos ninguna presión, no asistió a la asamblea: ¡como si algunos temieran su presencia física y no su fuerza militar!

Así pues fue elegido cónsul de ese modo, y le dieron a Quinto Pedio¹⁴³ como colega —si hay que llamarlo así y no su

¹³⁹ Los dos cónsules, G. Vibio y A. Gelio, hablan muerto (cf. § 39, 1) y ahora estos iban a actuar, en realidad, como procónsules, pues los cónsules iban a ser Octavio y Quinto Pedio (cf. *infra* § 46, 1; XLVII 15, 2).

¹⁴⁰ El *interregnum* suponía la ruptura de la legitimidad religiosa de las magistraturas por la ausencia de los dos cónsules (en caso de muerte o renuncia). Entonces, todos los patricios renunciaban a sus cargos y el Senado, en quien ahora recaían los auspicios, elegía un *interrex* y este, al cabo de cinco días, elegía un segundo *interrex*, y así sucesivamente hasta que a la mayor brevedad se celebraban nuevos comicios y, a partir de ahí, se restablecía de nuevo la legitimidad religiosa de las magistraturas.

¹⁴¹ Para designar a un *interrex* era imprescindible la presencia de los patricios, en quienes habían recaído los auspicios (véase nota anterior).

¹⁴² Octavio.

¹⁴³ Era hijo (o quizá nieto) de Julia, la hermana de Julio César, de quien fue lugarteniente. Fue pretor de Hispania Citerior en los años 46-45 a. C. y participó en la batalla de Munda contra los hijos de Pompeyo. Autor de la *Lex Pedia* (cf. *infra* § 48, 2).

2 «subalterno»—. Daba la mayor importancia al hecho de que iba a ser cónsul a una edad en la que nadie lo había sido nunca, y también porque el primer día de las elecciones, al entrar en el Campo de Marte, vio seis buitres y después, mientras arengaba a las tropas, vio otros doce. César (Octavio), comparándose con Rómulo y con el augurio que le había sucedido, supuso que iba a recibir también la monarquía de Rómulo¹⁴⁴. Sin embargo, no se vanaglorió de ser cónsul por segunda vez, puesto que ya había sido adornado antes con los honores consulares¹⁴⁵. Y este comportamiento fue observado después también por todos los que pasaron por una situación semejante hasta llegar a nosotros. Pues el emperador Severo¹⁴⁶, que honró a Plauciano¹⁴⁷ con los honores consulares y más adelante lo hizo ingresar en el Senado y lo nombró cónsul, fue el primero en proclamar que en ese momento lo nombraba cónsul por segunda vez, y desde entonces eso mismo les sucedió a otros. César (Octavio) dispuso todos los demás asuntos de Roma según le pareció. Repartió dinero entre los soldados: a unos de acuerdo con las cantidades y los fondos que habían sido aprobados en el decreto y a los demás individualmente; decía que pagó con su propio dinero pero, de hecho, lo hizo con dinero público. De ese modo y por esa causa recibieron los soldados el dinero. Algu-

¹⁴⁴ Se refiere al célebre episodio de la fundación de Roma, cuando Rómulo fue elegido rey porque vio doce buitres mientras su hermano, Remo, solo vio seis.

¹⁴⁵ Cf. § 41, 3 y nota 132.

¹⁴⁶ Septimio Severo fue emperador desde 193 a 211 d. C. Todos estos hechos son coetáneos de Dion Casio.

¹⁴⁷ Gayo Fulvio Plauciano, prefecto de la guardia pretoriana de Septimio Severo, fue cónsul solo en una ocasión, en 203 d. C. (dos veces si contamos que también fue cónsul honorario, y así aparece en los *Fasti consulares*: G. Fulvius Plautianus II). Su yerno, Caracalla, lo acusó de planear un atentado contra Severo y lo ejecutó en el 211.

nos, mal informados sobre este hecho, sencillamente creyeron que siempre había que entregar diez mil sestercios¹⁴⁸ a todas las legiones urbanas que llegaran a Roma con las armas. Por 7 eso también los soldados que acompañaban a Severo, cuando llegaron a Roma para derrocar a Juliano¹⁴⁹, se mostraron temibles para el propio Severo y para nosotros reclamando aquella cantidad; pero Severo los contentó con mil sestercios, pues ninguno de ellos sabía entonces el valor de lo que los otros exigían en aquella ocasión.

Así pues, César (Octavio) dio el dinero a los soldados y les 47 mostró su mayor y más sincero agradecimiento, pues sin la guardia que le proporcionaban ni siquiera se atrevía a entrar en la sala del Senado¹⁵⁰. Y en el Senado les dieron las gracias, pero de un modo fingido y afectado. Pues aquello que consiguió obligándolos por la fuerza lo ponía, claro está, en la parte de los beneficios recibidos, como si lo hubiera obtenido de ellos voluntariamente. Y a su vez, aquellos también se vanagloriaban 2 de lo mismo, como si lo hubieran dado voluntariamente, y es más, a quien antes ni siquiera habían querido elegir cónsul, a ese le concedieron el honor de que, una vez finalizado su mandato, y siempre que estuviera en el ejército, tuviera más poder que los demás cónsules de ese momento, y a quien iban a llevar 3 ante la justicia porque acumuló para sí tropas que nadie había votado para él, le encargaron que reclutara más legiones, y aquel para cuya deshonra y eliminación habían ordenado a Décimo luchar contra Antonio, a ese le asignaron las legiones de Décimo¹⁵¹. Y, finalmente, recibió la guardia de la ciudad, de 4

¹⁴⁸ Unos diez kilos de plata. Dion habla de 2.500 dracmas (*cf.* nota *supra* a § 31, 3).

¹⁴⁹ Didio Juliano, antecesor de Septimio Severo, fue emperador solo dos meses del año 193 d. C.

¹⁵⁰ Donde ya murió su padre adoptivo, Julio César.

¹⁵¹ Décimo tenía diez legiones, pero cuatro estaban mermadas por el hambre

modo que podía hacer todo cuanto quisiera dentro de lo permitido por la ley. También fue admitido en la familia de César según la manera acostumbrada, y de ahí que cambiara el cognomen. Primero, según dicen algunos, él se llamaba a sí mismo «César», de quien recibió este nombre con la herencia; pero esa denominación ni la usaba con rigor ni con todas las personas, hasta que después la fue consolidando como es tradicional; y así, por su padre adoptivo, fue llamado Gayo Julio César Octaviano¹⁵². Pues, si alguien es adoptado, es costumbre que tome el nombre completo del adoptante, pero conservando uno de sus nombres anteriores, aunque alterado de algún modo. Y así fue, en efecto. Pero yo no lo llamaré Octaviano, sino César, porque ha prevalecido esa denominación para todos los que alcanzaron el poder en Roma. Añadió también otro nombre más, el de Augusto¹⁵³, y por eso se lo añaden también los emperadores que le sucedieron. Si uno acude a los libros de historia, encontrará que se le llama con este nombre, pero, mientras tanto, el apelativo de «César» será suficiente para referirnos a Octaviano¹⁵⁴.

48 Este César, tan pronto como se ganó a los soldados y sometió al Senado, volvió a ocuparse de vengar a los asesinos de su padre¹⁵⁵; pero, temiendo con esto alterar de algún modo a la gente,

y seis estaban integradas por jóvenes sin ninguna experiencia, por lo que, ante las continuas deserciones, decidió huir a Macedonia junto a Marco Bruto (cf. *APIANO, Guerras civiles* III 97). Pero esto ocurriría más tarde (cf. *infra* 53).

¹⁵² Su nombre de nacimiento, el mismo que el de su padre, era Gayo Octavio Turino (*Thurinus*), mientras que el de su padre adoptivo era Gayo Julio César.

¹⁵³ A partir del año 27 a. C. (cf. *LIII* 16, 1) y será por sugerencia de Lucio Mutacio Planco (cf. *supra* § 29, 6 y nota).

¹⁵⁴ En adelante, pues, dejaremos de añadir entre paréntesis a César el sobrenombre de «Octavio» (si no hay lugar a confusión) y en cambio añadiremos el de «Julio» cuando se refiera a su padre adoptivo.

¹⁵⁵ Su padre adoptivo, Julio César.

no manifestó sus intenciones hasta haber pagado al pueblo lo que aquel les había legado. Y, cuando se aseguró su apoyo con el dinero, aunque procedía de fondos públicos y había sido reunido con el pretexto de la guerra, se dirigió de inmediato contra los asesinos. Para parecer que no lo hacía por la violencia sino con cierta justicia, promulgó una ley¹⁵⁶ sobre el juicio de aquellos y constituyó tribunales incluso para los que se encontraban ausentes. La mayoría de ellos estaban fuera y algunos eran incluso gobernadores de provincia. Los que estaban presentes ni siquiera le hicieron frente por miedo; es más, escaparon a escondidas. Y no solo fueron condenados en rebeldía los autores materiales del asesinato de César y los que estaban conjurados con ellos, sino también otros muchos que no habían tramado nada contra César (Julio) o que ni siquiera estaban entonces en la ciudad. Esto estaba especialmente destinado contra Sexto Pompeyo. Pues, aunque aquel no había participado ni lo más mínimo en el atentado, sin embargo fue condenado por ser su enemigo. Aquellos fueron privados de fuego y agua¹⁵⁷, y sus haciendas, confiscadas. En cuanto a las provincias, no solo aquellas que algunos de los asesinos administraban, sino que también todas las demás, fueron adjudicadas a los amigos de César.

Entre los acusados se encontraba el tribuno Publio Servilio Casca. Y, puesto que ya desconfiaba de César y escapó antes incluso de que aquel entrara en la ciudad, fue cesado en el cargo por haber actuado en contra de las costumbres patrias al no asistir a una reunión de la plebe convocada por Publio Ticio, su colega, y de ese modo fue condenado. Y, como no mucho después murió Ticio, se confirmó lo que se venía observando desde anti-

¹⁵⁶ La *Lex Pedia*, presentada por el cónsul Quinto Pedio (cf. *supra* § 46, 1).

¹⁵⁷ La *interdictio aqua et agni* era una fórmula ancestral que significaba la expulsión definitiva de la ciudad y de la patria (un exilio permanente) y la pérdida de la ciudadanía: en suma, la pérdida de todos los derechos.

guo: nadie que había expulsado a un colega sobrevivió un año a la expulsión. Así, Bruto murió después del cese de Colatino¹⁵⁸; Graco fue degollado después de la destitución de Octavio¹⁵⁹; y Cinna, el que expulsó a Marulo y a Flavo¹⁶⁰, pereció no mucho
 3 después. Esto es lo que se ha observado. Fueron muchos los que acusaron a los asesinos de César para congraciarse con su hijo, y otros muchos los incitados por las recompensas. Pues recibían parte del dinero de los bienes del que resultaba condenado, y también sus títulos y cargos, si es que tenía alguna de estas cosas, y el privilegio de que ni él ni sus hijos ni sus nietos tenían
 4 que prestar ya servicios en el ejército. Y de los que actuaban como jueces de aquellos, la mayoría emitían una sentencia condenatoria por halago o por temor a César, pero lo hacían como si actuaran justamente e indicaban en qué aspectos legales se basaban; hubo otros que dieron el voto según establecía la ley para el castigo de sus delitos y otros, en fin, según se lo indicaban las
 5 armas de César. Así, un tal Silicio Corona, senador, emitió abiertamente su voto favorable para Marco Bruto, y entonces mucho se ufanaba por esto y recibía en secreto elogios de los demás y, puesto que no murió en seguida, dio fama de benevolente a César; pero más tarde, tras ser declarado proscrito, fue ejecutado.
 50 César, en efecto, después de llevar a cabo estas acciones, emprendió la guerra, se supone, contra Lépido y contra Antonio. Pues Antonio, como entonces huyó de la batalla¹⁶¹ y no lo

¹⁵⁸ Sobre L. Junio Bruto y L. Tarquinio Colatino, los dos primeros cónsules romanos, cf. *supra* § 19, 8 y nota.

¹⁵⁹ El tribuno Tiberio Sempronio Graco, que murió en el 133 a. C., organizó una votación para destituir a su colega Marco Octavio por oponerse a su ley de la reforma agraria.

¹⁶⁰ Lucio Cesecio Flavo. En los códices, por error de Dion o de los copistas, se lee Flavio. Sobre estos hechos, ocurridos en el año 44 a. C., entre los tribunos Helvio Cinna, Gayo Epidio Marulo y Cesecio véase XLIV 9-10.

¹⁶¹ Cf. *supra* § 38, 7.

persiguieron ni César, por haberle sido encomendada a Décimo esa guerra, ni Décimo, que no quería librarle a César de un rival, reunió a cuantos pudo de los que habían sobrevivido a la batalla y se presentó ante Lépido¹⁶², que se disponía a llevar el ejército a Italia según el decreto¹⁶³; pero de nuevo se le ordenó permanecer donde estaba. Pues los senadores, cuando supieron que Silano¹⁶⁴ abrazó la causa de Antonio, tuvieron miedo de Lépido y de Planco Lucio¹⁶⁵, no fuese que estos se coaligaran con Antonio, y les enviaron un comunicado diciendo que por el momento nada necesitaban de ellos. Para que no sospecharan nada y no cometieran algún desafuero, les ordenaron que ayudaran a fundar una colonia a los que en cierta ocasión fueron expulsados de la Vienna¹⁶⁶ narbonense por los alóbroges¹⁶⁷ y se habían establecido en la zona entre el Ródano y el Saona¹⁶⁸, en la confluencia entre ambos. Así fue como aquellos fundaron la entonces llamada Lugudun, hoy conocida como Lugdunum¹⁶⁹, no porque no hubieran podido pasar a Italia con las armas si hubieran querido —pues los decretos referidos a los que tenían tropas bajo su control apenas si tenían ya vigor—, sino porque, mientras esperaban al desenlace de la guerra de Antonio, querían mostrar que obedecían al Senado y al mismo tiempo ambos querían fortalecer sus propias posiciones.

Lépido, claro está, censuraba con dureza a Silano por su

¹⁶² El encuentro tuvo lugar en la Galia Narbonense, en Forum Iulii (hoy Fréjus, cerca de Cannes), donde acampaba Lépido (cf. APIANO, *Guerras civiles* III 83).

¹⁶³ Cf. § 29, 6.

¹⁶⁴ Lugarteniente de Lépido (cf. *supra* § 38, 6-7).

¹⁶⁵ Cf. *supra* § 29, 6.

¹⁶⁶ La actual Vienne, situada al sur de Lyon.

¹⁶⁷ Pueblo celta situado entre el Ródano y Suiza.

¹⁶⁸ Antiguamente conocido como Arar.

¹⁶⁹ Hoy Lyon.

alianza con Antonio y, cuando aquel vino, no se entrevistó con él de inmediato, sino que incluso envió un escrito al Senado acusándolo, de modo que recibió alabanzas por esto y la dirección de la guerra contra él¹⁷⁰. Durante un tiempo ni se acercaba a Antonio por este motivo ni lo rechazaba, pero le permitía estar cerca y tratar con sus compañeros de armas, aunque él no llegó a mantener una entrevista con Antonio; pero cuando tuvo noticias del acuerdo al que había llegado con César, entonces él mismo se añadió al acuerdo de los otros dos¹⁷¹. Y al conocer el hecho Marco Juvencio¹⁷², su lugarteniente, al principio trataba de disuadirlo pero, como no lo convenció, él mismo se dio muerte ante los ojos de los soldados. El Senado aprobó en su honor elogios fúnebres, una estatua y un funeral de Estado, mientras que a Lépido le quitaron la estatua que tenía erigida en la tribuna de oradores y lo declararon enemigo. Y fijaron cierto día para sus compañeros de armas: los amenazaron con la guerra si no lo abandonaban antes de ese día. Una vez más cambiaron sus vestidos¹⁷³ (pues durante el consulado de César se habían vestido de nuevo con la ropa de ciudadanos) y enviaron a Marco Bruto, a Casio y a Sexto contra ellos. Pero, puesto que aquellos parecían demorarse, encargaron la guerra a César, sin saber la conjuración que había entre estos. Este aceptó de palabra, aunque había hecho pronunciar a sus soldados, voz en grito, el juramento antes mencionado¹⁷⁴; pero, de hecho, no hizo nada por iniciativa suya: no porque estuviera conjurado con Antonio y, a través de él, con Lépido, pues esto le importaba muy poco, sino porque veía que eran poderosos y se daba cuenta de que

¹⁷⁰ Antonio.

¹⁷¹ Cf. *supra* § 41, 5 y 42, 1.

¹⁷² Marco Juvencio Laterensis.

¹⁷³ Cf. § 29, 5 y nota.

¹⁷⁴ Se refiere a que no lucharían contra las legiones que habían sido de Julio César y que ahora habían pasado a Antonio y a Lépido (cf. § 42, 3).

eran del mismo parecer por razón de su parentesco. Y, puesto que tampoco podía emplear la fuerza contra ellos, esperó a que Casio y Bruto, que gozaban ya de un gran poder, fueran eliminados por aquellos y a que, a continuación, también ellos se destruyeran entre sí. Por esta razón mantuvo contra su voluntad ³ los pactos con ellos y promovió la reconciliación de aquellos con el Senado y con el pueblo, pero sin dirigirla personalmente, para que no se sospechara sobre nada de lo que había sucedido. Él salió de campaña como si fuera a luchar contra ellos, mientras Quinto¹⁷⁵, como si fuera por iniciativa propia, aconsejó que se les concediera el perdón y el regreso. Sin embargo, no admittieron esta propuesta hasta que el Senado la comunicó a César, que actuaba como si desconociera lo que estaba sucediendo, y él, en contra de su voluntad, naturalmente, fue obligado por sus soldados a aceptarla. ⁴

En tanto sucedían estas cosas, Décimo, al principio, se puso ⁵³ en marcha también para atacar a aquellos, y se asoció con Lucio Planco, puesto que se le había asignado como colega en el consulado para el año siguiente. Sin embargo, al conocer su propia ² condenación con la reconciliación de aquellos¹⁷⁶, quiso atacar con su ejército a César; pero, abandonado por Planco, que estaba en el bando de Lépido y de Antonio, resolvió dejar la Galia y apresurarse para ir por tierra a Macedonia junto a Bruto, a través de Iliria¹⁷⁷, y envió por delante algunos soldados, mientras arreglaba los asuntos que llevaba entre manos. Pero, como ³ esos soldados se cambiaron al bando de César y los demás, aco-

¹⁷⁵ Quiuto Pedio, el cónsul colega de Octavio (*cf. supra* § 46, 1).

¹⁷⁶ La situación de Décimo, uno de los asesinos de César, se volvió muy difícil: antes, apoyado por Octavio, luchó contra Antonio, y todos estaban contra todos; pero ahora teufa enfrente a Antonio, a César y a Lépido; y Planco, el que iba a ser colega en el consulado, era lugarteniente de Antonio.

¹⁷⁷ La región de toda la costa este del Adriático; limitaba al sur con el Epiro y Macedonia.

sados por Lépido y Antonio, se sumaron también a la causa de estos alentados por los otros, Décimo se quedó solo y fue sorprendido por cierto enemigo personal. A punto de ser degollado, suplicaba y gemía, hasta que un tal Helvio Blasión, sintiendo compasión hacia él por haber estado luchando a su lado, se suicidó primero ante sus ojos.

- 54 Así murió Décimo. Entre tanto, Antonio y Lépido dejaron lugartenientes en la Galia y marcharon a Italia para encontrarse con César, llevándose la parte mejor y más numerosa del ejército. Pues ni confiaban plenamente en él ni querían recibir ningún favor de su parte, como si hubieran obtenido el perdón y el regreso a causa de sí mismos y de sus propias fuerzas y no gracias a aquel. Más aún, también esperaban que César y los demás que estaban en Roma harían todo cuanto deseaban debido a la superioridad de sus ejércitos. Marchaban a través del país con tal idea, como si el país simpatizara con su causa. Pero por la multitud y la osadía de aquellos, el país sufría más que en cualquier otra guerra. César les salió al encuentro con muchos soldados cerca de Bolonia, muy bien pertrechado para defenderse si sufría alguna violencia. Sin embargo, no necesitó entonces emplear ninguna arma. Pues se tenían un odio tremendo entre sí y, al tener fuerzas parejas y querer cada uno vengarse de sus dos rivales sirviéndose del otro, llegaron a un acuerdo falaz.
- 55 No acudieron solos a la negociación, sino cada uno con un número igual de soldados, en una pequeña isla del río¹⁷⁸ que corre junto a Bolonia, de modo que nadie más pudiera unirse al bando de los otros dos. Y así, reuniéndose lejos de la escolta de los otros, se cachearon los tres concienzudamente, no fuera que alguno escondiera un puñal bajo la axila. Y después de hablar, ya sin recelos, sobre ciertos temas, se conjuraron en suma para

¹⁷⁸ El Reno, afluente del Po.

conseguir el poder absoluto y contra sus enemigos¹⁷⁹. Pero para que no pareciera que aspiraban abiertamente a la oligarquía y que naciera cierta envidia contra ellos y, a raíz de esto, también la oposición de los demás, llegaron a los siguientes acuerdos. 3
 En cuanto a lo que harían en común, los tres serían elegidos como una especie de encargados y controladores de la administración y del restablecimiento de los asuntos públicos, y esto, claro está, no para siempre sino por cinco años; de modo que, aunque no revelarían nada de estos acuerdos ni a la plebe ni al Senado, todos los asuntos quedarían en sus manos, y los cargos y honores los darían a quienes ellos quisieran¹⁸⁰. Y en cuanto a 4
 lo que tocaba a cada uno de ellos, para que no creyeran que se habían adueñado de todo el poder, a César se le asignó el gobierno de las dos Libias¹⁸¹, Cerdeña y Sicilia; a Lépido, toda

¹⁷⁹ Esta reunión en la que se acuerda la creación del llamado segundo triunvirato, entre Octavio, Antonio y Lépido (el primero fue el de César, Pompeyo y Craso), tuvo lugar a finales de octubre del 43 a. C. (véase nota siguiente).

¹⁸⁰ Este poder omnímoto de los triunviros, sancionado por la *Lex Titia* (publicada por el tribuno de la plebe Publio Tito), se estableció para cinco años, desde el 23 de noviembre del 43 al 31 de diciembre del 38, y después se renovó otros cinco años (cf. XLVIII 54, 6).

¹⁸¹ Los griegos al principio llamaron Libia a todo el norte de África exceptuando Egipto. Después, en la Libia los romanos distinguieron cuatro provincias: la provincia de África (la región de Cartago), que se corresponde con la actual Túnez; la Mauritania, que abarcaba lo que hoy es Marruecos (la Mauritania tingitana) y parte de Argelia, y que Octavio convirtió en provincia romana (cf. XLIX 43, 7); la Numidia, una franja que corría desde la Mauritania hasta la Libia actual por el sur de Túnez, conocida también como África Nova; y la Cirenaica, desde Numidia hasta Egipto, aproximadamente la Libia actual, y que incluía también a Creta. Cuando Dion habla de «las dos Libias», o simplemente de «Libia», hay que entender que no se refiere a todo el continente africano sino solo a dos provincias: África y Numidia (África Nova); la primera, de población cartaginesa (oriunda de Fenicia); la segunda, de población bereber. Quedaron fuera del reparto la propia Italia y todas las regiones del Mediterráneo oriental.

Hispania y la Galia Narbonense; y a Antonio, el resto de la Galia, la de este lado de los Alpes y la del otro lado. Se llamaba la primera Galia «Togata»¹⁸² porque, como ya expliqué¹⁸³, parecía que era más pacífica que las otras y porque ya llevaban ese atuendo típico de la ciudad de Roma; y la segunda, «Comata», porque los galos de esa parte, dejándose crecer el pelo para formar una cabellera lo más larga posible, se distinguían de los demás por eso.

56 Así fue como se repartieron las provincias, para quedarse ellos con las más importantes y dar la impresión a los demás de que no aspiraban a todo. Y se pusieron de acuerdo para asesinar a sus enemigos y también para que Lépido, designado cónsul en lugar de Décimo, se quedara vigilando Roma y el resto de Italia, mientras los otros dos marcharían contra Bruto y Casio. Y sancionaron estos acuerdos con juramentos. Después de esto convocaron a los soldados, como si hubieran sido oyentes y testigos, claro está, de lo que había sido acordado por ellos, y los arengaron diciéndoles solo cuanto para sí mismos era conveniente y seguro decirles. En esto los soldados de Antonio propusieron que él, como señal de conciliación, diera a César como esposa a la hija que Fulvia, su mujer, había tenido de Clodio, aunque César ya estaba comprometido con otra¹⁸⁴: era evidente que esta propues-

¹⁸² La Galia Cisalpina o Togata (togada: que usa la toga), ya entonces en poder de Roma, era la zona norte de Italia, la región del Po. La toga, por lo demás, era símbolo de paz, por oposición al *sagum* celta. Y en la Galia Transalpina o Comata (melenuda: que lleva larga cabellera) podían distinguirse (según CÉSAR, *Guerras de las Galias* I, 1) tres pueblos celtas: los belgas (desde el Sena hasta el Rin), los aquitanos (al sur del Garona) y los galos propiamente dichos (la zona central de Francia junto con Helvecia, hoy Suiza). Quedaba excluida la Galia Narbonense, la actual Provenza, que ya antes de César era provincia romana (del término latino *provincia* toma el nombre Provenza).

¹⁸³ Ese pasaje se ha perdido.

¹⁸⁴ César rompió su compromiso con Servilia, hija de P. Servilio, cónsul en

ta fue sugerida por el propio Antonio. Y César no se negó, pues 4
ni siquiera consideró que por esa boda tendría algún impedimen-
to en lo que tenía pensado hacer contra Antonio. Entre otras
cosas porque sabía que su padre, César (Julio), a pesar de haber
emparentado con el linaje de Pompeyo¹⁸⁵, había llevado a cabo
todo cuanto quiso contra este.

el 48 y en el 41 a. C. (*cf. infra* XLVIII 13, 4). Y así, César (Octavio) se casó con Clodia Pulcra, hija de Fulvia y de su primer marido, P. Clodio Pulcro. Al morir Clodio asesinado (*cf. supra* § 2, 3), Fulvia se casó con Gayo Escribano Curión, que murió poco después en Numidia; y en su tercer matrimonio Fulvia se casó con Marco Antonio.

¹⁸⁵ Pompeyo se había casado con Julia, hija de Julio César.

LIBRO XLVII

SINOPSIS

En el libro cuadragésimo séptimo de la *Historia romana* de Dion se incluye lo siguiente:

1. Cómo César, Antonio y Lépido llegaron a Roma y llevaron a cabo asesinatos (§ 1-19).
2. Acerca de Bruto y Casio y lo que hicieron antes de la batalla de Filipos (§ 20-36).
3. Cómo Bruto y Casio fueron derrotados por César y cómo murieron (§ 37-49).

La duración del tiempo ocupa el resto del consulado de Gayo Vibio Pansa y de Aulo Hircio (§ 1-15), y otro año más, en el que los magistrados que están registrados como cónsules fueron estos:

[712 / 42 a. C.] M. Emilio Lépido, hijo de M., por segunda vez, y L. Munacio Planco, hijo de L. (§ 16-49).

Después de llegar a estos pactos y haberse conjurado, se ¹ apresuraban a entrar en Roma aparentando que todos mandaban por igual, pero cada uno pensando en obtener todo el poder para él solo, aunque ya antes sabían lo que iba a suceder de un modo evidentiísimo, y en esos momentos de un modo aún más claro. ² Así, en cuanto a Lépido, una serpiente, que se enroscó en la espada de un centurión, y un lobo que, colándose en el campa-

mento, entró en su tienda mientras cenaba y tiró la mesa, le vaticinaron el poder y al mismo tiempo la dificultad para conseguirlo. En cuanto a Antonio, la leche que manaba alrededor de todo el foso del campamento y un coro de voces que se oía de noche le presagiaron las delicias futuras y la ruina que sobrevendría a estas. Estos hechos les sucedieron antes de llegar a Italia¹. En cuanto a César, justo después de los pactos, un águila, que se posó sobre su tienda y mató a dos cuervos que volando sobre ella intentaban desplumarla, le dio la victoria sobre los otros dos.

2 Así llegaron a Roma con todos los soldados: primero César y después aquellos, pero cada uno por separado. Y en seguida legislaron lo que les pareció sirviéndose de los tribunos. Las órdenes que daban y las coacciones que ejercían adquirían el nombre de ley y, es más, incluso les llegaban como petición, pues era necesario suplicarles mucho para que actuaran así. Por eso se aprobó hacer sacrificios en honor de los triunviros, como si hubieran sido tocados por la fortuna; y cambiaron de vestiduras², como si aquellos fueran hombres venturosos, aunque mucho miedo tenían a sus actuaciones, pero mucho más miedo sentían por los prodigios. Pues los estandartes del ejército que guardaba la ciudad se llenaron de telarañas; y se vio cómo las armas se elevaban de la tierra hacia el cielo, y se oyó un gran estruendo producido por ellas; y en el templo de Esculapio³ multitud de abejas se agruparon en la parte más alta y bandadas de buitres se posaron sobre el tem-

¹ Venían de la zona norte de Italia, Galia Cisalpina, separada entonces de Italia por el río Rubicón, que desemboca en el Adriático, a unos quince kilómetros al norte de la actual Rímini.

² Se quitaron el vestido de duelo que hasta entonces llevaban (*cf.* XLVI 51, 5).

³ Hemos dado el nombre latino a este dios romano en vez del nombre griego del texto, Asclepio.

plo del Genio del Pueblo Romano y sobre el templo de la Concordia⁴.

Y estando la gente ocupada, por así decir, en estos asuntos, 3
volvieron a producirse aquellos asesinatos a los que una vez
recurrió Sila con sus listas de proscritos⁵: toda la ciudad se llenó
de cadáveres. Muchos eran asesinados en sus casas y otros mu-
chos aquí y allá: en las calles, en el foro o junto a los templos.
Sus cabezas de nuevo se colocaban sobre la tribuna de orado- 2
res, mientras el resto del cuerpo unas veces se dejaba tirado allí
mismo y era devorado por perros y aves y otras se arrojaba al
río. Todo cuanto había ocurrido antes en tiempos de Sila suce-
dió también entonces, con la única excepción de que ahora se
expusieron solo dos tablas blancas: una con los nombres de los
senadores y otra con los de los demás. La causa por la que se 3
hizo esta distinción no pude saberla por ninguna otra persona,
ni yo mismo pude averiguarla. Pues si alguien considera que
hubo una sola causa (que se diera muerte a un menor número
de ciudadanos), esa es la causa menos verdadera; pues en las
listas de proscritos fueron incluidos muchos más nombres que
antes, porque también fueron más los que las confeccionaron.
Pero esto no hizo que difirieran de los asesinatos que ocurrie- 4
ron en la vez anterior. Pues el hecho de que no se confecciona-
ra una lista mezclando los nombres de los notables con los
nombres de los de la plebe, sino aparte, no iba ser de mucha
importancia para quienes iban a ser asesinados igualmente.
Pero a diferencia de la vez anterior en la que, al parecer, aque-
llos no dejaron de cometer todo tipo de excesos, a estos sí se
les puede cargar en su haber otras atrocidades, muy lamenta-

⁴ La diosa Concordia tenía su templo en el foro, al pie del Capitolio. Y junto a él estaba el altar dedicado al Genio del Pueblo Romano.

⁵ Sobre las atrocidades de Sila cf. XLVI 33, 6 y nota. El texto legal de las prescripciones de los triunviros se recoge en APIANO, G. C. IV 8-11.

bles y no pocas. Pues en tiempos de Sila los que cometían aquellas audacias lo hacían de forma inopinada, experimentándolo por primera vez, y no obraban deliberadamente: por eso la mayoría de las veces actuaban con menos maldad, en la medida en que no lo hacían con premeditación sino por azar. Y las víctimas, que caían en unas desgracias súbitas y nunca oídas antes, lo tomaban con cierta resignación ante lo inesperado de sus infortunios. Pero esta vez en todas esas audacias participaron muchos: unos, siendo ellos mismos los ejecutores; otros, contemplándolas; y otros, oyéndolas con detalle momentos después. Pues, en efecto, muchas veces, en el intermedio de la espera entre unas atrocidades y otras, unos ideaban qué tormentos podían añadir y otros los aterrorizaban contándoles antes lo que iban sufrir, pues ellos recurrían a lo más inaudito en su afán de emular las atrocidades anteriores y en su empeño de introducir novedades en sus maquinaciones con su inventiva; mientras, las víctimas, imaginando cuánto podían llegar a sufrir, muchos se desgarraban entre tanto el alma y el cuerpo, como si ya estuvieran recibiendo esas torturas. Y en esto se apartaban de las atrocidades cometidas en tiempos de Sila: por ejecutarse ahora de un modo más terrible y porque entonces perecieron solo los enemigos de Sila y de su círculo de poderosos, y también porque nadie de sus amigos ni de los amigos de sus amigos fue asesinado, al menos no por orden de Sila; de modo que, excepto los muy ricos (pues en tales circunstancias no es posible que haya paz para ellos, cuando están a merced de un hombre más poderoso), los demás lo soportaban con resolución. Pero en esta segunda ocasión eran asesinados no solo los enemigos de los triunviros y los ricos, sino incluso los muy amigos, y en contra de todo lo esperado. Por lo demás, nadie o casi nadie había caído en la enemistad de aquellos hombres por causas personales para acabar siendo asesinado por ellos. Pero los asuntos públicos y las rupturas entre los triunviros habían

creado fuertes amistades y enemistades con ellos. Pues también todos los que habían amparado a su vecino o colaborado con él eran colocados por los otros en el bando del enemigo. Así sucedía que todos se habían convertido en amigos de alguno de ellos y en enemigos de los tres; y, desde el momento que cada uno se deshizo en particular de los que conspiraban contra él, resultó que juntamente con aquellos mataron también a los que eran sus mayores amigos. A causa de la complicitad que había entre los triunviros, todos fueron etiquetados como «amigo» o «enemigo», de modo que nadie podía vengarse de su propio enemigo, por ser este amigo de alguno de los triunviros, a fin de no ganarse otro enemigo. Y, al contrario, a causa del rencor por los hechos pasados y el temor acerca del futuro, sin importarles nada, fácilmente cambiaban la salvación del compañero por el castigo del enemigo. En consecuencia, los triunviros se entregaban unos a otros a sus mejores amigos a cambio de sus peores enemigos, y así conseguían a sus mayores adversarios a cambio de sus más fieles compañeros: unas veces el intercambio se hacía a razón de uno por uno, pero otras veces el intercambio era de muchos por uno solo o también de menos por más; en otras palabras, se comportaban como en un mercado, superándose unos a otros en la puja como en una subasta. Si un hombre solo se consideraba del mismo valor que otro, estimándose que era un reparto equitativo, el intercambio se hacía sin más; pero cuantos sobresalían por alguna virtud, dignidad o parentesco perecían a cambio de un número mayor. Pues en las guerras civiles, cuando duran mucho tiempo y suceden muchas cosas, son muchos los que durante el enfrentamiento acaban enemistándose con sus parientes más cercanos. Así, por ejemplo, Antonio sufrió los ataques de su tío Lucio César⁶, y

⁶ Lucio Julio César, cónsul en el 64 a. C., fue partidario de Julio César y luego de su sobrino M. Antonio, pero acabaron enemistados y Antonio lo in-

Lépido los de su propio hermano, Lucio Paulo⁷. Sin embargo, estos se salvaron; pero muchos otros fueron asesinados en casa de sus propios amigos y parientes, precisamente aquellos de quienes esperaban la salvación y un trato de honor. Y, para que nadie fuera más remiso a la hora de asesinar por temor a ser privado de su recompensa (porque Marco Catón⁸, siendo cuestor, exigió a cuantos habían cometidos asesinatos en tiempos de Sila la devolución de todo cuanto habían recibido por sus crímenes), promulgaron que ninguno de los asesinos sería incluido en las listas oficiales de proscritos. Así, más decididos a todo por esta medida, mataban a los demás, y también a los más pudientes, aunque no estuviesen enemistados con ninguno de ellos. Pues los triunviros, necesitando mucho dinero y no teniendo ningún otro sitio de donde sacarlo para satisfacer los deseos de los soldados, propusieron una especie de enemistad común contra los ricos. Otras muchas ilegalidades se cometieron por esta causa, incluso la de incluir a un adolescente entre los jóvenes en edad militar para que muriera, como si perteneciera ya a la clase de los adultos.

Estos atropellos los cometían, sobre todo, Antonio y Lépido, pues habían sido enaltecidos por el primer César durante muchísimo tiempo y, al desempeñar cargos y desempeñar puestos de mando tantísimos años, se habían ganado muchos enemigos. Pero parecía que César, por esa alianza para conseguir el poder, también los cometía, cuando no tenía ninguna necesidad

cluyó en las listas de proscritos; fue perdonado gracias a su hermana, Julia Antonia, la madre de Antonio (cf. *infra* § 8, 5).

⁷ Lucio Emilio Lépido Paulo, cónsul en el 50 a. C., se opuso a los triunviros, y especialmente a su hermano Lépido.

⁸ Marco Porcio Catón (el Joven o de Útica), defensor acérrimo de la república, fue elegido cuestor en el 65 a. C. Esta fue una de las muchas decisiones que tomó a lo largo de su vida y que le dieron la fama de hombre ejemplar por su integridad.

de matar a tan gran número de hombres. En efecto, no era cruel por naturaleza, y se había criado en las costumbres de su padre. Además, siendo aún joven y habiendo entrado hacía poco en la política, no tenía en general motivos para odiar con encono a muchos y prefería ser amado. La prueba es que, desde que se apartó del gobierno conjunto de aquellos y desempeñó el poder solo, no hizo después nada de eso. Y en aquel tiempo no solo no mató a muchos, sino que incluso salvó a muchísimos y trató con mucha dureza a los que traicionaron a sus amos y amigos, y muy generosamente a quienes habían amparado a alguien. Una muestra: Tanusia. Ella, una mujer ilustre, en un principio ocultó a su marido, Tito Vinio, que había sido incluido en la lista de proscritos, en un arcón en casa de un liberto, un tal Filopemén, de modo que dio fe de que aquel había muerto. Después de esto, mientras asistía a un festival público que organizaba un familiar de ella, consiguió, sirviéndose de Octavia⁹, la hermana de César, que este entrara solo en el teatro, sin los otros dos triunviro. Entonces ella, abordando a César, ignorante del asunto, se lo reveló y, haciendo traer el arcón, hizo salir a su marido de allí. Entonces, César, admirado, dejó en libertad a todos (pues la muerte era también la pena establecida para los que ocultaban a alguien), y a Filopemén lo elevó a la clase de los caballeros.

César salvó, en efecto, a muchos, a todos cuantos pudo. Y Lépidio permitió a su hermano Paulo huir a Mileto, y no era implacable con los demás. Pero Antonio mató cruelmente y sin piedad no solo a los que habían sido incluidos en las listas sino también a quienes habían intentado socorrer a alguno de ellos. Examinaba sus cabezas incluso si en ese momento estaba comiendo, y se saciaba al máximo con la impía y lamentable visión de aquellas. Y también la propia Fulvia mató a muchos,

⁹ Sobre Octavia, futura esposa de Marco Antonio, véase XLVIII 31, 3.

por odio o por dinero, entre los que se encontraban hombres que ni siquiera eran conocidos por su marido. Pues al menos una vez dijo él al ver la cabeza de uno de ellos: «A ese no lo conozco». Y cuando les enviaron la cabeza de Cicerón (pues cuando huía fue apresado y degollado¹⁰), Antonio, después de dirigirle muchos y desagradables improperios, ordenó que la colocaran en un lugar destacado, más visible que las demás, en la tribuna de oradores¹¹, allí desde donde había pronunciado tantas sofismas contra él, y allí se podía ver junto con su mano derecha, que le había sido amputada. Y Fulvia cogió la cabeza con las manos, antes de que se la llevaran, y, enfurecida con ella y escupiéndole, la colocó sobre las rodillas y abriéndole la boca le arrancó la lengua y la atravesó con los pasadores que utilizaba para el pelo, al tiempo que se mofaba con muchas y crueles infamias. Ambos, sin embargo, salvaron a algunos, de los que recibieron más dinero del que esperaban obtener si aquellos hubieran muerto. Y para que no aparecieran lugares vacíos en las tablas de proscritos, por faltar sus nombres, pusieron a otros en su lugar. Antonio, si exceptuamos el comportamiento que tuvo con su tío¹², al que dejó escapar después de que mucho se lo implorara su propia madre, Julia, no hizo ninguna otra acción digna de alabanza.

9 Por estos motivos los crímenes sucedieron de muy diversas maneras, y muy diversas también fueron las formas de salvación para algunos. Pues muchos murieron a manos de sus mejores amigos, y muchos se salvaron gracias a sus peores enemigos. Unos se quitaron la vida y otros fueron salvados por aquellos que venían a matarlos. Algunos que traicionaron a sus señores o a sus amigos fueron castigados, y otros fueron recom-

¹⁰ Por Popilio Lenas (*cf. infra* 11, 1-2).

¹¹ Llamada Rostra (*cf. XLVI* 19, 4 y nota).

¹² Lucio César (*cf. supra* § 6, 3).

pensados por esto mismo. De los que salvaron a alguien unos fueron condenados y otros recibieron recompensas. Pues no siendo un hombre solo, sino tres, los que según el deseo de cada uno y de acuerdo con su conveniencia particular cometían todos estos excesos, y como ni siquiera consideraban a los mismos hombres como amigos o enemigos, se afanaban muchas veces en salvar a quien el otro condenaba y en eliminar a quien el otro salvaba, de modo que sucedieron muchos hechos curiosos, según la simpatía o el odio que cada uno de los tres sintiera hacia esa persona. Yo me abstendré de describir minuciosamente uno por uno todos esos hechos, pues sería un trabajo ingente y nada importante aportaría al relato; pero narraré los que considero que son especialmente dignos de recordar.

Este fue el caso de un esclavo que ocultó a su amo en un establo y después, puesto que él también iba a morir según se enteró por otro, se puso la ropa de aquel y, así vestido, como si fuera su amo, salió al encuentro de los sicarios y murió degollado. Aquellos se volvieron creyendo haber matado al que buscaban pero el amo, cuando ellos se alejaron, huyó a otro lugar. O el caso de este otro esclavo que, habiéndose cambiado de vestimenta por otra igual que la de su señor, subió a una silla de manos cubierta e hizo que su amo llevara la silla. Por eso, al ser detenidos, el uno, sin que ni siquiera llegaran a mirarle a la cara, fue asesinado, mientras el otro se salvó por ser uno de los portadores. Probablemente estos esclavos, por haber recibido antes favores de sus amos, correspondieron con estas acciones a quienes antes se habían portado bien con ellos. Sin embargo, otro esclavo estigmatizado no solo no traicionó a quien le había estigmatizado, sino que incluso lo salvó con la mejor resolución. Pues al ser descubierto que había escondido a su amo en cierto lugar, iban también buscándolo a él. Entonces mató a un hombre que se topó casualmente con él y dio a su señor las ropas de este mientras que el cuerpo lo arrojó al fuego. Él, con las ropas

y el anillo de su señor, salió al encuentro de los perseguidores y se inventó que había matado a su señor cuando huía, y fue creído precisamente por las prendas del amo y los estigmas¹³; de ese modo salvó a su amo y él consiguió honores. Los sucesos anteriores se han conservado sin el recuerdo de los nombres. Pero a Hosidio Geta lo salvó su hijo al celebrar su funeral como si realmente hubiera muerto¹⁴. Y a Quinto Cicerón, el hermano de Marco, lo ocultó su hijo, aún un niño, y lo salvó en lo que de él dependía. Pues escondió a su padre para que no pudiese ser descubierto y, aunque fue torturado, no soltó una palabra sobre él en ninguno de los suplicios. Pero, enterado el padre de lo que estaba sucediendo, y admirando a su hijo y a la vez sintiendo piedad de él, salió voluntariamente a la luz y se entregó a sus asesinos.

11 Tantas muestras ejemplares de virtud y piedad se dieron entonces. Sin embargo, Popilio Lenas¹⁵ mató a Marco Cicerón, aunque este había actuado como su abogado defensor, y para demostrar no solo de oídas sino también con pruebas visibles que él lo había asesinado, colocó junto a la cabeza de Cicerón un busto suyo adornado con una corona en la que estaban grabados su nombre y la hazaña. Este agradó tanto a Antonio por esta acción, que recibió más dinero del prometido. Y Marco Terencio Varrón, que no había cometido ninguna injusticia pero tenía el mismo nombre que uno de los proscritos, excepto por un solo cognomen¹⁶, temiendo que por esta circunstancia le

¹³ Los estigmas, un castigo que se aplicaba a los esclavos que habían intentado huir, explicaban el odio hacia su amo.

¹⁴ La misma anécdota sobre este tal Geta también la recoge Apiano (IV 41).

¹⁵ El centurión que mató a Cicerón y le cortó la cabeza y la mano (cf. *supra* § 8, 3-4; APIANO, G. C. IV 19-29).

¹⁶ Marco Terencio Varrón Reatino, celebre erudito y autor, entre otras muchas obras, de la *Historia de la lengua latina*. Luchó junto a Pompeyo y luego fue perdonado por Julio César, pero no por Antonio, que lo incluyó en las listas

ocurriera algo malo, como a Cinna¹⁷, sacó un bando aclarando este hecho (pues entonces era tribuno), razón por la cual era objeto de críticas y burlas. De la inseguridad de la vida en aquella época fue una prueba el caso de Lucio Filustio¹⁸, que primero fue declarado proscrito por Sila y, aunque entonces se libró, ahora fue incluido de nuevo en la lista de prosritos y murió. Y, al contrario, Marco Valerio Mesala¹⁹, que fue condenado a muerte por Antonio, no solo vivió con total seguridad, sino que más tarde fue elegido cónsul en vez de Antonio. De modo que muchos de los que se encuentran en la situación más apurada sobreviven mientras que mueren no pocos de los que se creen muy seguros. Por eso uno no debe caer en la desesperación ante las desgracias del momento ni instalarse en la despreocupación por una alegría efímera, sino, colocando la esperanza sobre el futuro en el término medio entre ambos extremos, hacer razonamientos sólidos sobre una y otra eventualidad.

Así se desarrollaron entonces estos acontecimientos. Y fueron muchísimos los que, sin haber sido incluidos en las listas de prosritos, perecieron por ser odiados o por sus riquezas, mientras que muchos de los prosritos no solo sobrevivieron, sino que regresaron del exilio, e incluso algunos de ellos desempeñaron magistraturas. El refugio lo encontraron en Bruto, Casio

de prosritos. «Reatinus» era el *agnomen*, un sobrenombre que se añadía al nombre completo. Ese otro Varrón, el tribuno que no estaba acusado de nada, quizá sea el citado por Veleyo Patérculo (II 71).

¹⁷ Helvio Cinna, tribuno y amigo de Julio César, murió en los disturbios que sucedieron tras la muerte de César confundido con el pretor Cornelio Cinna, uno de los conjurados (cf. XLIV 50, 4 y 52, 2).

¹⁸ Quizá Dion (o un escriba) lo confunda con Marco Fidustio (cf. PLINIO, *Historia Natural* VII 134).

¹⁹ Se puso de parte de los asesinos de César, pero después se pasó a Antonio y finalmente, después de la batalla de Nauloco, se pasó a Augusto, llegando a ser cónsul en el 31 a. C.

- 2 y Sexto²⁰. La mayoría huyó junto a Sexto. Pues este, que antes había sido nombrado comandante de una escuadra²¹, se hizo fuerte durante cierto tiempo en el mar rodeándose de una poderosa flota propia, razón por la cual fue despojado del mando por César, y llegó a apoderarse de Sicilia; y, como después también fue declarado proscrito y se produjeron los demás asesinatos, con más razón ayudaba a quienes se encontraban en sus mismas
- 3 circunstancias. Pues, fondeando muy cerca de las costas italianas, mandaba emisarios a Roma y a las demás ciudades anunciando, entre otras cosas, que a los que habían salvado a alguien les daría el doble de lo establecido para los asesinos, y a los proscritos les prometía refugio, cuidados, dinero y honores. Por
- 13 eso muchos acudieron junto a él. No indico ahora el número de los proscritos, ni de los asesinados ni de los exiliados, porque muchos de los que al principio fueron inscritos en las tablas fueron después borrados, y después muchos fueron inscritos en vez de aquellos, y de ellos no pocos se salvaron y otros muchos
- 2 perecieron. Ni siquiera les era posible mostrar señales de duelo por las víctimas, pues muchos perdieron la vida precisamente por eso. Y finalmente, puesto que las desgracias superaban todo lo imaginado por ellos y ninguno podía hacerles frente, ni siquiera los muy valientes, sino que en todos sus gestos y palabras mostraban un semblante triste, y tampoco acudían a celebrar las fiestas de Año Nuevo como era costumbre, se les ordenó que se mostraran alegres a pesar de la proscripción, o serían condenados a muerte si no obedecían. Así, en las desgracias comunes, como si fueran hechos felices, fueron obligados a mostrarse
- 3 alegres. ¿Y por qué digo esto, cuando en honor de aquellos (me refiero a los triunviros) se votó, entre otras cosas, concederles

²⁰ Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo Magno.

²¹ Sobre estos hechos cf. XLVI 40, 3; 48, 4.

las coronas cívicas²² como si fueran benefactores y salvadores de la ciudad? Porque ellos no admitían ser responsables de la muerte de algunos, sino que incluso querían ser alabados por no haber matado a más. Y dijeron abiertamente al pueblo que no habían emulado ni la crueldad de Mario y de Sila (para no ser odiados) ni la clemencia de César (Julio) (para no ser tampoco menospreciados y evitar así las conspiraciones contra ellos).

Tales cosas sucedían en relación a los asesinatos, pero muchas cosas sorprendentes ocurrían también con respecto a las haciendas de los que quedaron vivos. A pesar de todo, los triunviros anunciaron, como si fueran hombres justos y filantrópicos, que de los bienes de cada uno de los asesinados devolverían las dotes de las viudas, a los hijos varones les entregarían la décima parte de la hacienda y a las hijas, la vigésima. Pero ni siquiera se entregó este dinero, salvo en contados casos. Y las haciendas de los que no fueron asesinados las saqueaban en su totalidad impunemente. Pues, por ejemplo, exigieron un impuesto anual para todas las casas que había en Roma y en el resto de Italia según el valor que tenían como residencia, que debían pagar íntegro si la tenían alquilada y la mitad si vivían en ella. Otro ejemplo: a los que tenían tierras les quitaban la mitad de lo que producían. Y aún más, los triunviros también exigieron que los soldados fueran alimentados gratis por las ciudades en donde aquellos tenían sus cuarteles de invierno y, enviándolos en cada región a por los bienes confiscados de los que aún se les oponían, pues también a aquellos los declaraban enemigos por no haberse cambiado a su bando dentro del plazo establecido por ellos, rapiñaban todo lo que aún quedaba. Los triunviros encomendaban estas tareas a los soldados para que, ganándose el sa-

²² La *corona cívica* se la concedían al soldado que mataba a un enemigo en la batalla y además salvaba la vida de un compañero; se la imponía el compañero salvado (cf. AULO GELIO, V 6, 11-12).

lario por este procedimiento, les fueran totalmente leales, y por eso también les prometían que les iban a dar tierras y ciudades; para ello nombraron a los encargados de fundar las colonias y repartir entre ellos lotes iguales de tierras. En efecto, los soldados en masa los apoyaban, y de entre los más insignes a unos se los atraían con las riquezas de los que habían perecido, vendiéndoselas a un precio de ganga o incluso gratis, y a otros honrándolos con magistraturas y sacerdocios. Y los triunviros, para quedarse impunemente con las mejores tierras y las mejores casas y entregarles a sus soldados todo cuanto pedían, proclamaron que nadie podía acudir al mercado e irse sin comprar, pues el que acudiera y no comprara moriría. Y manipulaban de tal modo a los que se acercaban a comprar, que ni siquiera sospechaban nada raro y compraban a un precio altísimo todo lo que necesitaban, y así ya no volvían más al mercado.

15 Esto fue lo que ocurría en cuanto a los bienes de los asesinados; y los cargos y los sacerdocios dejados vacantes por aquellos no los asignaron según lo establecido por las leyes sino
2 como les pareció. Así, por ejemplo, en el caso de los cónsules: cuando César renunció al consulado —pues dejó voluntariamente ese cargo que tanto deseó, hasta el punto de que entró en guerra para conseguirlo— y su colega²³ murió, designaron como cónsules a cierto ciudadano²⁴ y a Publio Ventidio²⁵, aunque era pretor, y para el cargo de pretor eligieron a uno de los
3 ediles. En cuanto a los pretores, después de esta componenda, los cesaron a todos —cuando llevaban en el cargo solo cinco

²³ Quinto Pedio (*cf.* XLVI 45, 3-46, 1).

²⁴ Gayo Carrinas; fue gobernador de Hispania en el 41 a. C.

²⁵ Sobre la meteórica carrera política de Publio Ventidio Baso véase XLIII 51, 4-5: pasó de desfilar como prisionero en el triunfo de Pompeyo Estrabón (padre de Pompeyo Magno) sobre los aliados italianos a ser el primer romano en celebrar un triunfo sobre los partos (*cf.* XLIX 21, 3). Fue seguidor de Julio César y después optó por Marco Antonio, de quien fue lugarteniente.

días—, los enviaron al gobierno de las provincias²⁶ y nombraron a otros en su lugar. Y respecto a las leyes, suprimieron unos artículos e insertaron otros en su lugar. Para decirlo en pocas palabras, también en todo lo demás hacían lo que les parecía. Pues en cuanto a títulos no aspiraron a ninguno de los que, por odiosos, habían sido eliminados²⁷, pero en sus actuaciones se comportaban según sus deseos y caprichos personales, hasta el punto de que el gobierno de (Julio) César parecía una edad dorada. Así obraron aquel año²⁸, y también votaron dedicar un templo a Sérapis e Isis²⁹.

Pero cuando Marco Lépido y Lucio Planco obtuvieron el consulado, de nuevo se publicaron tablas con listas de proscritos, en las que ya no se condenaba a nadie a muerte, pero se les confiscaban los bienes a los que seguían vivos. Necesitados de dinero, porque debían mucho y a muchos soldados y porque gastaban mucho también en los asuntos que llevaban entre manos, y creyendo que gastarían aún mucho más en las guerras que sabían inminentes, se dedicaban a acumular dinero. Además, el tema de los impuestos —tanto los que, habiendo sido antes suprimidos, ahora de nuevo se habían restablecido, como otros nuevos que habían introducido— y el tema de las muchas contribuciones que impusieron tanto sobre las tierras como sobre los esclavos, agobiaba bastante a los ciudadanos. Pero el inscribir en las tablas a los que habían prosperado algo, por poco que fuese, ya se tratara de senadores, caballeros o incluso libertos, incluyendo por igual a hombres y mujeres, y el gravarlos con un nuevo diezmo afligió gravemente a todos. Pues

²⁶ Los pretores, después de finalizar su mandato, podían ser nombrados por el Senado propretores para administrar una provincia. Así pues, a los cinco días fueron degradados de pretores a propretores.

²⁷ Los triunvirov evitaron el título de «dictadores».

²⁸ Año 43 a. C.

²⁹ Dioses egipcios que recibieron culto en todo el Mediterráneo.

de palabra se practicaba sobre la décima parte de los bienes de cada uno, pero de hecho no les dejaban ni la décima parte. Y es que ellos ordenaron que se ingresara no la cantidad estipulada según el valor de sus posesiones, sino que las referencias fueron las estimaciones que cada uno hacía de sus propios bienes, por lo que eran acusados de no haber hecho una valoración correcta de los mismos, y entonces perdían también el resto. Y si algunos escaparon a estas medidas, después, pasando por grandes estrecheces a causa de los impuestos y con una escasez terrible de dinero, también ellos acababan perdiendo todos sus bienes de un modo u otro. Sin embargo, ocurrió otra desgracia semejante a esta, terrible de oír pero mucho más terrible de sufrir. Y es que a todos los proscritos que quisieran se les concedió, si abandonaban su hacienda, el derecho de recuperar más tarde un tercio de la misma: esto significaba no recuperar nada y, además, tener muchos quebraderos de cabeza; pues, si por la violencia habían sido privados públicamente de los dos tercios, ¿cómo podrían recuperar el otro tercio cuando lo habían vendido a un precio bajísimo? Pues, por un lado, puesto que eran muchos los proscritos y la mayoría de los ciudadanos estaban sin oro ni plata, y los que tenían dinero no se atrevían a comprar nada para no mostrar que lo tenían, y así no exponerse a perderlo, los precios cayeron; y, por otro lado, todo se vendía a los soldados a un precio por debajo de su valor. El resultado fue que ninguno de los ciudadanos particulares salvó nada digno de mención, porque, además de todo esto, también tenían que aportar esclavos para la flota, comprándolos si no los tenían; y los senadores debían arreglar las calles con su propio dinero. Solo los que llevaban armas se enriquecieron. Y es que a los soldados no les parecía bastante ni la paga, aunque la recibían en su totalidad; ni los complementos extraordinarios, aunque fueron cuantiosos; ni las recompensas por los asesinatos, aunque habían sido enormes; ni tampoco las compras de terrenos, aunque en cierto

modo les salieron gratuitos. Pero es que, además, unos solicitaban y obtenían las haciendas íntegras de los fallecidos, y otros entraban por la violencia en el linaje de aquellos que sobrevivieron pero eran ya ancianos y sin hijos. Se llegó a tal grado de avidez y desvergüenza, que cierto individuo reclamó al propio César la hacienda de Acia, la madre de César (Octavio), que murió por entonces y había sido enterrada con honores de Estado.

Así actuaban aquellos tres hombres, a la vez que exaltaban al primer César en grado máximo. Pues, habiéndose lanzado a por el poder único y ansiosos de conseguirlo, perseguían con furia a los demás asesinos de César, en la idea de que así iban a lograr la impunidad en lo que hacían y la seguridad en el futuro. Y todo cuanto pudiera proporcionar honor a aquel, se afanaban en llevarlo a cabo con la expectativa de que también ellos serían un día dignos de los mismos honores. Por eso lo exaltaban con los honores que ya se habían votado antes y además con otros que entonces añadieron. El primer día de aquel año se comprometieron los tres por juramento, e hicieron jurar a los demás, a considerar acertado todo lo que había hecho César —y esto sigue haciéndose también con aquellos que detentan el máximo poder hoy día³⁰, o con los que lo detentaron una vez y no se deshonraron—. Y levantaron en su honor un altar propio de un héroe en el foro, allí donde había sido quemado³¹; y llevaban en procesión una estatua suya junto a otra de Venus³² en las carreras de carros. Y, si se anunciaba una victoria desde cualquier lugar, en las fiestas de acción de gracias repartían la gloria por igual entre el autor de la victoria y César, aunque estaba muer-

³⁰ Septimio Severo y aquellos otros que no fueron emperadores nefastos, como Nerón, etc.

³¹ Cf. XLIV 50, 2.

³² César se consideraba un protegido de Venus (cf. XLIII 43, 3).

5 to. Y para celebrar el día de su nacimiento obligaban a todos a llevar coronas de laurel y a mostrar alegría en los rostros; y decretaban que los que incumplieran esos preceptos serían maldecidos por Júpiter y por el propio César, mientras que los senadores y sus hijos serían multados con un millón (de
6 sestercios)³³. Y, como sucedió que los juegos Apolinales³⁴ cayeron el mismo día que su cumpleaños, se decretó que estos se celebrasen el día anterior, con el pretexto de que cierto oráculo de la Sibila³⁵ determinaba que esa festividad no se podía cele-
19 brar en honor de ningún dios que no fuese Apolo. Estos honores, en efecto, se le concedieron a César, y además el día en que fue asesinado, que siempre era un día hábil para las sesiones del Senado, lo declararon nefasto. Y, como primera medida, clausuraron la dependencia donde fue asesinado, y después la transformaron en un lugar reservado³⁶. Y, tal como se había votado,

³³ Equivalente a mil kilos de plata. Dion habla de 250.000 (dracmas). Sobre la equivalencia de las monedas véase nota a XLVI 31, 3.

³⁴ Festividad en honor de Apolo en la que se celebraban juegos circenses, teatrales, etc. Aunque los *Ludi Apollinares* se celebraban del 7 al 13 de julio, el día de Apolo era el último, el 13, y Julio César nació el 13 de julio del 100 a. C. Al adelantar un día la fiesta de su cumpleaños, para no coincidir con la de Apolo, se le otorgaba a César la categoría de dios.

³⁵ Los versos oraculares de la Sibila de Cumas estaban recogidos originalmente en nueve libros escritos en griego, que con el tiempo se fueron perdiendo. Los tres originales que quedaban en tiempo de Tarquinio Prisco se quemaron en el 83 a. C., pero se pudieron recuperar por otras copias. Se guardaban en el templo de Júpiter en el Capitolio y los quinceviro eran los encargados de su custodia y consulta. Se consultaban en momentos de especial gravedad (cf. XXXIX 60, 4).

³⁶ Primero las sesiones del Senado se celebraban en la Curia Hostilia (por Tulio Hostilio); pero, como la Curia se quemó durante los funerales de Clodio (52 a. C.), las sesiones se celebraron, mientras Julio César la reconstruía, en el teatro de Pompeyo (hoy en el Largo di Torre Argentina), que quedaba fuera del pomerio, por lo que los senadores podían entrar armados (véase nota a «pomerio» en XLIX 15, 3). Allí fue asesinado César, y después su cadáver fue llevado

construyeron la Curia Julia, denominada así en su honor, junto al llamado Comicio³⁷. Además de estas disposiciones, prohibieron que en los funerales de los parientes de aquel se portara ninguna imagen de él —como si fuera un verdadero dios—, costumbre que se observaba desde muy antiguo y aún también entonces. Y decretaron que nadie que se refugiara en su altar buscando protección podía ser expulsado o apartado de allí, algo que ni siquiera habían concedido a ningún dios, excepto a los de la época de Rómulo. Sin embargo, aquel lugar, según multitud de autores, solo tuvo la inviolabilidad de nombre, pero sin ningún efecto, pues quedó tan preservado que de ningún modo se podía acceder a él.

Tales honores se concedieron a César (Julio). Y a cada una de las vírgenes Vestales se les adjudicó un lictor, porque una de ellas, regresando al atardecer a casa después de la cena, no fue reconocida y fue ultrajada. Y la antelación con la que se designaban los cargos de la ciudad se hacía con más años, a la vez que con ellos honraban a sus adictos y, mediante las sucesiones de los magistrados, fortalecían su control sobre la situación política a más largo plazo.

Después de tomar estas medidas, Lépido, como ya dije, se quedó allí para administrar la ciudad y el resto de Italia, mientras César y Antonio partieron con sus ejércitos. Pues al principio, Bruto y Casio, tras el acuerdo que habían alcanzado con Antonio y los demás³⁸, entraban incluso en el foro y cumplían su labor como pretores con el mismo ceremonial. Pero cuando algunos empezaron a pasar dificultades por el asesinato de Cé-

al foro, donde fue quemado (*cf. supra* § 18, 4). La Curia del foro se terminó de reconstruir después de la muerte de César, y se llamó en su honor Curia Julia.

³⁷ El Comicio era un recinto circular donde se celebraban las asambleas o comicios. Estaba en el foro, delante de la Curia.

³⁸ *Cf. XLVI* 30, 4.

sar (Julio), se apresuraron a salir fuera de Roma como si tuvieran que ejercer ciertas funciones que les habían sido encomendadas. Sin embargo, Casio, que era pretor urbano³⁹, nunca había celebrado completos los juegos Apolinales; pero los de ese año, aunque estaba fuera, los organizó de la forma más espléndida por medio de Antonio, su colega como pretor. Casio no zarpó inmediatamente de Italia, sino que pasaba el tiempo en Campania con Bruto observando los acontecimientos. Y, puesto que eran pretores, enviaron algunas cartas a Roma dirigidas al pueblo romano, hasta que César Octaviano comenzó a controlar la situación y a ganarse a la gente. Entonces, desistiendo de la defensa de la república, y a la vez por temor a este, dejaron Italia. Los atenienses los acogieron magníficamente, pues casi todos los alababan por lo que habían hecho, y votaron erigir en su honor dos estatuas de bronce: una que se correspondía con la de Harmodio y otra con la de Aristogitón, como si fueran emuladores de aquellos⁴⁰.

Y en esto, enterados de que César (Octavio) se elevaba más y más, se olvidaron de cretenses y bitinios⁴¹, a donde habían sido enviados, pues vieron que ningún provecho importante iban a sacar de ellos, y emprendieron rumbo a Siria y Macedonia: aunque estas provincias no les correspondían, sin embargo sobresalían por su situación estratégica, riquezas y tropas. Casio partió para Siria, puesto que tenía allí muchos amigos de cuando la expedición de Craso⁴², y Bruto se estableció en Grecia y Macedonia. Pues, además, los griegos estaban de su lado por la fama de lo que había hecho y por la esperanza de hechos

³⁹ Según todas las fuentes, el pretor urbano sería Bruto y no Casio.

⁴⁰ Los famosos tiranicidas atenienses, que acabaron con la tiranía de los Pisistrátidas. Los atenienses erigieron en el ágora sendas estatuas en su honor.

⁴¹ Bitinia es una región costera de Asia Menor en el mar Negro, en el noroeste de la actual Turquía.

⁴² La desastrosa expedición de Craso contra los partos en el 53 a. C.

semejantes⁴³, y también porque contaba con numerosos soldados: unos, los que habían sobrevivido a la batalla de Farsalo⁴⁴ y aún andaban por allí, y otros, los que, bien por enfermedad o por indisciplina, habían sido apartados de las tropas que partieron con Dolabela⁴⁵. Y también le llegaron muchas riquezas de Asia⁴⁶ enviadas por Trebonio⁴⁷. Controlar Grecia le resultó 4 muy fácil, aunque no tenía un ejército significativo; pero, en cuanto a Macedonia, partió hacia allí en el preciso momento en que Gayo Antonio⁴⁸ acababa de llegar y Quinto Hortensio⁴⁹, que era su antecesor como gobernador de la provincia, iba a retirarse; sin embargo, no tuvo ningún problema. Pues de in- 5 mediato este se le unió, y (Gayo) Antonio, impedido de hacer nada de lo que le correspondía por el cargo⁵⁰ ante la superioridad de César en Roma, estaba debilitado. Por otro lado, Vati- 6 nio⁵¹ era gobernador de la Iliria Citerior⁵² y desde allí atacó

⁴³ Es decir, los griegos esperaban que Bruto y Casio, lo mismo que habían librado a Roma de un dictador, también liberaran a Grecia del yugo romano.

⁴⁴ Año 48, seis años antes de estos acontecimientos.

⁴⁵ Cf. XLV 15, 2.

⁴⁶ Recordemos que para los romanos la provincia de Asia era únicamente la zona costera del Egeo en Asia Menor, la antigua Jonia griega, aunque se internaba bastante más hacia el este.

⁴⁷ Gayo Trebonio, aunque había luchado al lado de César en las Galias y luego contra Pompeyo, estuvo en la conjuración contra César: él fue el que entretuvo a Marco Antonio fuera del Senado mientras dentro se perpetraba el crimen.

⁴⁸ Hermano de Marco Antonio (véase nota a XLVI 37, 1).

⁴⁹ Era hijo de Quinto Hortensio Hortalo, el famoso orador rival de Cicerón. Q. Hortensio estaba del lado de Octavio, pero ahora se pasará al de Bruto.

⁵⁰ Gayo Antonio, que había sido elegido pretor en el 44 a. C., iba a tomar el mando de Macedonia en nombre de su hermano, a quien le había correspondido por sorteo (cf. XLV 9, 3).

⁵¹ Publio Vatinio luchó al lado de Julio César, que le recompensó nombrándolo gobernador de Iliria. Ahora defiende a los triunviros.

⁵² Dion parece estar pensando en las dos provincias en las que, muy poco

Dirraquio⁵³ y la tomó adelantándose a Bruto, pues en la lucha entre las distintas facciones estaba enfrentado a él; pero no le pudo causar ningún daño, pues los soldados de Vatimo, que estaban disgustados con él y lo despreciaban a causa de cierta enfermedad, se cambiaron de bando. Así pues, Bruto, incorporando también a estos, marchó contra (Gayo) Antonio que estaba en Apolonia⁵⁴. Cuando este le salió al encuentro, Bruto se ganó a sus soldados y lo cercó, pues se había refugiado dentro de las murallas; finalmente lo capturó vivo gracias a una traición, pero no le hizo ningún daño.

22 Tras realizar estas acciones y apoderarse a continuación de toda Macedonia y del Epiro⁵⁵, Bruto envió una carta al Senado en la que exponía lo que había hecho y ponía a disposición del Senado las provincias y los soldados así como su propia persona. Los senadores (pues se daba la circunstancia que sospechaban ya de César) lo elogiaron entusiastamente y le encargaron que fuera el gobernador de todas las regiones de allí. Y, puesto que este decreto lo confirmaba en el mando, cobró más ánimo y consiguió que las tropas que acumuló se alzasen en 2 armas a su lado sin protestas. Entre tanto, poniéndose en contacto con César, creyendo que este iba a emprender la guerra contra Antonio, le exhortaba a enfrentarse a Antonio y a aliarse con él, pues se disponía a navegar a Italia, puesto que el 3 Senado lo había mandado llamar. Pero cuando César controló por completo la situación de Roma y castigaba públicamente a los asesinos de su padre, Bruto se quedó donde estaba y re-

después, se dividió Iliria: Panonia al norte y Dalmacia al sur, limítrofe con Macedonia.

⁵³ Hoy Durrës, en Albania.

⁵⁴ Ciudad del Epiro (hoy la actual Pojan, en Albania, situada unos setenta kilómetros al sur de Dirraquio).

⁵⁵ Región de la costa nororiental del mar Jónico; se corresponde hoy día con el sur de Albania y norte de Grecia.

flexionaba de qué modo podría eludir mejor el ataque de César cuando este se produjera. Entre tanto, gobernó Macedonia y las demás regiones de una manera excelente, y mantuvo con él las legiones, a las que (Gayo) Antonio incitaba a que hicieran defección de él.

Pues a (Gayo) Antonio, aunque ni tan siquiera había sido 23 despojado por Bruto del uniforme de pretor⁵⁶, no le gustaba la pasividad si se encontraba seguro y con honor, por lo que incitaba a los soldados de Bruto a cambiarse de bando. Al ser des- 2 cubierto en esta labor antes de causar un gran daño, fue despojado de las insignias de pretor y puesto en libertad vigilada, sin estar encerrado, para que no revolucionara al ejército; pero ni aun así se entregó a la inactividad, sino que soliviantó al ejército más que antes, hasta el punto de que algunos soldados llegaron a las manos entre ellos y otros marcharon a Apolonia con la idea de rescatar a (Gayo) Antonio. Pero esto no pudieron llevar- 3 lo a cabo, pues Bruto, que sabía lo que iba a pasar por ciertas cartas que había interceptado, lo sacó fuera escondiéndolo en una litera cubierta como si se tratara de algún enfermo. Aquellos, al no poder encontrarlo y por temor a Bruto, tomaron una colina que dominaba la ciudad. Pero Bruto llegó a un acuerdo 4 con ellos: de entre los que eran más audaces ejecutó a unos pocos y a los otros los apartó del ejército, y maniobró de tal modo con el resto de amotinados que consiguió que ellos mismos detuvieran y mataran a los que habían sido enviados, como si fueran los responsables de la sedición, y que reclamaran la entrega del cuestor y de los lugartenientes de (Gayo) Antonio. 24 Sin embargo, Bruto no les entregó a ninguno de ellos, sino que los embarcó en naves y los envió mar adentro como si tuviera la determinación de arrojarlos al agua, pero era para ponerlos a

⁵⁶ Bruto depara un trato exquisito a Gayo Antonio para no entorpecer posibles acuerdos con su hermano Marco Antonio.

salvo. Sin embargo, temiendo que a su vez los soldados, informados de los acontecimientos de Roma (se anunciaban de forma que produjeran el mayor pánico), se cambiaran de bando, dejó a (Gayo) Antonio en Apolonia, confiándolo a un tal Gayo Clodio para que lo vigilara, y marchó al interior de Macedonia con el grueso del ejército y desde allí, más tarde, navegó a Asia para alejar a sus soldados lo más posible de Italia y mantenerlos sumisos. Mientras tanto se ganó, entre otros aliados, a Deyótaro⁵⁷, aunque era muy viejo y le había negado la ayuda a Casio.

Mientras Bruto pasaba el tiempo allí, Gelio Publícola⁵⁸ conspiró contra él, y también Marco Antonio intentó liberar a su hermano y envió a algunos hombres. Entonces Clodio, como no podía mantener vivo a su prisionero, lo mató, bien por propia iniciativa bien por órdenes de Bruto. Pues lo que se cuenta es que primero hacía todo por la salvación de aquel, pero luego, al saber que Décimo había perecido, ya no le importaba nada su salvación. Gelio fue descubierto, pero no sufrió nada malo, pues Bruto lo consideró siempre entre sus amigos más íntimos, y además sabía que Marco Mesala, el hermano de este, era un seguidor incondicional de Casio, así que lo dejó escapar: sí, el que conspiró incluso contra Casio ni siquiera esta vez sufrió mal alguno. La causa fue que la madre de Mesala, Pola, enterada de la conspiración y temiendo que Casio fuera apresado (pues sentía un gran afecto por él) y que su hijo fuera descubierto, denunció a Casio la conspiración de forma voluntaria y a

⁵⁷ Rey de Galacia (región situada en el centro de la actual Turquía). Ayudó a los romanos frente a Mitrídates. Luego apoyó a Pompeyo frente a César, por lo que después tuvo que ser defendido por Cicerón (conservamos el discurso *En defensa del rey Deyótaro*). Y después se puso del lado Casio y Bruto frente a los triunviros.

⁵⁸ Lucio Gelio Publícola, partidario de los triunviros, será cónsul en el 36 a. C. Su padre, del mismo nombre, fue cónsul en el 72 a. C.; y, como se dice más abajo, era hermano de Marco Mesala (*cf. supra* § 11, 4).

cambio obtuvo la salvación de su hijo. Sin embargo, no hizo de él un hombre mejor, pues del bando de sus benefactores se pasó al de César y Antonio.

Así pues, Bruto, tan pronto como supo del intento de Marco Antonio y del asesinato de su hermano, temiendo que en Macedonia se produjera otra revuelta durante su ausencia, se dirigió de inmediato a Europa y recibió la región que pertenecía a Sadas⁵⁹ (pues al morir sin hijos este la legó a los romanos). Atacó a los besos⁶⁰ con la intención de castigarlos por las fechorías que cometían y, al mismo tiempo, otorgarse el nombre y título de *imperator*⁶¹, en la idea de que así le iba a ser más fácil combatir contra César y Antonio: ambas cosas las hizo con la ayuda, sobre todo, de Rascipóride, un jefe local⁶². Desde allí se dirigió a Macedonia y, poniendo bajo control todos los asuntos de allí, volvió de nuevo a Asia.

Bruto, además de tomar estas medidas, imprimía en las monedas que acuñaba su propia imagen y también un gorro frigio y dos puñales⁶³, poniendo así de manifiesto, además de por la leyenda, que, junto con Casio, liberaría a la patria. Por ese mismo tiempo Casio, adelantándose a Dolabela, pasó a Asia para contactar con Trebonio y, con el dinero que consiguió de él, ganó para su causa un gran número de jinetes que Dolabela había enviado antes a Siria así como a otros muchos asiáticos y

⁵⁹ Rey de Tracia que, no teniendo hijos, dejó en herencia su reino a los romanos (cf. CÉSAR, *Guerras civiles* III 4, 3).

⁶⁰ Pueblo muy belicoso de Tracia.

⁶¹ El título de *imperator*, además del Senado, lo podían otorgar las propias tropas al general que había triunfado en una campaña (cf. XLVI 38, 1).

⁶² Jefe macedonio de extraordinario valor que luchó al lado de Pompeyo contra César (cf. CÉSAR, *Guerras civiles* III 4, 4).

⁶³ El gorro frigio (en griego, *pillon*, en latín, *pileus*) lo llevaban los esclavos manumitidos y simbolizaba, por tanto, la libertad. Los dos puñales aluden, claro está, a los puñales que Bruto y Casio utilizaron para asesinar a César.

- 2 cilicios⁶⁴. Después de esto se atrajo a Tarcondímoto⁶⁵ y a los de Tarso⁶⁶, que antes se negaban a una alianza. Pues los de Tarso eran tan partidarios del primer César y, a causa de él, también del segundo, que en honor de aquel le cambiaron el nombre a su ciudad por el de Juliópolis. Después de estas acciones fue a Siria, donde puso sin lucha todo bajo su control, tanto el gobierno
- 3 de las ciudades como los ejércitos. La situación en Siria era entonces la siguiente. El caballero Cecilio Baso, que había luchado al lado de Pompeyo y se había retirado a Tiro⁶⁷, pasaba desapercibido allí viviendo en la zona del mercado. El gobernador de Siria era entonces Sexto⁶⁸. A este, que era cuestor y pariente de César, le había confiado César todos los asuntos de esa
- 4 provincia cuando partió de Egipto contra Farnaces⁶⁹. Baso al principio se mantenía inactivo, aspirando a que lo dejaran seguir vivo. Pero, como algunos de sus correligionarios se reunieron con él y se atrajo a algunos de los soldados de Sexto que de tanto en tanto pasaban patrullando por la ciudad, y además lle-
- 5 gaban de África muchas y malas noticias sobre César, ya no se contentó con la situación presente, sino que comenzaba a conspirar bien fuera congregando a los que habían luchado al lado de Escipión⁷⁰ y de Catón y a los pompeyanos o bien fuera invis-

⁶⁴ Cilicia era una región costera de Asia Menor, al sur de la actual Turquía y frente a la isla de Chipre. Recordemos que asiáticos eran solo los de la provincia romana de Asia.

⁶⁵ Jefe local de Cilicia que antes se alió con Pompeyo (cf. XLI 63, 1).

⁶⁶ Tarso era la capital de Cilicia (hoy Tarsus, próxima a la costa).

⁶⁷ Véase nota a XLVIII 26, 1.

⁶⁸ No se trata de Sexto Pompeyo, el hijo de Pompeyo, sino de Sexto Julio, un pariente de César.

⁶⁹ Cf. XLII 47.

⁷⁰ Quinto Cornelio Metelo Escipión, cuya hija Cornelia fue la quinta mujer de Pompeyo Magno, después de Farsalo marchó a África con Catón de Útica.

tiéndose de cierto poder. Al ser descubierto por Sexto antes de tener preparado un ejército dijo que reunía tropas para auxiliar a Mitridates de Pérgamo⁷¹ en una expedición contra el Bósforo: fue creído y liberado. Después de estos hechos Baso falsificó 6 ciertas cartas, que supuestamente le habrían sido enviadas por Escipión, y anunciaba que según ellas César habría sido derrotado y muerto en África y afirmaba que el gobierno de Siria le había sido asignado a él. Con este pretexto se apoderó de la 7 ciudad de Tiro con ayuda de las tropas que ya tenía preparadas y a continuación se dirigió contra las legiones de Sexto, pero, topando con él, fue herido y derrotado en la batalla. Tras sufrir este revés, ya no intentó nada contra aquel por la fuerza, pero enviaba recados a los soldados y a algunos de ellos los cautivó de tal manera que los hizo asesinos de Sexto.

Muerto Sexto, todo el ejército se puso a sus órdenes, excepto 27 unos pocos (pues los que pasaban el invierno en Apamea⁷² se retiraron a Cilicia antes de que él llegara y, aunque los estuvo siguiendo hasta allí, no los ganó para su causa). Vuelto a Siria, Baso fue nombrado pretor y fortificó Apamea para tener una base de operaciones en la guerra. También hacía un alistamiento 2 de hombres en edad de combatir no solo de los libres, sino también de los esclavos; reunía dinero y acumulaba armas. Mientras llevaba a cabo estas actividades, cierto Gayo Antistio lo sitió y lo mantuvo encerrado; pero después, como en la lucha estaban muy igualados y ninguno de los dos podía sacar ventaja, en una tregua no pactada pusieron fin a las hostilidades para llamar a los 3 respectivos aliados. En ayuda de Antistio acudieron desde las regiones vecinas los partidarios de César y, desde Roma, algu-

⁷¹ Hijo de Mitridates VI, rey del Ponto, el célebre y terrible enemigo de los romanos.

⁷² Ciudad de Siria junto al río Orontes, a unos cincuenta kilómetros al noroeste de la actual Hama.

nos soldados enviados por él; en ayuda de Baso acudió el árabe Alcaudonio. Pero este, que fue primero aliado de Lúculo, como ya dije antes⁷³, y después ayudó a los partos⁷⁴ en la guerra contra Craso, ahora fue llamado por los dos bandos. Entonces, colocándose en medio, entre la ciudad y las tropas de asedio, antes de dar una respuesta puso públicamente en venta su apoyo. Como Baso superó a Antistio en dinero, Alcaudonio⁷⁵ auxilió a Baso y en la batalla se mostró muy superior con sus arqueros. Vinieron también los partos, llamados por Baso; sin embargo, no se quedaron con él mucho tiempo a causa del invierno y, por consiguiente, tampoco hicieron nada digno de mención. Baso se mostró superior durante algún tiempo, pero después fue sitiado de nuevo por Marcio Crispo y Lucio Estayo Murco⁷⁶.

En tal situación se encontraban estos, cuando llegó Casio, que de inmediato se había puesto a recorrer todas las ciudades, e incorporó a sus legiones las tropas de Baso y las de los otros sin ningún esfuerzo gracias a la fama que se había ganado durante su mandato como cuestor y, en general, al buen nombre que había conseguido. Pero en cierta ocasión que acampaba en un mismo sitio con todas las tropas, cayó súbitamente del cielo una gran cantidad de agua al mismo tiempo que unos cerdos

⁷³ Cf. XXXVI 2, 5.

⁷⁴ Los partos eran una tribu escita que, desde la actual Turkmenistán, al este del mar Caspio, avanzaron hacia el sur y ocuparon la satrapía persa de Partia (de ahí tomaron el nombre). Fueron súbditos sucesivamente de Persia, de Alejandro Magno y del reino Seléucida; pero después, a partir del rey Arsaces I (238-215 a. C.), fundador de la dinastía arsácida, fueron adquiriendo más poder hasta ser independientes y conformar un gran imperio en Asia (se mostraban como continuadores del Imperio Persa). En su avance hacia el oeste chocaron con los romanos, y llegaron a convertirse en los grandes enemigos de Roma en oriente.

⁷⁵ No era la primera vez que Alcaudonio se pasaba al bando del más poderoso (cf. XI 20, 2).

⁷⁶ Ambos habían luchado junto a Julio César.

salvajes entraban en el campamento por todas las puertas⁷⁷ y tiraban todo lo que había y sembraban el caos, de modo que algunos concluyeron de eso que su poder era pasajero y que en seguida vendría su caída. Tras controlar Siria partió para Judea⁷⁸, informado de que venían los soldados que César había dejado en Egipto: sin mover un dedo los puso de su lado y también a los judíos. Y a Baso, a Crispo y a otros que tampoco querían sumarse a sus legiones, los despidió sin hacerles nada malo. En cuanto a Estayo, le conservó el mismo rango con el que había llegado y, más aún, le confió la escuadra.

Así, Casio también se hizo fuerte en breve tiempo, y envió una carta a César proponiéndole un pacto y otra al Senado sobre la situación presente, redactada en los mismos términos que la de Bruto⁷⁹. Y el Senado, por este motivo, le confirmó en el gobierno de Siria y aprobó encargarle la guerra contra Dolabela. Pues a este se le había encargado antes el gobierno de Siria y había salido de Roma siendo cónsul⁸⁰, pero demorándose en su viaje a través de Macedonia y Tracia había llegado tarde a la provincia de Asia, y allí pasó el tiempo. Y, cuando le llegó la noticia de este decreto, aún estaba en el mismo sitio; pero no prosiguió a través de Siria, sino que, quedándose allí mismo⁸¹, manipuló a Trebonio de tal forma que despertó en este la firme creencia de su buena voluntad hacia él, hasta el punto de recibir voluntariamente de Trebonio la manutención para sus soldados y de llevar una vida sin peligro bajo su protección. Cuando, a causa de este comportamiento, Trebonio tomó confianza y ya

⁷⁷ Un campamento romano tenía cuatro puertas, cada una en el centro de los cuatro lados del cuadrado que conformaban el perímetro del campamento.

⁷⁸ Judea es el nombre posterior que se aplicó a Palestina (véase nota a § 30, 1)

⁷⁹ Cf. *supra* 22, 1.

⁸⁰ Cf. XLV 15, 2.

⁸¹ Concretamente en Esmirna (cf. *infra* § 29, 3).

no adoptada ninguna medida de seguridad para sí, una noche Dolabela tomó por sorpresa Esmirna⁸², que era la ciudad donde estaban, y, matando a Trebonio, arrojó su cabeza a una estatua de César (Octavio), y con ello conmocionó a toda Asia. Enterados de este hecho, los senadores le declararon la guerra, pues César aún no había vencido a Antonio ni controlaba los asuntos de la ciudad⁸³. Y a los partidarios de Dolabela les señalaron un día para romper su amistad con él, de lo contrario también ellos serían colocados en el bando de los enemigos. Y a los cónsules les encargaron que, en cuanto enderezaran la situación, adoptaran todas las medidas contra Dolabela y le hicieran una guerra total (pues todavía no sabían que Casio se había apoderado de Siria); sin embargo, para que con el transcurrir del tiempo el poder de Dolabela no fuera a más, les encargaron esta misión a los gobernantes de las provincias vecinas. Pero después, cuando conocieron las actividades de Casio, antes de que estos hicieran lo más mínimo, aprobaron las medidas que ya dije⁸⁴.

Dolabela, convertido así en dueño de Asia⁸⁵, marchó a Cilicia mientras Casio estaba en Palestina⁸⁶. Incorporó a los de Tarso a su ejército, que lo hicieron voluntariamente; venció a una guarnición de Casio que estaba en Egeas e invadió Siria. Fue rechazado en Antioquía⁸⁷ por la guarnición que la defendía, pero se adueñó

⁸² Hoy Izmir, ciudad turca en la costa del mar Egeo.

⁸³ Si Octavio hubiera tenido controlada la situación, habría evitado que el Senado declarara la guerra a Dolabela, que era partidario suyo.

⁸⁴ Cf. *supra* § 28, 5.

⁸⁵ Recordemos que para los romanos la provincia de Asia comprendía únicamente la zona costera del Egeo en Asia Menor.

⁸⁶ Palestina, tal como la define Dion, era el territorio comprendido entre Fenicia y Egipto a lo largo de la costa, y que también fue llamado posteriormente Judea. Sobre los judíos cf. XXXVII 16-17.

⁸⁷ Ciudad siria próxima a la costa (hoy Antakya, en Turquía).

de Laodicea⁸⁸ sin combate a causa de la amistad que sus habitantes tenían con el primer César. Desde ese momento fue poderoso durante unos días (entre otras cosas porque en seguida le llegó una escuadra desde Asia) y pasó a Árados⁸⁹, con el fin de obtener allí dinero y naves. Allí quedó aislado con unos pocos y corrió un gran peligro; pero escapó y, topándose con Casio, que venía contra él, fue derrotado en el enfrentamiento. Al ser acosado acabó sitiado en Laodicea, quedando aislado totalmente por tierra (pues entre otros también algunos partos ayudaron a Casio). Sin embargo, seguía siendo poderoso por mar gracias a las naves de Asia y de Egipto que Cleopatra le envió, además del dinero que recibía de ella. Así hasta que Estayo, reuniendo una escuadra, entró en el puerto de Laodicea y derrotó a los que le salieron al encuentro sitiándolo también por mar. Entonces Dolabela, privado por tierra y por mar del suministro de provisiones, hizo una salida ante la escasez de lo más necesario, pero en seguida fue rechazado al pie de la muralla. Entonces, viendo la situación perdida y temiendo que lo cogieran vivo, se suicidó; lo que también hizo su lugarteniente Marco Octavio. A ambos les concedió Casio el honor de una tumba, aunque ellos tiraron el cadáver insepulto de Trebonio. Los que combatieron al lado de aquel y sobrevivieron consiguieron la salvación y el perdón, aunque habían sido declarados enemigos por los senadores. Tampoco los de Laodicea sufrieron daños, excepto una sanción monetaria. Y nadie más fue castigado, aunque a partir de entonces fueron muchos los que conspiraron contra Casio.

Mientras sucedían estos hechos, los de Tarso intentaron cor-

⁸⁸ Ciudad siria en la costa, algo más al sur que Antioquía (también hoy en Turquía).

⁸⁹ Isla situada más al sur que las anteriores, ya en Fenicia, y muy próxima a la costa.

tar los pasos por los montes Tauro a Tilio Cimbro⁹⁰, uno de los asesinos de César y gobernador de Bitinia, que venía a toda prisa para ayudar a Casio; pero aquellos, por miedo, los abandonaron y en seguida hicieron un pacto con él creyendo que era muy poderoso. Sin embargo, más tarde, cuando comprobaron el escaso número de soldados, no lo dejaron entrar en la ciudad ni le dieron provisiones. Tilio, después de haber construido una fortificación contra ellos, partió para Siria, pues consideraba más importante ayudar a Casio que destruir la ciudad. Entonces, los de Tarso atacaron la fortificación y se apoderaron de ella, y después marcharon contra Adana⁹¹, una ciudad vecina con la que siempre habían mantenido rivalidad, poniendo como pretexto que actuaba a favor de Casio. Informado Casio de estos acontecimientos, envió contra ellos primero a Lucio Rufo, cuando aún vivía Dolabela; pero después fue él personalmente y, puesto que ya se habían retirado sin combate ante la llegada de Rufo, no los castigó con nada terrible, pero sí les quitó todo el dinero público y privado. Por este motivo los de Tarso recibieron alabanzas de los triunviros y la esperanza (pues aquellos controlaban ya los asuntos de Roma) de obtener alguna compensación a cambio del dinero perdido. En cuanto a Cleopatra, a causa de la ayuda que envió a Dolabela⁹², se encontró con que el hijo que llamaba Tolomeo, y que pretendía haber engendrado de César y por eso lo llamaba Cesarión, ahora era llamado «Rey de Egipto⁹³».

Casio, una vez que controló la situación de Siria y Cilicia,

⁹⁰ Tilio Cimbro fue el que, al quitarle a César la toga, dio la señal para asesinarlo (cf. PLUTARCO, *César* 66, 6; SÜETONIO, *César* 82, 1; etc.).

⁹¹ A unos cuarenta kilómetros al este de Tarso.

⁹² Cf. *supra* § 30, 4.

⁹³ Como Tolomeo XV. A Cleopatra, por su ayuda a los triunviros, se le reconoce su legitimidad como reina de Egipto, que quedó en el aire tras la muerte de César, aunque ya había muerto sin descendencia su hermano y esposo, Tolomeo XIV, con quien compartía el trono.

marchó hacia Asia para encontrarse con Bruto. Pues, cuando se enteraron de la conjura de los triunviros⁹⁴ y se dieron cuenta de las medidas que los triunviros adoptaban contra ellos, se reunieron para actuar aún con mayor coordinación. Y, puesto que luchaban por la misma causa y corrían el mismo riesgo, y no queriendo abandonar entonces el proyecto de luchar por la libertad del pueblo, se empeñaron en aniquilarlos, aunque aquellos eran tres y actuaban conjurados; y desde entonces consultaban y hacían todo en común y con mayor empeño. En suma, acordaron ir a Macedonia e intentar impedir que aquellos llegaran allí, o incluso pasar a Italia. Pero, como se decía que los triunviros aún estaban tratando de imponerse en Roma y se creía que iban a estar ocupados en la guerra contra Sexto⁹⁵, que los vigilaba desde cerca, no ejecutaron esos planes de inmediato, sino que, haciendo ellos mismos visitas y enviando a intermediarios, se iban ganando a los que aún no eran afectos a su causa y así acumulaban dinero y soldados.

Y todos los de esa zona, incluidos los que antes desconfiaban, se sumaron a ellos al instante; pero Ariobárzanes⁹⁶, los rodios y los licios⁹⁷, aunque en modo alguno se opusieron, tampoco querían ser sus aliados en el combate. Entonces, Bruto y Casio, sospechando que eran simpatizantes de sus enemigos, puesto que habían sido beneficiados por el primer César, y temiendo que, si regresaban a su patria sin combatir, causarían cierta perturbación y arrastrarían con ellos a los demás, toma-

⁹⁴ Cf. XLVI 55.

⁹⁵ Sexto Pompeyo.

⁹⁶ Ariobárzanes III Filorromano, rey de Capadocia (región situada en el interior de lo que hoy es la actual Turquía), se puso del lado de Pompeyo contra César, pero después ayudó a César y este lo mantuvo como rey y agrandó sus territorios (cf. XLII 46, 2 y 48, 3).

⁹⁷ Licia, región costera en el sur de la actual Turquía, al este de Rodas y al oeste de Cilicia, conocida hoy día como la «Riviera turca».

ron la decisión de ir tras ellos de inmediato, esperando que, puesto que eran muy superiores en fuerza militar y si los trataban con una gran generosidad, los convencerían con rapidez o bien los obligarían por la fuerza. Los rodios confiaban mucho en una batalla naval, tanto como para navegar hasta el continente contra Casio y enseñarles a los enemigos (puesto que creían que iban a apresar vivos a muchos) los grilletes que llevaban en las manos y con los que los iban a convertir en esclavos. Pero fueron derrotados por Casio, primero en una batalla naval cerca de Mindo⁹⁸ y después, al mando de Estayo, ante la misma Rodas: la pericia de aquellos la superó Casio con el mayor número y poderío de sus barcos. Después de esto, el propio Casio pasó a la isla, pero no les infligió ningún castigo (pues tampoco le opusieron resistencia y además tenía un buen recuerdo de ellos desde su estancia allí, donde había llevado a cabo sus estudios⁹⁹); pero les confiscó las naves, el dinero y los tesoros públicos y privados, excepto el carro de Helios¹⁰⁰. Después apresó a Ariobárzanes y lo ejecutó.

34 Bruto derrotó en una batalla al conjunto del ejército de los licios, que le había salido al encuentro en la frontera; capturó el ejército en el primer ataque, cuando todo él huía a las fortificaciones. Anexionó sin necesidad de combatir a la mayoría de las 2 ciudades; sin embargo, a Janto¹⁰¹ tuvo que ponerle sitio. Pero,

⁹⁸ Pequeña ciudad próxima a Halicarnaso, en el sur de la costa egea (hoy en el golfo de Bodrum, Turquía).

⁹⁹ En Rodas había una célebre escuela de retórica donde se habían formado César (*cf.* PLUTARCO, *César* 3), Cicerón (*cf.* PLUTARCO, *Cicerón* 4); etc.

¹⁰⁰ Se trata del carro del célebre Coloso, una estatua gigantesca de Helios, el dios Sol protector de la ciudad, que fue destruida por un terremoto hacia el 224 a. C. Pero los rodios, siguiendo la indicación de un oráculo, decidieron dejar intactos los restos de la estana, y Casio tampoco los tocó.

¹⁰¹ Ciudad de Licia, próxima a la costa, hoy la ciudad turca de Kinik, en el límite de la provincia de Antalya con Mugla.

como los de Janto hicieron de improviso una salida y prendieron fuego a las máquinas de asedio a la vez que disparaban flechas y jabalinas, Bruto cayó en un gran peligro. Y habría perecido sin remedio si los soldados, espontáneamente, no hubieran pasado a través del fuego y entablado combate cuerpo a cuerpo con los licios, apenas armados; entonces los acosaron hasta las murallas y, entrando con ellos en la ciudad, prendieron fuego a algunas casas: con esta acción dejaron anonadados a los que veían lo que estaba sucediendo y hacían creer a los que estaban lejos que se habían apoderado de absolutamente todo. A partir de ese momento los habitantes prefirieron quemar entre todos el resto de las casas y suicidarse, la mayoría dándose muerte unos a otros. Después, Bruto se dirigió a Pátara¹⁰² y les pidió su amistad, pero se la negaron (quienes impedían que se aceptara esa propuesta eran los esclavos y, entre los libres, los más pobres, porque se daba la circunstancia de que los primeros habían obtenido la manumisión y los segundos, el perdón de sus deudas). Lo primero que hizo Bruto fue entregarles a los prisioneros que había hecho en Janto (pues muchos tenían relaciones familiares con los de Pátara por matrimonio), con la esperanza de que a través de ellos los de Pátara se pondrían de su lado. Pero estos no cedieron un ápice, a pesar de que a cada uno él le había entregado gratis sus parientes. Levantó entonces un mercado al pie de la muralla en un lugar seguro y, trayendo uno a uno a los más ilustres ciudadanos de Janto, los fue subastando, por ver si así podía atraerse a los de Pátara. Pero como ni aun entonces se pasaron a su lado, vendió a unos pocos y a los demás los dejó libres. Cuando los que estaban dentro de la ciudad vieron esto, ya no se opusieron, sino que se sumaron a él por su nobleza, y no recibieron ningún castigo excepto una sanción económica

¹⁰² Ciudad costera de Licia, a unos quince kilómetros de Janto, llamada después Arsínoe; en ella había un famoso oráculo de Apolo.

Y lo mismo hicieron los de Mira¹⁰³ cuando Bruto apresó a su general en el puerto y luego lo liberó. Y así en poco tiempo puso las demás ciudades de su parte.

35 Después de llevar a cabo estas acciones, Bruto y Casio volvieron de nuevo a Asia¹⁰⁴. Y, una vez que todos los recelos surgidos de las calumnias que en tales situaciones suelen producirse, poniéndolos encima de la mesa y a solas, los solventaron, se apresuraron a ir a Macedonia. Pero Gayo Norbano¹⁰⁵ y Decidio Saxa¹⁰⁶, atravesando el Jónico antes de que llegara Estayo, se les adelantaron y se adueñaron de todo el territorio hasta el monte
2 Pangeo¹⁰⁷, acampando cerca de Filipos¹⁰⁸. Esta ciudad está junto a los montes Pangeo y Símbolo. Y también llaman «Símbolo¹⁰⁹»
3 a la llanura por donde este monte enlaza con el Pangeo, que corre tierra adentro, llanura que se extiende entre las ciudades de Neápolis¹¹⁰ y Filipos; Neápolis da el mar y está situada frente a Tasos mientras Filipos está edificada entre montañas sobre la

¹⁰³ Otra ciudad costera de Licia, algo más al este que las anteriores.

¹⁰⁴ Recuérdese lo dicho *supra* en nota a § 21, 3.

¹⁰⁵ Gayo Norbano Flaco fue cónsul cuatro años más tarde, en el 38 a. C.

¹⁰⁶ L. Decidio Saxa Inchó con César en las Galias y luego se puso del lado de Augusto contra Antonio.

¹⁰⁷ Monte macedonio próximo a Anfípolis. Hay un juego de palabras cuando Dion dice que se adueñaron de «toda la tierra hasta el Pangeo», pues *Pangeo* significa en griego «toda la tierra».

¹⁰⁸ Ciudad macedonia refundada en el 385 a. C. por Filippo II, padre de Alejandro, y famosa por sus minas de oro. Antes se llamaba Crenides y actualmente, Krinides.

¹⁰⁹ *Sýmbolon* en griego significa «enlace, unión». Así, el Símbolo es tanto el monte como la llanura donde se va a celebrar la batalla entre los triunviros y los republicanos. En realidad era una meseta a casi doscientos metros sobre el nivel del mar, limitada al noreste por el Símbolo y Filipos, al sureste por unas zonas pantanosas y las pendientes que daban al mar, donde estaba Anfípolis, al suroeste por el Pangeo y al norte por el pequeño río Angites y más montañas (los montes Ródope).

¹¹⁰ Hoy la ciudad de Kavala.

llanura. Daba la casualidad de que la parte más estrecha de la 4
 llanura, con mucha diferencia, era la que Saxa y Norbano habían
 ocupado los primeros. Bruto y Casio ni siquiera intentaron pasar
 por ella, sino que dieron un rodeo por un camino más largo a
 través de las llamadas Crenides¹¹. Encontraron allí una guarni- 5
 ción, pero, tras arrasarla, se internaron en las montañas y acam-
 paron junto a la ciudad ocupando los sitios altos; en teoría cada
 uno levantó un campamento, pero de hecho acamparon en uno
 solo. Ambos campamentos se levantaron en dos sitios diferen- 6
 ciados para que así los soldados mantuvieran bien la formación
 y fuera más fácil dirigirlos; y, aunque todo el lado central común
 a ambos se había protegido con un foso y una empalizada, sin
 embargo el perímetro exterior era uno solo para ambos y com-
 partían también la custodia del mismo.

Bruto y Casio eran muy superiores en número a los enemi- 36
 gos que en esos momentos estaban allí, y por eso, expulsándo-
 los del Símbolo, lo ocuparon ellos. Así las provisiones les lle-
 gaban desde el mar por un camino más corto y las cogían
 corriendo cuesta abajo desde la meseta. Norbano y Saxa ni se 2
 atrevieron con todo su ejército a trabar batalla con ellos, limi-
 tándose a enviar destacamentos de jinetes cuando era factible.
 No llevaban a término acciones concretas, pues se ocupaban
 más de proteger el campamento que de exponerlo a peligros;
 entre tanto, enviaban insistentes llamadas a César y a Antonio. 3
 Estos, mientras les llegaban informaciones de que Casio y Bru-
 to estaban ocupados con los rodios y los licios, creyeron que
 estarían más tiempo enredados en esas luchas, así que no se
 dieron prisa, sino que enviaron por delante a Saxa y a Norbano
 a Macedonia. Pero, cuando supieron que rodios y licios al final 4
 habían sido sometidos, César y Antonio los alabaron y les pro-
 metieron que los compensarían con dinero, y ellos salieron in- 3

¹¹ Crenides, que significa «fuentes», era el antiguo nombre de Filipos.

mediatamente de Roma. Pero los dos perdieron tiempo: Antonio se demoró en Brindis, bloqueado por Estayo, y César en Regio¹¹², pues tuvo que desviarse para atacar a Sexto¹¹³, que se había adueñado de Sicilia e intentaba pasar a Italia.

- 37 Pero como les pareció que no podrían capturar a Sexto, y las maniobras de Casio y de Bruto les causaron mayor preocupación, dejaron una parte de las tropas para defender Italia y con el grueso del ejército atravesaron el Jónico sin contratiempos.
- 2 César cayó enfermo en Dirraquio y tuvo que detenerse, pero Antonio continuó hacia Filipos y en seguida infundió ánimo a los suyos al preparar una emboscada contra algunos enemigos que transportaban trigo; sin embargo falló, y ni siquiera él mismo conseguía animarse.
- 3 Cuando César se enteró de esto temió las dos cosas: tanto que Antonio saliera derrotado en algo por actuar a solas, como que saliera vencedor (pensó que en el primer caso, Bruto y Casio dirigirían toda su fuerza contra su persona y en el segundo caso, Antonio). Así pues, César se apresuró a seguir aunque aún estaba enfermo. Los partidarios de Antonio, al saber esto, se animaron. Y, puesto que acampar todos ellos por separado no les pareció seguro, los tres¹¹⁴ ejércitos se reunieron en un mismo sitio protegidos por una misma fortificación.
- 5 Como los dos bandos estaban acampados frente a frente, se producían azarosamente ataques y contraataques por parte de unos y otros, pero durante un tiempo no hubo ninguna batalla en regla, aunque César y Antonio estaban ansiosos por
- 6 enfrentarse. Pues en fuerzas¹¹⁵ eran superiores a los enemigos,

¹¹² Regio Calabria, en el estrecho de Mesina frente a Sicilia.

¹¹³ Sexto, el hijo de Pompeyo. Sobre este episodio *cf.* XLVIII 18.

¹¹⁴ Las legiones de César, las de Antonio y las de Saxa y Norbano, que habían llegado antes.

¹¹⁵ Las tropas de César y de Antonio (en su mayor parte eran las antiguas legiones de César), aunque inferiores en número, eran superiores por la técnica y el valor de sus soldados (*cf. infra* § 38, 2).

y en provisiones ya no les iba igual de bien al no tener el control del mar, porque su escuadra luchaba contra Sexto Pompeyo.

Por estas razones y porque Sexto se había adueñado de Sicilia e intentaba pasar a Italia¹¹⁶, César y Antonio se desesperaban, no fuera que, mientras se demoraban en Filipos, aquel se apoderara de Italia y se dirigiera a Macedonia¹¹⁷. Por otro lado, Casio y Bruto no eran en líneas generales reacios a la batalla (la inferioridad militar de sus soldados la compensaban con creces por su superioridad numérica); pero, al medir las fuerzas de los enemigos con las suyas propias y comprobar que cada día se les añadían nuevos aliados y que tenían abundancia de alimentos que les llegaban en las naves, aplazaban el enfrentamiento hasta ver si podían vencer sin correr peligro y sin muchas bajas. Y, puesto que eran escrupulosos defensores del pueblo y luchaban contra ciudadanos romanos, tenían como objetivo que a aquellos no les fuera peor que a los de sus propias filas, y a unos y a otros por igual deseaban ofrecerles la salvación y la libertad. Por este motivo esperaron cierto tiempo, pues no deseaban entrar en combate con ellos. Sin embargo, como los ejércitos de Casio y de Bruto estaban constituidos en su mayor parte por pueblos sometidos, se disgustaban con la espera y despreciaban a los enemigos que tenían delante, porque el sacrificio de purificación que se celebra antes de los enfrentamientos los triunviros lo hicieron dentro del campamento, como si tuvieran miedo; estaban decididos a combatir y comentaban que, si eran retenidos más tiempo, abandonarían el campamento y se dispersarían. Así, Casio y Bruto, aunque no lo deseaban, entraron en combate.

¹¹⁶ El texto «Sexto [...] Italia» podría ser una interpolación, pues se repiten las palabras ya dichas en el § 36, 4.

¹¹⁷ Entonces se encontrarían atrapados entre los ejércitos de Bruto y de Casio por un lado y de Sexto por el otro, que les cortarían la retirada por mar y la llegada de suministros.

39 No sería un disparate pensar que este fue el enfrentamiento más importante de las guerras civiles entre los romanos, por encima de cualquier otro habido hasta entonces: no porque difiera de los demás por el número y el valor de los combatientes (pues hombres mucho más numerosos y mejores se enfrentaron en otros muchos sitios), sino porque lucharon por la libertad y la democracia como nunca antes lo habían hecho. Una vez más cayeron unos sobre otros, como antes. Sin embargo, los enfrentamientos anteriores se hicieron para ver a quién debían someterse, pero ahora unos luchaban para llevarlos a la autocracia y otros para empujarlos hasta la democracia¹¹⁸; desde este encuentro el pueblo romano ya nunca alzó una voz clara y libre, aunque no había sido derrotado por ningún ejército extranjero. Pues los pueblos sometidos y las tropas aliadas presentes en aquellos ejércitos no eran nada más que un añadido en el ejército de ciudadanos. El pueblo venció al pueblo y al mismo tiempo fue vencido; el pueblo derribó al propio pueblo y a la vez fue derribado; como resultado, el partido demócrata sucumbió y el monárquico¹¹⁹ venció. Pero no digo que esto no beneficiara a los que entonces fueron derrotados. Pues, ¿qué otra cosa podría decir uno acerca de los dos bandos que combatieron, sino que los romanos fueron derrotados y que César venció? Pues aquellos ya no eran capaces de ponerse de acuerdo para gobernarse según la forma establecida. Porque era imposible que una democracia en estado puro, una vez que alcanzó tal grado de poder, pudiera mantenerse así en el tiempo, pues

¹¹⁸ Traducimos por «democracia» el término griego *autonomía* utilizado aquí por Dion Casio, que en seguida recurre al término *dēmokratikón* (véase nota siguiente a § 39, 3), porque «autonomía» tiene en español un significado diferente: es solo «la potestad que tiene un territorio o comunidad dentro de un estado de legislar sobre ciertas competencias que les han sido concedidas».

¹¹⁹ Dion Casio llama al partido republicano «democrático» (*dēmokratikón*) y al que defendía un gobierno unipersonal, «monárquico» (*monarchikón*).

los romanos habrían ido cayendo una vez tras otra en enfrentamientos semejantes a este contra muchos pueblos, hasta terminar un día por ser esclavizados o perecer¹²⁰.

Por las señales que entonces acontecieron a los romanos se puede establecer que aquel fue, sin género de dudas, el mayor enfrentamiento que les sucedió. Pues la divinidad, que siempre acostumbra a anunciar de algún modo los sucesos extraordinarios, les predijo con detalle todos los acontecimientos que sucederían tanto en Roma como en Macedonia a consecuencia de aquel enfrentamiento. En Roma, unas veces el sol menguaba y llegaba a ser pequeñísimo¹²¹ y otras se mostraba grande, hasta el triple de su tamaño, y en cierta ocasión también brilló de noche. Caían rayos en muchos y muy diferentes sitios, incluso en el altar de Júpiter Victorioso, y también caían meteoritos aquí y allí. Se oían de noche sonidos de trompetas, estruendos de armas y gritos de guerra provenientes de los jardines de César y de Antonio, que eran vecinos junto al Tíber. Un perro, arrastrando el cuerpo de otro perro hasta el templo de Ceres, cavó la tierra con los pies y lo enterró. Un bebé nació con diez dedos en cada mano. Una mula parió un monstruo de dos naturalezas: la parte delantera era de caballo y el resto, de mulo. El carro de Minerva se rompió cuando lo subían al Capitolio desde un hipódromo. La estatua de Júpiter en el monte Albano¹²² manó sangre de su hombro derecho y de su mano derecha cuando se celebraban las fiestas en su honor. La divinidad también les mostró con anterioridad estos prodigios: de los ríos que había en la región unos se salieron de su curso y otros comenzaron a fluir hacia atrás. Pare-

¹²⁰ Según Dion, el advenimiento del imperio acabó con las guerras civiles, que de otro modo se habrían repetido hasta la autodestrucción de la república y de todo el pueblo.

¹²¹ Nada tiene que ver con el solsticio de invierno, pues aún es septiembre.

¹²² Monte del Lacio, a unos veinte kilómetros al sureste de Roma.

ció que todo lo que por azar hacían los hombres conducía siempre a lo mismo. Pues, en cuanto a las fiestas, el prefecto urbano celebró las fiestas Latiarias¹²³, aunque no le correspondía oficiárselas a él ni era costumbre celebrarlas en ese momento, y los ediles de la plebe celebraron en honor de Ceres certámenes de guerreros armados en vez de certámenes de carreras de carros. En Roma estas eran las cosas que sucedían, y antes y después de ellas se pronunciaron también ciertos oráculos que salmodiaban en concreto el fin de la república. En Macedonia (pues se considera que el Pangeo y la tierra de su alrededor pertenecen a Macedonia) enjambres de abejas rodearon el campamento de Casio. En el sacrificio de purificación¹²⁴ del campamento alguien le puso a Casio la corona al revés. En un desfile infantil, como el que hacen los soldados, un niño cayó cuando portaba la imagen de la Victoria. Pero la señal que especialmente les anunció su perdición, hasta el punto de que fue reveladora incluso para los enemigos, fue que muchos buitres y muchas otras aves carroñeras revoloteaban solo encima de los defensores de la república y solo en ellos fijaban su mirada, a la vez que graznaban y chirriaban de un modo terrible y estremecedor.

- 41 A Bruto y a Casio estas señales les traían desgracias, pero a los otros ningún prodigio les ocurrió, que nosotros sepamos, aunque las visiones de los sueños les manifestaron lo siguiente.
- 2 Un hombre tesalio creyó que en sueños el primer César le había ordenado decirle a César (Octavio) que la batalla sería dos días más tarde y que cogiera algo de lo que él llevaba puesto cuando era dictador. Por esta razón, César se puso al momento un anillo

¹²³ Se celebraban en el monte Albano en honor de Júpiter «Latiaris», protector de la confederación «del Lacio»; allí estaba la estatua de Júpiter que se acaba de mencionar. El ritual era muy parecido al de las fiestas Latinas (cf. XLVI 33, 4 y nota).

¹²⁴ Cf. *supra* § 38, 4.

de aquel y después lo llevaba muchas veces. Esta es la visión que tuvo ese hombre. Y el médico que atendía a César creyó ³ que en sueños Minerva le ordenaba que César saliera de la tienda, aun cuando entonces estaba muy enfermo, y ocupara su puesto de combate en la batalla. Y por eso precisamente se salvó. Pues lo que a los demás les da la salvación al permanecer dentro del campamento detrás de la empalizada, o los pone en peligro al acudir a las armas y a la batalla, eso mismo se invirtió en el caso de César. Porque está clarísimo que por haber salido ⁴ fuera del foso del campamento y mezclarse con los que luchaban se salvó, aun cuando se encontraba en una situación peligrosa al estar sin armas a causa de su debilidad.

La batalla¹²⁵ se desarrolló así. Aunque ambos bandos no ha- ⁴² bían convenido cuándo iban a entablar la batalla, todos, como por un cierto acuerdo, salieron armados al amanecer y avanzaron al espacio que había en medio de los ejércitos como los luchadores que van a la palestra, y entonces, con toda tranquilidad, formaron en orden de batalla. Cuando estuvieron unos ² frente a otros, hubo arengas, que los pretores, los lugartenientes y los demás mandos subalternos fueron pronunciando tanto al conjunto de las tropas como a cada uno en particular, en las que decían muchas cosas necesarias momentos antes de afrontar un peligro y también muchas otras apropiadas para el futuro: en suma, lo que diría cualquiera que de inmediato va a correr un gran peligro y también se preocupa ya por el futuro. Por lo ³ general, el contenido de los discursos era muy parecido, puesto que unos y otros por igual eran romanos junto con sus respectivos aliados. Solo cambió que los partidarios de Bruto lanzaban proclamas a los suyos a favor de la libertad, de la democracia y de gobiernos sin tiranos ni soberanos, y traían a relación ⁴

¹²⁵ Este primer enfrentamiento en Filipos tuvo lugar el 3 de octubre del 42 a. C. Para el segundo véase *infra* § 48, 4.

todas las bondades propias de un sistema político igualitario y todas las arbitrariedades propias de un sistema autocrático, ya por haberlo vivido ellos mismos como romanos ya por haberlo oído de otros pueblos, contraponiendo una por una todas las diferencias, y les suplicaban que desearan con toda su alma un gobierno democrático y se apartaran del tiránico y que se afanaran por el primero y procuraran no padecer el segundo. Los del otro bando exhortaban a los suyos a castigar a los asesinos de César, a apropiarse de los bienes de los contrarios y a desear un gobierno en el que todos se sintieran miembros de una misma familia, y lo que especialmente los animó: prometieron darle a cada uno veinte mil sestercios¹²⁶.

43 Tras los discursos hicieron correr las consignas (para los seguidores de Bruto era «¡Libertad!»; para los otros, una que se usó ya en otra ocasión). A continuación, un trompeta por cada bando dio la señal de combate, y los demás trompetas respondieron con nuevos toques: primero unos, formando un círculo, entonaron con las trompetas el toque de «¡Firmes!» y «¡Preparados!», y después tocaban los demás levantando el espíritu de los soldados y alentándolos para el choque. Después de los toques se hizo de pronto un gran silencio. Lo mantuvieron un tiempo, pero lo rompieron comenzando a dar gritos, y las filas 2 de uno y otro bando gritaron todas a la vez. Y en seguida los soldados de infantería, dando el grito de guerra, golpearon los escudos con las lanzas y las arrojaron unos contra los otros, mientras los honderos y los arqueros dispararon piedras y flechas. Finalmente la caballería de cada bando cargó contra el enemigo, y el grueso de soldados acorazados, arrancando a correr tras la caballería, entró en el combate cuerpo a cuerpo.

¹²⁶ Una cantidad considerable: veinte kilos de plata. Dion Casio habla de cinco mil dracmas griegas (sobre las equivalencias de las monedas véase nota a XLVI 31, 3).

Hubo muchos choques de escudos y muchos choques de 44
 espadas, procurando cada uno lo primero herir a los otros y no
 ser herido (pues querían matar a los que tenían enfrente y a la
 vez salvarse ellos). Pero después, cuando el ímpetu del ataque
 fue a más y los ánimos se inflamaron, se lanzaron al encuentro
 del otro desentendiéndose de todo y sin preocuparse por la pro-
 pia seguridad, pues solo deseaban matar al adversario aunque
 fuese perdiendo la propia vida. Algunos arrojaban los escudos 2
 y, agarrándose a los enemigos que tenían enfrente, los estran-
 gulaban tirando del yelmo¹²⁷ mientras los herían por la espalda
 y otros, arrancándoles la coraza, los herían en el pecho. Otros,
 agarrando las espadas de sus enemigos y dejándolos como des-
 armados, hincaban las suyas en el contrario. Otros dejaban una
 parte del cuerpo expuesta a las heridas con tal de hacer un uso
 más eficaz de las otras partes del cuerpo. Algunos, quedando 3
 abrazados, ya no podían golpearse y morían en una confusión
 de espadas y cuerpos. Unos morían de un solo golpe y otros,
 después de muchos golpes. Y no sentían las heridas, porque la
 proximidad de la muerte los hacía insensibles al dolor; ni si-
 quiera pronunciaban lamentos en el momento de morir, porque
 no llegaban a ser conscientes de lo que les iba a pasar. Había 4
 alguno que, habiendo matado a otro, creía, por la euforia del
 momento, que él ya no iba a morir. Y todo aquel que caía he-
 rido se volvía insensible y ya no era consciente de su sufri-
 miento.

Ambos ejércitos mantenían escrupulosamente su posición, 45
 y ninguno de los dos recurrió a la retirada ni a la persecución,
 sino que allí, tal como estaban, herían y eran heridos, mataban
 y eran matados hasta muy avanzado el día. Y si al menos todos 2

¹²⁷ Las aletas del casco tenían sendos orificios en la parte inferior por los que se hacía pasar una cinta de cuero bajo la barbilla para sujetarlo a la cabeza. Al tirar del casco hacia atrás asfixiaban al contrario con su propia cinta.

se hubieran mezclado con todos, como suele ocurrir en tales ocasiones, o si hubieran quedado Bruto frente a Antonio y Casio frente César, habría habido combates parejos. Pero Bruto explotó la debilidad de César mientras que Antonio se impuso a Casio, que no estaba a su altura en el arte militar. Y entonces, puesto que todos no vencieron a la vez a sus contrarios, sino que unos y otros vencieron y fueron vencidos en parte, los dos bandos, por así decir, tuvieron el mismo resultado. Pues unos y otros vencieron y fueron vencidos; unos y otros pusieron en fuga a los que tenían enfrente y a la vez también huyeron; hubo persecuciones y huidas en los dos bandos por igual, y los campamentos de ambos bandos fueron tomados. Al ser muchos, ocuparon la mayor parte de la llanura, hasta el punto de no poder reconocerse unos a otros, y nadie se enteraba de lo que sucedía en la batalla, solo de lo que ocurría ante él. Y, cuando se produjo la retirada, los derrotados de cada bando huyeron en dirección opuesta y sin mirar atrás, cada uno a su campamento, muy distantes uno del otro. Por esta confusión y por la inmensa polvareda que se levantó no supieron el desenlace de la batalla. Los vencedores creyeron que habían obtenido una victoria total, y los vencidos una derrota total. No comprendieron lo que había sucedido hasta que los campamentos fueron arrasados y los vencedores de cada bando se retiraron al suyo.

La consecuencia de esta batalla fue que, siendo así, unos y otros fueron vencedores y vencidos. Pues ya ni siquiera se les planteó volver de nuevo a la lucha, porque, tan pronto como los vencedores se vieron unos a otros al cruzarse cuando regresaban a sus campamentos, comprendieron lo que había pasado, y ya ninguno se atrevió a emprender el ataque contra el otro. Unos y otros quedaron en ventaja y en inferioridad, porque, por un lado, el campamento conjunto de César y de Antonio había sido tomado con todo lo que en él había (por eso el sueño demostró

clarísimamente su veracidad¹²⁸, pues, si César se hubiera quedado en ese sitio, habría perecido sin remedio con todos los demás); y, por otro, porquë Casio, aunque salió vivo de la batalla, perdió el campamento y huyó a algún lugar donde, creyendo que Bruto había sido también derrotado y que algunos de los vencedores vendrían a por él, se dispuso a darse muerte. Pues Casio envió a un centurión para que hiciera un reconocimiento y le informara de dónde estaba Bruto y de qué hacía. Pero, cuando este centurión se topó con los jinetes que Bruto había mandado a que buscasen a Casio, volvió con ellos tranquilamente a donde estaba Casio, puesto que nadie los acosaba al no haber ninguna situación de peligro. Casio, al verlos de lejos, supuso que eran enemigos y ordenó a cierto liberto de nombre Píndaro que le diera muerte; y luego el centurión, al saber que Casio había muerto por su lentitud, se dio muerte también.

Bruto, en secreto, envió de inmediato el cadáver de Casio a Tasos¹²⁹, porque no se atrevía a celebrar el funeral en aquel lugar, no fuese que el ejército cayera en el duelo y en el desánimo si quedaba a la vista lo que había sucedido. Así pues, cogió a los soldados supervivientes de Casio, los reconfortó con palabras y se los atrajo con una entrega de dinero en compensación por lo que habían perdido, y trasladó el campamento de aquellos dentro del suyo, protegido por una fosa más segura. A partir de entonces hostigó a los enemigos de muchas formas, entre otras atacando de noche el campamento. Pues Bruto no planeaba presentarles de nuevo batalla campal, porque tenía muchas esperanzas de que con el paso del tiempo lo conseguiría sin peligro, así que intentaba molestarlos de cualquier forma y perturbarlos de noche; y una vez, desviando el cauce del río¹³⁰, les inundó

¹²⁸ Cf. *supra* § 41, 34.

¹²⁹ La isla de Tasos estaba muy próxima (cf. *supra* § 35, 3).

¹³⁰ El río Angites (véase *supra* nota a «Símbolo» en § 35, 3).

4 gran parte del campamento. César y Antonio andaban escasos de alimento y de dinero, por lo que no podían dar a los soldados nada en compensación por lo que habían perdido en el saqueo del campamento. Y peor aún, perdieron por obra de Estayo las tropas de refuerzo que venían en barcos de carga desde Brindis.

5 Y, puesto que no podían ir seguros a ningún otro sitio ni regresar a Italia, ponían únicamente en las armas no ya las esperanzas de victoria sino incluso de la propia salvación; así que decidieron arriesgarse a un combate antes de que la tragedia en el mar fuera conocida por sus propios soldados y por los enemigos.

48 Como Bruto no quería entrar en combate con ellos, los del otro bando introdujeron, por algún procedimiento, hojas de papiro en el interior del campamento de Bruto en las que se incitaba a los soldados a pasarse a su bando (y les hacían promesas en ese sentido) o a luchar, si es que aún les quedaba un mínimo

2 de fuerzas. En el transcurso de esos días, algunos germanos desertaron para irse con Bruto y, a su vez, Amintas, el general del rey Deyótaro, y Rascipóride desertaron de Bruto para irse con ellos; pero Rascipóride, según dicen algunos, se retiró de inmediato a su patria. Temiendo Bruto que, a causa de estas deserciones, la insubordinación fuera a más, decidió combatir contra

3 ellos. Y, puesto que había muchos prisioneros en el campamento y no sabía qué hacer con ellos para vigilarlos durante la batalla ni cómo convencería a los suyos para que no los maltrataran, ejecutó a la mayoría, en contra de su voluntad y forzado por la necesidad; pero, además, los enemigos habían matado a todos

4 sus soldados que habían capturado vivos. Tras llevar a cabo esta acción, armó a sus soldados para la batalla. Y cuando los dos bandos ya estaban formados frente a frente, dos águilas, volando sobre los dos ejércitos, se pelearon entre ellas y así les predijeron el final de la guerra. Pues, igual que el águila que estaba sobre Bruto fue vencida y huyó, casi del mismo modo el

cuerpo de infantería, tras un combate¹³¹ muy enconado, fue derrotado, y como consecuencia murieron muchos; y la caballería, aunque luchó noblemente, cedió. Después cada uno huyó 5 en una dirección y los vencedores los persiguieron, pero no mataron ni apresaron a ninguno, sino que, siguiéndolos de cerca durante la noche, no los dejaron agruparse de nuevo.

Bruto, que se había refugiado en un lugar bien protegido, 49 intentó llegar al campamento por algún acceso, pero no pudo. Entonces se dio cuenta de que algunos de sus soldados habían confraternizado con los vencedores y perdió ya toda esperanza. Renunciando a la salvación y odiando ser hecho prisionero se refugió también él en la muerte. Después de declamar en voz alta estos versos de Heracles¹³²:

¡Oh infortunada Virtud! Eras solo una palabra,
y yo te convertí en acción y te ponía en práctica.
¡Pero eras esclava de la Fortuna!

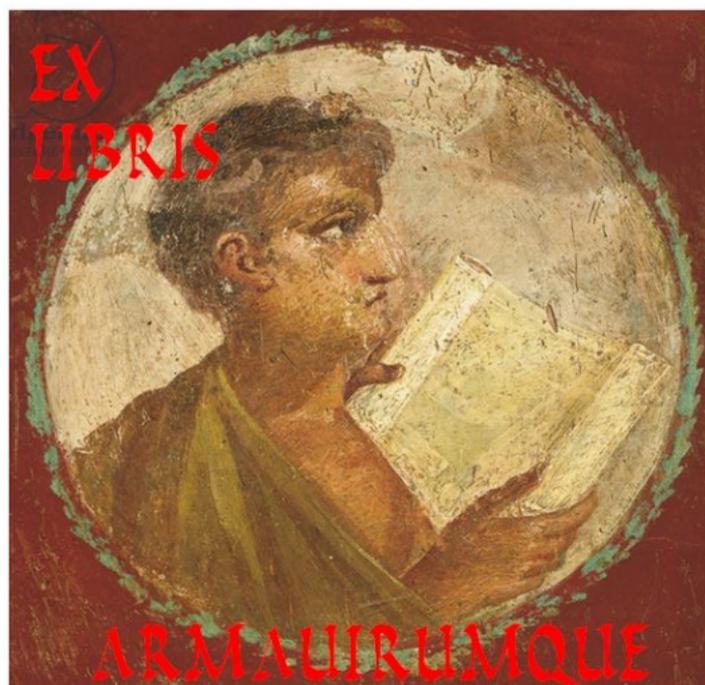
ordenó a uno de los que estaba con él que le diera muerte. Su cuerpo recibió sepultura por parte de Antonio, excepto la cabeza, que fue enviada a Roma. Sin embargo, durante la travesía a Roma desde Dirraquio, la cabeza rodó por la borda durante una tormenta y cayó al mar. Muerto Bruto, se promulgó una amnistía 3 para los vencidos, y los soldados en masa se pasaron al bando del vencedor. En cuanto a Porcia¹³³, se suicidó tragándose un carbón encendido. La mayoría de los hombres más importantes 4 que habían desempeñado algún cargo y los que aún vivían de

¹³¹ Este segundo enfrentamiento en Filipos tuvo lugar el 23 de octubre del 42 a. C.

¹³² *Trag. Graec. frag.*, p. 910, F. 374 NAUCK.

¹³³ Mujer de Bruto, hija de Catón de Útica (cf. XLIV 13).

los asesinos de César y de las listas de proscritos¹³⁴ se suicidaron de inmediato; o fueron apresados y ejecutados, como Favonio¹³⁵. Los demás huyeron por mar y terminaron uniéndose a Sexto¹³⁶.



¹³⁴ Cf. *supra* § 3, 2 y sigs.

¹³⁵ Marco Favonio desempeñó importantes cargos políticos, pero no participó en la conjura contra César, pues le argumentó a Bruto que «una guerra civil era peor que una monarquía ilegal» (cf. PLUTARCO, *Bruto* 12, 3).

¹³⁶ Como Estayo (cf. XLVIII 19, 3), etc.

LIBRO XLVIII

SINOPSIS

En el libro cuadragésimo octavo de la *Historia romana* de Dion se incluye lo siguiente:

1. Cómo César combatió contra Fulvia y Lucio Antonio (§ 1-15).
2. Cómo Sexto Pompeyo se adueñó de Sicilia (§ 16-20).
3. Cómo los partos extendieron sus conquistas hasta el Hélesponto (§ 24-26).
4. Cómo César y Antonio alcanzaron un acuerdo con Sexto (§ 27-31; 36-38).
5. Cómo Publio Ventidio venció a los partos y se apoderó de Asia (§ 39-41).
6. Cómo César comenzó a luchar contra Sexto (§ 45-49).
7. Sobre Bayas (§ 50-51).

La duración del tiempo ocupa cinco años, en los cuales los magistrados que se citan como cónsules fueron estos:

[Año 713 / 41 a. C.] L. Antonio Pietas, hijo de Marco, y P. Servilio Isáurico, hijo de P., por segunda vez (§ 4-14).

[Año 714 / 40 a. C.] Gn. Domicio Calvino, hijo de M., por segunda vez, y G. Asinio Polión, hijo de Gn.¹ (§ 15-33).

¹ Ese año fueron cónsules *suffecti* Lucio Cornelio Balbo (*cf. supra* § 32, 2) y Publio Canidio Craso.

[Año 715 / 39 a. C.] L. Marcio Censorino, hijo de L., y G. Calvisio Sabino, hijo de G.² (§ 34-42).

[Año 716 / 38 a. C.] Apio Claudio Pulcro, hijo de G., y G. Norbano Flaco, hijo de G.³ (§ 43-49, 1).

[Año 717 / 37 a. C.] Vipsanio Agripa, hijo de L., y L. Caninio Galo, hijo de L.⁴ (§ 49, 2-54, 7).

- 1 Así murieron Bruto y Casio, con las mismas espadas con las que asesinaron a César (Julio). Los demás que participaron en la conspiración contra él, unos antes, otros entonces y otros después de esa batalla, murieron, excepto muy pocos: era como si la Justicia y la Divinidad hubieran llevado y arrastrado hasta sufrir este destino a aquellos que habían asesinado al hombre que era su benefactor y que alcanzó tal grado de virtud y fortuna.
- 2 César (Octavio) y Antonio mostraron en seguida su prepotencia ante Lépido, que no había participado con ellos en la victoria; pero no iban a tardar mucho en volverse unos contra otros. Es difícil que tres hombres, o incluso solo dos, con igual prestigio y convertidos en hombres poderosos por tan magníficas acciones de guerra, lleguen a ponerse de acuerdo. Por eso,
- 3 cuantos actos llevaron a cabo hasta entonces de común acuerdo para eliminar a sus adversarios, a partir de entonces comenzaron a hacerlos como prueba de su ambición ante los otros dos. Al momento se repartieron el poder: César se quedó con Hispania y Numidia y Antonio, con la Galia y África. Y se estableció que, si Lépido mostraba su indignación por este reparto, le cederían la provincia de África⁵.

² Ese año fueron cónsules *suffecti* G. Coceyo Balbo y P. Alfeno Varo.

³ Ese año fueron cónsules *suffecti* L. Cornelio Léntulo y L. Mareio Filipo.

⁴ Ese año fue cónsul *suffectus* T. Estalilio Tauro.

⁵ Este es el segundo reparto de las provincias, muy diferente al primero que hicieron tras la creación del triunvirato (cf. XLVI 55, 2-4).

Solo se repartieron estas provincias, porque Sexto aún do- 2
 minaba Cerdeña y Sicilia, y en las demás que estaban fuera de
 Italia había aún desórdenes. En cuanto a Italia no tengo que
 decir nada, porque siempre quedaba excluida en aquellos repar-
 tos. Pues estos en sus discursos nunca decían que luchaban para 2
 apoderarse de ella, sino para defenderla. César y Antonio deja- 2
 ron como territorio común esas regiones que no se repartieron.
 Antonio se encargó de reprimir a los que se habían opuesto a
 ellos y de recaudar tributos para pagar a los soldados el dinero
 que les habían prometido⁶, y César, de cortar cualquier manio-
 bra hostil de Lépido, de atacar a Sexto y de repartir la tierra que 3
 habían prometido a los que habían luchado a su lado y que por
 la edad debían ser licenciados de inmediato. Y además, César
 entregó a Antonio dos de sus propias legiones, y Antonio, en
 contrapartida, se ofreció a entregarle otros tantos soldados de
 los que entonces se hallaban en Italia. Esto lo acordaron así 4
 ellos dos a solas, y después lo pusieron por escrito y lo sellaron
 y se intercambiaron una copia de los acuerdos, para que, si al-
 guno los transgredía, quedara así demostrado por los escritos.
 Después, Antonio partió hacia Asia y César, hacia Italia⁷.

Durante el viaje de regreso y la travesía por mar la enfer- 3
 medad de César se agravó peligrosamente, hasta el punto de
 extenderse entre los romanos el rumor de su muerte. Pero des-
 pués creyeron que su tardanza se debía no tanto a la debilidad
 como a que estaba maquinando algún tipo de represalias. De
 ahí que temieran que iban a sufrir toda clase de males posibles.
 Sin embargo, con motivo de aquella victoria aprobaron mu- 2

⁶ Cf. XLVII 42, 5.

⁷ Salen desde Macedonia, donde se firman estos acuerdos tras la batalla de Filipos y a espaldas de Lépido. Marco Antonio, tras una visita a varias ciudades de Grecia (cf. PLUTARCO, *Antonio* 23), marcha hacia Asia Menor, donde conoce a Cleopatra en Cilicia, y en seguida se establece en Egipto (cf. *infra* 24, 2-3).

chos decretos en honor de César y Antonio, como también los habrían aprobado en honor de Bruto y Casio si hubieran sido los vencedores (pues en tales situaciones todos huyen siempre de los perdedores y honran a los vencedores). Y los senadores decidieron, aunque en contra de su voluntad, declarar como días festivos de acción de gracias prácticamente todos los días del año, pues César lo ordenó así para castigo público de los asesinos de César (Julio). Así pues, al retardarse César, corrieron todo tipo de bulos y con ellos se provocaba toda clase de sentimientos: pues, entre otros bulos, unos divulgaban que había muerto, con lo que provocaban placer en muchos, y otros, que planeaba algún mal, y así infundían miedo en la mayoría. Por eso unos ocultaban sus bienes y tomaban medidas para protegerse y otros miraban cómo podrían escapar. Otros, la mayoría, no pudiendo pensar nada a causa del miedo tan grande, se preparaban para morir sin remedio. Las muestras de valor eran momentáneas y muy escasas, pues, habiendo resultado vencidos, aceptaban que, ante la pérdida anterior de hombres y bienes, ya no podía ocurrirles nada peor o igual que aquello. Precisamente por eso César, temiendo que se produjeran disturbios, provocados por Lépido, que estaba allí, escribió una carta al Senado exhortándolo a tener ánimos y prometía que en todo iba a actuar con benignidad y generosidad, como su padre.

4 Eso fue lo que sucedió aquel año⁸. Al año siguiente fueron cónsules Servilio Publio⁹ y Antonio Lucio¹⁰, pero solo de nombre, porque, de hecho, lo fueron este último y Fulvia. Fulvia era

⁸ Aquí terminan los hechos del año 40 a. C., en el que habían sido cónsules Lépido y Munacio Planco.

⁹ El nombre real era Publio Servilio Vacca Isáurico, que ya fue cónsul en el 48 a. C., con Julio César como colega. Tenía el mismo nombre que su padre, que fue también cónsul en el 79 a. C.

¹⁰ Hermano menor de Marco Antonio (véase nota a XLVI 37, 1).

suegra de César (Octavio) y mujer de Antonio¹¹. No tenía a Lépido en ninguna consideración a causa de su parsimonia, y era ella la que administraba todos los asuntos, de modo que ni el Senado ni la plebe aprobaban nada contra su parecer. Pues, por ejemplo, cuando Lucio se empeñó en celebrar el triunfo sobre ciertos pueblos que habitaban en los Alpes (como si realmente los hubiera vencido), nadie se lo autorizó mientras Fulvia mantuvo su oposición; pero cuando, tras muchos ruegos y halagos, cambió de opinión, todos votaron a favor; de modo que formalmente se le concedió el triunfo a Antonio (aunque ni realizó nada digno de un triunfo ni impuso su dominio enteramente en aquellas regiones), pero, en verdad, aquel triunfo se celebró en honor de Fulvia [...] ¹² Y esta era ensalzada mucho más que aquel, pues lo era por un motivo más justificado. En efecto, dar a alguien la posibilidad de celebrar un desfile triunfal proporciona mayor gloria que celebrar un desfile que se ha conseguido gracias a otro. Y, con la excepción de que Lucio se vistió con las galas del triunfo, subió al carro y realizó los demás actos propios de tales ceremonias, fue Fulvia quien parecía celebrar la fiesta triunfal teniendo a Lucio como simple servidor. El triunfo se celebró el primer día del año y, por este motivo, Lucio era ensalzado igual que Mario, porque celebró la fiesta el primer día del mes del año en que comenzó su consulado¹³. Más aún, se vanagloriaba de haber superado a Mario diciendo que estaba impaciente por quitarse las galas del triunfo para acudir al Senado con la ropa de diario, mientras que Mario había hecho lo mismo con desagrado. Añadía también que a Mario todo

¹¹ Cf. XLVI 56, 3 y nota *ad locum*.

¹² En los códices L y M hay una laguna de unas tres líneas.

¹³ En alusión al quinto consulado de Gayo Mario, en el 101 a. C., cuando le llegó el nombramiento mientras celebraba el triunfo sobre los ambrones y teutones (cf. PLUTARCO, *Mario* 22).

lo más que se le concedió fue una corona, mientras que él recibió del pueblo muchas coronas, una de cada tribu¹⁴, lo que no le había sucedido nunca antes a nadie (gracias a Fulvia y al dinero que ocultamente tuvo que pagar a algunos).

- 5 En ese año, en efecto, llegó César a Roma, y se dedicó a la celebración de los actos acostumbrados por la victoria y a la administración y gestión de los asuntos públicos. Lépido no maquinó nada, en parte por miedo a César y en parte por su debilidad de carácter. Y Lucio y Fulvia, que eran parientes y compartían el poder con César¹⁵, al principio se mantuvieron
- 2 tranquilos. Pero conforme pasaba el tiempo comenzaron las diferencias: Lucio y Fulvia porque no recibieron el lote de tierras que correspondía a Antonio en el reparto, y César porque no recibió de aquellos las legiones prometidas¹⁶. A causa de esto los lazos familiares por razón del matrimonio se disolvie-
- 3 ron y se lanzaron abiertamente a la guerra. Pues César, que no soportaba el difícil carácter de su suegra (quería aparentar que sus diferencias eran más con ella que con Antonio), devolvió la hija a su madre afirmando bajo juramento que aún seguía siendo virgen. No le preocupó ni que nadie creyera que su esposa siguiera siendo virgen después de haber estado tanto tiempo conviviendo con él ni que pareciera que lo tenía decidi-
- 4 do desde mucho tiempo antes con vistas a sus planes futuros. Después de ese divorcio, ya no hicieron nada como amigos, sino que Lucio, junto con Fulvia, se ocupaba de los asuntos políticos actuando siempre en defensa de los intereses de Marco, y no dejaba nada en manos de César (por la veneración que

¹⁴ En Roma el número de tribus o distritos fue aumentando hasta 35.

¹⁵ Recuérdese que Fulvia, casada con Marco Antonio, era cuñada de Lucio Antonio, y César, casado con Clodia, hija de Fulvia, era yerno de ésta (véase nota a XLVI 56, 3).

¹⁶ Cf. *supra* § 2, 3.

sentía hacia su hermano recibió el sobrenombre de «Pietas»¹⁷). Y, naturalmente, César no exigía nada a Marco, para no entrar en guerra con quien tenía a su cargo las provincias de Asia; pero a Fulvia y a Lucio los recriminaba y adoptaba medidas contra ellos con el pretexto de que actuaban en todo contra la opinión de Antonio y de que aspiraban a un gobierno personal.

En el reparto de tierras habían puesto ambos bandos la mayor esperanza de alcanzar el poder, y precisamente con él empezaron las diferencias. Pues César pretendía hacer personalmente el reparto entre todos los soldados que habían luchado con él y con Antonio, según lo acordado con ellos tras la victoria, para así conseguir una buena predisposición de los soldados hacia ellos. Pero Lucio y Fulvia exigían el derecho de repartir a los suyos las tierras que les correspondían y de fundar colonias, para ganarse su apoyo¹⁸. Por lo demás, a ambos bandos les parecía que lo más indicado era entregar a los que los habían apoyado las tierras de los propietarios indefensos. Pero, en contra de lo que esperaban, hubo grandes tumultos y la situación se acercaba a un estado de guerra. Pues al comienzo, César quitaba las tierras a los legítimos dueños, junto con los esclavos y los demás aparejos de labranza, y se las entregaba a los veteranos, por lo que aquellos que habían sido desposeídos de sus haciendas estaban terriblemente indignados con él (esto ocurría en toda Italia, pero no si el propietario era alguno de los veteranos que habían obtenido las tierras en pago a sus servicios o de alguno que las había comprado al Estado). Entonces Fulvia y el cónsul, creyendo que tendrían más fuerza si se apoyaban en los que habían sido

¹⁷ En efecto, se le conoció como Lucio Antonio Pietas (en latín *pietas* significa «piedad, veneración, cumplimiento con el deber»).

¹⁸ Lo tradicional era entregar dinero a los soldados en activo y tierras a los que se licenciaban por edad.

injustamente privados de sus tierras, cambiaron de opinión y abandonaron a los que debían recibir tierras. Se pusieron, pues, de parte de los desposeídos porque eran más y mostraban una
 5 rabia justificada por haber sido despojados de sus bienes. A raíz de entonces, Lucio y Fulvia, cogiéndolos uno a uno, se los atraían y los organizaban, hasta el punto de que los que antes tenían miedo a César, ahora que disponían de líderes, cobraron ánimos y ya no cedían ninguna de sus propiedades; pues, además, creían que Marco aprobaba ese comportamiento.

7 Así pues, Lucio y Fulvia se atraían a estos, pero a la vez evitaban enfrentamientos con los otros, con los seguidores de César; pues no proponían que los propietarios no tuvieran que repartir algunas tierras, sino que sugerían que bastaría con repartir entre los soldados solo las tierras de los que se habían
 2 opuesto a los triunviros. Y especialmente señalaron tierras y demás bienes de los enemigos, unas aún disponibles y otras ya vendidas: Lucio y Fulvia iban diciendo que era necesario entregarles a los soldados las que estaban libres y, de las ya vendidas, el importe de la venta. Y, si esto tampoco les fuera suficiente, se los ganaban a todos con las esperanzas puestas en las
 3 conquistas de Asia. De este modo ocurrió que César, al confiscar por la fuerza las tierras a sus propietarios y, por ellas, hacer pasar penalidades y peligros a unos y a otros por igual, acabó muy pronto enfrentado a los dos bandos. Y, al contrario, sucedía que Lucio y Fulvia, como no privaban a nadie de sus tierras y, en aquella situación, explicaban cómo cumplir sin disputas la promesa hecha a los que debían recibir las tierras, se ganaban a
 4 los dos bandos. Por estos motivos, y también por el hambre que entonces acució terriblemente a los romanos, al estar Sicilia dominada por Sexto¹⁹ y el mar Jónico por Gneo Domicio Enobar-

¹⁹ Sexto Pompeyo se había hecho dueño de Sicilia y dominaba la parte sur del mar Tirreno (cf. XLVII 12, 2-3).

bo²⁰, César se encontró en una situación delicada. Pues Domicio 5
era uno de los asesinos de César (Julio) y, habiendo conseguido
huir en la batalla de Filipos, reunió una escuadra y durante cierto
tiempo fue dueño del mar Jónico y destruyó un gran número de
barcos enemigos.

Esto, en verdad, hacía sufrir terriblemente a César; y tam- 8
bién porque en las disputas surgidas entre, por una parte, los
senadores y el resto de la plebe que poseía campos y, por otra,
los veteranos (esas disputas fueron numerosísimas, pues para
ambos bandos se trataba de una cuestión de la mayor importan-
cia), no podía apoyar a ninguno de los dos bandos sin ponerse 2
en peligro. Era imposible para César complacer a los dos ban-
dos a la vez. Pues unos querían recurrir a la violencia y apro-
piarse de bienes ajenos y los otros, salir indemnes y mantener
sus propiedades. Cuantas veces César se ponía a favor de unos
u otros, según le obligaban las circunstancias, tantas veces era
odiado por el otro bando; pero no obtenía tanto el agradeci- 3
miento de aquellos a los que apoyaba como el rencor de aque-
llos a los que no ayudaba. Unos, al coger todo lo que se les daba
como si fuera algo que se les debía, no consideraban que se les
hiciera un favor especial, y los otros, al ser privados de sus pro-
piedades, experimentaban una pena terrible. Por eso César, se- 4
gún se enfrentara a unos o a otros, pasaba de ser llamado unas
veces el amigo del pueblo a ser llamado otras el amigo de los
soldados. Así pues, puesto que César no conseguía ningún pro-
greso y, además, aprendió de estos enfrentamientos que las ar-
mas de nada servían para poner en buena disposición hacia él a
los que se sentían injustamente tratados (porque con las armas
es posible, en efecto, destruir cualquier cosa que oponga resis-

²⁰ Fue uno de los asesinos de César. Después se pasó al bando de Antonio (cf. *infra* § 16, 2) y finalmente al de César (cf. L. 13, 6). No hay que confundirlo con su padre, del mismo nombre, que fue cónsul en el 96 a. C.

tencia, pero es imposible obligar a alguien a que ame si no quiere), cedió en su empeño de mala gana. Y ya ni siquiera confiscó nada a los senadores (pues antes pretendía repartir todas las tierras de aquellos, preguntándoles: «¿De dónde sacaremos la recompensa para los veteranos?», como si alguno de ellos le hubiera ordenado luchar o prometerles a los soldados semejante premio²¹). Y también se abstuvo de confiscar cuantas cosas de valor habían adquirido las mujeres para la dote de su matrimonio o las que algunos otros habían comprado y eran de menor valor que las tierras que se entregaban a un veterano.

Al comportarse César así, los senadores y los que no habían sido privados de sus tierras se pusieron a bien con él. Pero los veteranos estaban indignados con César, pues creían que la consideración y la satisfacción que daba a esos era para ellos deshonor y castigo, por cuanto iban a recibir menos. Y mataron a muchos centuriones y demás soldados que mostraban simpatía hacia César o que trataban de impedir los tumultos. Y poco faltó para que fueran a por el propio César para matarlo, pues cualquier pretexto para la cólera estaba justificado. Y no cesaron en sus actos de violencia hasta asegurarse de que todas las tierras que algunos de ellos ya se habían adjudicado por su cuenta iban a ser repartidas entre los parientes, los padres y los hijos de aquellos que habían caído en las batallas. A partir de ahí las relaciones de César con los soldados se volvieron de nuevo más amigables. Pero a su vez la población civil se indignó por esto mismo. Llegaban a las manos y había continuas batallas, hasta el punto de que muchos de ellos, de uno y otro bando, resultaron heridos o muertos. Unos se imponían por su armamento militar y su experiencia en las batallas y otros, por su mayor número y por arrojarles objetos desde los tejados, motivo por el cual ardían muchas casas y, en consecuencia, a quienes

²¹ Cf. XLVII 42, 5.

vivían en Roma se les perdonó los primeros dos mil sestercios²² del alquiler, y a los que vivían en el resto de Italia se les perdonó hasta pagar solo la cuarta parte, eso durante un año. En todas las ciudades donde existían las dos facciones se luchaba igual.

Así se desarrollaban estos acontecimientos. Por otra parte 10
 los soldados enviados por César a Hispania provocaron algunos tumultos en Plasencia²³, y no se apaciguaron hasta recibir dinero de los lugareños; y, además, Caleno y Ventidio²⁴ dominaban la Galia Transalpina y les impidieron el paso por ella. César 2
 temió que la situación fuera a peor y quiso llegar a un acuerdo con Fulvia y el cónsul. Pero, puesto que nada conseguía en el ámbito privado enviándoles intermediarios por iniciativa propia, recurrió a los veteranos y a través de ellos buscaba acuerdos con Fulvia y Lucio. Estos estaban envalentonados ante la 3
 actitud de César y, además, se estaban ganando a los que habían sido desposeídos de sus tierras: Lucio iba por todas partes reorganizándolos y quitándoselos a César. Y Fulvia ocupó Preneste²⁵, donde tenía senadores y caballeros que le eran adictos, y allí planeaba todo con ellos y enviaba instrucciones a todas partes donde era necesario. ¿Por qué se iba a sorprender alguien de 4
 esto, si ella llevaba una espada ceñida a la cintura, daba consignas a los soldados y muchas veces les dirigía arengas? Así pues, con todo aquello se afrentaba a César.

Sin embargo, César, como no tenía forma de derrotarlos 11
 (pues no solo era muy inferior a los otros en tropas, sino tam-

²² Es la misma medida, y por la misma cantidad, que ya adoptó Julio César (cf. XLII 51, 1). Quinientas dracmas equivalían a dos mil sestercios, unos dos kilos de plata (sobre el valor de las monedas véase nota a XLVI 31, 3).

²³ Es la antigua *Placentia*, hoy Piacenza, ciudad del norte de Italia (nada que ver con la española Plasencia).

²⁴ Ambos son partidarios de Marco Antonio. Sobre Caleno cf. XLVI 1, 1 y nota; sobre Publio Ventidio cf. XLVII 15, 2 y nota.

²⁵ La actual Palestrina, a unos cuarenta kilómetros al este de Roma.

bién en la simpatía que despertaba en los demás, pues él causaba dolor en muchos mientras los otros daban a todos grandes esperanzas), muchas veces los invitó a llegar a acuerdos, gestionándolo él personalmente a través de amigos comunes; pero, como nada conseguía, les envió como intermediarios a algunos
2 de los veteranos. Puso la mayor esperanza en alcanzar acuerdos, para así afianzar su situación de entonces y, a partir de ahí, hacerse más fuerte por si tenía que hacerles frente. Y, si fracasaba en ese intento, pensó que la culpa del enfrentamiento
3 no la tendría él sino ellos. Y así fue. Pues, al no conseguir nada por medio de los soldados, les envió senadores, a los que enseñó²⁶ los acuerdos que alcanzó con Antonio y, a la vez, los
4 hacía árbitros de lo que él llamaba «diferencias». Pero, como ni siquiera así se pudo hacer nada entonces (pues a esta iniciativa Fulvia y Lucio respondían proponiendo toda clase de contraofertas que César no iba a estar dispuesto a asumir y, por otro lado, decían que todo cuanto hacían lo hacían por orden de Marco Antonio), César recurrió de nuevo a los veteranos.

12 Después de estas gestiones aquellos veteranos se reunieron en Roma en un gran número diciendo que iban a comunicar al Senado y al pueblo cierta propuesta; pero no se entretuvieron en esto, sino que, reunidos todos en el Capitolio, ordenaron que se les leyeran los acuerdos que Antonio y César habían firmado²⁷; después los ratificaron y votaron que ellos mismos serían los
2 árbitros de las diferencias que había entre ambos. Escribieron todo eso en tablillas, las sellaron y las entregaron a las vírgenes Vestales para que las custodiaran. Ordenaron a César, que estaba allí presente, y a los otros dos por medio de una embajada,

²⁶ Cf. *supra* XLVIII 2, 4.

²⁷ Véase nota anterior.

que acudiesen a Gabios²⁸ cierto día fijado para comparecer a un arbitraje. Como César estuvo dispuesto a someterse a ese arbitraje, Fulvia y Lucio prometieron que irían; pero no acudieron, bien por temor bien por desprecio (pues bromeaban entre ellos y llamaban a los soldados, entre otros nombres, el «Senado caligado», por el uso de la cáliga²⁹ militar). Los veteranos declararon a Lucio y a Fulvia culpables de cometer delito³⁰ y abrazaron la causa de César. A partir de ese momento celebraron muchas asambleas, hasta aprobar la declaración de una nueva guerra, cuyos preparativos llevaban a cabo sin titubeos. Acumularon dinero y todo tipo de bienes sacándolo de todas partes, incluso de los templos. Pues todos los exvotos que podían ser convertidos en dinero se los llevaron, tanto los de las zonas de Italia que estaban bajo su control como los que se hallaban en Roma. También les llegaron dinero y soldados de la Galia Togata³¹, que ya había quedado inscrita como otra región más de Italia para que nadie, con el pretexto de mantener el orden allí, pudiera disponer de soldados a este lado de los Alpes.

Así pues, César se preparaba para la guerra a la vez que Fulvia y Lucio hacían acopio de todo lo necesario y reunían tropas. Durante ese tiempo ambos bandos maniobraban contra el otro despachando embajadas y enviando soldados y comandantes como emisarios en todas las direcciones: unas ciudades, si llegaban primero, las tomaban, y de otras eran rechazados. Dejaré de lado la mayoría de aquellos episodios, porque allí no ocurrieron hechos

²⁸ Pequeña ciudad situada a unos veinte kilómetros al este de Roma, justo a medio camino entre Roma y Preneste (la actual Palestrina), donde se habían hecho fuertes Fulvia y Lucio (cf. *supra* § 10, 3).

²⁹ La cáliga era la sandalia que utilizaban los soldados romanos, con lo que Fulvia y Lucio daban a entender que el Senado había sido sustituido por la soldadesca.

³⁰ Incumplir los acuerdos firmados por César y Antonio.

³¹ La Galia Cisalpina (véase nota a XLVI 55, 5).

importantes ni dignos de mención, pero relataré concisamente aquellos que por su especial interés merecen ser contados.

- 2 César se dirigió contra Nursia³², ciudad de los sabinos, para atacar una guarnición que acampaba delante de esta ciudad para su defensa, pero fue rechazado de la ciudad por Tisieno Galo³³. Se dirigió entonces a Umbría y sitió Sentino³⁴; sin embargo, tampoco la tomó. Entre tanto, Lucio, con uno u otro pre-
 3 texto, envió previamente y en secreto soldados a Roma, a las casas de sus amigos; después, él mismo se presentó en Roma por sorpresa y, tras derrotar a la caballería que le salió al frente,
 4 aplastó contra las murallas a la infantería. A partir de ahí tomó Roma, pues los soldados que había enviado antes atacaron por la espalda a los que defendían desde dentro (y ni Lépido reaccionó haciéndole frente con la guarnición que tenía a su cargo debido a su peculiar parsimonia ni tampoco reaccionó el cónsul Servilio, que fue aún más indolente). Informado César de estos hechos, dejó el ataque contra Sentino a cargo de Quinto
 5 Salvidieno Rufo³⁵ y él personalmente se dirigió a Roma. Cuando Lucio supo esto, se apresuró a salir de Roma, pero antes consiguió que se votara una moción por la que se le enviaba a la guerra al frente de una expedición³⁶. Y con el uniforme de

³² La actual Norcia, hoy en el sureste de Umbría.

³³ Personaje poco conocido, que después se pondría de parte de Sexto Pompeyo frente a César (cf. XLIX 8, 1-2).

³⁴ Situada a casi cien kilómetros más al norte que Nursia, hoy en la región de Las Marcas y no en Umbría, cerca de la actual Fabriano.

³⁵ Fue al principio un fiel servidor de Octavio, pero después, en un turbio asunto, fue acusado por el propio Antonio de haberse ofrecido para pasarse a su bando, por lo que Augusto lo condenó a muerte (cf. *infra* § 33, 1).

³⁶ Según Apiano (cf. *Guerras civiles* V 30-31), Lépido huyó para refugiarse junto a Octavio, mientras Lucio habló al pueblo de Roma y consiguió que lo aclamaran como *imperator* y que aprobaran una expedición de castigo contra César y Lépido, acusado de haber ejercido el poder ilegalmente.

militar pronunció un discurso, cosa que ningún otro había hecho antes. Así, César fue recibido sin lucha en la ciudad. Después persiguió a Lucio; pero, como no lo alcanzó, se volvió y puso una guarnición que protegiera a Roma con más eficacia. 6
Entre tanto, en Sentino, como César se retiró rápidamente y Gayo Furnio³⁷, que defendía la muralla, salió en su persecución durante un largo trayecto, Rufo atacó a los que se quedaron dentro, que estaban desprevenidos, y tomó la ciudad, la saqueó y la quemó. Los de Nursia llegaron a un acuerdo y no sufrieron ningún daño; pero como, cuando enterraron a los que habían caído en la batalla que libraron contra César, en sus lápidas escribieron que habían muerto luchando por la libertad, fueron sancionados con una enorme suma de dinero, hasta el punto de que tuvieron que abandonar al mismo tiempo la ciudad y toda la región.

Mientras los del bando de César llevaban a cabo estas acciones, 14
fue cuando Lucio se largó de Roma y puso rumbo a la Galia pero, encontrándose con el camino bloqueado³⁸, se dirigió a Perugia³⁹, ciudad etrusca⁴⁰. Allí los lugartenientes de César primero, y luego el propio César, lo aislaron y le ponían sitio. 2
Pero el asedio se prolongaba (pues la región tenía buenas defensas naturales y estaba abastecida de lo necesario en cantidad suficiente; y los jinetes enviados fuera por Lucio antes de estar totalmente cercados les ocasionaban graves daños a los sitiadores; y, además, muchos partidarios de Lucio, viniendo unos de

³⁷ Antonio lo nombró después gobernador de la provincia de Asia (cf. XLIX 17, 5); y su hijo, del mismo nombre, fue cónsul en el 17 a. C.

³⁸ Por Q. Salvidieno y M. Agripa (cf. APIANO, *Guerras civiles* V 31).

³⁹ La actual Perugia, hoy en la Umbria.

⁴⁰ Etruria es la región donde se asentaron los etruscos y hoy se corresponde, aproximadamente, con la Toscana. «Toscana» y «Tirreno» derivan de los vocablos con que latinos y griegos denominaron respectivamente a este pueblo: *toscanus* (más frecuente era *etruscus*) y *tyrrēnós* (o *tyrsēnós*).

3 un sitio y otros de otro, se afanaban por socorrerlo). Fueron muchas las ocasiones en las que los soldados de César lucharon contra aquellos en enfrentamientos individuales y muchas las que lucharon junto a las murallas, hasta que, a pesar de que los seguidores de Lucio eran muy superiores en número, fueron rendidos, sin embargo, por el hambre. Lucio y algunos otros obtuvieron el perdón, pero la mayoría de los senadores y caba-
4 lleros fueron condenados a muerte. Y se cuenta que no tuvieron una muerte ordinaria, pues trescientos caballeros y algunos senadores, entre ellos Tiberio Canucio, aquel que durante su tribunado convocó a la plebe para que César Octaviano pudiera hablarle⁴¹, fueron llevados ante el altar consagrado al primer
5 César y allí fueron sacrificados. La mayoría de los perusinos y de los otros pueblos que allí fueron hechos prisioneros encontraron la muerte; y la ciudad, excepto el templo de Vulcano y la
6 estatua de Juno, fue quemada entera. La estatua, que se salvó por algún azar, fue llevada a Roma obedeciendo una visión que César tuvo en sueños, y concedió también a la ciudad de Perusa la gracia de poder ser reconstruida por quienes quisieran ir allí, aunque con la condición de que no podían adquirir ningún terreno de aquel lugar que superara la milla⁴².

15 Perusa fue tomada siendo cónsules Gneo Calvino, en su segundo consulado, y Asinio Polión⁴³; y tras ella, unas por la fuerza y otras voluntariamente, las demás ciudades de Italia se pasaron al bando de César. Ante esto, Fulvia huyó con sus hijos a

⁴¹ César no tuvo en cuenta los favores que recibió de Canucio (*cf.* XLV 6, 3 y 12, 4).

⁴² Se entiende que los terrenos no podían superar una milla de lado. La milla romana (mil pasos) equivalía a unos 1.480 m. Dion lo expresa con medidas griegas y habla de siete estadios y medio ($7,5 \times 185 = 1.388$ m). Véase nota a XLVI 44, 4.

⁴³ Año 40 a. C.

donde estaba su marido⁴⁴, y salieron huyendo también un gran 2
 número de ciudadanos ilustres, unos para unirse a Antonio y
 otros, a Sicilia con Sexto. Julia, la madre de los Antonios, se
 dirigió al principio a Sicilia, y fue acogida muy cariñosamente
 por Sexto; después, Sexto la envió junto a su hijo Marco⁴⁵, y
 llevaba con ella mensajes de amistad para Antonio y emisarios
 para negociar. Entre aquellos que entonces huyeron de Italia 3
 para unirse a Antonio se encontraba también Tiberio Claudio
 Nerón⁴⁶. Este estaba al frente de una guarnición en Campania;
 pero, después de que la posición de César se hizo abrumadora,
 huyó con su mujer, Livia Drusila, y con su hijo, Tiberio Clau-
 dio Nerón⁴⁷, de modo que sucedió entonces el hecho más para- 4
 dójico: esta Livia, que entonces huía de César, después se casó
 con él; y este Tiberio, que acompañaba entonces a sus padres en
 la huida, heredó de César el mando del imperio.

Todo eso sucedería después. Entonces, los que estaban en 16
 Roma volvieron a ponerse la ropa de la paz⁴⁸ (se habían despo-
 jado de ella sin decreto ante la presión del pueblo) y lo festeja-
 ban; a César, con su traje de triunfo, lo acompañaron en la entra-

⁴⁴ Marco Antonio, después de la batalla de Filipos, marchó a Asia Menor y allí estuvo un tiempo recaudando dinero, hasta que conoció a Cleopatra en Cilicia y se estableció con ella en Egipto (*cf. infra* § 24, 2-3). El encuentro con Fulvia tuvo lugar en Grecia, a donde acudió Antonio desde Egipto (*cf. infra* § 27, 4).

⁴⁵ Véase nota anterior.

⁴⁶ Tiberio prestó grandes servicios a Julio César, aunque era defensor de la república, y después tomó partido contra Octavio. Es más conocido por haber accedido al divorcio de su esposa, Livia Drusila, para que pudiera casarse con César Augusto. Tiberio tuvo con Livia dos hijos famosos: Tiberio, el futuro emperador, y Druso el Mayor, al que Livia llevaba en el vientre cuando se casó con Augusto. Sobre este matrimonio véase *infra* § 44.

⁴⁷ El futuro emperador, del mismo nombre que su padre (véase nota anterior).

⁴⁸ Véase nota a XLVI 29, 5.

- da a la ciudad y lo honraron con una corona de laurel y con el derecho a adornarse con ella en cuantos actos es costumbre que la lleven los que celebran un triunfo. César, una vez que había controlado la situación en Italia y liberado el mar Jónico (pues Domicio⁴⁹, consciente de que ya no podía resistir por sí solo, navegó a donde estaba Antonio), se preparaba para atacar a Sexto. Y sabedor del poderío militar de aquel y de que negociaba una alianza con Antonio sirviéndose de la madre de este y de los emisarios⁵⁰, temió luchar contra ambos a la vez. Considerando a Sexto más fiable y más poderoso que a Antonio, le envió a su madre, Mucia⁵¹, y se casó con la hermana⁵² del suegro de Sexto, Lucio Escribonio Libón, por si con este gesto de buena voluntad y con el nuevo lazo familiar podía ganárselo como amigo.
- 17 Pucs Sexto, según los acuerdos a que llegó con Lépido⁵³, salió entonces de Hispania y no mucho después estuvo al frente de una escuadra⁵⁴, pero luego fue apartado del mando por ini-

⁴⁹ Cf. *supra* § 7, 4-5.

⁵⁰ Cf. *supra* § 15, 2.

⁵¹ Era hija de Q. Mucio Esecévola, cónsul en el 95 a. C. Se casó primero con Pompeyo (para Pompeyo era el tercer matrimonio) y con él tuvo tres hijos: Gneo Pompeyo (murió después de ser derrotado por Julio César en Munda), Pompeya Magna y Sexto Pompeyo; pero Pompeyo Magno se divorció de ella acusándola de infidelidad (entre sus amantes podría haber estado el propio Julio César). Después de este divorcio, Pompeyo se casó con Julia, hija de Julio César, y Mucia, con M. Emilio Escauro.

⁵² Dion se refiere a Escribonia. Esta y su hermano, el suegro de Sexto, eran hijos de Lucio Escribonio Libón (padre e hijo tenían el mismo nombre); Sexto se había casado con una hija de Escribonio hijo, llamada también Escribonia y sobrina de la anterior. Escribonia era mayor que Augusto y había estado casada dos veces antes, y con ella tuvo Augusto a su única hija, Julia la Mayor. Fue la segunda mujer de Augusto, después de divorciarse de Clodia, hija de Fulvia (véase *supra* § 5, 3). El mismo día que Escribonia daba a luz a Julia, Augusto se divorciaba de ella para casarse con Livia (sobre este divorcio véase *infra* § 34, 3).

⁵³ Cf. XLV 10, 6.

⁵⁴ Cf. XLVI 40, 3.

ciativa de César⁵⁵. Sin embargo, Sexto se mantuvo al frente de la escuadra y se decidió a navegar hacia Italia. Pero, una vez ² que se adueñaron de Italia los seguidores de César, se enteró de que había sido incluido entre los asesinos de su padre⁵⁶. Entonces se apartó de Italia y, navegando por las islas, esperaba acontecimientos. Obtenía provisiones sin cometer atropellos y, puesto que no había participado en el asesinato⁵⁷, esperaba ser rehabilitado por César. Sin embargo, cuando su nombre apare- ³ ció en las tablillas de proscritos y supo que se publicaban bandos contra él, abandonó la idea de regresar y se preparó para la guerra: construyó barcos, admitió a los desertores, convirtió a los piratas en sus aliados y acogió a los exiliados. Con estas ⁴ medidas pronto se hizo poderoso y se adueñó de las costas de Italia: entraba en sus puertos, se llevaba los barcos y se dedicaba al pillaje. Los asuntos le iban bien, hasta el punto de conseguir soldados y armas con esta estrategia. Navegó a Sicilia y tomó sin combate Milas⁵⁸ y Tindáride⁵⁹, pero fue rechazado en Mesina⁶⁰ por Pompeyo Bitánico⁶¹, gobernador de Sicilia entonces. Sin embargo, no se retiró del todo de Sicilia, sino que recor- ⁵ rría las costas de la provincia impidiendo la entrada de provisiones. De los que vinieron a socorrer a los sicilianos a unos se los

⁵⁵ Eso fue antes de la formación del triunvirato (*cf.* XLVI 48, 4).

⁵⁶ Se refiere a Julio César, padre adoptivo de Octavio.

⁵⁷ Era sabido que Sexto de ninguna manera participó en la conjuración contra César, y además en esos momentos estaba en Hispania (*cf.* XLV 10, 3).

⁵⁸ Milas (hoy Milazzo), ciudad de la costa noreste de Sicilia.

⁵⁹ Tindáride (hoy Tindari), ciudad de la costa noreste de Sicilia, algo más al oeste que Milas.

⁶⁰ Mesina (el nombre antiguo es Mesana), ciudad al norte de la costa este de Sicilia, en el estrecho al que da nombre.

⁶¹ Aulo Pompeyo Bitánico fue nombrado gobernador de Sicilia por Julio César, a pesar de que su padre, Q. Pompeyo Bitánico, luchó al lado de Pompeyo Magno y murió con él en Egipto (*cf.* OROSTO, VI 15, 21). Ahora los hijos de estos dos compañeros y amigos están enfrentados.

ganó porque temían que iban a sufrir lo mismo que los demás, y a otros por el daño sufrido en alguna emboscada. Así fue como se ganó al cuestor de Sicilia con todo el dinero de la recaudación de impuestos. Finalmente tomó también Mesina y, según un acuerdo con Bitínico, este seguiría como gobernador
 6 pero con la misma autoridad que Sexto. Ningún daño hizo Sexto a Bitínico entonces, pero a los de Mesina les quitó las armas y el dinero. Después de esto sometió a Siracusa y a algunas otras ciudades. Y con estas ciudades reunió más soldados y una flota más poderosa. Y Quinto Cornificio⁶² le envió fuerzas desde África.

18 Así creció el poder de Sexto. César no le prestó atención hasta entonces en parte por desprecio y en parte por los asuntos que traía entre manos. Pero, cuando a causa del hambre, se produjo en Roma una situación catastrófica y, además, Sexto atacó Italia, entonces sí, César comenzó a preparar una flota y envió
 2 a Rufo Salvidieno a Regio con un gran ejército. Este expulsó a Sexto de Italia y, cuando Sexto se retiró a Sicilia, Salvidieno se dedicó a construir barcos forrados de piel como los que utilizan los que navegan por el océano, disponiendo una estructura con palos ligeros y cubriéndola por fuera con piel de buey sin curtir,
 3 a la manera de un escudo redondo⁶³. Pero como Salvidieno se exponía a la burla y, además, pensó que correría un gran peligro si intentaba atravesar con esas barcas el Estrecho⁶⁴, se desprendió de ellas y trató de cruzarlo con la escuadra que César había preparado y que acababa de llegar. Pero no pudo, pues el mayor

⁶² Q. Cornificio, hombre de letras y de armas, luchó al lado de Julio César y fue amigo de Catulo y de Cicerón, con quien mantuvo un intercambio epistolar (cf. CICERÓN, *Cartas a familiares* XII 17-30). Era republicano y enemigo de los triunviros (cf. *infra* § 21, 1 y nota).

⁶³ Del mismo tipo que las que usaban los britanos (cf. CÉSAR, *Guerra civil* I 54; PLINIO, *Historia Natural* IV 104 y VII 206).

⁶⁴ El estrecho de Mesina, entre Regio (Italia) y Mesina (Sicilia).

número y tamaño de sus barcos fue fácilmente superado por la experiencia y la audacia de los enemigos. César fue testigo ocular de la batalla naval (pues esa batalla tuvo lugar cuando él pasaba con sus tropas hacia Macedonia) y sufrió mucho con la derrota; especialmente porque este fue el primer enfrentamiento en el que salía derrotado. Por eso ya no intentó atravesarlo por la fuerza, aunque la mayor parte de su flota se salvó. Pero a escondidas intentó llegar a la isla muchas veces y de todas las maneras posibles, pues iba a ser muy superior con la infantería. Pero como no pudo atravesar el Estrecho, porque había una fuerte vigilancia de Sexto por todas partes, ordenó apostar algunos soldados frente a Sicilia y él se dirigió a Brindis para reunirse allí con Antonio, y desde Brindis atravesó el mar Jónico con la ayuda de los barcos⁶⁵.

Después de este episodio, Sexto dominó toda la isla y ejecutó a Bitínico acusándolo de conspirar contra él. Celebró espectáculos por el triunfo, y con los que habían sido hechos prisioneros organizó una naumaquia en el Estrecho, frente a la misma Regio, para que la vieran los que estaban en la costa de enfrente, haciendo que unos barcos de madera chocaran contra otros de pieles para mofarse de Rufo. Después de esto construyó más barcos y dominó todo el mar que rodea Sicilia y añadió a su persona la gloria y el orgullo de que era hijo de Neptuno, porque su padre una vez fue dueño de todo el mar⁶⁶. Así actuó mientras Casio y Bruto habían mantenido su alianza. Y, muertos aquellos, otros se refugiaron a su lado, entre ellos Lucio Estayo. Al principio Sexto lo recibió con agrado (pues vino con la escuadra que mandaba) pero después, al ver que era activo y orgulloso, lo condenó a muerte acusándolo de traición. A partir

⁶⁵ Al quedar bloqueado el estrecho de Mesina, César tuvo que bordear Sicilia para llegar a Brindis en el Adriático (cf. APIANO, *Guerras civiles* IV, 86).

⁶⁶ Cuando Pompeyo Magno limpió el Mediterráneo de piratas.

de ese momento, cuando incorporó la escuadra de Estayo y acogió la multitud de esclavos que llegaban de Italia, Sexto creció enormemente. Y eran tantos los desertores, que las vírgenes Vestales pedían en los sacrificios que se detuvieran las deserciones.

- 20 Por estas razones, y porque Sexto acogía a los exiliados, hacía amistad con Antonio⁶⁷ y saqueaba muchas partes de Italia, César deseó reconciliarse con Sexto⁶⁸. Pero, al fallarle este plan, ordenó a Marco Vipsanio Agripa⁶⁹ que atacara a Sexto, mientras él marchaba a la Galia. Cuando Sexto supo esto, esperó a que Agripa celebrara los juegos Apolinarie⁷⁰. Pues era pretor y se ufanaba de ser, entre otras muchas cosas, muy amigo de César; y celebró juegos circenses durante dos días y se enorgullecía de dirigir el juego llamado Troya⁷¹ con los niños de la nobleza. Mientras Agripa celebraba estos festejos, Sexto cruzó a Italia y permaneció en ella saqueándola hasta que llegó Agripa. Entonces puso guarniciones en algunos sitios y abandonó
- 3 Italia para regresar en las naves a Sicilia. César intentó antes apoderarse de la Galia a través de otros, como ya ha quedado dicho⁷², pero no pudo a causa de Caleno y de algunos más que actuaban a favor de Antonio; sin embargo, en esta ocasión se

⁶⁷ Cf. *supra* § 15, 2.

⁶⁸ Cf. *supra* § 16, 3.

⁶⁹ Fue el general más valioso para César y su mano derecha, como se comprobará más adelante. Cuando Agripa era ya muy mayor, César lo casó con su única hija, Julia la Mayor, y ellos le dieron a César cinco nietos: Gayo y Lucio, que murieron jóvenes; Póstumo Agripa, exiliado por su abuelo Augusto; Vipsania, y Agripina la Mayor. Agripa fue quien hizo construir el Panteón de Roma.

⁷⁰ En honor de Apolo, organizadas por el pretor urbano (cf. XLIII 48, 3).

⁷¹ Una competición hípica que practicaban los hijos de los patricios y los del orden ecuestre, unos a caballo y otros en carros. Se consideraba un juego muy peligroso (cf. XLIII 23, 6).

⁷² Véase *supra* § 10, 1.

apoderó de ella al encontrar a Caleno muerto a causa de una enfermedad y al atraerse al ejército sin lucha. En esos momentos César, al saber que Lépido estaba indignado porque había sido privado de la provincia que le había correspondido, lo envió a África⁷³, con el objetivo de que Lépido, recibiendo la provincia de él solo y no de Antonio, se pusiera más de su parte. 4

Dos provincias tenían los romanos en Libia, como dije⁷⁴, y, 21
 en nombre de los triunviros conjurados, mandaba en la Numidia Tito Sextio⁷⁵ y en la otra, Cornificio y Décimo Lelio⁷⁶; el primero era partidario de Antonio y los otros dos de César⁷⁷. Durante 2
 un tiempo Sextio esperaba que aquellos (pues tenían muchas más tropas) entraran en su provincia, de modo que se preparaba para defenderse allí de ellos. Pero, como los otros dejaban pasar el tiempo, los despreció y, excitado por el mugido de un buey que, según cuentan, hablaba con voz humana y le ordenaba cumplir lo que tenía proyectado y porque, además, en un sueño 3
 le pareció que un toro enterrado en la ciudad de Tuca⁷⁸ le exhortaba a que le cortara la cabeza y la pasease ensartada en una pica, como si con ese estandarte fuera a vencer, ya no esperó, sobre todo porque encontró el toro en el lugar en el que dijo que había sucedido el sueño; y así fue él el que invadió la provincia de

⁷³ Cf. *supra* § 1, 3.

⁷⁴ Cf. XLVI 55, 4 y nota.

⁷⁵ Había sido legado de César en las Galias y obtuvo de él este cargo como recompensa.

⁷⁶ Luchó al lado de Pompeyo y, por lo tanto, enemigo de los triunviros. En estos momentos es cuestor de Q. Cornificio.

⁷⁷ Es un error de Dion Casio: Q. Cornificio y Lelio eran republicanos y enemigos de los triunviros (cf. *supra* § 17, 6), y Sextio era partidario de los triunviros.

⁷⁸ Ciudad costera próxima a la desembocadura del río Ampsaga (hoy Oued El-Kebir, al este de Argelia).

- 4 África. Al principio conquistó Hadrumeto⁷⁹ y algunos otros territorios cayendo sobre ellos por sorpresa. Pero después, en cierta ocasión en que estaba desprevenido por su propio éxito, fue sorprendido por el cuestor⁸⁰, y Sextio, tras perder gran parte de su ejército, regresó a Numidia. Pero dio la casualidad de que, cuando sufrió ese desastre, estaba sin la cabeza del toro, por lo que achacó la derrota a este hecho, así que se preparó para hacer
- 5 una nueva incursión. Sin embargo, en ese momento sus oponentes, adelantándose, invadieron su provincia: unos cercaban Cirta⁸¹ mientras el cuestor⁸² atacó a Sextio con la caballería; y, como lo venció en algunos enfrentamientos a caballo, cayó en sus manos su colega, el cuestor de Sextio. Ante estos hechos, Sextio se arriesgó a hacer un nuevo ataque en auxilio de su cuestor, derrotó ahora al cuestor de Cornificio y persiguió a Lelio por la provincia hasta que lo cercó en una fortificación. Y entonces engañó a Cornificio, que venía en auxilio de su cuestor, diciéndole que Lelio había sido capturado: Cornificio entró en un estado de abatimiento y Sextio en la batalla lo mató, y también a Lelio, que había salido para atacar al ejército de Sextio por la espalda.
- 6
- 22 Tras llevar a cabo estas acciones, Sextio se adueñó de la provincia de África y gobernó las dos provincias ya sin temerada, hasta que César, según los acuerdos a que llegó con An-

⁷⁹ En otros autores aparece como Hadrumetum. Ciudad próxima a la actual Susa, en el norte de la costa este de Túnez.

⁸⁰ El cuestor de la legión era el encargado del abastecimiento de las tropas y de la administración del dinero: compra de víveres, reparto de suministros, pago a los legionarios, reparto del botín, etc. Además, como segundo en el mando después del pretor, podía hacerse cargo de las tropas en ausencia de este y administrar justicia.

⁸¹ Cirta, ciudad de la Numidia, a unos ochenta kilómetros de la costa, hoy Constantina, en Argelia.

⁸² Se refiere a Décimo Lelio, cuestor de Cornificio.

tonio y Lépido, se hizo cargo de las dos provincias⁸³ y puso al frente de ellas a Gayo Fuficio Fangón⁸⁴; y entonces Sextio las dejó sin poner objeciones. Sin embargo, cuando tuvo lugar la 2
batalla contra Bruto y Casio⁸⁵, y César y Antonio se repartieron las demás provincias, en cuanto a Libia César recibió Numidia y Antonio, África⁸⁶ (pues Lépido solo era gobernador de nombre, como ya dije⁸⁷, y muchas veces ni siquiera esta adjudicación se recogía por escrito en los documentos). Como todo esto 3
sucedió así y Fulvia ordenó a Sextio que se hiciera cargo de la provincia de África (pues este se quedó en Libia aún un tiempo con el pretexto de pasar el invierno; pero el verdadero motivo era que estaba seguro de que iba a haber cambios políticos), Sextio no obedeció la orden de Fangón de abandonar la provincia, sino que se atrajo como aliados a los nativos, que estaban indignados con Fangón (pues había luchado en el ejército como mercenario y muchos de estos, como ya quedó dicho por mí⁸⁸, habían sido inscritos en el Senado) y, además, gobernaba mal. 4
Ante esta situación, Fangón se retiró a Numidia, pero los de Cirta lo odiaron porque les empeoró las condiciones de vida. Y a un jefe local de uno de los pueblos bárbaros⁸⁹ vecinos, un tal Arabión, que antes se había levantado en armas al lado de Lelio y después se unió a Sextio, lo expulsó de la provincia porque no

⁸³ Cf. XLVI 55, 4.

⁸⁴ Fue soldado de Julio César, que lo elevó al rango senatorial en recompensa a los servicios prestados. Y Augusto ahora lo nombra gobernador de las provincias de África y Numidia.

⁸⁵ La batalla de Filipos.

⁸⁶ Cf. *supra* § 1, 3.

⁸⁷ Cf. *supra* § 1, 3; 20, 4.

⁸⁸ Cf. XLIII 47, 3; y más adelante véase *infra* § 34, 4; LII 42, 1.

⁸⁹ Quizá aquí el término griego *bárbaros* aluda a una tribu «bereber», pues el nombre de este pueblo deriva etimológicamente de *bárbaros* a través de *berberer* (cf. «berberisco»).

5 quería aliarse con él. Cuando este se refugió junto a Sextio, Fangón lo reclamó y, al no serle entregado, montó en cólera, invadió la provincia de África y la saqueó. Pero Sextio salió a su encuentro con un ejército y lo derrotó en breves pero numerosos combates, por lo que de nuevo tuvo que retirarse a Numidia. Sextio tuvo entonces la esperanza de que, si se enfrentaba a él, lo vencería en breve, sobre todo si iba con la caballería de Arabión. Pero Sextio sospechó de este y lo asesinó a traición, y ya no tomó ninguna iniciativa, pues los jinetes, disgustados con su muerte, abandonaron a Sextio, y la mayoría de ellos eligieron el bando de Fangón.

23 Sin embargo, por el momento Sextio y Fangón firmaron un tratado de amistad, como si el pretexto para una guerra entre ellos hubiera desaparecido. Tras la firma, Fangón, después de esperar a que Sextio se sintiera seguro a causa del pacto, invadió la provincia de África. Allí se enfrentaron unos con otros y al principio ambos bandos vencieron y fueron derrotados (Fangón venció con la caballería nómada y Sexto, con la infantería de la ciudad), de modo que cada uno saqueó el campamento del otro, sin que los soldados de ninguno de los dos bandos supiera nada sobre la suerte de sus compañeros. Pero cuando regresaron al campamento y comprendieron lo sucedido, volvieron de nuevo al combate; entonces, como los nómadas emprendieron la huida, Fangón se retiró a las montañas; pero durante la noche, corriendo los antílopes entre ellos, Fangón creyó que era la caballería enemiga y se suicidó. Así fue como Sextio se adueñó del resto de la provincia sin esfuerzo; y a Zama⁹⁰, que había resistido muchísimo tiempo, la sometió finalmente por hambre.

⁹⁰ Se trata de Zama Regia, una antigua ciudad nómada, donde tuvo lugar la batalla en la que Escipión venció definitivamente a Aníbal en el 202 a. C. (quizá hoy próxima a Kbor Klib o Seba Biar, a unos veinticinco kilómetros al suroeste de Siliana, en el centro de Túnez).

A partir de entonces fue dueño nuevamente de las dos provincias, hasta que Lépido fue enviado allí⁹¹. Pues ya no se opuso a Lépido, bien porque los dos eran del mismo partido que Antonio, bien porque sus tropas eran muy inferiores a las de Lépido. Al contrario, Sextio se mantuvo tranquilo presentando lo que era inevitable como un favor personal a Lépido. De esta forma Lépido fue dueño de las dos provincias.

Así sucedieron estas cosas. Y por ese mismo tiempo, después de la batalla de Filipos, Marco Antonio marchó al continente asiático y allí, recorriendo él mismo unas provincias y enviando otros a las demás, recaudaba los impuestos de las ciudades y subastaba los cargos. Fue entonces, en Cilicia, cuando al ver a Cleopatra quedó prendado de ella⁹², y ya no le importó nada su reputación, sino que era esclavo de la egipcia y dedicaba todo el tiempo a su amor con ella. Y, entre otras muchas locuras que cometió, una de ellas fue asesinar a los hermanos de ella, arrancándolos del templo de Ártemis en Éfeso⁹³. Finalmente, dejando a Planco a cargo de la provincia de Asia y a Saxa a cargo de Siria, viajó a Egipto. A partir de ese momento se produjeron muchos disturbios, hasta el punto que los de la isla de Árados se negaron a dar dinero a los que habían sido enviados allí por Antonio, y más grave aún, mataron a algunos de ellos; y los partos, que antes hacían incursiones, ahora ataca-

⁹¹ Cf. *supra* § 20, 4.

⁹² Otras fuentes más prolifas sobre este momento histórico son PLUTARCO, *Antonio* 25-27; APIANO, *Guerras civiles* V 8 y 11; etc.

⁹³ Arsínoe y Tolomeo el joven (Tolomeo XIV Filópator, también llamado Tolomeo Teos Filópator II), hermano y esposo de Cleopatra, con quien compartía el trono de Egipto (según otras versiones, este habría muerto antes, envenenado por Cleopatra). Ambos hermanos habían huido de Egipto ante el temor de ser asesinados por Cleopatra, que tras dar a luz en el 47 a. C. a Cesarión (Tolomeo XV César), el hijo que tuvo supuestamente con Julio César, se aseguraba la continuidad en el trono por línea masculina.

4 ban más a los romanos. Eran los guías de aquellos Labieno y
 Pácoro: este era hijo del rey Orodes⁹⁴; aquel, el hijo de Tito
 Labieno⁹⁵. He aquí cómo se presentó ante los partos y a qué
 5 acuerdos llegó con Pácoro. Daba la casualidad de que, siendo
 Labieno uno de los que combatían en el bando de Casio y de
 Bruto, fue enviado a Orodes antes de la batalla⁹⁶ para obtener
 ayuda de aquel. Labieno pasó entonces mucho tiempo bajo su
 vigilancia, mientras Orodes observaba los acontecimientos, no
 6 atreviéndose a hacer un pacto con él pero temiendo negarse. Des-
 pués, cuando llegó la noticia de la derrota y los vencedores pare-
 cían no tener clemencia con los que habían luchado contra ellos,
 Labieno se quedó con los bárbaros prefiriendo una vida con
 ellos a una muerte en su patria. Así pues, tan pronto como supo
 de la desidia de Antonio, de su enamoramiento y de su viaje a
 7 Egipto, persuadió al rey parto para que atacase a los romanos.
 Le dijo que de las legiones romanas unas estaban totalmente
 aniquiladas y destrozadas y que las otras estaban en una guerra
 civil y que iban a enfrentarse de nuevo. Dada esa situación le
 exhortó a apoderarse de Siria y de los pueblos vecinos aprove-
 chando que César estaba en Italia ocupándose de Sexto y que
 8 Antonio había partido para Egipto. Labieno se ofreció para diri-
 gir esa guerra y prometió a Orodes que, si aceptaba esa propues-
 ta, muchas provincias se cambiarían a su bando, porque eran
 hostiles a los romanos a causa de los continuos atropellos.

⁹⁴ Orodes II, rey de los partos, hijo de Fraates III (a quien asesinó para hacerse con el trono). Surena, general de Orodes II, fue el que derrotó a Craso en Carras (año 53 a. C.). Tras la muerte prematura de su hijo Pácoro, le sucedió Fraates IV, hermanastro de este.

⁹⁵ T. Labieno, el padre, luchó con Julio César en las Galias, pero murió en la batalla de Munda (45 a. C.) combatiendo al lado de G. Pompeyo Fástulo, el hijo mayor de Pompeyo Magno. Q. Labieno, el hijo, era del bando republicano y luchó al lado de Casio y Bruto.

⁹⁶ La batalla de Filipos.

Tras exponer este plan persuadió a Orodés para que entrara 25
 en guerra, y este le confió un gran ejército y a su hijo Pácoro.
 Con ellos Labieno invadió Fenicia y se dirigió contra Apamea,
 pero fue detenido por las murallas, aunque se atrajo a las guarni-
 ciones de la región, que se le unieron voluntariamente. Y es que 2
 eran soldados de los que habían luchado junto a Casio y Bruto.
 En efecto, Antonio los había incorporado a su ejército y les or-
 denó que controlaran Siria, puesto que eran concedores de la
 región. Así, Labieno se los ganó fácilmente, pues habían tenido
 trato con él, excepto a Saxa⁹⁷, que entonces era el jefe de aquellos
 (este, que era cuestor y hermano del general Saxa, fue el único
 que no se sumó al bando de Labieno). Pero también venció a 3
 Saxa, el general, en una batalla campal gracias al mayor número
 y valor de sus jinetes, y después Labieno lo persiguió, cuando
 huyó de noche salvando el foso del campamento. Pues Saxa,
 temiendo que los que estaban con él abrazaran la causa de La-
 bieno, que se los atraía mediante ciertos escritos que introducía
 con flechas en el campamento, huyó. Labieno capturó a los es- 4
 capados y mató a la mayoría; pero Saxa huyó a Antioquía, y
 entonces Labieno tomó Apamea, que ya no opuso ninguna resis-
 tencia creyendo que Saxa había muerto. Después, cuando Saxa
 abandonó Antioquía, la ganó para su bando y, persiguiendo a
 Saxa, que ahora había huido a Cilicia, finalmente lo capturó y lo
 mató.

Muerto Saxa, Pácoro tomó posesión de Siria y la sometió 26
 toda excepto Tiro⁹⁸. Pues los romanos que quedaban en la re-
 gión y los de los pueblos vecinos que simpatizaban con ellos la
 habían ocupado antes, y no pudieron ser persuadirlos ni obliga-

⁹⁷ Hermano de L. Decidio Saxa, del que se habla en seguida (cf. XLVII 35, 2).

⁹⁸ Tiro, ciudad de Fenicia, era casi inexpugnable, pues tenía parte de la población en la costa y parte en una isla cercana bien fortificada, que solo Alejandro Magno, tras un difícil asedio de siete meses, pudo conquistar.

dos, pues Pácoro carecía de una escuadra. Y, efectivamente, estos continuaron inexpugnables. Pácoro, tras tomar las demás ciudades, invadió Palestina y cesó a Hircano, a quien los romanos habían confiado entonces el gobierno, y en su lugar puso como gobernador al hermano de este, Aristobulo, a causa de la enemistad que había entre ambos⁹⁹. Entre tanto, Labieno sometió Cilicia y se atrajo a las ciudades continentales de la provincia de Asia (pues Planco, que le temía, pasó a las islas), con la excepción de Estratonicea¹⁰⁰, la mayoría de ellas sin lucha; pero para tomar Mílasa y Alabanda¹⁰¹ tuvo que arriesgarse a un combate. Pues los de estas ciudades admitieron a los soldados de las guarniciones de Labieno, pero durante cierta fiesta los mataron e hicieron defección. Labieno tomó Alabanda y los castigó por aquella acción, y a Mílasa, después de desalojarla, la arrasó. En cuanto a Estratonicea, la sitió durante mucho tiempo, pero no pudo tomarla de ninguna manera. Labieno conseguía mucho dinero con estas acciones y saqueaba los templos. Se llamaba a sí mismo *Imperator* y *Pártico*¹⁰² por el pueblo más hostil a los

⁹⁹ Error de Dion, pues quien gobernará a partir de entonces será Antígono, hijo de Aristobulo II, como más adelante confirma el propio Dion (*cf. infra* § 41, 4). Ambos hermanos, Hircano y Aristobulo, hijos de Alejandro Janneo y Salomé Alejandra, se disputaron el trono durante mucho tiempo en luchas intestinas. Cuando Pompeyo llegó a Judea en el año 63 a. C. impuso como rey a Hircano II, que había sido desposeído del trono por su hermano Aristobulo II (*cf. XXXVII* 16, 4). Después, en el 47 a. C., César confirmó a Hircano II como etnarca (pero no rey) de Judea (*cf. JOSEFO, Antigüedades judías XIV* 211). Aristobulo murió envenenado en Siria en el 48 a. C. (ocho años antes de los hechos ahora narrados). Ahora, en el 40 a. C., vuelve a reinar Antígono, hijo de Aristobulo II.

¹⁰⁰ Ciudad de Caria, situada algo al sur de Mílasa (véase nota siguiente).

¹⁰¹ Mílasa (hoy Milas) y Alabanda, ciudades de Caria, estaban situadas en el suroeste de Turquía, muy próximas a la antigua Mileto.

¹⁰² El título de *imperator* se otorgaba al general vencedor en una campaña, y a veces también se le otorgaba además el sobrenombre, *agnomen*, del pueblo al que había vencido (*cf. P. Cornelio Escipión el Africano*).

romanos. Pues atacó a los romanos bajo el mando de los partos y de ellos tomó el sobrenombre para sí mismo, como si hubiera vencido a aquellos en vez de a sus compatriotas.

Antonio estaba informado de estos hechos como de las demás cosas que ocurrían en Italia¹⁰³ (pues nada en absoluto escapaba a su conocimiento); sin embargo, no intervino ni en la campaña de Labieno ni en los asuntos de Italia, pues a causa del amor y de sus borracheras no se ocupó ni de los aliados ni de los enemigos. Mientras había estado en puestos bajos y despreocupado de alcanzar los primeros cargos, había llevado adelante los asuntos con energía; pero cuando estuvo en el poder, ya no se ocupó de ningún asunto con diligencia, sino que vivía en la voluptuosidad con Cleopatra y los demás egipcios, hasta que quedó totalmente consumido. Pero mucho tiempo después, forzado por las circunstancias a levantarse, navegó a Tiro con la supuesta intención de ayudarlos pero, en cuanto vio que el resto del país había sido conquistado, los abandonó a su suerte poniendo como pretexto la guerra contra Sexto. Y, al mismo tiempo, excusaba su tardanza en marchar contra aquel alegando los problemas con los partos. Así ni socorrió a los aliados a causa de Sexto ni tampoco, claro está, a los italianos a causa de los aliados: lo que hizo fue navegar a lo largo del continente hasta llegar a la provincia de Asia y de ahí pasar a Grecia, donde, encontrándose con su madre y su mujer, declaró enemigo a César y selló su amistad con Sexto¹⁰⁴. Después de esto pasó a Italia y tomó Siponto¹⁰⁵, y cercó Brindis porque no quisieron unirse a él.

Mientras Antonio emprendía estas acciones, César reunió

¹⁰³ El enfrentamiento de Fulvia y Lucio contra Octavio y la toma de Perusa.

¹⁰⁴ Antonio aceptó la alianza que le había propuesto Sexto a través de su madre (cf. § 15, 2).

¹⁰⁵ Ciudad italiana de la Apulia, junto a la actual Manfredonia, en la costa del Adriático.

- sus tropas (pues ya había vuelto de la Galia) y envió a Publio Servilio Rulo a Brindis y a Agripa a Siponto. Agripa tomó la ciudad por la fuerza; sin embargo, Antonio, atacando por sorpresa a Servilio, mató a muchos hombres, pero además se ganó a muchos otros para su causa. Como César y Antonio entraron en guerra, enviaron emisarios para pedir ayuda a las ciudades y a los veteranos, allí donde creían que podrían sacar algún provecho. Toda Italia estaba convulsionada de nuevo, y especialmente Roma. Unos se ponían ya de parte de uno o de otro, y los demás se lo pensaban. Y estando Antonio y César, con sus respectivos aliados, pendientes de este choque, Fulvia murió en Sición¹⁰⁶, donde se encontraba en aquellos momentos. La culpa de su muerte recayó en Antonio por su amor a Cleopatra y por el desenfreno de esta. Pero cuando se anunció su muerte, los dos depusieron las armas y llegaron a un pacto, bien fuera porque realmente antes se habían enfrentado empujados por Fulvia, bien porque pusieron su muerte como pretexto ante el miedo que se tenían los dos, al estar igualados en fuerzas y esperanzas. En ese acuerdo¹⁰⁷, César recibió Cerdeña, Dalmacia¹⁰⁸, Hispania y la Galia; Antonio, todas las demás de Europa y Asia que están al otro lado del mar Jónico; y Lépido, las provincias de Libia¹⁰⁹. Sexto tenía Sicilia.
- Así se repartieron nuevamente el poder y emprendieron juntos la guerra contra Sexto, aunque Antonio mediante mensajeros se había comprometido con Sexto bajo juramento para lu-

¹⁰⁶ Ciudad griega en el norte del Peloponeso, próxima a Corinto.

¹⁰⁷ Es el tercer acuerdo al que llegan César y Antonio (cf. XLVI 55, 2-4, y XLVIII 1, 3).

¹⁰⁸ La zona sur de la costa este del Adriático. Al norte limitaba con Liburnia y Panonia y al sur, con el Epiro y Macedonia (según las épocas se interponía entre Dalmacia y Macedonia la región de Mesia (Moesia).

¹⁰⁹ África (Túnez) y Numidia, llamada también África Nova (cf. XLVI 55, 4 y nota).

char contra César¹¹⁰. Y este cambio de Antonio fue el principal 2
 motivo por el que César aceptó dar una amnistía general y acoger a todos los que en la guerra contra Lucio, el hermano de Antonio, se habían pasado al bando de Antonio¹¹¹, aunque entre ellos había algunos de los asesinos¹¹², entre otros Domicio¹¹³, y a todos los proscritos cuyos nombres aparecían en las tablillas, y también a los que de algún modo habían luchado a favor de Bruto y de Casio y después habían hecho causa común con Antonio. Tan sorprendente es todo lo que ocurre en las luchas entre facciones y en las guerras, porque los que dirigen la contienda no creen nada en la justicia, sino que ellos deciden quién es amigo o enemigo según la necesidad y sus intereses; y por eso a las mismas personas, según el momento, unas veces las consideran enemigas y otras amigas.

Conseguidos estos acuerdos, unos y otros se invitaron para 30
 celebrarlo en los campamentos levantados en torno a Brindis: César al estilo militar y romano y Antonio al estilo asiático y egipcio. Puesto que ambos bandos se habían reconciliado, al 2
 menos en apariencia, los soldados que combatían junto a César, rodeando a Antonio, le pedían el dinero que ambos les habían prometido antes de la batalla de Filipos, pues con este fin Antonio había sido enviado a Asia: para recaudar la mayor cantidad posible¹¹⁴. Y le habrían causado algún daño a Antonio, que no 3
 les daba nada, si de alguna manera César no los hubiera contenido dándoles nuevas esperanzas. Después de este incidente enviaron a los soldados de mayor edad a las colonias, para evitar más insubordinaciones, y emprendieron la guerra. Pues Sex- 4

¹¹⁰ Cf. *supra* § 27, 4.

¹¹¹ Como, por ejemplo, Tiberio Claudio Nerón (cf. *supra* § 15, 2-3).

¹¹² Los asesinos de Julio César.

¹¹³ Domicio Enobarbo.

¹¹⁴ Cf. *supra* § 2, 2.

to vino a Italia, según los acuerdos pactados con Antonio, para combatir juntos contra César; pero, cuando supo el arreglo de ellos dos, regresó a Sicilia a la vez que ordenó a Menas¹¹⁵, un liberto suyo en el que tenía plena confianza, que navegara por la costa con parte de la flota y causara destrozos en las posesiones de los enemigos. Este saqueó muchas ciudades de Etruria¹¹⁶. Y a Marco Ticio¹¹⁷, que era hijo de Ticio, uno de los pros-
 critos y de los que entonces estaban en el bando de Sexto, lo capturó cuando este, Ticio hijo, estaba anclado en la provincia de Narbonense¹¹⁸ preparando una escuadra para imponer su propio dominio en el mar. Pero Ticio no sufrió ningún daño (pues, gracias a su padre y a que sus soldados llevaban en los escudos el nombre de «Sexto», se salvó). Sin embargo, no correspondió a su benefactor con la misma nobleza, sino que luchó contra él y lo mató¹¹⁹, hasta el punto que esta acción es recordada entre las peores de esta clase. Menas, después de cumplir así aquellas órdenes, navegó hacia Cerdeña y entró en guerra con Marco Lurio, gobernador de la isla. En los primeros encuentros, Menas se dio a la fuga; pero en una ocasión posterior, cuando Lurio lo perseguía insensatamente, le hizo frente y obtuvo por contra una victoria inesperada. Después, puesto que

¹¹⁵ Menas (Menodoro según Apiano) era un pirata de Asia Menor a quien Pompeyo concedió la manumisión. Sirvió a Pompeyo y luego a su hijo Sexto.

¹¹⁶ Sobre Etruria véase nota a § 14, 1.

¹¹⁷ L. Ticio, el padre, si apareció en la lista de proscritos fue porque debía ser del bando republicano, y después se pasó al bando de Sexto. Su hijo, L. Ticio, también sería del bando republicano, pero se habría pasado al bando de Antonio y, si estaba en la Galia, es porque huía de César tras la toma de Perugia; pero después se pasó al bando de César y llegó a ser cónsul *suffectus* en el 31 a. C.

¹¹⁸ La provincia de *Narbonensis* se corresponde con la actual Provenza (véase nota a XLVI 55, 5).

¹¹⁹ Se refiere a Sexto Pompeyo (cf. XLIX 18, 4-5).

Lurio abandonó la isla, ocupó todas las ciudades mediante acuerdos, excepto Cagliari¹²⁰, a la que puso cerco, pues muchos soldados de Lurio se habían refugiado en ella después de la batalla. Menas dejó a algunos de los prisioneros en libertad sin rescate, entre otros a Héleno¹²¹, un liberto por el que César sentía especial afecto: un gesto de buena voluntad hacia César, que Menas hacía mirando al futuro y buscando un refugio para sí, por si algún día necesitaba algo de él.

Así actuaba Menas. Mientras, los habitantes de Roma, puesto que Cerdeña estaba ocupada y la costa italiana sufría continuos saqueos, estaban privados del suministro de alimentos y, además, el hambre, el gran número de tasas, los impuestos de todo tipo y el gravamen que pesaba sobre los que tenían esclavos los hacían sufrir terriblemente. Ya no se quedaban tranquilos, 2 sino que, igual que se alegraron con los acuerdos entre César y Antonio, puesto que la concordia entre aquellos significaba la paz para ellos, tanto o más se indignaron ahora con la guerra que ambos emprendían contra Sexto. En aquellos días los hicieron 3 entrar en Roma a caballo, como en los desfiles triunfales, los engalanaron con el vestido de la victoria, igual que a los que participan en un triunfo¹²², y les hicieron contemplar el desfile multitudinario desde los asientos de autoridades¹²³, y compro-

¹²⁰ Cagliari es la antigua Caralis, fundada por los fenicios en el sur de la isla, hoy capital de Cerdeña.

¹²¹ Un liberto que César empleó como general y, por lo tanto, tenían entre ellos la misma relación que Menas y Sexto.

¹²² Dion señala que celebraron un triunfo sin que hubiera motivo alguno, puesto que no habían vencido sobre nadie.

¹²³ Se trata de la silla curul (una silla plegable de tijera, construida en marfil y oro), que solo podía ser utilizada por el dictador, los cónsules, los pretores, el maestro de la caballería, los censores, los ediles curules y el flamen *Dialis*. Ni César ni Antonio tenían, pues, derecho a utilizarla, puesto que no ocupaban entonces ninguna de estas magistraturas.

metieron en matrimonio a Octavia¹²⁴, la hermana de César, con Antonio, puesto que su marido había muerto¹²⁵, aunque ella estaba embarazada. Pero después cambiaron tanto de actitud que al principio, cuando participaban en reuniones o asistían a algún espectáculo de masas, exhortaban a ambos a hacer la paz, pidiéndoselo a gritos una y otra vez; pero como César y Antonio no les hacían caso, entonces renegaron de ellos y se inclinaron por Sexto. Y, entre otras muestras públicas que hicieron a favor de Sexto, fue que en las carreras de carros honraban con grandes aplausos a una estatua de Neptuno¹²⁶ que era llevada en procesión, y sentían un gran placer con ello. Pero como algunos días la estatua no fue llevada al circo, echaron a pedradas del foro a los magistrados, derribaron las estatuas de César y Antonio y, finalmente, puesto que no conseguían nada, se lanzaron impetuosamente sobre ambos con la intención de matarlos. César, aunque sus guardaespaldas habían sido heridos, se rasgó las vestiduras y se volvió para suplicarles calma; pero Antonio los trató de forma más violenta. La gente estaba muy enfadada con ellos por estos hechos y parecía decidida a hacer algo terrible en respuesta, por lo que Antonio y César, en contra de su voluntad, se vieron forzados a abrir negociaciones de paz con Sexto.

¹²⁴ Octavia la Menor u Octavia Turina era la única hermana de Octavio, mayor que él. Eran hijos de G. Octavio Turino y de Atis, la hermana de Julio César. También tenían una medio hermana, Octavia la Mayor, fruto de un matrimonio anterior de su padre. Julio César, tras la muerte de su hija Julia, casada con Pompeyo, le ofreció a Pompeyo como esposa a su sobrina, Octavia la Menor, pero Pompeyo declinó esta proposición.

¹²⁵ Gayo Claudio Marcelo, cónsul en el 50 a. C. A pesar de su relación familiar con Julio César, mantuvo siempre una actitud en defensa de la república y contraria a Julio César. Con Octavia tuvo un niño, con el mismo nombre que su padre (*cf. infra* § 38, 3), y dos niñas, una de ellas la que Octavia llevaba en el vientre cuando él murió.

¹²⁶ Sexto se proclamaba hijo de Neptuno (*cf. supra* § 19, 2).

En ese tiempo, César y Antonio cesaron a los pretores y a los cónsules, aunque el año en curso estaba ya terminando, y en su lugar pusieron a otros, sin importarles si iban a gobernar muy pocos días. Y uno de los que entonces se convirtió en cónsul fue Lucio Cornelio Balbo¹²⁷, de Gades, que sobresalió tanto por encima de sus contemporáneos en riqueza y magnanimidad, que al morir dejó a cada romano cien sestercios¹²⁸. Eso hicieron; y, como el último día del año murió un edil, eligieron en su lugar a otro para las horas restantes. Y en ese tiempo fue traída a Roma la llamada Agua Julia¹²⁹ y los cónsules celebraron la fiesta prometida por la guerra contra los asesinos de Julio César; pero fueron los pontífices quienes llevaron a cabo los ritos que les correspondían hacer a los llamados septenviros¹³⁰, puesto que no estaba presente ninguno de ellos. Y esto volvió a ocurrir en otras muchas ocasiones.

Así sucedieron estas cosas aquel año. Y César enterró con un funeral de Estado a Esfero, que era su pedagogo y liberto, mientras a Rufo Salvidieno lo hizo matar como presunto conspirador. Este procedía de una familia muy humilde; pero un

¹²⁷ Natural de Gades (Cádiz), Balbo procedía de una rica familia púnica. Dotado de un gran olfato político y para los negocios, luchó primero al lado de Pompeyo contra Sertorio; después se puso al lado de César contra Pompeyo y, finalmente, apoyó a Octavio frente a Antonio. Fue uno de los ciudadanos más ricos de su época y consiguió una gran influencia en Roma. CICERÓN escribió para él el discurso *En defensa de Balbo*, en el que defendía la legalidad de la ciudadanía romana conseguida por Balbo.

¹²⁸ Aproximadamente cien gramos de plata. Dion habla de veinticinco dracmas griegas (sobre el valor de las monedas véase nota a XLVI 31, 3).

¹²⁹ Este fue el cuarto acueducto de los once con los que llegó a contar Roma.

¹³⁰ Los cuatro colegios mayores de sacerdotes en Roma eran el de los pontífices (entre los que estaban incluidos los flámines y las vestales), el de los augures, el de los quinceviro y el de los septenviros. Los septenviros o epulones eran siete sacerdotes encargados de organizar los banquetes sagrados.

día, cuando apacentaba el rebaño, de su cabeza salió una llama: fue tan encumbrado por César que fue designado cónsul¹³¹ cuando ni siquiera era senador, y a su hermano, que murió antes cuando cruzaba el Tíber, lo sacó de la ciudad para ser enterrado a través de un puente que hizo construir con este único fin. Pero nada de lo humano es seguro. Fue denunciado en la curia por el propio César y degollado como enemigo de él y de todo el pueblo; se celebraron fiestas de acción de gracias por su muerte y, más aún, la guardia de la ciudad recayó en los triunviros con el acostumbrado epíteto de «Para que en ella nada malo ocurra¹³²». El año anterior a este unos hombres del orden ecuestre que celebraban los juegos Apolinales abatieron en el circo fieras salvajes¹³³. Y se introdujo un día intercalar en una fecha desacostumbrada, para que el primer día del año entrante no coincidiera con el día del mercado que se celebraba cada nueve días, lo que se cumplía escrupulosamente desde muy antiguo: todos saben que de nuevo fue suprimido ese día para que el calendario estuviera de acuerdo con el sistema del primer César¹³⁴. Los reinos de Átalo y Deyótaro, que habían muerto en Galacia¹³⁵, fueron entregados a cierto Cástor¹³⁶. También entonces fue promulgada por Publio Falcidio la ley que aún

¹³¹ Para el año 39 a. C., pero no llegó a ejercer.

¹³² Cf. XL 49, 5. Es la traducción del latín «*ne quod res publica detrimentum caperet*» (cf. TÁCITO, *Anales* IV 19; etc.).

¹³³ En tiempos de Pompeyo ya se celebraron *venationes* en el circo (cf. XXXIX 38, 1-2).

¹³⁴ La reforma del calendario la introdujo Julio César en el 46 a. C., y así se pasó de un calendario lunar (muy arbitrario en manos de los pontífices) a un calendario solar, tomado de Egipto (cf. XLIII 26).

¹³⁵ Región de Asia Menor ubicada en lo que hoy es el centro de Turquía. Recibió el nombre de los galos que la invadieron en el siglo III a. C., los llamados gálatas.

¹³⁶ Nieto de Deyótaro.

hoy está en pleno vigor en asuntos de herencias y sucesiones, la ley Falcidia, que asegura que uno reciba como mínimo la cuarta parte del valor de la hacienda heredada, porque, en el caso de que alguien se encuentre agobiado, puede tomar esa cuarta parte y renunciar al resto¹³⁷.

Esos hechos sucedieron en esos dos años; pero en el siguiente¹³⁸, en el que Lucio Marcio y Gayo Sabino eran cónsules, las medidas tomadas por los triunviros desde que formaron la oligarquía adquirieron rango legal al ser ratificadas por el Senado. Y añadieron algunos impuestos, porque los costos eran mucho mayores que los establecidos en tiempos del primer César. Pues, aunque por su propia cuenta gastaban muchísimo, especialmente en tropas, se avergonzaban solo si gastaban más de lo pactado. César, que hasta entonces tenía bozo juvenil, cuando se afeitó por primera vez lo celebró por todo lo alto¹³⁹ ofreciendo una fiesta para todo el pueblo con dinero público. Y a partir de entonces se afeitaba la barbilla, como los demás, pues ya andaba enamorado de Livia, y por eso se divorció el mismo día que EscrIBONIA le daba a luz una niña. Como los gastos eran mucho mayores que antes y los ingresos en general no eran suficientes, pues entonces iban a menos a causa de las guerras civiles, introdujeron nuevos impuestos e inscribieron como miembros del Senado a todos cuantos pudieron, no solo de entre los aliados a soldados e hijos de libertos, sino también a esclavos. Pues al menos a cierto Máximo que iba a convertirse en cuestor lo reco-

¹³⁷ En realidad, la ley Falcidia garantizaba al heredero recibir una cuarta parte de la herencia (la que conocemos como «legítima»), ya que las otras tres podían ser dispuestas libremente por el testador.

¹³⁸ El 39 a. C.

¹³⁹ Se trata de la ceremonia conocida como «*depositio barbae*», en la que los muchachos se afeitaban por primera vez, lo que representaba su entrada en el mundo de los adultos. Con este motivo se componían a veces epigramas de felicitación (cf. p. ej. MARCIAL, *Epigramas* III 6).

noció su amo y se lo llevó a casa. Para este Máximo que se atrevió a pretender el cargo no hubo castigo; sin embargo, a otro esclavo que fue descubierto entre los pretores lo despeñaron por las rocas del Capitolio, pero previamente le dieron la libertad, para que el castigo fuera acorde con su dignidad de pretor¹⁴⁰.

35 La expedición que Antonio estaba preparando contra los partos les dio el pretexto para nombrar a esa multitud de futuros senadores. A partir de entonces propusieron con más años de antelación el nombramiento de todos los cargos, y a los cónsules los propusieron con una antelación de ocho años completos, y de ese modo gratificaban a los que se habían puesto de su lado
 2 y se atraían a otros. Y ya no eligieron cada año a dos cónsules, como era la costumbre, sino que entonces por primera vez eligieron directamente más cónsules en los comicios. Pues antes ningún cónsul ejerció el cargo después de otro el mismo año, a menos que este hubiera fallecido o caído en la ignominia o hubiera cesado por cualquier otra causa. Los cónsules de antes alcanzaron el consulado según el parecer de los magistrados que habían sido elegidos para el año completo; pero ahora ningún cónsul fue elegido para un año completo, sino que unos
 3 fueron designados para una parte del año y otros para otra. Y los cónsules que ejercían el cargo al principio del año daban su nombre a todo el año, como sucede ahora. Sin embargo, los habitantes de Roma y los del resto de Italia llamaban cada parte del año según quién estaba desempeñando el consulado, tal como se sigue haciendo ahora; pero los habitantes de fuera de Italia solo conocían los nombres de algunos de ellos o de ninguno, y por eso los llamaban «cónsules menores».

36 Esto es lo que hacían César y Antonio en casa. Y con Sexto

¹⁴⁰ Por la roca Tarpeya solo pedían ser despeñados los ciudadanos libres. Los esclavos eran crucificados o recibían otro tipo de castigo igualmente denigrante y doloroso.

al principio mantuvieron contactos por medio de amigos, para ver cómo y sobre qué condiciones podían llegar a reconciliarse. Y después incluso fueron a Miseno¹⁴¹ para negociar la paz directamente. Se quedaron los unos en el continente y el otro, no lejos de ellos sobre cierta plataforma que el mar bañaba por todas partes, construida para su seguridad. Y estaba presente la flota de Sexto y toda la multitud de soldados de César y Antonio, pero no colocados de cualquier manera, sino formados y con todas las armas, los unos en tierra y los otros en los barcos, de forma que por este mismo hecho estaba claro para todos que negociaban por miedo al ejército contrario y por necesidad: César y Antonio pactaban presionados por el pueblo y Sexto por los que lo apoyaban. Los acuerdos se hicieron en los siguientes términos: que los esclavos que habían desertado quedaran libres y que los ciudadanos que habían huido pudieran regresar, excepto los asesinos de César. A ellos, claro está, los exceptuaron, pues, de hecho, algunos se disponían ya a regresar, puesto que el propio Sexto era considerado uno de ellos¹⁴². Se decretó una amnistía para todos, excepto para los asesinos de César, y que un cuarto de los bienes que les fueron confiscados se les devolviera. Incluso a algunos de ellos se les permitió de inmediato ser tribunos, pretores y sacerdotes; y Sexto sería elegido cónsul y nombrado augur¹⁴³, le dieron setenta millones de sestericios por la hacienda de su padre y lo nombraron gobernador de Sicilia, Cerdeña y Acaya¹⁴⁴ por cinco años. A cambio, Sexto

¹⁴¹ Cabo situado en el extremo oeste del golfo de Nápoles, frente a la actual Pozzuoli.

¹⁴² Sexto había salido en la lista de proscritos como uno de los asesinos de César (cf. *supra* § 17, 3): si Sexto podía volver, los demás pensaban que también podrían volver.

¹⁴³ Sacerdote del colegio de los augures (véase nota a § 32, 4).

¹⁴⁴ Acaya era el nombre que recibía la provincia romana de Grecia (no era solamente la antigua región griega del norte del Peloponeso).

- no debía admitir a más esclavos fugitivos ni adquirir más naves
6 ni mantener guarniciones en Italia, sino que debía imponer la
paz en los mares de Italia y enviar a los habitantes de Roma una
cantidad determinada de trigo. Le fijaron este tiempo de cinco
años, porque también ellos querían mostrar que tenían autori-
dad por un tiempo limitado y no para siempre.
- 37 Tras llegar a estos acuerdos los pusieron por escrito, y los
documentos fueron enviados para que los custodiaran las vírge-
nes Vestales. Después Sexto, César y Antonio se dieron la dies-
tra y se abrazaron. En cuanto se produjeron estos abrazos, se
levantó un amplio e inmenso griterío, desde tierra firme y desde
2 los barcos. Pues se habían congregado muchos soldados y mu-
chos civiles, y de forma espontánea lanzaron los gritos, porque
estaban terriblemente afligidos por la guerra y firmemente de-
seosos de paz, de modo que incluso los montes retumbaron con
el griterío, lo cual les produjo un gran escalofrío y estupor: mu-
chos murieron a causa de esta emoción y otros muchos perecie-
3 ron pisoteados o ahogados. Pues los que estaban en las barcas no
esperaron a llegar a tierra firme, sino que saltaban al agua, y los
que estaban en tierra se lanzaban al mar. En el agua se abrazaban
unos a otros mientras nadaban y, agarrándose al cuello del otro,
se hundían, de modo que daban un espectáculo y unos gritos
4 muy contradictorios. Unos, al comprobar que sus parientes y
amigos seguían vivos, viéndolos allí presentes, experimentaban
una alegría sin límites. Y al contrario, otros, que los creían muer-
tos tiempo atrás, al verlos entonces de forma inesperada, se que-
daban totalmente aturdidos y permanecían sin decir palabra, no
creyendo lo que veían y suplicando a los dioses que esa visión
fuera verdad, y no los reconocían hasta que aquellos los llama-
5 ban por sus nombres y oían su voz. Se alegraban igual que si
hubieran vuelto a la vida, y sentían un gran placer y al mismo
tiempo no podían dejar de llorar. Y otros, que no sabían que sus
seres queridos habían muerto y creían que vivían y que estaban

allí, los andaban buscando de acá para allá, y a todo el que encontraban le preguntaban por ellos. Mientras no sabían nada con certeza, parecían locos y mantenían un comportamiento incoherente, pues tenían la esperanza de encontrarlos y al mismo tiempo temían saber que habían muerto, de modo que ni podían renunciar al deseo de saber de ellos ni podían sufrir ante la esperanza de encontrarlos. Pero, cuando sabían la verdad, se mesaban los cabellos, se rasgaban los vestidos, los invocaban por sus nombres, como si los fallecidos pudieran oír algo, y hacían el duelo como si hubieran muerto en ese momento o estuvieran allí de cuerpo presente. Y, si a algunos nada de esto les ocurría, quedaban igualmente afectados por los sentimientos de los demás; pues se alegraban con el que era feliz y se apenaban con el que sufría. Y así, aunque estaban ajenos a un dolor privado, no podían mantenerse impasibles a causa de sus relaciones con los demás. Por eso, porque sufrían con los demás, no había para ellos ni hartura ni pudor, gastando todo el día y parte de la noche en demostrar sus penas y alegrías.

Después de esto todos se invitaban unos a otros, y principalmente los jefes: primero Sexto en la nave, y después César y Antonio en tierra firme. Pues Sexto los superaba tanto en tropas, que no pasó a tierra firme hasta que aquellos no subieron antes a su nave. Aceptada esta propuesta, Sexto, aunque habría podido asesinarlos a los dos cuando estaban en el barco con unos pocos guardaespaldas, como de hecho le aconsejaba Menas, no quiso. Al contrario, con Antonio, que se había quedado con la casa que su padre tenía en las Carinas¹⁴⁵ (pues hay un lugar en Roma llamado así), bromeaba de la forma más amable,

¹⁴⁵ Las Carinas era un barrio muy elegante de Roma, junto al Esquilino. Y *carina* en latín es también la quilla o carena del barge, de ahí el juego de palabras de Sexto. Sobre el modo que Antonio aprovechó para quedarse con los bienes de Pompeyo Magno véase XLV 28, 3 y XLVI 14, 1.

3 pues dijo que estaban celebrando el banquete en las *carinas* (tal es la denominación de las quillas de los barcos). A pesar de todo no hizo nada que mostrara rencor alguno contra ellos; es más, al día siguiente, cuando fue él el invitado, prometió a su hija con Marco Marcelo¹⁴⁶, el sobrino de César.

39 Esta guerra había quedado aplazada; pero la guerra de Labieno y los partos se desarrolló como sigue. Antonio se dirigió a Grecia desde Italia y allí pasó muchísimo tiempo satisfaciendo sus caprichos y a la vez esquilmando a las ciudades, para
2 que Sexto las recibiera lo más débiles posible. Y en este tiempo se apartó de las costumbres ancestrales romanas en muchos de sus comportamientos, como, por ejemplo, en que se llamaba a sí mismo «el joven Dioniso» y exigía ser llamado así por
3 los demás. Cuando los atenienses, en vistas de esta conducta y de otras semejantes, le entregaron en matrimonio a la diosa Atenea, Antonio dijo que admitía ese matrimonio y les exigió como dote cuatro millones de sestercios¹⁴⁷. Mientras él estaba ocupado en estas cosas, envió a Publio Ventidio a la provincia
de Asia. Este fue a enfrentarse a Labieno antes de que se conociera su llegada, y lo desconcertó con un ataque por sorpresa y con las legiones (pues Labieno estaba sin los partos, únicamente con los soldados de la región), de modo que de inmediato lo expulsó de allí, pues Labieno ni siquiera le presentó combate cuerpo a cuerpo; y, tomando las tropas más ligeras, lo persi-

¹⁴⁶ Marco Claudio Marcelo (su padre, del mismo nombre, fue cónsul en el 51 a. C.) era hijo de Octavia la Menor, la hermana de Octavio. Con este matrimonio Sexto también enlazaba con Antonio, que ahora era padrastro de Marcelo al estar casado con Octavia (*cf. supra* § 31, 3). Pero después, en el año 25 a. C., Marcelo se casó con su prima Julia, hija de Octavio. Este lo tenía destinado a sucederle, pero Marcelo enfermó y murió muy joven, quizá envenenado por Livia.

¹⁴⁷ Dion habla de un millón de dracmas, unos cuatro mil kilos de plata (sobre el valor de las monedas véase nota a XLVI 31, 3).

guió mientras huía a Siria. Lo alcanzó al pie del monte Tauro¹⁴⁸ 4
 y ya no le permitió seguir más adelante, sino que allí, los dos
 acampados, permanecieron muchísimos días sin atacarse: Labieno
 esperaba a los partos y Ventidio, a su infantería pesada.

Ambos ejércitos llegaron justo en los mismos días, y Venti- 40
 dio, por temor a la caballería de los bárbaros, aguardó en los
 sitios altos, donde había acampado. Los partos, que por ser más 2
 numerosos y haber vencido en otra ocasión¹⁴⁹ despreciaban a
 los romanos, antes de juntarse con las tropas de Labieno avan-
 zaron hacia la colina justo al amanecer y, como nadie les salía
 al encuentro, prosiguieron hacia arriba. Cuando ya estaban allí, 3
 los romanos, echándose a la carrera sobre ellos, los hicieron
 huir fácilmente pendiente abajo. Muchos de los partos murie-
 ron en la lucha cuerpo a cuerpo, pero la mayoría cayeron por la
 forma de retirarse: unos ya se habían dado a la fuga y otros aún
 seguían avanzando. Los que sobrevivieron no huyeron hacia
 donde estaba Labieno, sino hacia Cilicia. Ventidio los persiguió 4
 hasta el campamento, pero al ver a Labieno allí se detuvo. La-
 bieno formó el ejército como para iniciar un ataque cuerpo a
 cuerpo, pero dándose cuenta de que los soldados estaban des-
 moralizados a causa de la fuga de los bárbaros, ni siquiera se
 atrevió a plantar cara a Ventidio, y cuando llegó la noche inten-
 tó huir a algún sitio. Pero Ventidio, enterado de esto por unos 5
 desertores, les tendió una emboscada y mató a muchos cuando
 escapaban; a todos los demás, que habían sido abandonados por
 Labieno, los incorporó a su ejército. Labieno, entonces, cambió
 de ropas y huyó, pasando un tiempo oculto en Cilicia, hasta que
 finalmente fue apresado por Demetrio. Este había sido un liber- 6
 to del primer César y entonces estaba en Chipre, donde había

¹⁴⁸ Cadena de montañas al sur de la actual Turquía que, en forma de arco, rodean la Cilicia.

¹⁴⁹ En la célebre batalla de Carras (53 a. C.), donde murió Craso.

sido enviado por Antonio. Puesto que sabía que Labieno se ocultaba, lo buscó y lo apresó.

- 41 Después de estos hechos, Ventidio partió para Cilicia y, mien-
 2 tras sometía esta provincia, envió a Pompedio Silón¹⁵⁰ con la ca-
 3 ballería al Amano. Esta montaña está en la frontera de Cilicia con
 4 Siria, y tiene un paso tan estrecho como para que en cierto mo-
 5 mento se levantara entre sus paredes un muro con unas puertas, y
 de ellas recibe el nombre el lugar¹⁵¹. Sin embargo, Silón no solo
 no pudo adueñarse de la región, sino que incluso estuvo a punto
 de morir a manos de Franapates, que era lugarteniente de Pácoro
 y vigilaba el paso. Pues Silón habría muerto si Ventidio, que por
 azar se encontraba por allí, no lo hubiera socorrido cuando libra-
 ba el combate. Ventidio, cayendo sobre los bárbaros, que estaban
 desprevenidos y eran inferiores en número, mató a Franapates y
 a otros muchos, y así se apoderó sin lucha de Siria, que había sido
 abandonada por los partos, con la excepción de la isla de Árados.
 Después marchó a Palestina y, poniendo en fuga a Antígono¹⁵²,
 que reinaba en la región, la tomó sin dificultad. Mientras llevaba
 a cabo estas acciones, Ventidio recaudó grandes cantidades de
 dinero que iba exigiendo individualmente a muchos, y entre otros
 también a Antígono, a Antíoco¹⁵³ y a Malco¹⁵⁴ el Nabateo, porque

¹⁵⁰ Sobre Quinto Pompedio (o Pupedio) Silón cf. TITO LIVIO, *Pericles* 76.

¹⁵¹ Serían o bien las Puertas del Amano o bien las Puertas Sirias, ambas al este de Cilicia; están muy próximas y comunican Cilicia y Siria (sobre las Puertas Sirias cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 4, 4; ARRIANO, *Anábasis* II 6, 1-2; sobre las Puertas del Amano, cf. ARRIANO, *Anábasis* II 7, 1). Pero no pueden ser las célebres Puertas Cilicias, al norte, en el Tauro, que comunican Cilicia y la meseta de Anatolia.

¹⁵² Antígono II Matatías, hijo de Aristobulo II, era en esos momentos el rey de Judea, impuesto por los partos, y no su padre, Aristobulo, como por error afirmó antes Dion (véase nota a § 26, 2).

¹⁵³ Antíoco I Teos, rey de Comagena, región del norte de Siria (cf. XLIX 20, 3 y nota).

¹⁵⁴ Malco o Málico era rey de los nabateos, en la actual Jordania, cuya capital era Petra.

se habían aliado con Pácoro. Pero Ventidio no recibió ninguna alabanza del Senado por estas proezas, porque no era general en jefe sino lugarteniente de otro; sin embargo, Antonio recibió elogios y se hicieron fiestas de acción de gracias en su honor. Los de 6
Árados, temiendo que se les castigara por haber osado enfrentarse a Antonio, no se unieron a Ventidio, por lo que fueron sitiados durante un tiempo por este, hasta que más tarde la ciudad fue tomada por otros con grandes dificultades¹⁵⁵. Por ese mismo tiempo 7
ocurrió en Iliria la revuelta de los partinos¹⁵⁶, a la que Polión¹⁵⁷ puso fin tras algunos combates.

Y en ese tiempo ocurrió también en Hispania la revuelta de los 42
cerretanos¹⁵⁸. Calvino¹⁵⁹ los sometió, pero previamente tuvo algunos éxitos, y también fracasos a causa de su lugarteniente, que fue emboscado por los bárbaros y abandonado por sus soldados. Pero 2
Calvino no intentó nada contra los enemigos hasta haber castigado a esos soldados. Los convocó con cierto pretexto y los rodeó con el resto del ejército; apartó dos centurias y ejecutó por sorteo a uno de cada diez¹⁶⁰, y aplicó este castigo a muchos centuriones, entre ellos al que combatió con la llamada «primera lanza»¹⁶¹. Al 3

¹⁵⁵ El relato de los acontecimientos en Oriente del año siguiente (38 a. C.) continúa en el libro XLIX, capítulo 19.

¹⁵⁶ Pueblo de origen parto, como ya lo deja entrever su nombre, que se había establecido cerca de Dirraquio, en la actual Albania (cf. XLVII 21, 6).

¹⁵⁷ Gayo Asinio Polión, cónsul en el 40 a. C., había sido con Julio César gobernador de Hispania (cf. XLV 10, 3).

¹⁵⁸ Pueblo ibero al sur de los Pirineos, que ocupó la zona del Segre (lo que hoy es la Cerdeña) y cuya capital era Livia.

¹⁵⁹ Gneo Domicio Calvino, partidario de Julio César y luego de los triunviratos, fue cónsul en los años 53 y 40 a. C.

¹⁶⁰ La *decimatio* era un castigo colectivo terrible, que consistía en «diezmar» a un grupo de soldados: ejecutar por sorteo a uno de cada diez a la vista de todo el ejército.

¹⁶¹ El *primipilus* (de *primus pilus*) es el primero, y el de mayor prestigio, de los sesenta centuriones de una legión, así llamado porque lleva la «primera lanza».

obrar así Calvino, como Marco Craso¹⁶², adquirió renombre por la forma de mantener la disciplina militar, y entonces marchó contra los enemigos y los sometió sin grandes dificultades. Obtuvo un triunfo, aunque Hispania había sido asignada a César¹⁶³ (pues, por deseo de los que ostentaban el mando, los honores también recaían en los lugartenientes) y únicamente de las ciudades hispanas recibió el oro que, según la tradición, debe ser entregado para esta celebración. Una parte de ese oro lo gastó en el triunfo y la mayor parte, en la Regia¹⁶⁴. Pues habiéndose quemado la reconstruyó y la consagró, adornándola espléndidamente con todo tipo de lujos, incluidas estatuas que pidió a César para después devolverlas; pero después no devolvió las que recibió, haciendo bromas sobre eso. Pues, como si no tuviera suficientes sirvientes, le decía: «Envíame sirvientes y llévatelas». Así César, tan angustiado se sentía con el sacrilegio de llevárselas, que las dejó como ofrendas.

Eso sucedió en ese tiempo. Pero cuando Apio Claudio y Gayo Norbano eran cónsules, que fueron los primeros en disponer de dos cuestores cada uno, la plebe se rebeló contra los recaudadores, porque los agobiaban de la forma más gravosa, y agredían a los recaudadores, a los asistentes de estos y a los soldados que los ayudaban a cobrar el dinero. Fueron designados sesenta y siete¹⁶⁵ pretores, uno tras otro, y todos desempeñaron el cargo. Y como cuestor fue elegido uno entre los niños, que al día siguiente ingresó entre los *iuvenes*¹⁶⁶; y otro que fue

¹⁶² También M. Craso aplicó este castigo a los que huyeron en la lucha contra Espartaco (cf. PLUTARCO, *Craso* 10, 4).

¹⁶³ Según el reparto de Antonio y Octavio (cf. *supra* § 1, 3).

¹⁶⁴ Un edificio del foro de Roma, sede del colegio de Pontífices, cuyo origen se remonta a la época monárquica; fue la residencia de los reyes y de ahí su nombre.

¹⁶⁵ Antes, con César, solo había catorce pretores (cf. XLIII 47, 2).

¹⁶⁶ Dion habla de *éphēbos*, que en Atenas eran los jóvenes que habían cumplido los dieciocho años.

inscrito para el Senado quiso combatir como gladiador. Pero le 3
 impidieron hacer tal cosa, porque se promulgó una ley que pro-
 hibía que un senador luchara como gladiador, que un esclavo
 pudiera ser lictor o que hubiera piras de cadáveres a menos de
 un radio de dos millas¹⁶⁷ de la ciudad. Antes de aquel tiempo 4
 ocurrieron muchos prodigios (entre otros, que brotaba a borbo-
 tones aceite a lo largo del Tíber), pero también entonces ocu-
 rrieron otros muchos. La cabaña¹⁶⁸ de Rómulo se quemó a cau-
 sa de cierta ceremonia religiosa que habían celebrado los
 pontífices. Una estatua de la Virtud que estaba delante de una
 puerta cayó de cara. Y algunos, inspirados por la Madre de los
 dioses, decían que la diosa estaba enojada con los romanos. Se 5
 consultaron por este motivo los versos sibilinos¹⁶⁹ y, como estos
 decían también lo mismo, pues prescribían arrojar la estatua al
 mar y purificarla en el agua, la diosa fue llevada lo más lejos
 posible de la tierra y arrojada a las profundidades del mar. Allí
 estuvo hasta que finalmente fue traída mucho tiempo después.
 Durante ese tiempo, un miedo no pequeño embargó de nuevo 6
 a los romanos, y no recuperaron el ánimo hasta que brotaron
 cuatro palmeras alrededor del templo de la diosa y en el foro.

Esto fue lo que sucedió entonces. Y César se casó con Livia. 44
 Era hija de Livio Druso¹⁷⁰, que había sido uno de los proscritos
 incluidos en la listas y puso fin a su vida después de la derrota¹⁷¹

¹⁶⁷ Unos tres kilómetros. Dion habla de quince estadios (véase nota a XLVI 44, 4).

¹⁶⁸ La casa o *culmus Romuli* era una cabaña hecha con cañas de trigo en el Capitolio, que ardió en varias ocasiones. Era considerada la residencia de Rómulo (cf. VIRGILIO, *Eneida* VIII 654).

¹⁶⁹ Véase nota a XLVII 18, 6.

¹⁷⁰ Marco Livio Druso (Claudiano) fue defensor de la república y contrario a César, y luego partidario de Bruto y Casio frente a quien iba a ser su futuro yerno, Octavio.

¹⁷¹ La batalla de Filipos.

en Macedonia, y esposa de Nerón, a quien acompañó en el destierro, como ya he contado¹⁷². Estaba embarazada de él de seis meses. Como César dudaba, consultó a los pontífices si le era lícito casarse con ella estando embarazada. Le respondieron que si la paternidad era dudosa, había que retrasar el matrimonio. Pero, puesto que él estaba conforme con el embarazo, ningún impedimento había para celebrar el matrimonio. Quizá los pontífices encontraron en verdad antecedentes como este entre las respuestas ancestrales; pero, si no la hubieran encontrado, lo habrían dicho exactamente igual. El propio marido la entregó en matrimonio como un padre. Y en el banquete les ocurrió la siguiente anécdota. Uno de esos niños deslenguados que las mujeres criaban desnudos con ellas para su entretenimiento, al ver por un lado a Livia con César y por otro, aparte, a Nerón con otro que estaba recostado en el triclinio, se acercó a ella y le dijo: «¿Qué haces aquí, señora? Pues tu marido —dijo señalando a Nerón— está acostado allá». Así se celebró este matrimonio y, viviendo ya la mujer con César, dio a luz a Claudio Druso Nerón¹⁷³. Y César lo cogió en brazos en señal de que lo aceptaba y lo envió con su padre. En sus memorias escribió esto: «César devuelve el bebé engendrado por Livia, su esposa, a su padre, Nerón». Y este, que murió no mucho después, dejó al propio César encargado de Claudio y de Tiberio. La gente, entre otras muchas cosas que se contaban sobre este matrimonio, decía que «los afortunados tienen hijos a los tres meses», de modo que este dicho se ha convertido en refrán.

45 Mientras esto sucedía en Roma, por el mismo tiempo Bogud¹⁷⁴ el Moro navegó a Hispania, bien por encargo de Antonio

¹⁷² Cf. *supra* § 15, 3-4.

¹⁷³ Claudio Druso Nerón (el Mayor) se casó con Antonia la Menor, hija de Marco Antonio y de Octavia, la hermana de Octavio. Murió en Germania a los veintinueve años y fue padre de Germánico y del emperador Claudio.

¹⁷⁴ Bogud luchó al lado de Julio César contra Pompeyo y fue nombrado rey de Mauritania Tingitana (hoy Marruecos) por Julio César (cf. XLI 42, 7).

bien por decisión propia. Causó muchos males, pero también sufrió otros muchos. Pues en su ausencia sus compatriotas que vivían en la zona de Tánger¹⁷⁵ se sublevaron contra él y Bogud salió de Hispania y no recuperó el reino, pues tanto los que gestionaban los asuntos de César en Hispania como Boco¹⁷⁶, que se había unido a estos, eran más poderosos que aquel. Entonces, Bogud marchó junto a Antonio, y Boco en seguida se apoderó de su reino y después fue confirmado en el trono por César, y a los de Tánger se les concedió la ciudadanía.

Por ese tiempo, o incluso antes, Sexto y César entraron en guerra. Como habían llegado a un acuerdo que no deseaban, hecho no por voluntad propia sino obligados, no mantuvieron el acuerdo, por así decir, en ningún momento, por lo que rompieron la tregua de inmediato y desencadenaron el conflicto. Iban a combatir de cualquier modo, aunque no encontraron ningún pretexto. Los motivos de uno y otro fueron los siguientes. Sexto desconfió de Menas, que seguía en Cerdeña y se comportaba como una especie de pretor, por haber dejado libre a Héleno¹⁷⁷ y porque mantenía contactos con César, y además porque los de su mismo rango, envidiosos de su poder, lo acusaban calumniosamente. Cuando por este motivo Sexto lo mandó llamar, con el pretexto de que debía dar cuentas del trigo y del dinero que había administrado, Menas no obedeció, sino que apresando a los que habían ido a comunicarle esta orden los mató. Tras negociar con César mediante heraldos, le entregó la isla, la flota, el ejército de tierra y su persona. César se alegró al verlo y, alegando que Sexto había acogido a los desertores en contra de

¹⁷⁵ El nombre antiguo era Tingis.

¹⁷⁶ Boco, como Bogud, luchó también al lado de Julio César contra Pompeyo y fue nombrado rey de Mauritania (hoy Argelia) por Julio César (cf. XLI 42, 7).

¹⁷⁷ Cf. *supra* § 30, 8.

lo establecido, había reunido un arsenal de trirremes y mantenía guarniciones en Italia¹⁷⁸, no lo entregó a Sexto cuando este lo reclamó, sino que incluso lo trató con grandes honores, le impuso anillos de oro y lo inscribió en la orden de los caballeros. El significado de los anillos es el siguiente. Pues a nadie de los antiguos romanos se le permitía lucir anillos de oro excepto a los senadores y a los caballeros, ni siquiera a los que habían nacido en una familia libre, y mucho menos a los esclavos, como ya quedó dicho por mí¹⁷⁹. Por esta razón los anillos son entregados a aquellos libertos a quienes el que ostenta el poder desea distinguirlos, pues, aunque puedan llevar oro por otros motivos, se hace en señal de honor, como a hombres que están por encima de su condición de libertos, y de ahí que pueden llegar a ser caballeros.

46 Esto es tal como se ha contado. Y Sexto reprochó a César su comportamiento con Menas y, además, denunció que Aca-ya¹⁸⁰ había sido esquilmada¹⁸¹ y que ni a él ni a los exiliados se les había concedido nada de lo acordado¹⁸². En consecuencia, Sexto envió a Italia a Menócrates, que era también un liberto suyo, y valiéndose de este saqueó varias ciudades de la Campania, entre ellas Voltumo¹⁸³. Cuando César supo esto, retiró del templo de las Vestales los escritos del acuerdo y convocó a Antonio y a Lépido. Lépido no obedeció de inmediato, pero Antonio vino a Brindis, pues casualmente aún estaba en Grecia. Pero antes de encontrarse con César, que estaba en la cos-

¹⁷⁸ Cf. *supra* § 36, 5.

¹⁷⁹ Ese pasaje se ha perdido (pero cf. ZONARAS, IX 1, 15-16). Sobre el significado del anillo de oro, que era el distintivo para indicar que se pertenecía a la clase de los caballeros, cf. SÜETONIO, *César* 33.

¹⁸⁰ Grecia (cf. XLVIII 36, 5 y nota).

¹⁸¹ Por Antonio (cf. *supra* § 39, 1).

¹⁸² Cf. *supra* § 36, 4-5.

¹⁸³ Ciudad costera a unos cuarenta kilómetros al norte de Nápoles.

ta tirrena, asustado porque un lobo había entrado en su tienda de general y había matado a algunos soldados, navegó de nuevo a Grecia poniendo como pretexto que la situación de la guerra contra los partos se había vuelto apremiante. Ante esto César, aunque estaba firmemente convencido de que Antonio lo había abandonado para que cargara él solo con el peso de la guerra, ni siquiera daba muestras de enfado. Por otro lado, Sexto propalaba que Antonio no aprobaba la conducta de César y, poniendo más empeño en sus objetivos, navegaba finalmente a Italia; allí hacía desembarcos y causaba muchos daños, pero también los sufría. Y entonces se produjo la batalla naval ante Cumas¹⁸⁴ entre Menécrates y Calvisio Sabino¹⁸⁵. En ella se perdieron más naves de César, porque tuvo que hacer frente a hombres experimentados en el mar. Y Menécrates, llevado por el ardor de la lucha, se lanzó sobre Menas; pero murió en el ataque y deparó a Sexto una desgracia que contrarrestaba su victoria. Por eso Sexto no sacó ningún provecho de la victoria mientras César se consolaba de la derrota.

Se daba la circunstancia de que César estaba por el mismo tiempo en Regio, y los seguidores de Sexto, temiendo que cruzara a Sicilia, y desmoralizados por la muerte de Menécrates, salieron de Cumas. Sabino, en su persecución, llegó sin dificultad hasta el cabo de Escila¹⁸⁶, el punto más extremo de Italia. Pero cuando lo estaba bordeando se levantó un gran viento que estrelló muchas naves contra el acantilado, otras las hundió en alta mar y a las demás las dispersó. Sexto, cuando supo esto,

¹⁸⁴ Ciudad costera a unos veinte kilómetros al noroeste de Nápoles, fuera de la bahía de Nápoles, donde estaba el célebre oráculo de la Sibila.

¹⁸⁵ Era un *homo novus* y llegó a ser cónsul el año anterior, el 39 a. C. Fue uno de los dos únicos senadores que intentaron defender a Julio César cuando murió asesinado.

¹⁸⁶ El promontorio de Escila, en Italia, frente a la mítica Caribdis en Sicilia, daba paso por el norte al estrecho de Mesina.

envió su escuadra contra estas y puso al mando a Apolófanes¹⁸⁷. Este, cuando se topó con César, que costeaba por aquellos lugares para pasar a Sicilia junto con Sabino, se abalanzó contra él. Al instante César ancló las naves unas junto a otras e hizo formar a los soldados en la cubierta de las naves, y rechazaron con
 4 gran valor el primer ataque de Apolófanes. Pues las naves, colocadas con la proa hacia delante, no permitieron hacer ningún ataque eficaz contra él; es más, al ser las naves de César más fuertes y más altas, dañaban a las que se acercaban, y los soldados, como luchaban contra aquellos desde una posición más
 5 elevada, se mostraron muy superiores. Pero después, Apolófanes comenzó a trasladar a los heridos y a los que se iban quedando exhaustos, remando hacia atrás, a otras naves colocadas detrás, y los sustituía por otros que estaban frescos; y, como además hacía continuas arremetidas y lanzaba proyectiles incendiarios, César huyó y, encontrando un refugio en tierra, atra-
 6 có. Pero, puesto que los enemigos, aun así, los seguían hostigando, algunos hombres de César soltaron de repente las anclas y de forma inesperada atacaron a Apolófanes. Esta maniobra impidió que Apolófanes incendiara unas naves y se llevara a remolque las demás, y también porque sobrevino la noche.

48 Tal fue lo que sucedió ese día. Y al día siguiente un viento desmedido se abatió sobre César y Sabino, que habían anclado en el mismo lugar, e hizo parecer pequeño el daño sufrido el día
 2 anterior, aunque la escuadra de Sabino resultó menos dañada. Pues Menas, que llevaba muchos años bregando en el mar, previó la tormenta y zarpó dirigiendo las naves directamente a alta mar y remando cara al viento, hasta anclarlas distantes entre sí y con los cables del ancla muy flojos, para que no se rompieran con la tensión; y así Menas, sin ni siquiera tensar los cables, permanecía siempre en el mismo lugar: todo cuanto reculaba

¹⁸⁷ Otro liberto de Sexto.

empujado por el viento, lo contrarrestaba con los remos. Los 3
 otros, que habían sufrido terriblemente el día anterior y aún no
 sabían con certeza nada de las cosas del mar, fueron arrojados
 contra la tierra más próxima y perdieron muchas naves. La no-
 che, lo mismo que la vez anterior les había sido de gran ayuda,
 esta vez les causó los mayores daños; pues el viento, soplando
 con fuerza durante la noche, desprendía las naves de las anclas
 y las estrellaba contra las rocas. Así fue como las naves se per- 4
 dieron y los remeros y los soldados perecieron, porque no po-
 dían ni ver nada de lo que tenían delante a causa de la oscuridad
 ni entender nada a causa del estrépito y del eco que provenía de
 las montañas y, sobre todo, por el viento ensordecedor. Ante 5
 esta situación, César renunció a Sicilia y se dio por satisfecho
 con defender la línea costera de Italia, mientras Sexto se van-
 glorió aún más, creyéndose realmente hijo de Neptuno¹⁸⁸; se
 puso un vestido azul marino y en el Estrecho metió vivos unos
 caballos¹⁸⁹ y, según cuentan algunos, también a hombres. En 6
 tanto él saqueaba Italia, envió a Apolófanes a Libia¹⁹⁰. Pero Me-
 nas persiguió a Apolófanes hasta alcanzarlo y le causó graves
 daños. Y, como los habitantes de las islas¹⁹¹ próximas a Sicilia
 se pasaron al bando de Sexto, César se adelantó y se lo impidió
 a los habitantes de Lípari¹⁹², pues los hizo salir de la isla y lle-
 vándolos a Campania los obligó a permanecer en Nápoles
 mientras duró la guerra.

Durante este tiempo, César se hacía construir barcos a lo lar- 49
 go y ancho, por así decir, de toda Italia, y como remeros iba re-

¹⁸⁸ Cf. *supra* § 19, 2.

¹⁸⁹ Aunque Neptuno era dios del mar, el animal con el que estaba asociado era el caballo (cf. *supra* § 31, 5).

¹⁹⁰ Es decir, la costa africana (cf. nota a XLVI 55, 4).

¹⁹¹ Las islas Eolias, un grupo de islas volcánicas situadas a unos veinte kilómetros de la costa noreste de Sicilia.

¹⁹² La mayor de las islas Eolias (véase nota anterior).

servando a los esclavos que primero los amigos le entregaban, se supone, voluntariamente y después los demás —senadores, caballeros y plebeyos ricos—; también reclutaba soldados para la flota y acumulaba dinero de los ciudadanos, de los aliados y de los particulares, tanto de Italia como de fuera de Italia. Y ese año y el siguiente lo empleó en construir naves y en reunir y entrenar a los remeros; y él personalmente supervisaba y organizaba estos y los demás asuntos de Italia y de la Galia, donde hubo algún incidente. Pero dejó los preparativos de la flota en manos de Agripa. Lo hizo llamar cuando combatía contra los galos que se le habían sublevado, en el preciso momento en que cruzaba el Rin para combatirlos, y era el segundo¹⁹³ romano en hacer tal cosa. Lo honró con la concesión de un triunfo y le ordenó aplicarse a esa tarea y poner en funcionamiento la flota. Pero Agripa, que era cónsul con Lucio Galo, no celebró el triunfo, considerando que sería una afrenta enorgullecerse públicamente cuando César había salido malparado contra Sexto, y se aplicó con gran ánimo en dejar terminada la flota: había barcos a lo largo de toda la costa italiana. Y, puesto que ningún punto de la costa lo encontraba seguro para atracarlos, pues entonces la mayor parte de esa península estaba aún sin puertos, concibió y construyó una obra formidable¹⁹⁴ de la que yo, mediante una descripción detallada, voy a hacer su representación con palabras, y también de todo lo que hoy día queda aún relacionado con ella¹⁹⁵.

50 En Cumas, en Campania, hay una región en forma de media luna entre Miseno y Puteoli¹⁹⁶, rodeada por montes pequeños y

¹⁹³ El primero había sido Julio César (cf. *Guerras de las Galias* IV 17-18).

¹⁹⁴ El Puerto Julio.

¹⁹⁵ El puerto fue abandonado después de esta guerra. Dion lo visitó unos doscientos treinta años después (cf. *infra* § 50, 4).

¹⁹⁶ Una bahía en el extremo noroccidental del golfo de Nápoles, entre el cabo Miseno y Puteoli (hoy Pozzuoli), que actualmente tiene una anchura de unos tres kilómetros.

pelados, excepto en algunos puntos, y encierra un goffo dividido en tres lagunas. Una de ellas, la exterior, se extiende ante las 2 ciudades¹⁹⁷; la del centro está separada de la exterior por una estrecha franja de tierra, y la que se ve en el fondo es de tipo pantanoso. Esta última se llama Averno; la de en medio, lago Lucrino, y la de fuera, que es parte del mar Tirreno, pertenece a este y de él recibe el nombre. En ese mar interior que estaba 3 entre las otras dos partes, Agripa, abriendo entonces dos canales estrechos en la franja de tierra que separaba el lago Lucrino del mar abierto, cada uno cerca de tierra firme, creó dos puertos excelentes para anclar los barcos. Mientras se realizaban las 4 obras, una estatua que se erigía sobre el lago Averno, quizá de Calipso, a quien está consagrado este lugar, pues hasta allí dicen que navegó Ulises, o quizá de otra divinidad femenina, se cubrió de sudor como si fuera un cuerpo humano. Si esto entonces tuvo algún significado, no puedo decirlo. Pero todo cuanto vi digno de mención en aquel lugar, voy a describirlo.

Esos montes¹⁹⁸ que se encuentran junto a los mares interiores 51 tienen fuentes de donde mana en grandes cantidades fuego mezclado con agua. Pero no es posible encontrar ni fuego solo ni agua sola en ningún sitio, pues no se ve ni el propio fuego ni el agua líquida, sino que por efecto de la unión de ambos el agua se vaporiza y el fuego se humidifica. Y esa mezcla avanza 2 pendiente abajo por las laderas hasta los depósitos marinos, y el vapor de esa mezcla es conducido a través de tubos hasta las habitaciones altas de los edificios, donde se toman baños de vapor. Cuanto más se eleve sobre la tierra y el agua, más seco

¹⁹⁷ La ciudad de Pozzuoli en un lado y la de Bayas al otro (*cf. infra* § 51, 5).

¹⁹⁸ En realidad son volcanes: ni los griegos ni los latinos poseían un término para designar un volcán; siempre se habla del monte Etna, del monte Vesubio, etc. En toda esta zona hay numerosos volcanes: a solo treinta kilómetros está el Vesubio; y entre la bahía exterior y el lago Averno hay actualmente un pequeño volcán, el Monte Nuevo, con un lago interior.

es. Estas costosas instalaciones se emplean para proporcionar baños tanto de agua como de vapor, y son excelentes para la vida diaria y como terapia¹⁹⁹. Todo esto es regalo de aquel monte, que además da a la tierra las siguientes propiedades. El fuego no puede arder (pues toda llama que surge de él es apagada por el contenido de agua de la mezcla) pero, aun así, puede desintegrar y fundir cualquier cosa que lo toque: sucede que la grasa de la tierra es derretida por ese fuego; pero lo rocoso —los huesos, por así decir— permanece. Los componentes de esa tierra son necesariamente porosos: al entrar en contacto con el calor seco se convierten en ceniza, pero en seguida, en contacto con el agua, forman un amasijo de agua y polvo que se va endureciendo y cuanto más humedad contengan, más se solidificarán y petrificarán. La causa de este fenómeno es que, aunque los componentes más frágiles se tensan y rompen a causa del fuego que es connatural en esa masa, al mismo tiempo se condensan a causa de la humedad de la mezcla y, por esto, al quedar totalmente cohesionada por dentro, se vuelve insoluble. Tal es la ciudad de Bayas²⁰⁰. Y en Bayas fue donde entonces Agripa, tan pronto como terminó los canales de entrada a las lagunas, fue reuniendo las naves, que protegía con un armazón de planchas, y a los remeros, a los que entrenaba haciéndolos remar en los bancos.

52 Los habitantes de Roma estaban conmocionados con las señales divinas. Pues les llegaron noticias de muchos y diversos prodigios. Entre otros, que muchos delfines se habían peleado y se habían matado cerca de la ciudad de Aspis²⁰¹ en la

¹⁹⁹ Se desprende de aquí que junto a los sitios donde la lava caía en el mar produciendo grandes cantidades de vapor se construían baños y los vapores se conducían hasta las habitaciones de los pisos altos.

²⁰⁰ Era una ciudad de recreo famosa por sus baños.

²⁰¹ Aspis (en latín *Clupea*, y hoy Kélibia o Qalibiyah) está situada en el norte de la costa oriental de Túnez.

provincia de África. Y allí también, cerca de la ciudad, llovió 2
 sangre del cielo y las aves la esparcieron por todas partes. Y en
 los Juegos Romanos²⁰² ningún senador celebró el banquete en
 el Capitolio, como era la costumbre; y también a esto lo deno-
 minaron con la palabra «prodigio». Lo que le ocurrió a Livia 3
 fue motivo de placer para ella, pero a los demás les causó mie-
 do: un águila dejó caer en el regazo de Livia un ave blanca que
 llevaba una ramita de laurel que ya había fructificado. Como el
 prodigio no parecía insignificante, Livia se ocupaba del ave
 con toda clase de cuidados y plantó el laurel. La rama, echando 4
 raíces, creció tanto que Livia proporcionaba laurel más que
 suficiente a quienes celebraron triunfos después de este hecho,
 e iba a concebir en su seno la fuerza de César y a dominarlo en
 todos los ámbitos.

Sin embargo, a los demás romanos estos prodigios y los 53
 continuos cambios de magistrados les causaban gran inquietud.
 Y esto no solo porque los cónsules y los pretores se sucedían
 continuamente unos a otros, sino también los cuestores²⁰³; esto
 duró un tiempo. La causa era que todos se afanaban por los 2
 cargos no para mandar en la patria el mayor tiempo posible,
 sino para quedar incluidos entre los magistrados y, con ello,
 recibir los honores y los atributos externos. Sin embargo, algu-
 nos ni siquiera eran elegidos para un periodo determinado, sino
 que tomaban posesión del cargo y lo dejaban cuando les parecía
 a los que ostentaban el poder. Muchos hicieron ambas cosas el 3
 mismo día; pero también hubo otros que tuvieron que renunciar
 al cargo por razón de su pobreza, y no voy a mencionar ahora a
 los que habían estado antes con Sexto²⁰⁴, que fueron desposeí-

²⁰² Según la tradición se remontaban a Rómulo, y se celebraban en honor de Júpiter en el mes de septiembre.

²⁰³ Cf. *supra* § 32, 1-3 y 43, 2-3.

²⁰⁴ Cf. *supra* § 36, 4.

4 dos de los derechos ciudadanos con cierta razón. En efecto, cuando un tal Marco Opio²⁰⁵ decidió renunciar al cargo de edil por razón de su pobreza (pues él y su padre se contaban entre los proscritos²⁰⁶), la plebe no lo consintió, sino que se le entregó todo lo necesario para su manutención y para los gastos ocasionados por el desempeño del cargo. Sobre este hombre se cuenta también que algunos delincuentes, entrando en el propio teatro con máscaras, como si fueran actores que iban a actuar, aportaron también dinero. Y así vivió, amado por la gente; y, cuando poco después murió, fue llevado en cortejo al Campo de Marte y allí fue incinerado²⁰⁷ y enterrado. Pero el Senado, indignado con la plebe por todas las atenciones que había tenido con este hombre, ordenó, siguiendo el consejo de los pontífices, que sus huesos fueran trasladados a otro lugar, porque era una impiedad que descansaran en ese lugar sagrado. Sin embargo, antes y después el Senado enterró a otros muchos en ese mismo lugar.

54 En este mismo tiempo, Antonio vino de nuevo a Italia desde Siria, con el pretexto de que iba a participar en la guerra contra Sexto a causa de los fracasos de César. Sin embargo, no se quedó allí, porque habiendo llegado más para espiar a César que para hacer algo concreto, le entregó algunas naves y prometió entregarle otras, a cambio de las cuales se llevó soldados, y se marchó diciendo que iba a emprender la expedición contra los partos. Pero antes de partir, uno y otro se acusaron de los agravios recibidos, primero a través de amigos y luego personalmente. Y, puesto que no tenían tiempo para luchar entre ellos, se recon-

²⁰⁵ Este joven causó la admiración de los romanos por salvar a su padre, uno de los proscritos, llevándolo a hombros hasta Sicilia, como Eneas a su padre, Anquises (cf. APIANO, *Guerras civiles* IV 41).

²⁰⁶ Probablemente, muchos de los proscritos se quedaron sin recuperar nada de los bienes confiscados (cf. *supra* § 36, 4).

²⁰⁷ Aunque en esos momentos la incineración en la ciudad de Roma estaba prohibida (cf. *supra* § 43, 3).

ciliaron más o menos, desempeñando Octavia en este asunto un papel muy importante. Y, para estrechar más los lazos de paren- 4
 tesco, César entregó a su hija²⁰⁸ a Antilo²⁰⁹, el hijo de Antonio, y Antonio prometió la hija²¹⁰ que había tenido con Octavia a Domi-
 cio²¹¹, aunque era uno de los asesinos de César (Julio) y había sido incluido en la lista de proscritos para morir. Todo esto eran 5
 para ambos simples componendas, pues, de hecho, no pensaban cumplirlas, sino que decidían los acuerdos según la necesidad que tenían en el momento presente. Antonio envió de inmediato
 a Octavia desde Corcira²¹² a Italia, naturalmente para que no corriese peligro si lo acompañaba en la guerra contra los partos. Sin 6
 embargo, entonces no solo tomaron aquellos acuerdos, sino que eliminaron a Sexto del sacerdocio y del consulado para los que
 había sido designado²¹³; pero ellos prorrogaron su poder por otros cinco años, puesto que el periodo anterior había expirado²¹⁴. Tras
 esto, Antonio se apresuró a ir a Siria y Octavio se aplicó a su guerra. Todas las cosas le iban a César según sus planes; pero 7
 Menas, que era desconfiado por naturaleza y siempre se pegaba al más poderoso, y además estaba indignado porque no tenía nin-
 gún poder y se había convertido en subordinado de Sabino, desertó de nuevo al bando de Sexto.

²⁰⁸ Julia la Mayor, hija de Eseribonia y única hija de Octavio (véase nota a § 16, 3).

²⁰⁹ Marco Antonio Antilo, hijo de Fulvia y M. Antonio. De este matrimonio hubo otro hijo, Julio Antonio.

²¹⁰ Julia Antonia la Mayor, que en estos momentos tenía dos años. De este matrimonio hubo también otra hija, Julia Antonia la Menor, madre del emperador Claudio.

²¹¹ Domicio Enobarbo.

²¹² La isla de Corfú, en el mar Jónico.

²¹³ Cf. *supra* § 36, 4.

²¹⁴ Cf. XLVI 55, 3 y nota.

LIBRO XLIX

SINOPSIS

En el libro cuadragésimo noveno de la *Historia romana* de Dion se incluye lo siguiente:

1. Cómo César venció a Sexto y eliminó a Lépido (§ 1-18).
2. Cómo Ventidio venció y mató a Pácoro y expulsó a los partos al otro lado del Éufrates (§ 19-21).
3. Cómo Antonio fue derrotado por los partos (§ 22-33).
4. Cómo César sometió a los panonios (§ 34-38).
5. Cómo Antonio capturó a Artavasdes, rey de Armenia, mediante un engaño (§ 39-41).
6. Cómo fue consagrado el pórtico de Paulo (§ 42).
7. Cómo la Mauritania Cesariense cayó en poder de los romanos (§ 43).

La duración del tiempo ocupa cuatro años, en los cuales los magistrados que están registrados como cónsules fueron estos:

[Año 718 / 36 a. C.] L. Gelio Publícola, hijo de L., y M. Coceyo Nerva, hijo de... (§ 1-18, 5 y § 24-32).

[Año 719 / 35 a. C.] L. Cornificio, hijo de L., y Sexto Pompeyo, hijo de Sexto¹ (§ 18, 6-7; y 33-38, 2).

¹ No se trata de Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo Magno, sino de otro personaje que, por ironía del destino, o de César, llevaba su mismo nombre:

[Año 720 / 34 a. C.] M. Antonio, hijo de M., por segunda vez², y L. Escribonio Libón, hijo de L. (§ 38, 3-42).

[Año 721 / 33 a. C.] César, por segunda vez³, y L. Volcacio Tulo, hijo de L. (§ 43-44).

- 1 Así sucedieron aquellos hechos en el invierno en el que Lucio Gelio y Coceyo Nerva fueron cónsules. Pero César, cuando tuvo dispuesta la flota y entró la primavera, zarpó de Bayas y navegaba junto a la costa italiana con no pocas esperanzas de poder cercar por completo Sicilia, pues navegaba con muchas naves⁴ y las de Antonio ya estaban en el Estrecho; y Lépido,
- 2 forzado, le prometió ayudarle. César confiaba muchísimo en la altura de los barcos y en el grosor de los cascos, que se habían construido con un grosor y un tamaño enormes, para que pudieran llevar el mayor número posible de soldados (pues incluso se habían construido torretas sobre ellos, para combatir desde posiciones más altas, igual que desde una muralla) y para que resistieran las embestidas de los enemigos y rechazaran los espiones de las naves contrarias haciendo que la colisión fuera más
- 3 violenta. Con tales planes, César se lanzaba sobre Sicilia. Pero

así, César y Antonio cumplieron el compromiso de nombrar cónsul a Sexto Pompeyo (*cf.* XLVIII 36, 4).

² Antonio renunció al consulado el primer día de su mandato y puso en su lugar a Lucio Sempronio Atratinio (*cf. infra* § 39, 1). Y a este le sucedió después como segundo cónsul *suffectus* Lucio Emilio Lépido Paulo (*cf. infra* § 42, 2). También a Escribonio le sucedieron dos cónsules *suffecti*.

³ César, como Antonio, también renunció al consulado el primer día de su mandato; lo sustituyó Lucio Autronio Pacto, sustituido ese mismo año por Lucio Flavio, que estuvo un solo día (*cf.* § 44, 3).

⁴ La invasión de Sicilia es triple: por un lado viene Lépido desde África con setenta barcos de guerra y mil de carga; por otro, Estatilio Tauro desde Tarento con ciento dos naves de Antonio (veintiocho se habían perdido en una tormenta); y por otro, Octavio con casi cuatrocientas (*cf.* APIANO, *Guerras civiles* V 98).

cuando doblaba el promontorio llamado Palinuro⁵, una gran tempestad se abatió sobre él y destruyó muchas naves, mientras Menas, acercándose a la demás, que estaban en medio de una gran confusión, a muchas de ellas les prendió fuego o las remolcó⁶. Si Menas no hubiera cambiado otra vez de bando bajo la promesa de ser perdonado y de algunas otras esperanzas y si, tras aguardar a unas trirremes que simulaban desertar, hubiera entregado a traición toda la escuadra que estaba a su mando, César habría hecho también esa vez la expedición en vano. Pero Menas actuó así porque Sexto, que ya no se fiaba nada de él, ni siquiera lo envió a luchar contra Lépido. César en esa ocasión recibió todavía a Menas de la forma más amigable, pero ya no le confió ninguna misión. Y después de reparar las naves que habían sufrido daños, conceder la libertad a los esclavos⁷ que remaban en las naves de guerra y recomponer la escuadra de Antonio, que estaba falta de hombres (pues muchos se salvaron tirándose al agua cuando las naves se hundieron en el naufragio), se dirigió a Lípari. Allí dejó a Agripa y las naves y él marchó a la península, para pasar la infantería a Sicilia cuando se presentara la ocasión.

Sexto, al conocer estos movimientos, fondeaba las naves en Mesina, para observar la travesía de César, y ordenó a Demócáres⁸ que fondeara en Milas frente a Agripa. Estos dos gastaron la mayor parte del tiempo tanteándose uno a otro en cuanto tenían ocasión, pero no se atrevieron a arriesgarse a un ataque con toda la flota, pues no conocían las fuerzas del contrario y todos

⁵ En línea recta está unos ciento cincuenta kilómetros al sur del punto de partida (Puerto Julio, en Bayas, junto a Nápoles).

⁶ Menas, en secreto, había pactado con Sexto su desertión; pero, como se nos dice ahora, volverá a cambiar de bando (cf. XLVIII 54, 7).

⁷ César concedió la libertad a los veinte mil esclavos que remaban en la flota (cf. SÜETONIO, *Augusto* 16, 1).

⁸ Otro liberto de Sexto Pompeyo, como Menas y Menécrates.

los rumores que corrían entre ambos bandos tendían a exagerar y a presentar como más temibles las fuerzas del enemigo. Finalmente Agripa, comprendiendo que el dejar pasar el tiempo no le convenía (pues los de Sexto, que estaban anclados en casa, no tenían ninguna prisa) cogió las mejores naves y se dirigió a Milas para comprobar el número de los enemigos. Pero, puesto que ni pudo verlos a todos ni ninguno de ellos quería salir a alta mar, los despreció y, regresando, hacía los preparativos para atacar Milas con todas las naves al día siguiente. Y lo mismo pensó también Demócates; pues, creyendo que las naves que se habían acercado eran las únicas y viendo que navegaban muy lentamente a causa de su tamaño, hizo llamar a Sexto por la noche y también hacía los preparativos para atacar la propia Lípari. Cuando se hizo de día, ambos navegaban en la idea de que el contrario era inferior en número.

Pero, cuando estuvieron cerca unos de otros, los dos vieron con sorpresa que los contrarios eran mucho más numerosos de lo que habían pensado. Al principio ambos se turbaron por igual, y algunos incluso hicieron retroceder los barcos cuando. Pero después, temiendo más la huida que la batalla y confiando en que si combatían iban a salir vencedores, mientras que si huían solo podían esperar morir sin remedio, se lanzaron contra el contrario y, entrando en contacto, libraron la batalla naval. Unos eran superiores por el número de naves y otros por la experiencia en la navegación. A unos los ayudaba la altura de las naves, el grosor de las serviolas y las torretas; y a otros, la maniobrabilidad para pasar entre las naves enemigas. El poderío de los soldados de César era contrarrestado por el valor de los soldados de Sexto, pues la mayoría de ellos habían desertado de Italia y estaban desesperados. Puesto que unos y otros eran a la vez superiores en algunas cosas que acabo de decir e inferiores en otras, el resultado es que tenían la misma fuerza que el contrario dada la igualdad de circunstancias en las que se encontra-

ban. Por eso durante un tiempo lucharon con todas sus fuerzas en un combate igualado. Pero los hombres de Sexto impresionaban a los enemigos con su griterío ensordecedor y dañaron algunas naves al embestir contra ellas violentamente y romperles la proa o la popa⁹; pero en los enfrentamientos recibían una lluvia de proyectiles desde las torretas y al mismo tiempo eran acosados con lanzamientos de manos de hierro¹⁰, de modo que sufrían no menos daño del que causaban. En cambio los de César, cuando entraban en el combate cuerpo a cuerpo y saltaban a las naves contrarias, se mostraban superiores; pero entonces los otros se tiraban al mar cuando el barco se hundía y, puesto que nadaban bien y tenían un equipo ligero, subían fácilmente a otros barcos, de modo que los de César quedaban a su vez en desventaja. Y sucedió lo mismo en el caso de los barcos: la ágil navegación de las naves de Sexto fue contrarrestada por la solidez de las naves de César, y el mayor peso de estas fue compensado por la ligereza de aquellas.

Bastante tiempo después y ya casi de noche, los de César vencieron; sin embargo, no persiguieron a nadie, porque, según creo yo y es una explicación natural, tampoco podían capturarlos, y porque temieron encallar en una costa llena de escollos que ellos desconocían. Pero, según dicen otros, Agripa, que luchaba para César y no para sí mismo, pensaba que le bastaba con poner en fuga al enemigo. Pues acostumbraba a decir ante sus amigos íntimos que la mayoría de los que están en el poder no quieren que nadie esté por encima de ellos, y llevan a cabo personalmente la mayoría de las acciones, al menos aquellas que proporcionan un éxito fácil; pero las que son más difíciles

⁹ Las partes del barco que no tenían remos, pues estos actuaban como una protección del casco en caso de choque.

¹⁰ Garfio de cinco puntas (de ahí el nombre de «mano») para aferrar las naves en los abordajes.

3 y desagradables se las encargan a otros. Y si alguna vez se ven obligados a encomendar a otros alguna misión brillante, soportan mal y se afligen con la fama de sus subalternos. Y, como no pueden ufanarse de ser derrotados o de fracasar, prefieren que
 4 aquellos no obtengan un éxito total y que queden sin gloria. El consejo de Agripa para el subordinado que quiera salir vivo es que libre a sus jefes de los problemas y vigile la buena marcha de sus asuntos. Y yo, aunque sé que esto es así por naturaleza y que Agripa seguía estos principios, no estoy escribiendo que esta fuera la causa de que Agripa no llevara a cabo la persecución, pues, ni por mucho que hubiera querido, habría podido perseguirlos.

5 Mientras se desarrollaba la batalla, César, tan pronto como vio que Sexto zarpaba de Mesina y que el Estrecho quedaba abandonado y sin vigilancia, no dejó escapar esta sorprendente¹¹ oportunidad que deparaba la guerra, sino que embarcando de inmediato en las naves de Antonio atravesó el Estrecho en dirección a Tauromenio¹²; pero la fortuna no estuvo de su parte.
 2 Nadie le impidió navegar ni desembarcar, sino que con la mayor tranquilidad lo hizo todo y levantó el campamento. Pero, acabada la batalla naval, Sexto llegó apresuradamente a Mesina y, cuando supo que César estaba allí, embarcó a toda prisa las
 3 tropas que estaban frescas y atacó a César con las naves, a la vez que los soldados de infantería lo hacían por tierra. César ni siquiera salió a hacerles frente a los de infantería, sino que llevado por el desprecio hacia tan escaso número de naves enemi-

¹¹ El texto de Dion (*kainòn tou polémou*, «lo nuevo, las sorpresas» de la guerra) parece una expresión tomada de Tucídides (III 30, 4); pero los manuscritos ofrecen distintas variantes: los manuscritos C y M de Tucídides dan otra lectura, *kenòn* («el vacío» de la guerra), y en el código A de Dion se lee *kairòn* («la oportunidad» que ofrece la guerra).

¹² Tauromenio (hoy Taormina) es una ciudad en la costa este de Sicilia, a unos cuarenta kilómetros al sur de Mesina.

gas, y porque ya antes habían sido derrotadas, hizo salir el grueso de la flota y él mismo estuvo a punto de morir. Sin embargo, ni siquiera pudo escapar uniéndose a los suyos que estaban en Sicilia, sino que apenas si pudo salvarse huyendo a la península. Allí él estaba sano y salvo, pero sufría terriblemente viendo a su ejército bloqueado en la isla. Y no recobró el ánimo hasta que de improviso un pez saltó del mar y cayó a sus pies. Pues con este suceso se reanimó, porque creía en los augures que le habían dicho que haría del mar su esclavo.

Y César hacía llamar con urgencia a Agripa para que los socorriera, porque las tropas estaban sitiadas. Y, puesto que empezaban a faltarles las provisiones y no aparecía ninguna ayuda, Cornificio¹³ (éste era quien mandaba el ejército) temió que, si se quedaba en aquel lugar, con el tiempo iba ser rendido por el hambre. Creía, en efecto, que, si permanecía allí con la misma actitud, ningún enemigo iba a acercarse para entablar un combate, puesto que su infantería era superior; sin embargo, si salía de allí en cualquier dirección, pensaba que ocurriría una de estas dos cosas: o que, si aquellos le atacaban, los vencería, o que, si se no se atrevían a atacar, avanzaría sin peligro, encontraría provisiones y podría recibir alguna ayuda de César o de Agripa. Así pues, Cornificio quemó cuantos barcos habían resistido la batalla naval o habían embarrancado y, levantando el campamento, ponía rumbo a Milas. La caballería y la infantería ligera enemigas le arrojaban proyectiles desde lejos, pues no se atrevían a acercarse y hacerles frente, y le ocasionaban un terrible daño. Los de Sexto atacaban cuando se les presentaba la oportunidad y se retiraban en seguida, mientras que los de César, como eran soldados totalmente armados, no podían perseguirlos a causa del

¹³ Lucio Cornificio, distinto de Quinto Cornificio, citado antes (cf. XLVIII 17, 6), prestó grandes servicios a César y fue nombrado cónsul al año siguiente, en el 35 a. C.

peso del equipo, y además rodeaban a los que se habían salvado de la batalla, que iban sin armadura, para protegerlos, de modo que era mucho y horrible lo que sufrían y no podían responder a los ataques. Pues, si en determinado momento perseguían a algunos, los hacían huir; pero, como no podían perseguirlos muy lejos, los de Sexto se volvían muy peligrosos cuando aquellos se quedaban solos en la carrera de vuelta. Durante toda la marcha, pero especialmente en el paso de los ríos, sufrían las peores penalidades. Pues los de Sexto los rodeaban y les hacían frente cuando encontraban grupos pequeños, lo que ocurría en tales casos, pues entonces avanzaban de prisa y desordenadamente. En esas ocasiones disparaban a los que iban sin armadura en las partes vitales, cuando caían en el cieno o en las corrientes y quedaban atrapados o eran arrastrados.

7 Durante tres días completos los de Sexto emplearon esa táctica, y en el último les asestaron el golpe definitivo, sobre todo cuando Sexto se presentó ante ellos con la infantería. Entonces ya no se lamentaban por los que morían, sino que veían como ganancia el dejar de sufrir y querían, a causa de la desesperación, contarse entre los ya muertos. Los heridos, que eran muchos, más que los muertos, padecían terriblemente, pues eran atacados desde lejos con piedras y venablos (no recibían ningún golpe en combate cuerpo a cuerpo) y sufrían heridas en muchas partes del cuerpo, pero no en sitios vitales. Pero los heridos causaban a los que seguían ilesos más problemas que los enemigos, pues si eran llevados con las tropas, los de Sexto herían fácilmente a los que los transportaban, y si los abandonaban, con sus llantos llevaban a todo el ejército a la desmoralización. Todos habrían muerto si los enemigos no hubieran sido obligados a retirarse. Pues Agripa, después de vencer en la batalla naval, regresó con la escuadra a Lípari y, al saber que Sexto había huido a Mesina y que Demócates había escapado a algún otro lugar, pasó a Sicilia y, tomando Milas y Tindáride, les en-

vió trigo y soldados. Sexto, creyendo que Agripa venía perso- 5
nalmente contra él, tuvo miedo y emprendió la huida con tanta
prisa que dejó en el campamento equipos y provisiones, de las
que se apoderaron los que estaban con Cornificio, y tuvieron
suficiente para subsistir hasta la llegada de Agripa. César los 6
recibió con elogios y regalos, aunque empleó el tono más des-
deñoso para la batalla naval de Agripa, consciente de que era
este quien había llevado a cabo la guerra¹⁴. Por su parte, Corni-
ficio se pavoneaba tanto de haber salvado a los soldados, que en
Roma se hacía llevar a lomos de un elefante cada vez que salía
a comer fuera de casa.

Tras esto, César pasó a Sicilia y Sexto instaló su campamen- 8
te frente él cerca de Artemisio¹⁵. Pero no libraron de inmediato
ninguna batalla importante, simplemente algunas breves escar-
ramuzas con la caballería. Mientras estaban acampados uno
frente al otro, a Sexto se le unió Galo Tisieno y a César, Lépido
con sus tropas. Pues este, habiendo encontrado primero una 2
tempestad, que ya mencioné¹⁶, y después a Demócates, perdió
muchas naves y no se dirigió de inmediato a César¹⁷ (bien por
el pesar ante sus pérdidas, bien para que César tuviera que apa-
ñárselas solo o bien porque deseaba alejar a Sexto de César¹⁸),

¹⁴ César actúa como todo jefe celoso de su subordinado (*cf. supra* § 4, 2-3).

¹⁵ Artemisio es hoy la pequeña ciudad de San Filippo del Mela, a cinco kilómetros al sur de Milas (en la actualidad Milazzo), donde había un templo dedicado a Diana (Ártemis) Facellina. Se llamaba así porque Orestes había llevado a Sicilia la estatua de la diosa escondida entre «haces» de leña (en griego *phákelos* y en latín *fascis*); *cf. HIGINTO, Fábulas* 261.

¹⁶ En verdad Dion no la ha mencionado, pero sí Apiano (*cf. Guerras civiles* V 98).

¹⁷ Lépido siempre mantuvo una actitud, si no hostil, sí distante con César (*cf. XLVIII* 3, 6; 46, 2).

¹⁸ Para llegar a nuevos acuerdos con Sexto (*cf. XLV* 10, 6; *XLVIII* 17, 1).

sino que se dirigió a Lilibeo¹⁹. Y Galo fue enviado allí por Sexto y acosaba a Lépido. Pero, puesto que ninguno de los dos intentaba nada serio contra el otro, llegaron así desde Lilibeo hasta Artemisio. Galo reforzó a Sexto, pero Lépido se distanció de César (pues él se creía con derecho a tratar todos los asuntos en igualdad de condiciones que César, puesto que era compañero de triunvirato; pero César lo trataba en todo como a un subordinado). Por esta razón Lépido se inclinó por Sexto y mantuvo conversaciones con él en secreto. César, en efecto, lo sospechó, pero no se atrevió a revelarlo temiendo que Lépido se volviera entonces abiertamente contra él. Pero tampoco podía sentirse seguro si simulaba, pues creía que levantaría sospechas si no consultaba nada con él, pero que también sería peligroso compartir con Lépido todos los planes. Así pues, decidió arriesgarse lo más pronto posible, antes de que Lépido hiciera defección; aunque por lo demás no tenía motivos para darse prisa. Pues Sexto ya no tenía ni comida ni dinero, por lo que César esperaba que en no mucho tiempo iba a abandonar sin lucha. Sin embargo, puesto que creía que era el momento, César, en tierra, sacó el ejército y lo hizo formar delante del campamento, y al mismo tiempo Agripa sacó la flota y la fondeó en alta mar. Pero Sexto, que tenía unas fuerzas muy inferiores a las de ellos, no salió a hacerles frente a ninguno de los dos. Esto sucedió más días. Finalmente Sexto, temiendo que, despreciado por esa pusilanimidad, sus aliados lo abandonaran, en cierto momento ordenó sacar las naves para combatir, pues confiaba más en ellas que en la infantería.

9 Cuando²⁰ la enseña fue izada y la trompeta dio la señal, to-

¹⁹ Lilibeo (hoy Marsala), ciudad y promontorio en la costa oeste de Sicilia, en el punto más próximo a África, de donde viene Lépido.

²⁰ Empieza el relato de la batalla de Nauloco, que tuvo lugar el 3 de septiembre del 36 a. C. entre Milas y Nauloco, la ciudad más oriental de la costa

das aquellas naves entraron en combate junto a la costa, mientras la infantería de cada bando seguía a su escuadra por la orilla escarpada, de modo que el espectáculo era memorable. Todo el mar de allí estaba atestado de naves (y al ser muchas ocupaban un espacio enorme), y la zona de tierra próxima al mar estaba ocupada por los soldados de infantería, y las colindantes, por las demás gentes que seguían a cada bando. Desde el principio pareció que el enfrentamiento iba a ser solo naval, pero lo cierto es que entraron los demás cuerpos. Pues los que estaban en las naves se esforzaban por hacer la mayor demostración de valor ante los que los contemplaban desde tierra, y los de tierra, aunque estaban muy alejados unos de otros, también combatían en cierto modo ante la visión de lo que sucedía. Y, como la batalla estuvo equilibrada mucho tiempo, pues luchaban con la misma táctica que la vez anterior²¹, los de la orilla se mantuvieron durante todo el tiempo en la incertidumbre y en la indecisión sobre el desenlace. Pues esperaban ante todo que aquella batalla pusiera fin a toda la guerra. Pero si no era así, unos, los de César, pensaban que, si conseguían imponerse de nuevo, nada grave iban a sufrir ya, y los otros, los de Sexto, que, si al menos vencían en aquella ocasión, se harían fuertes, convencidos de que no volverían a ser derrotados. Por eso, en silencio, para poder concentrarse en lo que sucedía ante sus ojos y no distraer a los que estaban en plena acción, solo daban pequeños gritos para dar ánimos a los combatientes o invocar a los dioses; aplaudían a los suyos cuando vencían y maldecían a los que eran derrotados. Y se pasaban muchas voces entre los del mismo bando, pero también lanzaban muchos gritos hacia los con-

norte de Sicilia, muy cerca del estrecho de Mesina. En la descripción, Dion sigue el relato que Tucídides hace de la batalla entre atenienses y siracusanos, librada, por lo demás, también en Sicilia (*cf.* TUCÍDIDES, VII 70 y sigs.).

²¹ *Cf. supra* § 3.

trarios: lo primero para que los suyos pudieran oír mejor las consignas que se les daban y lo segundo para que los enemigos no pudieran oír bien a sus compañeros.

- 10 Mientras estaban igualados, este modo de actuar era el mismo en los dos bandos que estaban en tierra, y también les hacían señales con el cuerpo como si pudieran verlas y comprenderlas. Pero, cuando los de Sexto emprendieron la huida, entonces ya todos juntos y a un tiempo comenzaron unos a cantar el peán
2 de la victoria y otros a entonar lamentos. Estos, como si también ellos hubieran sido vencidos en la batalla, se dirigieron de inmediato a Mesina. Entre tanto, César se encargaba de aquellos de los vencidos que huían a tierra y, metiéndose mar adentro,
3 quemó todos los barcos que habían encallado en los bajíos. De modo que no había escapatoria ni para los que huían navegando, pues se encontraban con Agripa, ni para los que huían a cualquier punto de la costa, pues perecían a manos de César, excepto los pocos que huyeron a Mesina. En medio de aquel
4 desastre, Demócates, a punto de ser capturado, se degolló él mismo. Y Apolófanes, que tenía la nave intacta y habría podido escapar, se unió a César. Y lo mismo hicieron otros: Galo, todos los jinetes que estaban con él y después también algunos soldados de infantería.

- 11 Fue sobre todo por esto por lo que Sexto, perdiendo toda esperanza, decidió huir. Cogió a su hija y a algunos otros, el dinero y las cosas de más valor y, subiendo todo a bordo de las naves que mejor navegaban de las que se habían salvado, zarpó de noche. Nadie lo persiguió, pues salió a escondidas y César, además, se encontró en seguida en un gran apuro.

- 2 Pues Lépido vino a caer en Mesina y, admitido en la ciudad, quemó unas casas y saqueó otras. Cuando César se enteró de esto, marchó contra él a toda prisa con la intención de obstaculizarlo. Lépido, temeroso, entonces abandonó la ciudad y, acampando el ejército en una colina fortificada, le hacía llegar

reproches a César, enumerando todos los agravios que creía haber sufrido. Y entre otras cosas exigía cuanto le había correspondido la primera vez que se conjuraron²², y reclamaba Sicilia como si él hubiera contribuido a subyugarla. Envió estas peticiones a César y, llamando a algunos como testigos, lo invitaba a un arbitraje. (Lépido tenía las fuerzas que había traído de la provincia de África y a todos los que había dejado dentro de Mesina, puesto que había sido el primero en entrar en la ciudad y les había dado esperanzas de cambios en la situación política.)

César no contestó a estas demandas (pues creía que la razón estaba de su parte y en las armas, y él era más fuerte que Lépido), sino que directamente fue a su encuentro con unos pocos soldados, para desconcertarlo con una visita sorpresa (y es que Lépido carecía de iniciativa) y ganarse a sus soldados. Entró en el campamento y les hizo creer, al llegar con tan pocos acompañantes, que iba en son de paz. Pero, como nada respondía a los requerimientos de aquellos, se enfurecieron y, lanzándose sobre él, incluso mataron a algunos de sus acompañantes; pero él se salvó al conseguir ayuda rápidamente. Después fue de nuevo hasta ellos, pero ahora con todo el ejército: los encerró dentro del foso del campamento y los sitió. Ellos, temiendo ser capturados, no decidieron en asamblea cambiar de posición por respeto a Lépido, pero, de modo particular o en pequeños grupos, uno a uno lo fueron abandonando y pasándose al lado de César. Y así también aquel se vio obligado a presentarse por su propia voluntad como suplicante de César con el vestido gris²³. A partir de ese momento, Lépido fue despojado de todo poder y no

²² Cf. XLVI 55, 4. Pues Lépido había perdido Hispania y la Galia Narbonense en los acuerdos posteriores entre César y Antonio (cf. XLVIII 1, 3; 20, 4; 28, 4).

²³ Probablemente vestido con la toga *pulla* (cf. nota a XLVI 29, 5).

podía estar en Italia sin una guardia de vigilancia. Los caballeros y los senadores que habían apoyado a Sexto fueron castigados, excepto unos pocos. Los soldados del ejército de Sexto que eran libres fueron incorporados al de César y los que eran esclavos fueron entregados de nuevo a sus amos para recibir el castigo. Y si no se encontraba al dueño, eran empalados²⁴. Y, en cuanto a las ciudades, las que voluntariamente se unieron a él obtuvieron el perdón y las que se resistieron fueron castigadas.

13 Mientras César tomaba estas medidas, los soldados se amotinaron. Pues, por lo demás, no eran pocos, y se envalentonaban a la vista de su gran número. Alegando los peligros afrontados y las esperanzas depositadas en ellos, se mostraban insaciables a la hora de exigir recompensas: pedían para todos los demás lo
2 que cada uno deseaba para sí. Como protestaban sin resultado (pues César los despreciaba, porque por el momento no tenía ningún enemigo frente a él), provocaban alborotos. Le expusieron todas las desgracias que habían padecido, le exigían lo que en algún momento les había prometido y le lanzaban muchas amenazas creyendo que lo iban a hacer su esclavo contra su
3 voluntad. Pero, puesto que nada conseguían, pedían al menos, con gestos airados y enormes voces, un merecido retiro, como si estuvieran exhaustos de tanta guerra; pero no porque quisieran de verdad retirarse del ejército (pues la mayoría de ellos

²⁴ Los romanos solían utilizar como castigo en estos casos la crucifixión (el verbo griego es *staurō*), pero Dion utiliza el verbo *anaskolopizō*, «empalar», aunque tardíamente también significó «crucificar» y algunos traductores optan por este significado; pero más adelante el propio DION (LXII 11, 4) emplea este verbo con el significado de «empalar», cuando habla de que era preferible morir luchando que ser hecho prisionero y «ser empalado, ver las propias entrañas fuera del cuerpo y ser asado en un espeto...». Por su parte, APIANO (cf. *Guerras civiles* V 131) simplemente dice *ékteine*, «mató, ordenó matar». Terrible la suerte de esos esclavos, a los que, según los acuerdos entre Sexto y los triunviro, les esperaba la libertad (cf. XLVIII 36, 3).

estaba en la flor de la edad), sino porque sospechaban que César iba a enfrentarse con Antonio y por ese motivo se hacían vender caros. Suponían que todo lo que no iban a conseguir con ruegos lo iban a obtener con la amenaza de abandonarlo. Pero ni si- 4
quiera tuvieron éxito en eso. Pues César, aunque sabía con absoluta certeza que iba a haber una guerra y también conocía con claridad las intenciones de sus soldados, no cedió ante ellos, pues creía que el que está en el poder no debe hacer nada contra su voluntad obligado por los soldados, porque tras este paso iban a intentar sacar ventaja en otras ocasiones.

César, aparentando estar de acuerdo con ellos en que reclama- 14
ban cosas razonables y que sus peticiones estaban dentro de lo humano, licenció primero a los que habían combatido a su lado en Módena contra Antonio; y después, como también los demás seguían con sus demandas, licenció, de entre estos, a los que llevaban diez años en el ejército; y para contener a los demás, añadió que ya no volvería a emplear a ninguno de los soldados licenciados, aunque lo pidiera insistentemente. Cuando oyeron esto, 2
no pronunciaron una palabra, sino que comenzaron a escuchar lo que decía con mucha atención, porque anunció que no a todos los licenciados les iba a dar todo cuanto les había prometido y a repartirles tierras, sino solo a los primeros y, de los restantes, únicamente a los que más méritos habían hecho; y porque a todos ellos les dio dos mil sestercios²⁵, y a los que habían combatido en la batalla naval les concedió además una corona de olivo. Des- 3
pués hizo muchas promesas también a los mandos según el rango: a los centuriones les prometió que los iba a inscribir en la curia de sus ciudades de origen y a cada uno de los lugartenientes le prometió una cosa; pero a Agripa le regaló una corona de oro labrada con espolones de naves, algo que no se concedió nunca a

²⁵ Equivalían a unos dos kilos de plata; Dion habla de quinientas dracmas (véase nota a XLVI 31, 3).

4 nadie ni antes ni después. Y para que cada vez que Agripa, por celebrar un triunfo, llevara siempre en vez de la corona de laurel la corona de «vencedor en una batalla naval», sancionó más tarde la concesión con un decreto. Así aplacó entonces a los soldados y les entregó cumplidamente el dinero y, no mucho después, las
5 tierras. Pero, puesto que entonces el terreno estatal no era suficiente, compró además otros terrenos, muchos de ellos en Campania, a los habitantes de Capua²⁶ (pues la ciudad necesitaba de muchos colonos), y en compensación les dio la llamada Agua Julia²⁷, de la que se sienten plenamente orgullosos, y también la
6 región de Cnosos²⁸, de la que aún hoy disfrutan. Todo esto sucedió después. Antes organizó la situación de Sicilia y tomó posesión sin combate de las dos provincias de Libia²⁹ por medio de Estatilio Tauro³⁰; y a Antonio, para compensarle por las naves que se habían perdido, le devolvió el mismo número de naves³¹.

15 En este mismo tiempo las insurrecciones en las ciudades de Etruria se apagaron, en cuanto conocieron la victoria de César. Mientras, en Roma, el pueblo unánimemente lo alabó, le erigió estatuas, le concedió la presidencia, levantó un arco de triunfo en su honor y le otorgó el privilegio de entrar en Roma a caba-

²⁶ Antigua e importante población, quizá de origen etrusco, que dio nombre a la región de Campania. Estaba situada en el interior, entre la actual Capua y Caserta, a unos treinta kilómetros al norte de Nápoles.

²⁷ Un acueducto. Con el mismo nombre había otro acueducto en Roma (cf. XLVIII 32, 3).

²⁸ Cnosos es la célebre ciudad de Creta donde estaba situado el palacio de Minos, el mítico Laberinto.

²⁹ La actual Túnez y la Numidia, que Antonio y Augusto habían asignado a Lépido (cf. XLVIII 28, 4).

³⁰ Había sido cónsul *suffectus* el año anterior (37 a. C.). Mandaba la flota de Antonio, pero después de la batalla de Nauloco se pasó a Augusto (véase *supra* § 1,1 y nota 4).

³¹ Es decir, las ciento treinta naves que envió al mando de Estatilio Tauro (véase nota anterior).

llo, de llevar siempre una corona de laurel y de celebrar en el día en que había obtenido la victoria, que fue señalado en adelante como Día de Acción de Gracias, un banquete con su mujer y sus hijos en el templo de Júpiter Capitolino³². Esto fue lo que inmediatamente después de la victoria aprobaron. La victoria la anunció primero uno de los soldados que entonces estaba en la ciudad, el cual, poseído ese mismo día por cierta divinidad, decía y hacía muchas cosas, hasta que finalmente subió al Capitolio y colocó su espada a los pies de Júpiter dando a entender que ya no iba a necesitarla; y después la anunciaron los otros, los que estuvieron presentes en la batalla y fueron enviados a Roma por César. Cuando César llegó a Roma, reunió al pueblo fuera del pomerio³³ según la tradición, rindió cuentas de lo que había hecho y renunció a algunos de los decretos aprobados en su honor; suprimió la contribución que se pagaba según los censos, incluso si aún se debía algo al Estado por el tiempo anterior a la guerra civil, y eliminó algunos impuestos. No aceptó el sacerdocio³⁴ de Lépido que le ofrecían (pues no se podía quitar a nadie mientras viviera). Y se aprobaron otros muchos privilegios en su honor. Y ya algunos murmuraron que César actuaba entonces con tanta magnanimidad para desacreditar a Antonio y a Lépido, a fin de hacer responsables solo a ellos dos de todas las injusticias cometidas antes. Y otros murmuraron que, puesto que César de ninguna manera podía cobrar las deudas, convirtió

³² Esta fiesta de acción de gracias se celebraba cada año el 13 de septiembre. El honor de comer en el templo de Júpiter se le concedió también a Antonio (cf. *infra* § 18, 6).

³³ El *pomerium* es una línea imaginaria que delimitaba jurídica y religiosamente la ciudad de Roma; solo en parte coincidía con las murallas: así el Capitolio, el Campo de Marte, el teatro de Pompeyo, etc., quedaban fuera. Dentro del pomerio no se podían llevar armas, y de ahí que las legiones tuvieran que quedarse fuera.

³⁴ Lépido era Pontífice Máximo.

la imposibilidad de aquellos para pagar en un favor personal
 5 que no le costaba nada³⁵. Pero en general estas cosas eran solo rumores. Acordaron por entonces concederle una casa a costa del Estado, pues compró el terreno que está en el Palatino con la intención de construir una; pero la donó al Estado y la consagró a Apolo, porque cayó un rayo en el lugar. Votaron, en efecto, que la casa fuera para él³⁶, y que no debía ser injuriado ni de
 6 palabra ni de obra. Y si alguien hacía tal cosa, que fuera castigado con las mismas penas establecidas para las ofensas a los tribunos, lo que era lógico, pues aceptó el ofrecimiento que le hicieron de sentarse con ellos en sus bancos.

16 Estos privilegios le fueron concedidos a César por el Senado. Y a Mesala Valerio, uno de los proscritos al que antes había mandado matar, lo inscribió entre los augures sobrepasando el número³⁷. Y a los de Útica³⁸ les concedió la ciudadanía. Y ordenó que nadie, excepto los senadores que desempeñaban alguna magistratura, pudiera llevar la toga purpurada³⁹, pues ya cualquiera la utilizaba. Y en ese año no hubo ni ediles, debido a la

³⁵ El exceso de impuestos que añadieron los triunviros hacía imposible que los ciudadanos pudieran pagar sus deudas con el Estado: César, al condonarlas, pasaba de recaudador a bienhechor del pueblo (cf. XLVII 16, 3; XLVIII 31, 1; etc.).

³⁶ La casa de Augusto en el Palatino, muy bien conservada, era a la vez también templo de Apolo, por lo que Augusto vivía en un templo, como los dioses: es el primer paso que da el «Divino» Augusto para su deificación.

³⁷ César aumentó el número de los augures y de los pontífices, e incluso los quinceviro (los «quince») pasaron a ser dieciséis (cf. XLII 51, 4).

³⁸ Útica era una ciudad próxima a Cartago (sus ruinas están hoy a unos cuarenta kilómetros al norte de Túnez y a unos diez kilómetros de la costa) y fue la capital de la nueva provincia de África tras la destrucción de Cartago por Escipión. No sabemos el motivo por el que concedió la ciudadanía a los de Útica; pero sorprende, porque allí se suicidó Catón, que dirigió la resistencia de la ciudad contra Julio César.

³⁹ Véase nota a XLVI 29, 5.

falta de candidatos (pero los pretores y los tribunos llevaron a cabo lo que les correspondía a los ediles) ni hubo ningún prefecto que organizara las fiestas Latinas⁴⁰ (pero algunos pretores se hicieron cargo de lo que le tocaba al prefecto). Los demás asuntos de Roma y del resto de Italia los administró antes y durante mucho tiempo después un tal Gayo Mecenas⁴¹, uno de los caballeros.

Sexto se hizo a la mar desde Mesina pero, como temía que 17
lo persiguieran y además sospechaba alguna traición por parte
de los que le acompañaban, les dijo que iba a hacer el viaje por
alta mar. Apagó las luces que las naves capitanas exhiben en 2
las travesías nocturnas para que las demás las sigan de cerca y
navegó paralelo a la costa italiana; después cruzó hacia Corcira
y desde allí llegó a Cefalonia⁴². Allí dio la casualidad de que
los demás, extraviados por una tormenta, se reunieron de nue-
vo con él. Los convocó y, tras quitarse el uniforme de general, 3
les dijo entre otras cosas que, si iban todos juntos, ni se podrían
prestar ayuda entre ellos ni pasarían desapercibidos pero que,
si se dispersaban, les sería más fácil huir. Les exhortó a que
de modo particular cada uno por sí mismo buscara su salva-
ción. Con este razonamiento la mayoría se convenció y cada 4
uno partió en una dirección; él emprendió la travesía hacia
Asia con los restantes⁴³, pues tenía la intención de marchar in-
mediatamente junto a Antonio. Ya en Lesbos⁴⁴ se enteró de

⁴⁰ Cf. XLVI 33, 4.

⁴¹ Es el célebre Mecenas que protegió a tantos literatos: Virgilio, Horacio, Propertio, etc. Fue la mano derecha de Octavio en asuntos administrativos y políticos, junto con Agripa.

⁴² Corcira (hoy Corfú) y Cefalonia son islas del mar Jónico; esta última está muy próxima a la costa griega.

⁴³ Esa minoría que no se había dejado convencer: los últimos y más fieles amigos (cf. APIANO, *Guerras civiles* V 139).

⁴⁴ Lesbos, patria de Safo, es una gran isla del Egeo próxima a la costa

que Antonio estaba en la expedición contra los medos⁴⁵ y que César y Lépido se habían enfrentado, y entonces decidió pasar el invierno allí. Los lesbios, a causa del recuerdo que guardaban de su padre⁴⁶, lo acogieron y lo intentaron retener pero, cuando supo que Antonio había fracasado en Media y que Gayo Furnio⁴⁷, entonces gobernador de Asia, no tenía una buena disposición hacia él, no se quedó allí. Y, como esperaba hacerse con el poder de Antonio, puesto que fueron muchos hasta él desde Sicilia y porque también se le sumaban otros (unos a causa de la fama de su padre y otros faltos de medios para vivir), vistió de nuevo las ropas de general y hacía preparativos para apoderarse de la región costera que tenía enfrente.

18 Y en esto Antonio, que había llegado sano y salvo a territorio amigo, cuando supo lo que Sexto estaba tramando, le prometió el perdón y su apoyo si deponía las armas. Sexto le contestó por escrito que iba a obedecerle pero, sin embargo, no lo hizo. Pues, renegando de Antonio por sus fracasos, y porque que en seguida partió para Egipto, se mantenía con sus planes y

turca actual. Allí pasó Sexto una temporada con su madrastra, Cornelia, mientras su padre combatía contra César. Tras la derrota en Farsalo, Pompeyo pasó por Lesbos para recoger a su mujer e hijo; pero no quiso quedarse para no comprometer a los lesbios, un gesto que los lesbios agradecieron (cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 74-75; APIANO, *Guerras civiles* V 133; DION, XI. II 2, 3-4). Ahora Sexto, como su padre, ha llegado allí derrotado.

⁴⁵ Los medos, al sur del mar Caspio, ocupaban la zona noroeste del actual Irán (su capital Ecbatana es hoy Hamadan). Hacia el 553 a. C., el antiguo imperio medo fue anexionado a Persia por Ciro II el Grande, por lo que medos y persas eran para los griegos el mismo pueblo. Con los Diádocos la satrapía de Media se dividió en dos: la del norte, más pequeña, se llamó Media Atropatena. Así pues, los medos tenían como vecinos en el este a los partos y al oeste el pueblo armenio, que se extendía al sur del Cáucaso. Medos y partos eran ahora aliados (cf. *infra* § 25, 1-2).

⁴⁶ Véase nota a «Lesbos» en la sección anterior (§ 17, 4).

⁴⁷ Véase nota a XLVIII 13, 6.

al mismo tiempo mandaba heraldos a los partos⁴⁸. Cuando Antonio se enteró de esto no se desentendió, sino que envió contra él una escuadra al mando de Marco Ticio, que antes, desde el bando de Sexto, se había pasado al suyo y entonces estaba con él. Entonces Sexto, que ya estaba informado de esto, tuvo miedo, pues aún no estaba suficientemente preparado, y se hizo a la mar. Se dirigió a donde le pareció que podía huir mejor, y así llegó a Nicomedia⁴⁹. Pero allí, siendo bloqueado por Ticio, negoció con él, porque confiaba en su benevolencia a causa de que en otra ocasión había sido su benefactor⁵⁰. Pero como Ticio le contestó que no haría ningún pacto con él si antes no recibía las naves y el resto de sus fuerzas, Sexto desesperó de una salvación por mar y entonces metió en las naves los bagajes más pesados, las quemó y se dirigió hacia el interior. Pero Ticio y Furnio lo persiguieron y le dieron alcance en Mideo, en Frigia⁵¹; allí lo rodearon y lo capturaron vivo. Cuando Antonio se enteró de esto, en un arrebato de cólera envió un mensajero de inmediato con la orden de que lo mataran. Pero no mucho después, cambiando de opinión, para que se salvara [...] Pero como el segundo mensajero llegó antes que el primero y Ticio cogió la carta con la orden de darle muerte después, creyendo que en realidad esa era la segunda carta (o, sabiendo la verdad, no quiso considerarla verdadera), se atuvo al orden de llegada y no a la intención del remitente. Así, Sexto murió siendo consu-

⁴⁸ Sexto intenta hacer lo mismo que Labieno (cf. XLVIII 24, 5 y sigs.).

⁴⁹ Nicomedia (hoy la ciudad turca de Izmit), situada en el mar de Mármara, era la capital de Bitinia.

⁵⁰ Cf. XLVIII 30, 6.

⁵¹ La Frigia está situada en el interior de la actual Turquía. Mideo es un lugar no bien identificado.

⁵² Hay una laguna de entre veinte o treinta caracteres según los códices. El texto que falta podría ser algo así como «mandó un segundo mensajero»,

les Lucio Cornificio y cierto Sexto Pompeyo⁵³. Y para celebrar esta muerte César organizó carreras de carros, y en honor de Antonio hizo colocar un carro delante de la tribuna de oradores y estatuas en el templo de la Concordia; le concedió el derecho de poder celebrar allí un banquete con su mujer y sus hijos, como antes habían votado para él⁵⁴. César simulaba todavía que era su amigo y, claro, le daba ánimos ante las derrotas que le infligieron los partos y, de paso, aplacaba sus celos por su victoria y por los decretos aprobados con motivo de ella.

- 19 Esto es lo que hacía César, mientras que los asuntos de Antonio con los bárbaros iban como sigue. Publio Ventidio⁵⁵, sabiendo que Pácoro había reunido un ejército y entraba en Siria, tuvo miedo, puesto que las ciudades no estaban bajo control y las legiones estaban aún repartidas en sus cuarteles de invierno. Decidió entonces hacer lo siguiente para hacer perder el tiempo a Pácoro y ralentizar la marcha de su ejército. Como conocía a Cananeo⁵⁶, un jefe tribal, que mantenía buenas relaciones con Pácoro y sabía que simpatizaba más con los partos, lo honraba como a persona de toda confianza y lo hacía consejero de aquellos asuntos en los que no iba a salir perjudicado, pero con los que, claro está, iba a crearle al otro la certeza de que compartía con él los asuntos más secretos. Puesto que estaba en ese grado de confianza, Ventidio simuló que temía que los bárbaros cruzaran el Éufrates por el lugar de costumbre (cerca de donde está

⁵³ Año 35 a. C. Sobre este desconocido Sexto Pompeyo véase nota 1 en la Sinopsis de este libro XLIX.

⁵⁴ Cf. *supra* §15, 1.

⁵⁵ Dion relata aquí los hechos ocurridos en Oriente tres años antes (38 a. C.) y que dejó en el libro XLVIII 41, 6.

⁵⁶ Dion le da el nombre de su pueblo. Canaán era la franja costera que abarcaba el sur de Fenicia (hoy el Líbano) y norte de Israel hasta el valle del Jordán por el este. En gran parte coincide con lo que luego sería Palestina.

la ciudad de Zeugma⁵⁷), y no por el otro camino que sigue corriente abajo, pues decía que en el primero había llanuras apropiadas para el enemigo, mientras que por el otro las colinas favorecían más a los romanos. Y convenció al cananeo para que se lo creyera, y por medio de él engañó a Pácoro. Pues este optó por la llanura por la que Ventidio simulaba que no quería que fuera, y al ser más larga que la otra, le dio la oportunidad de reunir las legiones.

Y así Ventidio, atacando a Pácoro cuando estaba en la Cirrética⁵⁸, en Siria, lo derrotó. Porque, como ni les impidió atravesar el río ni tampoco los acosó después cuando lo cruzaron, tildaron a los romanos de blandos y de faltos de coraje. Desde allí avanzaron hasta las fortificaciones de los romanos, aunque estaban en zonas altas, con la idea de tomarlas con el primer asalto. Pero, produciéndose una salida por sorpresa y cuesta abajo por parte de los romanos, los rechazaron sin esfuerzo, porque los otros iban a caballo. Y, aunque se defendieron valientemente, pues la mayoría iba con armadura, estaban aturdidos por lo inesperado del ataque y se estorbaban unos a otros, por lo que fueron derrotados por los soldados de infantería y, sobre todo, por los honderos; pues, llegando muy lejos con sus potentes lanzamientos, fueron para los partos los enemigos más difíciles. Y en tan penoso combate Pácoro, cayendo muerto, trastornó a la mayoría de ellos. Pues, tan pronto como se dieron cuenta de que su jefe había muerto, unos pocos lucharon alrededor de su cadáver valerosamente; pero muriendo tam-

⁵⁷ Zeugma (en griego significa «puente»), conocida también como Seleucia junto al Puente, era una ciudad de Comagena (cf. *infra* § 20, 3 y nota), en el lado oeste del Éufrates, cerca de la frontera actual entre Siria y Turquía. Allí existía un puente de barcas que ya utilizó Alejandro Magno (cf. XL 17, 3).

⁵⁸ La zona nororiental de Siria, desde Antioquía y los montes Amanó al oeste hasta el Éufrates por el este; lindaba al norte con la región de Comagena (cf. *infra* § 20, 3 y nota).

bién estos, todos los demás se retiraron: unos quisieron huir a su patria a través del puente pero no pudieron, porque, siendo alcanzados antes, perecieron, y otros huyeron a Comagena⁵⁹

- 4 con Antíoco⁶⁰. Y a las demás poblaciones de Siria, que estaban pendientes del desenlace de la guerra, Ventidio las dominó fácilmente paseando la cabeza de Pácoro por las ciudades (pues amaban a Pácoro, por su sentido de la justicia y su bondad, igual que a los mejores reyes que habían tenido alguna vez).
- 5 Ventidio inició entonces una expedición contra Antíoco con el pretexto de que este no le había entregado a los que le habían suplicado asilo; pero en realidad era por las muchísimas riquezas que aquel poseía.

- 21 Cuando Ventidio ya estaba en plena campaña, se presentó Antonio por sorpresa, y no solo no aprobó su comportamiento sino que sintió celos, porque le parecía que se portaba por su cuenta como hombre de gran valía. Por este motivo apartó a Ventidio del poder y ya no le encargó ninguna misión ni entonces ni después, aunque gracias a Ventidio obtuvo por ambos hechos⁶¹ un triunfo y se celebraron fiestas de acción de gracias
- 2 en su honor. Los habitantes de Roma aprobaron estos honores para Antonio por su labor sobresaliente y de acuerdo con la ley, porque era Antonio quien ostentaba el mando supremo de las legiones; pero también lo votaron para Ventidio, porque creían que el desastre que les sucedió con Craso quedaba suficientemente vengado con el que les ocurrió a los partos con Pácoro, sobre todo porque uno y otro hecho sucedieron el mismo día de

⁵⁹ Región entre los montes Tauro y el Éufrates (hoy en la zona centro del sur de Turquía), al norte de la Cirrética (véase *supra* § 20, 1 y nota). La ciudad más importante era Samósata.

⁶⁰ Antíoco I Teos, rey de Comagena, fue antes aliado de Pompeyo Magno y mantuvo excelentes relaciones con Cicerón cuando este fue gobernador de Cilicia.

⁶¹ La victoria sobre los partos y el sometimiento de Siria.

aquellos dos años⁶². Pero ocurrió que Ventidio celebró él solo el 3
 triunfo, como también había vencido solo, pues Antonio murió
 antes⁶³, y por eso, contra toda lógica y por azar, recibió mayor
 gloria: un día desfiló entre los prisioneros en el triunfo de Pom-
 peyo Estrabón⁶⁴ y ahora era el primer romano en celebrar un
 triunfo sobre los partos.

Pero esto sucedió tiempo después. En este momento Anto- 22
 nio atacó a Antíoco y, encerrándolo en Samósata⁶⁵, le ponía
 sitio. Como nada conseguía, sino que malgastaba el tiempo sin
 más y sospechó que los soldados mantenían una actitud distan-
 te hacia él a causa de la deshonra de Ventidio, entabló negocia-
 ciones secretas con Antíoco y pactó acuerdos falaces para poder
 retirarse honrosamente. Antonio, claro está, ni consiguió los re- 2
 henes⁶⁶, excepto dos (y no eran de los ilustres), ni las riquezas
 que pretendía. Pero para complacer a Antíoco sí consintió la
 muerte de cierto Alejandro⁶⁷ que había desertado de Antíoco
 para pasarse a los romanos. Tras llevar a cabo estos hechos parti-
 tió para Italia. Mientras, Gayo Sosio⁶⁸, a quien había dejado al 3
 mando de Siria y de Cilicia, sometió a los de Árados, que hasta
 entonces estaban cercados y pasaban grandes penalidades a
 causa del hambre y las enfermedades⁶⁹. Y venció a Antígono⁷⁰

⁶² La batalla de Carras tuvo lugar el 9 de junio del 53 y esta, conocida como la batalla de Gíndaro, en el 38 a. C.

⁶³ Error de Dion: Ventidio celebró el triunfo ese mismo año, cuando volvió a Roma (38 a. C.), y Antonio murió ocho años después, en el 30 a. C.

⁶⁴ Gneo Pompeyo Estrabón era el padre de Pompeyo Magno (cf. XLVII 15, 2 y nota 25).

⁶⁵ Capital del reino de Comagena (véase *supra* § 20, 3 y nota).

⁶⁶ Era el pretexto de Ventidio para atacar a Antíoco (cf. *supra* § 20, 5).

⁶⁷ Probablemente este Alejandro era un aspirante al trono de Comagena con el que Antonio pensaba sustituir a Antíoco.

⁶⁸ Este notable lugarteniente de Antonio llegó a ser cónsul en el 32 a. C.

⁶⁹ Cf. XLVIII 41, 6.

⁷⁰ El rey de Judea impuesto por los partos (cf. XLVIII 26, 2 y nota).

en una batalla, pues había matado a los guardias que los romanos le habían puesto⁷¹, y como encontró refugio en Jerusalén, la
 4 conquistó tras ponerle sitio. Muchos daños terribles causaron los judíos a los romanos, pues es un pueblo muy violento cuando se enoja; pero, con mucha diferencia, ellos sufrieron más. Los primeros en ser capturados fueron los que defendían el recinto sagrado del dios, y después los demás, en el día llamado
 5 también entonces «de Saturno⁷²». Tan extremado es el celo con que adoran a su dios, que los primeros que fueron hechos prisioneros cuando la toma del templo consiguieron permiso de Sosio, cuando de nuevo llegó el día de Saturno, para, volviendo
 6 de nuevo al templo, realizar con el resto del pueblo todos los ritos acostumbrados. Antonio confió el mando de los judíos a cierto Herodes⁷³, mientras que ató a Antígono a una cruz y lo azotó, un castigo que ningún otro rey había sufrido antes por parte de los romanos, y luego además lo degolló.

23 Eso fue lo que ocurrió en el consulado de Claudio y de Norbano⁷⁴. Al año siguiente los romanos no hicieron en Siria nada digno de mención. Pues Antonio empleó todo el año en llegar a
 2 Italia y regresar de nuevo a Siria. Pero Sosio, haciendo crecer el poder de Antonio, pero no el suyo, y, por la misma razón, no queriendo despertar la envidia o la cólera de aquel, procuró cumplir la norma de no caer en desgracia por perjudicarlo en algo, sino de agradarlo manteniéndose comedido⁷⁵. Pero el

⁷¹ FLAVIO JOSEFO, *Guerra de los judíos* I 323-324, dice que perecieron cinco cohortes de soldados bisoños.

⁷² El sábado. Y así, por ejemplo, se sigue llamando hoy en inglés *Saturday*. Con la misma estratagema, aprovechando el descanso del sábado, tomó Pompeyo el templo (cf. XXXVII 16, 1-4).

⁷³ Herodes I el Grande, el autor, según los Evangelios, de la matanza de los Santos Inocentes.

⁷⁴ Año 38 a. C.

⁷⁵ La misma actitud que seguía Agripa con César (cf. § 4, 2-4).

asunto de los partos cambió enormemente a partir del siguiente hecho. Orodes, rey de los partos, puesto que estaba cansado por la edad y desolado por la muerte de su hijo Pácoro, dejó en vida el trono a Fraates⁷⁶, el mayor de los hijos que le quedaban, el cual se convirtió en el más impío de los hombres. Pues a los hermanos habidos de la hija⁷⁷ de Antíoco los asesinó alevosamente, porque eran mejores que él por su valor y por el linaje de su madre; y por eso mató a su padre, que no podía soportar sus crímenes; y después mató a los más nobles de los partos. Así fue como muchos de los partos más ilustres lo abandonaron para escapar: unos a cualquier parte y otros con Antonio, entre los cuales se encontraba Moneses. Eso fue lo que sucedió en el consulado de Agripa y de Galo⁷⁸.

Y durante lo que quedaba de invierno, cuando eran cónsules Gelio y Nerva⁷⁹, Publio Canidio Craso⁸⁰ emprendió una expedición contra los iberos⁸¹ de esa zona y derrotó a su rey, Farnabazo⁸². Después se lo atrajo para hacer una alianza, y con él atacó la región vecina de Albania⁸³. Venció a los albanos y a su rey, Zober, y del mismo modo llegó también a pactos con este. Antonio, que estaba con la moral muy alta por estos éxitos, y sobre todo porque esperaba mucho de Moneses (este le había prometido liderar la expedición y anexionar la mayor parte de Partia sin lu-

⁷⁶ Fraates IV de Partia (véase nota a XLVIII 24, 4).

⁷⁷ Laódice, madre de Pácoro pero no de Fraates.

⁷⁸ Año 37 a. C.

⁷⁹ Año 36 a. C.

⁸⁰ Empezó como legado de Lépido, pero luego se pasó a Antonio, de quien fue lugarteniente hasta el final. Llegó a ser cónsul *suffectus* en el 40 a. C.

⁸¹ Los iberos del Cáucaso, en la zona que hoy es Georgia.

⁸² Farnabazo II era hijo de Artoces, derrotado en el 65 a. C. por Pompeyo (cf. XXXVII 1, 2-2, 7).

⁸³ También en el Cáucaso, pero más al este que los iberos, en la región que hoy es Azerbaiyán.

- cha), emprendió la guerra contra los partos y, entre otros regalos, dio a Moneses tres ciudades romanas para que las gobernara mientras durase la guerra, y, más aún, también le prometió el trono de Partia. Puesto que estos dos mantenían tan buena relación, Fraates tuvo miedo (y porque, además, los partos llevaban muy mal la huida de Moneses) y mandó un heraldo a Moneses: no hubo nada que no le prometiera, de modo que lo convenció para que regresara. Cuando Antonio lo supo, montó en cólera, como es natural. Sin embargo, no mató a Moneses, aunque lo tenía en su poder, pues, si hubiera hecho tal cosa, ya no podría esperar ganarse a ninguno de los bárbaros; pero les tendió una trampa. En efecto, lo dejó ir como si aquel fuera a poner en sus manos el gobierno de los partos, y con él envió embajadores a Fraates. Antonio, de palabra, negociaba la devolución de los estandartes y los prisioneros de cuando el desastre de Craso, para coger desprevenido al rey con la esperanza de un acuerdo; pero, de hecho, llevaba a cabo todos los preparativos para la guerra.
- Antonio llegó hasta el Éufrates, pensando que el río estaba desprovisto de vigilancia. Pero, cuando encontró que toda la zona de allí estaba escrupulosamente vigilada con guarniciones, se volvió de allí y se dirigió contra el rey de los medos, Artavasdes⁸⁴, porque el rey de Armenia Mayor⁸⁵, que tenía el mismo nombre que aquel pero que era su enemigo, lo persuadió para hacer de inmediato, tal como estaba, se dirigiera hacia Armenia.
- Y, cuando supo que el rey de los medos se había alejado mucho

⁸⁴ Artavasdes I de Media (sobre Media véase nota a § 17, 4).

⁸⁵ Artavasdes II de Armenia, hijo de Tigranes II el Grande. La región de Armenia se extendía al sur de la Iberia Caucásica y Albania (véase *supra* § 24, 1 y notas) y, en gran parte, coincide con la actual Armenia; pero con Tigranes II el Grande, en la primera mitad del siglo I a. C., llegó a extenderse hasta Siria. La zona que quedó al oeste del Éufrates pasó a Roma y se llamó Armenia Menor (la parte occidental de la región del Ponto), mientras que la antigua Armenia se llamó desde entonces Armenia Mayor.

de casa para aliarse con el rey parto, dejó las bestias de carga y una parte del ejército con Opio Estaciano⁸⁶, y le ordenó que los siguiera. Y él, tomando los jinetes y lo mejor de la infantería, salió a toda prisa con la intención de tomar todos los territorios enemigos en el primer asalto. Antonio cayó sobre la residencia 3 real de Praaspa⁸⁷ y, levantando terraplenes de tierra, hacía ataques. Pero el rey medo y el parto, informados de esto, lo dejaban esforzarse en vano, pues sus murallas eran fuertes y estaban defendidas por muchos soldados. Mientras, aquellos dos, cayendo 4 sobre Estaciano, que estaba desprevenido, falto de tropas y agotado, mataron a todos, excepto a Polemón⁸⁸, rey del Ponto, que en esos momentos iba en la expedición con Estaciano; pues solo a él cogieron vivo y luego lo liberaron a cambio de dinero. Pu- 5 dieron hacer esa masacre porque el rey armenio no estuvo presente en la batalla. Y, aunque habría podido socorrer a los romanos, según dicen algunos, ni hizo esto ni marchó junto a Antonio, sino que se retiró a casa.

Antonio se apresuró a ir en ayuda de Estaciano en cuanto 26 recibió el primer mensaje que este le envió, pero llegó tarde. Pues, excepto cadáveres, no encontró a nadie. Y por eso tuvo miedo; pero al no encontrar a ninguno de los bárbaros, sospechó que habían huido por miedo, y entonces Antonio recobró el ánimo. Por eso, cuando se encontró con ellos no mucho des- 2 pués, los hizo huir. Pues siendo muchos los honderos y disparando más lejos que los arcos, causaron graves daños a todo el ejército, incluso a la infantería armada; sin embargo, no hubo

⁸⁶ Lugarteniente de Antonio.

⁸⁷ La capital de Media Atropatena (véase nota a § 17, 4).

⁸⁸ Polemón I del Ponto había ayudado a Antonio en la lucha contra la invasión parto del año 40 a. C. (cf. XLVIII 24-26) y este lo recompensó haciéndolo rey de una parte de Cilicia (cf. APIANO, *Guerras civiles* V 75). Después, cuando regaló Cilicia a Cleopatra, lo nombró rey del Ponto (la región suroriental del mar Negro, que lindaba al este con Armenia y al oeste con Bitinia).

un número importante de bajas, pues los bárbaros huyeron veloces a caballo.

3 Antonio de nuevo reanudó el combate contra los de Praaspa y los sitió; pero no causaba graves molestias a los enemigos: los de dentro los rechazaban violentamente, mientras que los de fuera no podían entablar combate con facilidad. Perdió a muchos de los suyos mientras buscaban o acarreaban provisiones, 4 pero a muchos también por castigarlos él mismo. Al principio, mientras cogían los alimentos de las zonas de allí, el número de soldados era suficiente para las dos cosas: para asegurar el asedio y el abastecimiento de alimentos. Pero, cuando todo el alimento de las proximidades se agotó y los soldados tenían que 5 alejarse mucho, les ocurría lo siguiente: o que, si eran enviados pocos, no solo no traían nada sino que además los mataban, o que, si eran enviados en mayor número, al dejar la murallas sin soldados que las sitiase, los bárbaros hacían salidas contra ellos matando a muchos hombres y destruyendo muchas máquinas de asedio.

27 Ante esta situación, Antonio les dio a todos cebada en vez de trigo y, haciendo algunos grupos, ejecutó a uno de cada diez⁸⁹: aunque supuestamente era Antonio el que sitiaba, era él 2 quien sufría las penalidades de los sitiados. Los que estaban dentro de las murallas buscaban atentamente las ocasiones de hacer salidas y, cuando los de Antonio se dividían en dos grupos, los otros, saliendo de improviso y volviendo al poco tiempo, hacían terribles ataques contra los que se habían quedado en la zona. Y a los que se retiraban para coger alimentos no los molestaban cuando iban hacia las aldeas; pero cuando, tras haberse repartido, volvían de regreso, entonces caían súbitamente 3 sobre ellos. Sin embargo, como Antonio continuaba con el sitio de la ciudad, Fraates temió que con el tiempo la ciudad acabara

⁸⁹ Sobre el terrible castigo de la *decimatio* véase XLVIII 42, 2 y nota.

sufriendo penalidades, bien porque él solo encontrara alguna manera bien porque alcanzara alguna alianza con alguien. Y entonces lo convenció, enviándole en secreto algunos heraldos, para que entablara negociaciones con él haciéndole creer que iba a ser muy fácil llegar a un acuerdo. Por este motivo, Fraates negoció con los que había enviado Antonio sentado en un carro de oro y haciendo vibrar la cuerda del arco, y, tras dirigirles muchas invectivas, prometió finalmente que ofrecería la paz si Antonio levantaba de inmediato el cerco. Cuando Antonio oyó esta oferta, temiendo el orgullo de aquel y al mismo tiempo confiando en que, si se retiraba a algún sitio, alcanzaría un pacto, levantó el cerco sin destruir ninguna de las maquinarias del asedio, como si estuviera en un país amigo.

Después de hacer esto Antonio y mientras aguardaba los pactos, los medos quemaron las máquinas de asedio y esparcieron la tierra de los terraplenes. Los partos, por su parte, no le enviaron ninguna propuesta de paz; al contrario, cayendo muchas veces de improviso sobre ellos, les causaban daños terribles. Cuando se dio cuenta de que había sido engañado, ya no se atrevió a enviar embajadores (pues sospechaba que ni con propuestas moderadas por su parte pondría fin a las hostilidades, y tampoco quiso llevar a los soldados al desánimo por un nuevo desacierto en los pactos). Así pues, decidió apresurarse a ir a Armenia, una vez que había levantado el cerco. Fueron por otro camino (pues por el que vinieron pensaban que estaría totalmente cortado por los enemigos) y sufrieron muchas desgracias insospechadas. Como entraron en una región desconocida, cometieron muchos errores; además, los bárbaros se habían adelantado a bloquear los pasos estrechos unas veces con zanjas y otras con empalizadas, y dificultaban en todas partes el abastecimiento de agua y destruían los pastos. Y, si por casualidad iban a pasar por lugares más favorables, engañados con falsas noticias de que ya habían sido ocupados, los dejaban de

lado, y así los enemigos les hacían tomar otros caminos emboscados, de modo que muchos perecieron en las emboscadas y muchos, por hambre.

29 Por estos motivos hubo también alguna desertión. Y todos se habrían pasado al enemigo si los bárbaros no les hubieran
 2 clavado flechas en los ojos a los que se atrevieron a hacer eso. Así pues, se abstuvieron de desertar; pero por suerte les ocurrió un día lo siguiente. Como cayeron en una emboscada y recibían una lluvia de flechas, instintivamente formaron la tortuga⁹⁰ juntando los escudos e hincando la rodilla izquierda en tierra. Los bárbaros, que nunca habían visto tal cosa, creyeron que se habían desplomado a consecuencia de las heridas y que estaban a falta de un golpe de gracia, así que arrojaron los arcos, desmontaron de los caballos y, desenvainando las dagas, se dirigieron a
 3 ellos para degollarlos. Pero en esto se levantaron los romanos y, a la voz de mando, desplegaron a la vez toda la legión en formación de combate y, atacando en masa cada uno al que tenía más cerca frente a sí, los destrozaron como soldados armados frente a quienes están desarmados, como soldados bien entrenados frente a quienes están desprevenidos, como soldados de infantería frente a simples arqueros, como romanos frente bárbaros, de modo que todos los demás se retiraron al instante y ya no los acosaron más.

30 La tortuga es como sigue y se forma de la siguiente manera. Los animales y carros que llevan los bagajes, los soldados que no usan escudo y los jinetes se colocan en medio de la legión. Y, de los que llevan armas defensivas, unos, los que van armados con los escudos alargados, curvados y cilíndricos, se colocan en el exterior formando un rectángulo y, mirando hacia fueran y con las armas dirigidas hacia delante, protegen a los

⁹⁰ La *testudo*. En seguida Dion explica en qué consistía esta formación de combate (cf. § 30, 1-4).

demás, y los otros, los que van armados con escudos planos, 2
 diseminándose por el centro, levantan los escudos por encima
 de sí mismos y de todos los demás, de modo que en toda la le-
 gión no se ve otra cosa más que escudos, y así todos ellos que-
 dan a cubierto de la lluvia de proyectiles bajo la capa protectora
 formada con los escudos. La cubierta de escudos es tan resis- 3
 tente que algunos andan por encima de ella; es más, cuantas
 veces pasan por lugares hondos o estrechos, los caballos y los
 carros avanzan sobre ella. Tal es la disposición de esta forma-
 ción, y de ahí ha tomado el nombre de tortuga, por la resistencia
 y protección que ofrece. Los romanos la utilizan en dos situa- 4
 ciones: cuando se acercan para atacar una fortaleza, y muchas
 veces hacen subir a algunos hasta la misma muralla, o cuando
 alguna vez son rodeados por los arqueros: entonces se agachan
 todos juntos (pues también a los caballos se les ha enseñado a
 doblar las rodillas y tumbarse) dando a los enemigos la impre-
 sión como si estuvieran cansados y, en un momento dado, se
 levantan de repente cuando el enemigo está cerca y les infunden
 un enorme pánico.

Tal clase de formación es esa tortuga. Antonio ya no sufrió 31
 nada terrible por parte de los enemigos; pero padeció graves
 penalidades a causa del frío. Pues ya era invierno y en Armenia,
 en la zona de las montañas (solamente a través de ellas pudo
 hacer el camino, y gracias), siempre hay hielo. Las muchas he-
 ridas que padecían sus soldados les causaron entonces los ma-
 yores sufrimientos. Y, puesto que a causa del frío eran muchos 2
 los muertos y muchos los que quedaban inválidos, Antonio no
 soportó que le dieran noticias sobre cada uno de ellos, e incluso
 prohibió tajantemente que alguien le hablara de tales asuntos. Y
 aunque estaba enojado con el rey armenio porque los había
 abandonado⁹¹, y deseaba castigarlo, se humilló y lo trató con

⁹¹ Cf. *supra* § 25, 4-5.

- 3 mimo para obtener de él provisiones y dinero. Finalmente, como los soldados tampoco podían seguir caminando, y es que era invierno, y además iban a sufrir en vano (pues Antonio tenía en mente regresar a Armenia no mucho tiempo después) adula-
 4 ba mucho al rey y le hacía toda clase de promesas para que les permitiera invernar en el país, diciéndole que en primavera haría de nuevo una expedición contra los partos. Entonces le llegó dinero enviado por Cleopatra, de modo que a cada soldado de infantería le dio cuatrocientos sestercios⁹², y a los demás la cantidad proporcional. Pero, como el dinero enviado no era suficiente para todos, añadió dinero suyo para los restantes; y, aunque el gasto fue para él, hizo que la gloria de la donación fuera para Cleopatra. Por consiguiente, Antonio recaudó mucho dinero de los amigos y muchos tributos de los aliados.
- 32 Después de concluir estas gestiones, Antonio partió para Egipto; pero los ciudadanos de Roma sabían todo lo que había pasado; no porque él les hubiera enviado cartas diciendo la verdad (Antonio ocultaba todos los reveses, y había algunas cosas
 2 que las describía al contrario, como si hubiera tenido éxito), sino porque los rumores sí contaban la verdad. Y César y sus partidarios más próximos indagaban todos los detalles y los divulgaban: no desmentían en público sus éxitos, sino que celebraban sacrificios y los festejaban. Pues, mientras César sufriera reveses ante Sexto, no era oportuno ni conveniente desmentir las noti-
 3 cias de Antonio. Sin embargo, Antonio actuó como hemos dicho y, en cuanto al mando de las regiones, lo repartió así: a Amintas⁹³ le dio el reino de Galacia, aunque solo era secretario de Deyótaro, y añadió a su reino Licaonia y una parte de Panfi-

⁹² Dion habla de cien dracmas (400 g de plata). Sobre el valor de la moneda véase nota a XLVI 31, 3.

⁹³ Probablemente alguien de la nobleza gálata.

lia⁹⁴; a Arquelao⁹⁵ le dio el reino de Capadocia⁹⁶ tras expulsar a Ariárates⁹⁷ (este Arquelao, por parte de padre, provenía de aquellos Arquelao⁹⁸ que lucharon contra los romanos; y por parte de madre era hijo de Gláfira, una meretriz⁹⁹). No obstante, este era el motivo menor por el que los ciudadanos hablaban mal de Antonio (pues se trataba de su arrogancia con los extranjeros). Pero sí que lo criticaban enormemente por su relación con Cleopatra, porque reconoció a los hijos que tuvo con ella: a los dos mayores, Alejandro y Cleopatra (pues había dado a luz a gemelos) y al menor, Tolomeo, también llamado Filadelfo¹⁰⁰. Y también porque a estos les regaló muchas regiones de la Arabia de Malco¹⁰¹ y de Iturea (pues a Lisánias¹⁰², al que había hecho rey de aquellas regiones, lo mató como si hubiera actuado

⁹⁴ Licaonia era la región situada al sur de Galacia (cf. XLVIII 33, 5) y Panfilia era la región situada al sur de Licaonia, en la zona central de la costa sur de la actual Turquía, entre Licia y Cilicia: de este modo Galacia tenía una salida al mar.

⁹⁵ Su nombre era Sisines y, de hecho, Antonio lo nombró sacerdote del santuario de la ciudad de Comana, lo que equivalía al título de rey (cf. APIANO, *Mitridates* 114).

⁹⁶ Región situada al este de Galacia y Licaonia y al norte de Cilicia y Siria, sin salida al mar; al norte limitaba con la región del Ponto y al este con Armenia.

⁹⁷ Ariárates era hermano de Ariobárzanes III (cf. XLVII 33, 1).

⁹⁸ El Arquelao más famoso fue el general de Mitridates (cf. APIANO, *Mitridates* 17 y sigs.).

⁹⁹ Según Apiano, Antonio eligió a Arquelao por la belleza de su madre (cf. APIANO, *Guerras civiles* V 7), mientras Marcial llega a afirmar que Antonio mantuvo relaciones con Gláfira (cf. MARCIAL, *Epigramas* XI 20).

¹⁰⁰ Alejandro Helios («Sol») y Cleopatra Selene («Luna») II, o Cleopatra VIII, nacidos en el 40 a. C.; y Tolomeo Filadelfo («Amante de la hermana», título del segundo faraón de origen macedonio), nacido en el 36 a. C.

¹⁰¹ Cf. XLVIII 41, 5.

¹⁰² Lisánias era rey de Iturea, una región del sur de Siria, al este de Fenicia y al norte de Palestina.

en favor de Pácoro), y también les regaló muchas regiones de Fenicia, Palestina, algunas zonas de Creta, Cirene¹⁰³ y Chipre.

- 33 Eso hizo Antonio aquel año. Y al siguiente, en el que eran cónsules Pompeyo y Cornificio¹⁰⁴, intentó hacer la expedición contra Armenia¹⁰⁵, habiendo puesto no pocas esperanzas en el rey medo¹⁰⁶, pues este estaba indignado con Fraates porque no recibió de él ni mucho botín ni ninguna otra recompensa. Antonio, queriendo castigar al rey de Armenia por haber abandonado a los romanos¹⁰⁷, le envió a Polemón para que hiciera con él un tratado de amistad y una alianza. Antonio se alegró tanto con el acuerdo al que llegó, que hizo el pacto con el armenio y a Polemón le regaló más tarde Armenia Menor¹⁰⁸ en recompensa a su gestión como embajador. Lo primero que hizo Antonio fue invitar al rey armenio a Egipto, supuestamente como amigo, pero con la intención de capturarlo sin esfuerzo y acabar con él. Sin embargo, como aquel sospechó esto y no respondió a la invitación, Antonio maquinó otra manera de engañarlo. En público no manifestaba que estaba enojado con él, para que el otro no se convirtiera en enemigo. Pero entonces, como si en aquellos momentos fuera a emprender una expedición contra los partos para coger a Fraates desprevenido, Antonio salió de Egipto¹⁰⁹. Sin embargo, cuando supo por el camino que Octavia salía de Roma, ya no avanzó más lejos y se volvió de nuevo a Egipto, aunque le había ordenado en seguida que volviera a casa

¹⁰³ Las regiones en torno a la ciudad de Cirene (hoy Sahhdhat, en Libia) y Creta constituían la provincia romana de la Cirenaica.

¹⁰⁴ Año 35 a. C. (este Pompeyo nada tiene que ver Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo Magno).

¹⁰⁵ Cf. *supra* § 31, 3.

¹⁰⁶ Artavasdes I de Media.

¹⁰⁷ Cf. *supra* § 25, 5.

¹⁰⁸ Pertenecía a Roma (véase *supra* nota a § 25, 1 y nota).

¹⁰⁹ La historia del rey armenio se retoma más adelante (cf. § 39, 2).

y después había aceptado los regalos que aquella le había enviado, entre otros los soldados que Octavia había pedido a su hermano para esta expedición contra los partos.

Antonio entonces era incluso más esclavo del amor y de los 34 encantos de Cleopatra. Entre tanto, César, puesto que Sexto había muerto y la situación en la Libia¹¹⁰ necesitaba ser controlada, se dirigió a Sicilia con la intención de navegar hasta Libia; pero allí se detuvo a causa de una tempestad y ya no avanzó más lejos. Pues los salasos, los tauriscos, los liburnios y los 2 yápides¹¹¹, si ya de verdad antes no tenían en absoluto un comportamiento respetuoso con los romanos, ahora habían dejado de pagar los tributos y había ocasiones en que atacaban y saqueaban los territorios que lindaban con ellos; pero ahora se sublevaron abiertamente ante la ausencia de César. Por esta 3 razón se volvió e hizo todos los preparativos para inarchar contra ellos. Y, puesto que algunos legionarios, los que habían sido despedidos cuando se amotinaron y no habían recibido ningún dinero¹¹², ahora querían enrolarse de nuevo en las legiones, los agrupó a todos en una misma legión para que, estando en un lugar apartado y manteniendo relaciones solo entre ellos, no pudieran corromper a otras legiones; y si intentaban provocar 4 alteraciones, fueran detectados de inmediato. Pero como no fueron capaces de contenerse por más tiempo, a unos pocos de ellos, los de más edad, los envió a la Galia, donde iban a recibir

¹¹⁰ Las provincias de África (Túnez) y de Numidia o África Nova (*cf.* XLVI 55, 4 y nota).

¹¹¹ Todos ellos son celtas o de fuerte influencia celta. Los salasos eran un pueblo de los Alpes, en torno al valle del Aosta. Los tauriscos, a veces identificados con los nóricos, ocupaban la zona norte del Adriático, en lo que hoy es Eslovenia. Los liburnios eran un pueblo situado más al sur, en la costa norte de la actual Croacia. Y los yápides, mezcla de ceitas e ilirios, eran un pueblo situado en el interior, al este de tauriscos y liburnios.

¹¹² *Cf. supra* § 14, 1-2.

tierras, creyendo César que los demás iban a abrigar esperanzas con este ejemplo y se iban a aplacar. Pero como incluso así se enardecieron, entregó a algunos de ellos para que fueran castigados. Sin embargo, puesto que con esta medida los ánimos de los otros se excitaron aún más, los llamó como si fuera a comunicarles algo y, rodeándolos con el ejército, les quitó las armas y los licenció. Y así, conscientes de su debilidad y conociendo la determinación de César, cambiaron realmente de actitud y, suplicándose mucho, volvieron al ejército. Pues César, necesitado de soldados y temiendo que Antonio se los quitara, dijo que los perdonaba, y le fueron muy útiles en todo tipo de circunstancias.

35 Esto ocurrió más tarde; pero entonces César dirigió una expedición contra los yápidos y ordenó que el resto de las tropas sometiera a los otros pueblos¹¹³. Y a los que estaban a este lado de las montañas, que vivían no muy lejos del mar, los anexionó sin el mayor esfuerzo; pero a los que estaban en las zonas escarpadas y a los de la vertiente del otro lado los sometió con grandes penalidades. Pues haciéndose fuertes en Metulo, la mayor ciudad de aquellos, rechazaron muchos ataques de los romanos, incendiaron muchas máquinas de guerra e hirieron al propio César cuando desde una torre de madera intentaba pasar a la
 2 muralla¹¹⁴. Y finalmente, como César no se replegaba lo más mínimo, sino que además enviaba por más tropas, simularon que querían una tregua y admitieron un destacamento en la ciudadela; pero durante la noche los mataron a todos y quemaron
 3 las casas. Después unos se suicidaron y otros, además, mataron a sus mujeres y niños, de modo que no dejaron a César absolu-

¹¹³ Esto es: salasos, tauriscos y liburnios.

¹¹⁴ El puente que unía la torre de madera con la muralla se rompió por el sobrepeso. César no sufrió graves daños y volvió a subir a la torre para que todos vieran que seguía vivo (*cf.* APIANO, *Iliria* 20).

tamente nada; pero estos no fueron los únicos, también los que fueron cogidos vivos se dieron muerte no mucho después por voluntad propia.

Una vez que estos murieron y los demás habían quedado 36 sometidos sin oponer una resistencia digna de mención, César emprendió la expedición contra los panonios¹¹⁵, sin aducir ningún pretexto para atacarlos (pues ninguna agresión habían cometido): la finalidad era ejercitar a los soldados y alimentarlos con recursos extranjeros, pues César consideraba que todo lo que era agradable para el mejor con las armas era una cosa justa para los más débiles. Los panonios se distribuyen hasta Dal- 2 macia, siguiendo justamente el Danubio¹¹⁶, desde el Nórico¹¹⁷ hasta la Mesia¹¹⁸ de Europa. Son los hombres que llevan una vida más miserable (pues ni la tierra ni el clima son buenos: no cultivan ni aceite ni vino, excepto en pequeñísimas cantidades y de la peor calidad, porque viven la mayor parte del año en un 3 invierno durísimo; beben y comen cebada y mijo¹¹⁹). Pero están

¹¹⁵ Panonia era la región contigua a los yápidos, entre estos y el Danubio; coincide con lo que es hoy la parte occidental de Hungría, más algunos territorios vecinos de lo que hoy es Austria, Eslovenia y Croacia. Dentro de Panonia se distinguió la Panonia Inferior, que era una estrecha franja que limitaba al este con el Danubio, y la Panonia Superior, que era la parte occidental. Panonia y Dalmacia fueron después las dos provincias romanas en que se dividió Iliria.

¹¹⁶ El nombre antiguo era Istro.

¹¹⁷ Esta región se corresponde aproximadamente con lo que hoy es Austria; limitaba al norte con el Danubio, al este con Panonia, al sur con panonios, tauriscos e italianos (sin salida al Adriático) y al oeste con Recia.

¹¹⁸ Mesia (Moesia) era la zona sur del Danubio en su tramo final; se corresponde con lo que hoy es el norte de Bulgaria. Los griegos la llamaban *Mysia*, pero con el mismo nombre había otra región en Asia Menor, en lo que hoy es el noroeste de la actual Turquía; de ahí la precisión de Dion al añadir «de Europa».

¹¹⁹ Esto es: hacían también cerveza.

considerados como los más valientes por todo lo que sabemos sobre ellos. Son los más fieros y sanguinarios, pues no poseen nada que les proporcione una vida agradable. Estas cosas las sé no por haberlas oído o leído, sino porque las comprobé de hecho cuando fui gobernador de ellos¹²⁰. Pues después de ser gobernador de la provincia de África fui designado para el gobierno de Dalmacia, de la que mi padre también fue gobernador cierto tiempo, y de la llamada Panonia Superior¹²¹, por lo que escribo sabiendo muy bien todo lo relacionado con ellos. Se llaman así porque a los mantos les cosen de un modo peculiar unas mangas que cortan de otros mantos y los llaman *pannos*¹²². Estos panonios se llaman así bien sea por esta razón o por alguna otra. Pero algunos griegos, que ignoraban la verdad, llamaron peones¹²³ (y esta denominación es antigua) a estos; sin embargo, no es apropiado para ellos, sino para los de Ródope¹²⁴, en la región próxima a Macedonia, la que hoy día llega hasta el mar. Por eso yo llamo a estos peonios y a los otros panonios, tal como se llaman a sí mismos y los llaman los romanos.

37 Contra los panonios hizo César entonces una expedición. Al principio ni asolaba la región ni saqueaba, aunque aquellos habían abandonado las aldeas de las llanuras, pues esperaba que ellos voluntariamente se sometieran. Pero, como le causaron

¹²⁰ Dion fue gobernador de la Panonia Superior entre el 224 y el 228 d. C.

¹²¹ Véase lo ya dicho sobre Panonia en la nota a § 36, 1.

¹²² En latín era *Pannonia*. Para explicar la etimología, Dion acude al término latino *pannus*, «paño, tela», de donde, por cierto, proviene el español «paño».

¹²³ Peonia era la región situada al norte de Macedonia, entre Iliria al oeste y la Tracia al este. Más tarde, en la época de Dion, en la antigua Tracia (lo que hoy es Bulgaria) se distinguieron dos regiones: al norte Mesia (o Moesia) y al sur Ródope, con salida al mar Negro y al Egeo.

¹²⁴ La montañas de Ródope se extienden entre Grecia y Bulgaria (véase nota anterior).

muchas penalidades en su camino hacia Siscia¹²⁵, se enojó y les iba quemado sus territorios y rapiñaba todo cuanto podía. Cuando estuvo cerca de la ciudad, los nativos, persuadidos por sus jerarcas, en seguida llegaron a un acuerdo con él y le entregaron rehenes. Pero después de esto cerraron las puertas y se dispusieron para el asedio, pues tenían también fuertes murallas; pero, sobre todo, tenían total confianza en dos ríos navegables. Pues el llamado Cólope, que corre pegado a la misma muralla, no muy distante del Savo¹²⁶, donde desemboca, hoy día rodea toda la ciudad; pues Tiberio¹²⁷ lo forzó a este recorrido con un gran foso, a través del cual, tras rodear la ciudad, vuelve a su antiguo cauce. Pero entonces, puesto que por un lado el Cólope fluía junto a las mismas murallas y, por el otro lado, el Savo corría paralelo y no muy lejos, había quedado un espacio vacío que había sido fortificado con empalizadas y fosos. César, considerando barcas hechas por los aliados de allí, las condujo a través del Danubio hasta el Savo y, a través de este, hasta el Cólope. Entonces los atacó al mismo tiempo con la infantería y con las barcas, y tuvieron lugar algunos combates navales en el río. Los bárbaros, a su vez, habían construido barcas de un solo tronco con las que se arriesgaban al combate¹²⁸. En el río mataron a muchos, entre otros a Menas, el liberto de Sexto, y en tierra rechazaron violentamente a César, hasta que supieron que algunos de sus aliados habían caído en una emboscada y habían perecido. Entonces, desanimados, se entregaron. Así fueron capturados aquellos y el resto de los panonios se avino a un tratado.

Después de esto, César dejó allí a Fufio Gémino¹²⁹ con una

¹²⁵ Hoy Sisak, en Croacia (a unos cincuenta kilómetros al sureste de Zagreb).

¹²⁶ Hoy el Krpa y el Sava, respectivamente.

¹²⁷ Tiberio fue enviado allí por Augusto.

¹²⁸ Es decir, barcas tipo canoa que podían girar y volcar fácilmente.

¹²⁹ No tenemos más noticias de este personaje.

- pequeña fuerza, mientras él regresó a Roma. Aplazó el triunfo votado en su honor; pero a Octavia y a Livia les concedió que se les dedicaran estatuas, que administraran sus asuntos sin ningún tutor y que gozaran de la seguridad y de la inviolabilidad¹³⁰
- 2 igual que los tribunos. Y, cuando intentaba hacer también una expedición contra Britania para emular a su padre¹³¹, pues ya había llegado hasta la Galia tras el invierno en el que eran cónsules Antonio, por segunda vez, y Lucio Libón¹³², algunos de los pueblos recién conquistados, y los dálmatas con ellos, se
- 3 sublevaron. Génino, aunque fue expulsado de Siscia, recuperó la Panonia tras algunos combates. Valerio Mesala sometió a los salasos y a los demás que se habían sublevado con ellos. Y
- 4 contra los dálmatas marchó primero Agripa, y después César dirigió una expedición contra ellos. La mayoría de los dálmatas fueron sometidos, pero a cambio los romanos sufrieron muchas y terribles penalidades, hasta el punto de que César fue herido y de que a algunos soldados se les dio cebada en vez de trigo¹³³, y, más aún, otros soldados que habían abandonado la formación, elegidos por sorteo uno de cada diez, fueron ejecutados¹³⁴. De hacer la guerra contra los demás pueblos se encargó Estatilio Tauro.
- 39 Entre tanto, Antonio dejó el consulado el mismo día que entró y puso en su lugar a Lucio Sempronio Atratinio: de ahí que algunos incluyan a Antonio y no a Lucio en el registro de los

¹³⁰ La *sacrosanctitas* tribunicia.

¹³¹ Julio César invadió Inglaterra en el año 55 y, por segunda vez, en el 54 a. C. (cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* IV 23 y V 8).

¹³² El 34 a. C.

¹³³ Igual que Antonio hizo con los soldados que luchaban contra los partos (cf. § 27, 1)

¹³⁴ Los mismos castigos que aplicó Antonio a sus soldados (cf. *supra* § 27, 1). Sobre el terrible castigo de la *decimatio* cf. XLVIII 42, 2 y nota.

cónsules¹³⁵. Antonio, buscando cómo castigar al rey armenio¹³⁶ 2
 de la forma más cómoda posible, pidió la mano de su hija para
 casarla con su hijo Alejandro¹³⁷ (y para esta misión envió a cier-
 to Quinto Delio¹³⁸, que era su favorito) y prometió al rey que le
 haría muchos regalos. Finalmente se presentó de improviso en 3
 la Nicópolis¹³⁹ de Pompeyo justo al comienzo de la primavera.
 Entonces mandó llamar al rey como si necesitara que aquel le
 aconsejara y le ayudara en ciertas cuestiones sobre la expedi-
 ción contra los partos. Pero, puesto que el armenio no se pre-
 sentaba, pues temía una trampa, envió de nuevo a Delio para
 que mantuviera conversaciones con él, mientras que Antonio
 marchó con no menos prisa a Artaxata¹⁴⁰. Y así, después de 4
 mucho tiempo, persuadiéndolo unas veces mediante amigos,
 otras amedrentándolo con los soldados y, en una palabra, escri-
 biéndole y actuando en todo como con un amigo, lo atrajo para
 que fuera a su campamento. Allí Antonio lo retuvo; primero lo 5
 tenía libre y visitaba con él las fortalezas donde estaban guarda-
 dos los tesoros, por si podía apoderarse de ellos sin lucha, y le

¹³⁵ Los listados de los cónsules se escribían en los *Fasti consulares*, una especie de registros que desde muy antiguo eran confeccionados por los pontífices y grabados en mármol. Los más importantes para esta época son los *Fasti Venusini*.

¹³⁶ Artavasdes II de Armenia (cf. *supra* § 25, 5; 33, 1).

¹³⁷ Alejandro Helios, hijo de Antonio y Cleopatra, tenía entonces seis años (cf. *supra* § 32, 4).

¹³⁸ Este Delio fue el que preparó la primera entrevista de Antonio con Cleopatra (cf. PLUTARCO, *Antonio* 25). Pasó por todos los bandos: de Dolabela (partidario de Julio César) a Casio (asesino de César), de este a Antonio y finalmente a Augusto. Horacio le dedicará un poema (*Oda* II 3).

¹³⁹ Esta Nicópolis, «ciudad de la victoria», estaba situada en la región del Ponto y fue fundada por Pompeyo para celebrar su victoria sobre Mitridates (cf. XXXVI 50, 3). Era la capital de Armenia Menor (cf. *supra* § 33, 2).

¹⁴⁰ La capital de Armenia Mayor (hoy Artaslat, en Armenia, muy próxima a la frontera turca y no lejos de Irán).

explicaba que, si lo tenía retenido, era únicamente para exigir tributos a los armenios a cambio de la protección que le daba a él y a su reino. Pero como ni siquiera los guardianes de los tesoros atendían sus peticiones y los armenios que tenían armas eligieron rey en su lugar a Artaxias¹⁴¹, el mayor de sus hijos, Antonio lo encadenó con grilletes de plata. Pues, según parece, consideraba vergonzoso que aquel, habiendo sido rey, estuviera preso con cadenas de hierro.

A partir de ese momento Antonio, tomando unas ciudades voluntariamente y otras por la fuerza, sometió a toda Armenia. Pues Artaxias, después de enfrentarse a Antonio y salir derrotado, se retiró junto al rey parto¹⁴². Tras someter a Armenia, Antonio prometió en matrimonio a la hija del rey medo con su hijo¹⁴³, para estrechar aún más los lazos con él. Dejó las legiones en Armenia y regresó a Egipto, llevando con él mucho botín y al rey armenio junto con su mujer e hijos¹⁴⁴. Y, enviando previamente a Alejandría a estos junto con los demás prisioneros, celebró una especie de triunfo¹⁴⁵ entrando montado en un carro. Todo lo regaló a Cleopatra, y al rey armenio lo llevó en el desfile ante Cleopatra, junto con sus familiares y encadenado con grilletes de oro; iba en medio del gentío, sentado sobre un carro guarnecido de oro, que a su vez estaba colocado sobre una plataforma guarnecida de plata. Pero los bárbaros ni suplicaron a Cleopatra ni se prosternaron ante ella, aunque se lo exigieron de muchas formas y también trataron de convencerlos dándoles

¹⁴¹ Artaxias (o Artaxes) II de Armenia.

¹⁴² Fraates IV.

¹⁴³ Artavasdes I de Media. El compromiso de la boda de su hija Yótape se ratificará más adelante (*cf. infra* 44, 2). Antes Antonio había comprometido a su hijo con la hija del rey de Armenia, Artavasdes II (*cf. supra* 39, 2).

¹⁴⁴ Entre estos niños iba el que sucedió a su hermano mayor Artaxias y reinó como Tigranes III.

¹⁴⁵ No había sido votado por el Senado, como si el de Augusto (*cf.* 38, 1).

muchas esperanzas; al contrario, llamándola por su nombre en voz alta, adquirieron fama por su dignidad, pero sufrieron por este comportamiento muchos malos tratos.

Después de esto Antonio dio una fiesta a los alejandrinos. 41
 En una asamblea sentó a su lado a Cleopatra y a los hijos de esta y, en su alocución, les ordenó que a ella la llamaran «Reina de reinas», y a Tolomeo, al que llamaban Cesarión, «Rey de reyes». A ambos, haciendo una distribución distinta de las pro- 2
 vincias, les dio Egipto y Chipre. Pues decía que tanto la mujer como el hijo lo eran realmente del primer César, y explicaba que había decidido hacer eso como homenaje a César; pero era para desacreditar a César Octaviano, porque era hijo adoptivo y no hijo natural de César. Eso fue lo que repartió entre ambos. 3
 Y a los hijos que le había dado Cleopatra prometió darles lo siguiente: a Tolomeo¹⁴⁶, Siria y todos los territorios desde el Éufrates hasta el Helesponto¹⁴⁷; a Cleopatra, la Cirenaica¹⁴⁸ en África; y al hermano de ambos, Alejandro, Armenia y todos los territorios que hay más allá del Éufrates hasta la India. Estos territorios los dio como si ya fueran suyos. Y esto no solo lo 4
 dijo en Alejandría, sino que lo comunicó por carta a Roma, para que fuera sancionado por los romanos; sin embargo, no se leyó nada de aquello en público. Pues Domicio y Sosio, que ya entonces eran cónsules¹⁴⁹ y eran fervientes partidarios suyos, no quisieron, aunque César los presionó para que lo hicieran público a todos. Pero aquellos se impusieron en este asunto; sin 5
 embargo, César consiguió en contrapartida que tampoco se hiciera público nada de lo que había escrito sobre el rey de Armenia; pues sentía piedad por el rey armenio, porque había

¹⁴⁶ Sobre los tres hermanos véase *supra* § 32, 4 y nota.

¹⁴⁷ El estrecho de los Dardanelos.

¹⁴⁸ Cf. *supra* § 32, 5 y nota.

¹⁴⁹ Año 32 a. C.

- negociado en secreto con él contra Antonio; y también porque César sentía celos de Antonio por la celebración de sus victorias. Después de obrar de tal manera, Antonio se atrevía a escribir al Senado que deseaba renunciar a su cargo y dejar todos los asuntos en manos del Senado y del pueblo. Pero lo decía no porque pensara hacer algo de eso, sino para que, llevados de sus promesas, obligaran a César a deponer las armas primero, puesto que estaba allí en Roma, o, si desobedecía, para que lo odiaran.
- 42 Eso fue lo que sucedió entonces. Y los cónsules celebraron las fiestas en honor de Venus Genérix¹⁵⁰. En las fiestas Latinas¹⁵¹ actuaron como prefectos urbanos adolescentes seleccionados por César, que eligió a hijos de caballeros pero no de senadores. Y el llamado pórtico de Paulo, que construyó Emilio Lépido Paulo¹⁵² con su propio dinero, lo consagró él mismo durante su consulado, pues fue cónsul durante una parte de ese año. Y Agripa restauró con su propio dinero el acueducto llamado Agua Marcia, que estaba abandonado por las roturas en la conducción, y lo distribuyó por muchos barrios de la ciudad. Estos dos, que obtuvieron honores a cambio de su dinero particular, sin embargo se comportaron con discreción y moderación. Pero otros, que tenían cargos menos importantes, consiguieron que se aprobara para ellos la celebración de triunfos, unos recurriendo a la influencia de Antonio y otros, a la de César; y, con este pretexto, exigían a los pueblos sometidos a Roma mucho oro para las coronas.
- 43 Al año siguiente¹⁵³, Agripa fue edil voluntariamente y, sin

¹⁵⁰ Venus «Madre». Se celebraban para conmemorar las victorias de Julio César, que se consideraba descendiente de Venus (cf. XLIII 43, 3). Octavio las costeó en el 44 a. C. (cf. XLV 6, 4).

¹⁵¹ Cf. XLVI 33, 4 y nota.

¹⁵² Año 34 a. C. (véase en la «Sinopsis» nota a los cónsules del año 34).

¹⁵³ Año 33 a. C.

tomar nada del erario público, restauró todos los edificios públicos y todas las calles, limpió las cloacas y, a través de ellas, navegó hasta el Tíber¹⁵⁴. Y en el circo, viendo que los espectadores se equivocaban en el número de vueltas completas, puso los delfines y las figuras ovoideas¹⁵⁵ para que con ellas quedara claro el número de vueltas que llevaban recorridas. Además distribuyó aceite y sal para todos. Dio entrada gratis a los baños durante ese año, para que hombres y mujeres pudieran bañarse. En las fiestas, que organizó muchas y de todas clases (incluso los hijos de los senadores pudieron participar en el juego de Troya¹⁵⁶ montando a caballo), fue él quien pagó a los barberos, para que nadie se gastara nada en ellos. Y, finalmente, en el teatro arrojó fichas sobre las cabezas del público: en unas había como premio dinero; en otras, un vestido; en otras, cualquier otra cosa; y puso en el centro otras muchas mercancías de todo tipo y dejó que se pelearan por llevárselas. Y a la vez que hacía esto, expulsó de Roma a los astrólogos y a los embaucadores. En esos mismos días se promulgó un decreto por el que nadie de la clase senatorial podía ser juzgado por piratería¹⁵⁷, y así a algunos se les concedió, de hecho, la impunidad para cometer fechorías en el futuro. César, en efecto, renunció al consulado

¹⁵⁴ La cloaca Máxima llegaba a tener 4,20 m de alto y 3,20 m de ancho.

¹⁵⁵ Para contar el número de vueltas, en el muro central (*spina*), alrededor del cual tenían que dar siete vueltas los carros, había en el centro siete huevos (en honor de Cástor y Pólux) y en cada extremo, siete delfines (representaban a Neptuno, también dios de los caballos): a cada paso por meta se quitaba un huevo y en cada giro se desplazaba de lugar un delfín, de modo que cualquier espectador podía saber el número de vueltas que quedaban.

¹⁵⁶ Cf. XLVIII 20, 2 y nota.

¹⁵⁷ Para que los senadores que habían estado en Sicilia con Sexto Pompeyo no fueran continuamente acosados con denuncias por haber practicado la piratería (cf. XLVIII 36, 4).

(comenzó su segundo consulado con Lucio Tulo¹⁵⁸) justo el primer día de mandato, igual que antes había hecho Antonio¹⁵⁹. Y a algunos de la plebe los elevó a la clase de los patricios, votándolo el Senado. Y, puesto que cierto Lucio Aselio, uno de los pretores, quiso renunciar al cargo a cusa de una larga enfermedad, designó en su lugar a su hijo. Y, muriendo otro pretor en el último día del mandato, puso a otro para las horas que quedaban¹⁶⁰. Cuando murió Boco¹⁶¹ no dio a nadie el reino, sino que lo registró como una de las provincias de Roma. Como los dálmatas ya estaban totalmente subyugados, César restauró con el botín de aquellos los pórticos y las bibliotecas «Octavianas», llamadas así por el nombre de su hermana.

44 En este tiempo Antonio marchó hasta el río Araxes¹⁶², con la supuesta intención de emprender una expedición contra los partos; pero se contentó con llegar a un acuerdo con el rey medo¹⁶³. Establecieron que se ayudarían en sus guerras respectivas: el uno en su lucha contra los partos y el otro contra César. Y con este motivo se intercambiaron soldados; el rey medo recibió una parte de la recién adquirida Armenia¹⁶⁴, y Antonio recibió a la hija del rey, Yótape, para casarla con Alejandro, y las insignias de la 3 legión perdidas cuando la batalla de Estaciano¹⁶⁵. En contrapartida Antonio regaló Armenia Menor a Polemón, como ya dije¹⁶⁶. Eligió a Lucio Flavio para el consulado, a la vez que lo hacía

¹⁵⁸ Su padre, Lucio Volcacio Tulo, fue cónsul con Lépido en el 66 a. C.

¹⁵⁹ Cf. *supra* § 39, 1.

¹⁶⁰ Antonio y César ya habían hecho lo mismo cuando murió un edil el último día de su mandato (cf. XLVIII 32, 3).

¹⁶¹ Rey de Mauritania (cf. XLVIII 45, 2).

¹⁶² El actual Árax, en la frontera entre Armenia y Turquía.

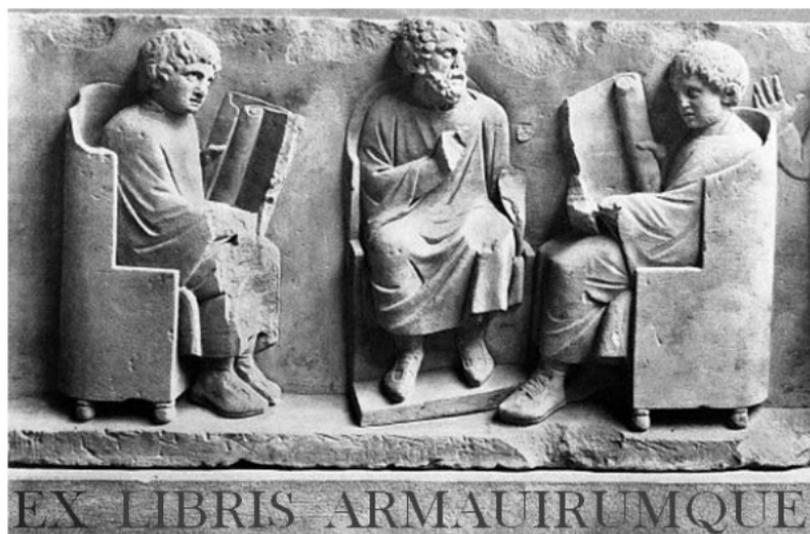
¹⁶³ Artavasdes I.

¹⁶⁴ Ya se la había prometido a su hijo Alejandro Helios (cf. *supra* § 41, 3).

¹⁶⁵ Cf. *supra* § 25, 4.

¹⁶⁶ Cf. *supra* § 33, 2.

cesar¹⁶⁷ (pues era uno de sus partidarios). Y se dirigió a Jonia¹⁶⁸ y Grecia para comenzar la guerra contra César. El rey medo, al principio, teniendo como aliados a los romanos, venció a los partos y al rey Artaxias cuando lo atacaron. Pero, como Antonio mandó llamar a los soldados que le había dejado y además se quedó también con los de aquel, el rey medo fue derrotado y capturado: así se perdió Armenia junto con Media.



¹⁶⁷ Como premio para que apareciera en las listas de cónsules. Fue cónsul por un día y sustituyó al cónsul *suffectus* L. Autronio Paeto (véase nota a los cónsules del año 33 a. C. en la «Sinopsis»).

¹⁶⁸ La antigua Jonia griega era ahora la costa de la provincia de Asia.